LOS HERMANOS BRADWELL



Sensatamente Casada

KASEY STOCKTON

SENSATAMENTE CASADA

Kasey Stockton

ÍNDICE

Página del título
Copyright
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Epílogo

¿Quieres estar informado(a)?
Una nota de la autora
Agradecimientos
Otros libros de Kasey Stockton (en inglés)
Acerca de la autora

COPYRIGHT

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, hechos, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera versión en inglés. *Sensibly Wed*. Copyright © 2022 por Kasey Stockton.
Diseño de portada por Seventhstar Art.

DEDICATORIA

Esta va para Jon, por elegirme cada día. ¿Es esta tu tercera dedicatoria? Eso es porque yo también sigo eligiéndote.

CAPÍTULO 1

Londres, 1817.

No hay nada en el mundo menos divertido que un baile. Bueno, tal vez un té íntimo con las amigas de mi mamá sea casi tan horrible, ya que sus voces estridentes transmiten más chismes de los que toda la alta sociedad produciría con precisión. Observé la animada reunión en la casa de los Hutton, en Londres, y seguí a mi madre hacia un par de sillas vacías, al lado de una de sus amigas. Al parecer, yo estaba siendo castigada por mi aversión al baile, porque ahora tendría que soportar dos de las cosas que menos me gustaban: la otra era escuchar chismes en un baile.

Mamá se sentó junto a la señora Ormiston y yo permanecí de pie, buscando una salida a este salón de baile tan sofocante y caldeado. Mi piel se erizó de inquietud y mi corazón se aceleró. Tanta gente reunida en un espacio tan pequeño, y tantos extraños con ojos altivos y escrutadores. Todo esto fue suficiente para provocarme uno de mis ataques de intranquilidad. Me tragué mi malestar y sacudí la sensación, enderezando los dedos de mis guantes para tener algo en qué concentrarme.

Necesitaba calmar mi corazón acelerado porque todavía no podía escapar de este salón. La temporada estaba llegando a su fin y todavía tenía que conseguir a un pretendiente. Era poco probable que mamá aceptara abandonar el baile, antes que yo hubiera bailado dos veces, lo que nos ponía en un callejón sin salida, debido a que no tenía intención de bailar con ninguno de estos caballeros esta noche. Simplemente, ella tendría que esperar a que pasara la noche y que la fiesta llegara a su bendito final.

El señor Peel captó mi mirada por encima de la pluma temblorosa de mamá y rápidamente me dejé caer en el asiento

junto a ella. Me retracté de mis dos declaraciones anteriores, debido a los pretendientes no deseados, eso era lo más deplorable de todo. Porque los pretendientes siempre conducían al baile.

—¿Y quién dices que está aquí esta noche? —Mamá se apoyó en mí para poder observar la reunión, en busca del hombre del que seguramente estaba chismorreando con la señora Ormiston.

La señora Ormiston asintió vigorosamente.

—Se dice que gana seis mil al año.

—¡Dios mío! —Mamá estaba sin aliento.

Estiré el cuello para mirar en la dirección en la que estaba el señor Peel, esperando que él estuviera preguntando por alguien más con quien bailar, sin embargo, no pude localizarlo desde mi posición. ¡Maldita sea! Si él se dirigía hacia mí, solo contaba con un minuto para desaparecer.

No es que despreciara al señor Peel. Era un hombre muy amable. Pero olía extremadamente fuerte y no era mi señor Bradwell.

No es que el señor Bradwell fuera mío para reclamar, exactamente. Pero él era la hermosa criatura que se había metido en mi corazón el verano pasado. Mi familia había sufrido un accidente de carruaje y se había refugiado en su cabaña de caza, y yo todavía tenía que determinar cómo encontrarlo en una sociedad educada para reanudar nuestra amistad. Hasta ahora, había soportado toda una temporada esperando verlo de nuevo, pero sin éxito. El hombre no era aficionado a las funciones sociales.

Nuestro encuentro casual, el verano pasado, había producido una atracción que todavía no había podido apagar por completo, y que tal vez nunca tuviera la oportunidad de crecer.

Levanté mi bolso y lo dejé descansar sobre mi regazo, dándole a mi muñeca un respiro de la pesadez.

—Me gustaría que no llevaras eso a cada baile, Felicity —susurró mi mamá. Sus ojos se dirigieron a mi pequeño bolso de cuentas.

¿Y quedar atrapada sin un libro? ¡Esto es absurdo!

—También se dice que él está buscando a una esposa —continuó la señora Ormiston.

Mamá agitó su abanico frente a su cara y reanudó su búsqueda por el salón.

—Un hombre que busca a una esposa, ¡eso es sí que es refrescante!

—En verdad. —La señora Ormiston se inclinó hacia adelante y me miró detrás de su espejo, entrecerrando un ojo arrugado, mientras el otro se agrandaba—. ¿Debo buscar al hombre para presentarlo?

Retrocedí, mi estómago revoloteaba desagradablemente.

—No... se lo agradezco, señora Ormiston, pero no tengo ningún interés en alguien que gana seis mil al año.

—Por supuesto que no. —Mamá sacudió la cabeza con tristeza —. ¿A menos que fueran seis mil libros?

—Bueno… eso sí suena bastante atractivo.

La señora Ormiston me miró con el ceño fruncido.

—Apuesto que con sus seis mil podrías comprar muchísimos libros.

En verdad, se trataba de una perspectiva maravillosa. Les di a ambas mujeres una sonrisa que reflejaba paciencia. Necesitaba irme pronto, o el señor Peel me pediría un baile. Y no debía bailar con él.

— Mamá, este calor es insoportable, y me siento un poco mareada. ¿Te interesaría dar un paseo por la terraza?

Mamá vaciló. Compartió una mirada con la señora Ormiston, antes de dejar escapar un suave suspiro.

—¡Muy bien! Quizás encontremos un compañero dispuesto en nuestro camino a través del salón.

Dado el calor, ese era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Además, el único hombre que constantemente me buscaba para bailar había sido visto por última vez, en el lado opuesto del salón.

Nos levantamos y mi mamá me tomó del brazo. Mientras avanzábamos entre la multitud, ella insinuó:

—Lissy… Solo quiero que encuentres un marido. Pero, no te pido que te cases con el primer hombre que te sonríe.

—Eso es afortunado. Ya habría sido la señora Peel si ese fuera el parámetro de elección para mi marido.

A mamá no le hizo gracia mi comentario. Tampoco le tenía cariño al señor Peel, debido a que el hombre siempre emitía una espantosa nube de ajo, a donde quiera que fuera. Acaso, ¿él se bañaba?

—Pero, si no estás dispuesta a conocer a ningún hombre, nunca encontrarás a alguien que te ame. Solo quiero que seas tan felizmente cuidada y adorada como yo, Lissy.

Mi corazón dio un vuelco de anhelo. Quería amar y ser amada de la misma manera, pero hasta el momento, solo un hombre había entrado en mi corazón y no estaba en este salón de baile esta noche. No, probablemente, él estaba en Northumberland, solo, leyendo junto a un cálido fuego. Era tan parecido a mí en gustos y preferencias que no podía imaginarlo en otro lugar. No es que pudiera simplemente elegir a un hombre que me amara y me entendiera, como mi madre creía. Ella también pensaba que podría simplemente elegir no entrar en un ataque de nervios cuando me colocaran en el centro de atención o me obligaran a bailar ante un montón de extraños.

Si tan solo fuera así de fácil.

Pasamos junto a la mesa de refrigerios y me acerqué más a mi madre para evitar golpearme el hombro con un hombre que buscaba una bebida. Él le entregó a la delicada debutante, que estaba a su lado, un vaso de limonada y una sonrisa sorprendentemente hermosa. Ella se rio.

Me abstuve de burlarme. Esa joven nos hacía quedar ridículas a todas nosotras cuando se reía solo por una sonrisa. Era una tontería. ¿Qué tenía de graciosa la limonada y una sonrisa gallarda? Quizás, yo era demasiado práctica para un romance.

—Una bebida refrescante para una joven refrescante —dijo el hombre, y su voz profunda provocó otra ronda de risitas. Era alto con hombros anchos y lucía un porte un poco relajado, aunque reflejaba dignidad. Su cabello castaño enmarcaba un par de ojos de color marrón verdoso, que estaban fijos en la debutante frente a él. Reprimí un suspiro irritado ante lo insípida de la escena.

Mamá no había terminado su campaña.

—Quiero que encuentres a un hombre que te ame tanto como tu padre me ama a mí.

Asentí hacia la escena romántica por la que estábamos pasando.

—Puedo garantizar que ninguno de estos hombres me amaría como papá te ama a ti.

El hombre levantó la vista y me miró a los ojos, y rápidamente di la vuelta, tirando del brazo de mamá para movernos más rápidamente por el salón. ¿Él había oído lo que dije? Hablaba en voz baja, igual que mamá, pero la forma en que levantó la mirada y sostuvo mi mirada me dejó un nudo en el estómago. Sus cejas se fruncieron y los ojos se entrecerraron, como si hubiera escuchado mis pensamientos de censura.

¡Oh! Necesitaba permanecer en la terraza el resto de la noche.

Mamá soltó un suspiro de sufrimiento que llegó hasta mi pecho y me llenó de remordimiento. Ella deseaba una hija que disfrutara de los eventos sociales, tanto como ella, y yo no deseaba nada más que la soledad y el consuelo de mis queridas amigas. Si pudiera cambiar mis deseos innatos para adaptarme mejor a ser la hija que ella quería que fuera, lo haría. Sin embargo, tal como estaban las cosas, no podía hacerlo. Mi corazón se aceleró y mis dedos temblaron ansiosamente. Necesitaba que me sacaran de este salón abarrotado de inmediato.

La señora Plumpley se interpuso en nuestro camino, con los ojos brillantes clavados en mi madre de una manera que dejaba claro que tenía un chisme de gran importancia que compartir. Una sola mirada a mamá bastó para saber cuánto preferiría quedarse dentro y escucharlo.

—Cynthia, ¿lo has oído? —preguntó la señora Plumpley.

Me aclaré la garganta.

—¿Por qué no te quedas aquí, mamá? Acabo de ver a la señorita Hutton salir y puedo acompañarla para tomar un rápido respiro.

Mamá me miró dubitativa y se inclinó para que la señora Plumpley no pudiera oírme.

—No quiero que te escapes y te quedes leyendo el resto de la noche, Lissy. ¿Recuerdas lo que pasó la última vez que lo hiciste?

El libro que había traído precisamente para ese propósito pesaba mucho en mi bolso, hundiendo el mango con cordón en mi muñeca enguantada. Ese era exactamente mi objetivo, pero esta vez planeaba ser más discreta, esperando no ser descubierta por un par de amantes ardientes y recién comprometidos.

Había sido una suerte que ninguno de los dos quisiera ser sorprendido, o muy bien podría haberme metido en serios problemas.

No obstante, la frente preocupada de mamá necesitaba suavizarse, así que le dediqué mi sonrisa más conciliadora.

—Solo tengo la intención de pedirle a la señorita Hutton que camine conmigo por el jardín.

—¿A la vista de los sirvientes?

—A la vista de todos —dije, señalando la terraza abierta llena de gente.

Mamá sostuvo mi mirada.

—Es mi deber proteger tu reputación, Lissy. No estoy tratando de arruinar tu velada.

—Debo darme prisa o no podré encontrar a la señorita Hutton entre la multitud.

Mamá parecía insegura, pero la señora Plumpley intervino para ayudarme sin saberlo.

—Ciertamente, Cynthia, nunca creerás lo que escuché esta noche.

—Muy bien. Pero… regresa rápido. —Mamá asintió.

—Si no he regresado al final del set es porque el señor Peel finalmente me arrinconó y me pidió un baile.

Ella negó con la cabeza, pero una pequeña sonrisa se formó en sus labios.

—Supongo que eso sería mejor que no bailar en absoluto.

Ahí era donde no estábamos de acuerdo. Me deslicé hacia las puertas abiertas de la terraza, aunque podía sentir la mirada ardiente de mamá en mi nuca. Necesitaría encontrar rápidamente a

la señorita Hutton, y rezar para que me permitiera quedarme con ella.

El aire fresco de la tarde corrió por mis cálidas mejillas e inmediatamente mis pulmones lo absorbieron. ¿Cuántas temporadas más me vería obligada a soportar, antes de encontrar la pareja que mamá soñaba para mí? Había pasado casi un año desde que conocí al señor Bradwell, y la probabilidad de volver a verlo se estaba volviendo tan escasa, como mi posibilidad de casarme con un hombre que ganaba seis mil al año.

Mi prima Jane me había sugerido que le escribiera una carta al señor Bradwell y se la enviara por correo junto con el libro que él me había prestado. Era un curso de acción razonable, pero el atrevimiento de escribir una carta a un hombre soltero siempre había detenido mi pluma, antes que pudiera poner tinta sobre el papel. Cuando nos separamos, le prometí al señor Bradwell, que le devolvería el libro que me había prestado, y él respondió con una sonrisa brillante, que lo esperaba con ansias. Esa había sido la única muestra de aliento que había recibido, el único indicio de que una unión era posible… y era frágil.

¿Qué pasaba si el señor Bradwell no hubiera sentido la misma conexión que yo tuve en nuestras conversaciones? ¿Y si no tenía interés en cortejarme o, peor aún, había conocido y desposado a otra mujer en los nueve meses transcurridos desde nuestro encuentro?

Todos estos escenarios eran posibles, lo cual me impidió tener el coraje de escribirle. Y como resultado, todavía estaba en posesión del libro que él me había prestado.

Seguramente, él ya debía creer que yo era una ladrona.

Divisé a la señorita Hutton al otro extremo de la terraza y giré en su dirección, pero un movimiento dentro del salón de baile captó mi atención. ¡Maldita sea! El señor Peel me volvió a encontrar. Fingí no verlo y giré en dirección opuesta, acercándome a la casa. Cerca de la pared había una maceta con un árbol y seguramente, detrás de él seguramente encontraría mi refugio en las sombras.

Pasé junto al árbol y no podía creer mi buena suerte. No me vería obligada a esconderme entre el follaje porque había puertas

francesas cerradas que daban a una habitación oscura, justo detrás. Miré entre las ramas hacia el salón de baile y encontré al señor Peel detenido en el centro de las puertas de la terraza, buscándome.

Si me encontrara, tendría que bailar y daba cualquier cosa por no bailar.

En silencio, giré la manija de la puerta, feliz de encontrarla abierta y la misma no chirrió en absoluto. Entré silenciosamente y cerré la puerta detrás de mí. La quietud en la habitación vacía y en penumbra era un bálsamo para mis nervios ansiosos. Di un paso suavemente, temiendo que alguien me siguiera hasta aquí, y avancé más adentro en la habitación.

Un fuego lento ardía en la chimenea, emitiendo suficiente luz para ver débilmente los estantes, que bordeaban las paredes, repletos de libros. Me quité los guantes, dándole un respiro a mis palmas húmedas, y los metí en mi bolso. Cogí una vela de la repisa y la encendí con el fuego de esa chimenea. Seguramente, no estaba desobedeciendo a mamá al mirar los libros. No tenía intención de leerlos ni siquiera sacar ninguno de los estantes.

Y había tantos libros maravillosos para ver. El baile de los Hutton se convirtió oficialmente en mi favorito de la Temporada, ahora que me encontraba sola en la biblioteca. Realmente no podía pensar en una mejor manera de pasar las horas restantes del baile.

Simplemente tendría que pedir perdón al final de la noche. Mamá podría estar enojada conmigo por un tiempo, pero si eso me salvaba de bailar sufriría su, ciertamente razonable, indignación durante los próximos días.

Los minutos pasaron en tranquila felicidad, mientras caminaba lentamente por los estantes, absorbiendo los diferentes títulos y tomando nota de cuáles me gustaría adquirir más tarde, como préstamo, en la biblioteca. Al contrario de lo que el señor Bradwell podría pensar de mí, yo no era una ladrona de libros. Después de todo, tenía intención de devolverle su novela algún día.

Me agaché y traje la vela para mirar los títulos de los estantes inferiores. Mucho Byron y nada de Shakespeare hasta el momento. ¡Mmm! Supongo que no todo el mundo puede tener buen gusto.

La puerta en el otro extremo de la habitación se abrió con un chirrido. Apagué la vela y me escabullí para esconderme detrás de la gruesa silla de madera. Mi corazón se aceleró. Miré a través del respaldo tallado de la silla. Vi a un hombre entrar y cerrar la puerta detrás de él. Lo maldije en silencio.

Esto era mucho peor que un par de amantes ardientes: este hombre no se distraería tan fácilmente.

Cruzó la habitación hacia el fuego y se sentó en un lujoso asiento cerca de la chimenea. Pasando una mano por su rostro, dejó escapar un largo y prolongado suspiro.

—¿Dama? Era una niña —murmuró.

Él me resultaba familiar y me incliné más hacia el respaldo de la silla para verlo mejor. Su cabello oscuro brillaba bajo la suave luz naranja y tenía los ojos cerrados, pero lo reconocí de inmediato como el hombre que antes estaba en la mesa de refrigerios: era el coqueto.

O tal vez su mayor defecto no era tanto ser coqueto como poco original. Una bebida refrescante para una joven refrescante. ¡Repugnante! ¡Qué desagradable de su parte!

Mis pies estaban empezando a quedarse dormidos, en mi posición agachada, y me moví para encontrar una manera más cómoda de sentarme. A juzgar por la repentina necesidad de una siesta de este hombre, era seguro asumir que estaría escondida aquí por un tiempo.

Ciertamente, no podía intentar escapar hasta que él hubiera salido primero de la habitación. No dejaría que me encontrara sola. La última vez eso casi me llevó a la ruina.

Mientras me movía, mi pie se enganchó en la enagua de mi camisón y tiré suavemente para eliminar el obstáculo. La cera caliente y abrasadora goteó sobre mi mano. Grité, dejando caer la vela con estrépito al suelo de madera.

El hombre junto al fuego se levantó rápidamente.

—¿Quién está ahí?

Cerré los ojos y respiré hondo. Mi corazón se aceleró por la inminente confrontación.

Él se puso de pie y repitió lo mismo.

—Dije, ¿quién está ahí?

Respirando tranquilamente, cogí el candelabro y la vela desechada. Me puse de pie.

—Perdone la intrusión, señor. Solo se me cayó la vela.

Me observó con una mirada perspicaz y un rostro impasible.

—Después de todo, supongo que no le entendí mal, antes en el salón de baile, cuando dijo que haría que la amara. Perdóneme por mi crítica directa, pero esta es una forma lamentable de atrapar a un hombre.

CAPÍTULO 2

—¿Atrapar a un hombre? —me burlé de su ridícula afirmación. Seguro que no lo decía en serio. —¡No he dicho nada semejante!

—Le oí decir que podría hacer que uno de esos hombres la amara como su papá amaba a su mamá. No piense que no noté la mirada de gato salvaje que me envió.

Hablaba en tonos medidos, como si esperara alejar a un gato salvaje.

¿Yo? ¿Un gato salvaje? Era absurdo.

—Creo que confundió la palabra "ninguno" por "uno".

Su mirada escéptica me llenó el pecho de frustración. ¿Estaría callado porque estaba considerando la posibilidad de que yo estuviera diciendo la verdad? No pude evitar insistir en mi caso.

—Olvida que yo estaba en la habitación primero, señor —dije, en mi defensa.

Él negó con la cabeza, tan molesto como atractivo.

—No, debe haberme seguido aquí. Apenas la vi en el salón de baile hace unos minutos.

No pude evitar la risa que burbujeó desde mi pecho. Qué ridículas ideas.

—Debo haber sido muy sigilosa para lograr tal hazaña. Apenas había entrado a la sala cuando dejé caer mi vela, una vela que había estado encendida lo suficiente como para acumular cera en la base.

Él miró mi mano.

—¿Eso fue lo que causó su exclamación? ¿Se lastimó?

Su voz, teñida con un toque de compasión, me engañó brevemente.

Coloqué el candelero de latón sobre una mesa cercana con un golpe y me crucé de brazos detrás de la espalda.

—Fue solo un poco de cera. Mi mano está perfectamente bien.

—¿Cómo puede estar tan segura de ese hecho si está en la oscuridad?

—¿Quiere que vaya a la luz, señor? ¿Cómo puedo estar segura de que no es usted quien intenta atraparme?

Él se burló, levantando ligeramente las cejas oscuras. Un pesado silencio nos rodeó brevemente.

—Supongo que podemos llegar a la conclusión de que ninguno de los dos entró a esta sala con intenciones nefastas, ¿verdad?

—Al contrario. Ninguna de mis intenciones por colarme en la biblioteca fue muy inocente —dije, apretando los labios y manteniendo las manos firmemente detrás de la espalda, haciendo que la quemadura en mi mano me pinchara. ¿Qué me impulsaba contradecir siempre? Era totalmente contrario a mi naturaleza.

Una pequeña sonrisa asomó en sus labios, atrayendo mi atención hacia su simetría perfecta. Este hombre era objetivamente apuesto, con una mandíbula firme y cejas gruesas y expresivas. Había algo en él que tiraba de un acorde dentro de mí, algo en su rostro que me resultaba familiar, pero no lograba ubicarlo. Nunca antes lo había conocido, pero debía haberlo visto por Londres o en otros bailes organizados por la alta sociedad, porque estaba segura de que se parecía a alguien que ya había conocido.

—¿Puedo preguntar qué plan corrupto la hizo buscar refugio en la biblioteca?

—Puede preguntar —respondí—, pero no creo que sea sabio contárselo.

Su cabeza se inclinó hacia un lado, intrigado.

—Ahora siento que debe hacerlo, o me veré obligado a creer que se escondió aquí esperando a que algún alma desafortunada se cruzara en su camino.

—¿Desafortunada? —pregunté, levantando las cejas.

—Sí. Siento pena por el pobre tonto que termine atrapado en matrimonio, y siento pena por la mujer desesperada que recurre a tales extremos para atraparlo.

—Su encanto es simplemente asombroso, señor —mi voz rezumaba sarcasmo mientras enderezaba los hombros—. Me tienta mantener mis razones ocultas de sus oídos censuradores.

—¿He sido demasiado directo?

—Bueno, sí. Pero es bastante... ¿cómo se dice? Ah, sí. Refrescante.

Si este hombre notó mi referencia a su coqueteo anterior en la mesa de refrigerios, no lo indicó.

—Si prometo no criticar sus razones, ¿me las contará?

No pude evitar sentirme intrigada por él. Quería saber por qué había escapado de un salón de baile que parecía hecho para elogiarlo y adorarlo.

—Solo si usted comparte las suyas a cambio.

Asintió cortésmente y extendió su mano.

—Podemos sellarlo con un apretón de manos.

Observé su mano. Un apretón de manos de caballero requeriría que cruzara la sala hacia la luz y expusiera mi lesión. Tal vez, si me apresuraba, no notaría nada extraño. No me caía bien la falsa simpatía. Aunque no había podido ver si la cera había dejado una marca tan roja como me había parecido. Podría verse perfectamente normal.

—Puede confiar en mí —dijo.

—No puedo confiar en un hombre que no conozco.

Me sostuvo la mirada y consideré la situación. No necesitaba confiar completamente en él, pero si demostraba ser algo más que el caballero que parecía, un grito rápido alertaría a cualquiera que estuviera caminando por la terraza, al otro lado de las puertas francesas.

Además, me sentía segura y, como mujer propensa a sufrir ataques de nervios, me había acostumbrado a escuchar los sentimientos profundos de mi cuerpo. Mi curiosidad se impuso y crucé la habitación hacia la luz del pequeño fuego. ¡Maldita sea mi pasión por las novelas de misterio! No podía salir de esta habitación sin saciar mi curiosidad.

Su fuerte mano todavía estaba extendida, y puse la mía en ella, curvando mis dedos desnudos alrededor de su mano enguantada. Me miró a los ojos y parpadeé para disipar mi sorpresa por la forma sutil en que me robó el aliento.

Si estar a solas con un hombre causaba sensaciones tan embriagadoras, no era de extrañar que a las jóvenes se les advirtiera que nunca se encontraran en esta situación.

Me moví para liberar mi mano, pero él la sujetó.

—¿Fue esta la mano que se lastimó?

Me burlé. Había hecho bien en no confiar en él.

—¡Es un canalla! Libéreme de inmediato.

Me miró con sinceridad.

—Después de verificar que no está herida. Es seguro decir que yo soy el causante de su lesión, ¿verdad? Supongo que estaba intentando esconderse de mí cuando derramó la cera sobre su piel. Por cierto, ¿dónde están sus guantes?

—En mi bolso, no es asunto suyo —respondí con una sonrisa descaradamente falsa—. No había anticipado que me interrumpirían durante mi lectura.

Me observó un momento más antes de tomar suavemente mi mano y acercarla al fuego. Giró mi palma hasta encontrar la marca roja en el dorso de mi mano y soltó una exhalación. Sus oscuras pestañas bajaron, su atención se centró en mi herida, y pasó un pulgar suavemente por ella, enviando un escalofrío por mi brazo.

—Debe ponerse un poco de ungüento de inmediato.

—Parece peor de lo que duele —respondí, retirando mi mano y sacudiendo los sentimientos que él había infundido en ella—. Mi piel es pálida, por lo que la marca se nota más. —No admitiré que me arde bastante.

Se aclaró la garganta y mantuvo las manos detrás de la espalda, un gesto elegante sin duda diseñado para tranquilizarme.

—¿Cuál es su razón para escapar del salón de baile?

—No bailo.

Sus cejas se alzaron.

—¿No disfruta del baile?

—No, señor. Como dije, no bailo.

Parecía tener problemas para entenderme, su rostro atractivo está arrugado en confusión.

—¿Es que nadie le enseñó a bailar?

—He tomado lecciones y sé todos los pasos. Simplemente no bailo.

—Hmm. —Miró al fuego y las pequeñas llamas danzaron en sus ojos. Su frente se frunció, luego se despejó, y me miró—. ¿No es... talentosa para bailar?

¿Esa era su manera educada de preguntar si era horrible bailando? No quería compartir mis verdaderas razones, así que esto tendría que bastar.

—Supongo que no, no. Escapé al jardín, y para... —aclaré la garganta y miré hacia otro lado— evitar a un pretendiente, me metí aquí. Cuando vi los libros, no pude evitar quedarme un poco antes de regresar con mi madre.

—Le gusta leer.

—Sí.

Sonrió ampliamente, y yo cerré la boca. No era de extrañar que aquella insípida joven se hubiera reído con la sonrisa de este hombre. Era irritantemente atractiva.

Se inclinó un poco hacia adelante, como si fuera a contarme un secreto.

—Creo que siente por el baile lo mismo que yo siento por los libros.

De inmediato cayó en mi estima. Levanté las cejas.

—¿Entonces por qué, si me permite, ha escapado a una biblioteca?

—Porque esta es la casa de mi madrina, y sabía que la biblioteca estaría vacía.

—¿Necesitaba una habitación vacía durante un baile para poder dormir una siesta? ¿Fue el baile demasiado cansador para usted, señor?

Se rio un poco, y un escalofrío recorrió mi pecho. No era un logro hacer reír a este hombre, a pesar de cómo había reaccionado mi cuerpo. Él no era más que un hombre.

—No fue del baile de lo que necesitaba para descansar. Fue de las ardientes jovencitas.

Recordé lo que había dicho cuando creía estar solo en la habitación. ¿Dama? Era una niña. ¿El pobre hombre había sido

atacado por una joven ansiosa recién salida de la escuela? Seguramente, la mujer a la que vi darle la limonada tenía diecisiete o dieciocho años, recién lo suficiente para casarse.

—¿Las señoritas eran demasiado apasionadas o demasiado jóvenes?

Él levantó la vista bruscamente.

—Las dos cosas.

No podía culparlo por creer eso, ya que parecía estar más cerca de los treinta que de los veinte. De mi parte, tengo veintidós años, pero me siento mucho mayor, casi todo el tiempo, especialmente cuando estoy rodeada de chicas jóvenes disfrazadas de mujeres.

Probablemente, las mujeres ahora se preguntaban a dónde se había escapado el apuesto caballero de cabello oscuro.

—Deberíamos volver al salón de baile, antes que nos encuentren solos, y los demás saquen las peores conclusiones.

Él asintió con la cabeza.

—¿Encontrará algo para aliviar su ardor? Puedo pedirle un ungüento a mi madrina. Estoy seguro que tendrá algo en su cocina para usar.

—No es necesario. No vivo lejos de aquí.

Abrí el cierre de cordón de mi bolso y saqué mis guantes.

—Le pediría un baile, pero aún no nos han presentado.

Me detuve a medio camino de subirme el guante hasta el codo.

—Y, por supuesto, está la barrera de que usted no baila —añadió él.

Eso me arrancó una pequeña sonrisa.

Me observó mientras terminaba de alisar mi guante.

—¿No haría usted una excepción a su regla por un nuevo amigo? Me han asegurado que sí conoce los pasos.

—Si recuerda, no se trata de mi conocimiento de los bailes.

—Tal vez no disfruta del baile porque aún no ha encontrado a la pareja adecuada.

Impertinente. Fijé mi atención en el guante que sostenía. ¿Acaso este desconocido insinuaba que él podría ser la pareja correcta para mí?

—O quizás —dije—, jamás bailaré, sin importar quién sea mi pareja.

—¿Quiere apostar sobre ello?

Deslicé los dedos dentro de mi segundo guante y alcé la mirada, encontrándolo aun observando mis manos.

—¿Qué clase de apuesta?

—Si logro demostrarle que bailar puede ser placentero, permitirá que nos presenten formalmente y bailará la siguiente pieza conmigo.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que encontraremos un conocido en común?

—Le recuerdo que este es el baile de mi madrina. Supongo que conoce a los Hutton, o de otro modo no estaría aquí.

Me había atrapado. La señorita Marianne Hutton y yo teníamos cierta amistad. De hecho, era su compañía la que fingía buscar cuando escapé a la terraza.

—¿Y si me desagrada tanto como espero?

Se pasó una mano por la mandíbula fuerte.

—Entonces, supongo que deberé pagar un precio.

—No hay nada que quiera de usted, señor.

—¿Nada?

La manera en que me miró, ladeando ligeramente la cabeza, resultaba encantadora. Lo único que yo deseaba era estar en casa, segura en mi habitación, lejos de la residencia Hutton.

Ah, ahí estaba. Él podía ser mi boleto de salida del baile antes de tiempo. Seguramente podría obligarme a un solo baile sin mayor inconveniente. Estábamos solos, sin público. Siempre lo había hecho perfectamente bien con mi maestro de danza cuando no había nadie más presente. Solo tendría que imaginar que este alto y apuesto caballero era un anciano arrugado de sesenta años con un aliento terrible.

—Si gano, que lo haré, debe buscar a mi madre para que pueda convencerla de irnos sin tener que volver a entrar al salón de baile. La señora Hutton seguramente le proporcionará la presentación necesaria para lograrlo.

—Trato hecho.

Demasiado fácil.

Él hizo una reverencia y luego me tendió la mano.

—¿Me concede este baile, señorita…?

—Por supuesto.

Ignoré la pregunta implícita en su tono, pues no pensaba darle mi nombre a un desconocido. Sin embargo, tuve que tragarme mis principios, ya que, evidentemente, mis firmes convicciones morales no se extendían a bailar con alguien sin haber sido presentados.

Eché un vistazo por encima del hombro hacia las puertas francesas y sentí su mano deslizarse sobre la mía.

—Nadie puede vernos aquí dentro. Está demasiado oscuro.

Tenía razón. El fuego se había reducido a un resplandor tenue. Apenas podía verlo, aunque mis ojos se habían ido acostumbrando poco a poco.

—¿Qué baile vamos a hacer?

—El vals.

—¿Nosotros solos?

—Se puede bailar sin una sala llena de gente.

—¿Y la música?

—No necesito ninguna. Solo siga los movimientos que evidentemente conoce bien.

Tomó mi mano y me condujo en una promenade alrededor de la pequeña alfombra frente al fuego, luego pasó a los siguientes movimientos, pretendiendo que otras parejas bailaban la misma coreografía con nosotros.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó, asintiendo hacia el bolso que colgaba pesadamente de mi muñeca.

—Un arma, en caso de que un hombre extraño me pida bailar sola en la biblioteca.

—Es un libro, ¿verdad?

¿Cómo lo sabía? Su sonrisa era prueba de que mi sorpresa me había delatado.

Continuamos moviéndonos a través de los pasos de la danza hasta encontrarnos frente al fuego, con nuestras manos levantadas por encima de nuestras cabezas, las otras manos alrededor de la cintura del otro. Fue con gran desconcierto que mi corazón empezó

a latir rápidamente y mis mejillas se sonrojaron, aunque no me sentí desmayada en absoluto. Estaba disfrutando de esta ridícula demostración.

Pero si estuviéramos en público, entre las otras parejas que normalmente componen el baile y la multitud de espectadores, no lo disfrutaría en absoluto. Mis manos se volverían cada vez más sudorosas, mi corazón golpearía contra mi pecho, mi respiración sería superficial y mi cabeza ligera. Era lo mismo cada vez, sin fallar. No bailaba porque me desmayaría. Casi siempre. No podía evitar la reacción biológica que tan ansiosa atención me causaba, tanto como no podía evitar sentir hambre con el estómago vacío o sueño tarde en la noche.

Él me miró desde arriba, manteniendo la posición, y mi corazón se aceleró.

—¿Se atreve a decir que no está disfrutando de este baile?

No podía decir la verdad en este momento, requeriría que obtuviera una presentación y bailara con él en público. Si su coqueteo anterior en la mesa de refrigerios era una pista, el hombre era algo coqueto. No deseaba caer en su trampa, y ciertamente no quería desmayarme esa noche en medio de un abarrotado salón de baile, especialmente durante tal aglomeración.

Y había algo que me rondaba en la mente, recordándome que este no era mi señor Bradwell. Cualquier coqueteo dulce que este hombre me lanzara era barato en comparación con la profundidad de conexión que había compartido con el señor Bradwell el verano pasado.

No había otra opción. Tenía que mentir.

Tragué saliva, nerviosa de que él percibiera el temblor en mi voz.

—En realidad, yo...

La puerta se abrió de golpe y una ráfaga de risas femeninas se filtró en la habitación. Sus manos se apretaron con el impacto, y luego nos apartamos rápidamente, pero no antes de que las mujeres que entraron en la biblioteca se detuvieran en la entrada y nos miraran, con la luz del pasillo entrando y bañándonos.

La señora Hutton se detuvo, poniendo una mano sobre su pecho, y las dos mujeres detrás de ella dejaron escapar un suspiro.

Oh, cielos. Esto no podía ser bueno.

—¿Madrina? —dijo el hombre. Dio un paso atrás, alejándose aún más de mí, y aclaró su garganta.

—¿Qué significa esto, James? —exigió la señora Hutton.

James. Qué nombre tan apropiado para el hombre, fuerte y firme. Me miró, luego volvió a mirar a las mujeres.

—No es lo que parece.

—En efecto —dije, con una voz pequeña y nerviosa—. Él solo me estaba enseñando a bailar. —A disfrutar del baile, específicamente, pero no era necesario ser tan explícita.

Una de las mujeres de atrás se burló en voz baja, y la maldije silenciosamente. No estaba siendo poco razonable. Si yo hubiera entrado en una habitación oscura y encontrado a dos personas aparentemente en un abrazo, también habría sacado conclusiones. Pero igual odiaba su reacción. Las otras dos mujeres se alejaron, dejándonos a solas con la señora Hutton.

—Vamos, señorita Thurston —dijo ella—. Debemos buscar a sus padres.

—Solo está mi madre —corregí—. Mi padre no pudo venir esta noche.

La señora Hutton entrecerró los ojos hacia James y luego asintió hacia mí.

—Vamos.

Dejé la habitación obedientemente, echando una mirada a James por encima del hombro cuando llegué a la puerta. Seguramente no habría consecuencias graves. Las tres mujeres podrían mantener esto en secreto. Si les importábamos algo nosotros, y estaba claro que a la señora Hutton le importaba James, desearían mantenerlo en secreto.

Las cejas de James estaban fruncidas, su expresión incómoda. Si él compartía los mismos temores que yo, ciertamente no compartía la misma esperanza. Parecía un hombre esperando una condena.

Pero él era inocente. Y yo lo demostraría.

CAPÍTULO 3

—Señora Hutton —imploré, alcanzando su brazo, cuando cerró la puerta de la biblioteca detrás de mí—. Solo digo la verdad. Nunca había visto a James, antes de esta noche. Busqué un respiro lejos del salón de baile y...

—Ese fue su primer error. —Ella sacudió la cabeza y empezó a caminar por el pasillo—. Su madre va a quedar devastada.

—Pero, no hicimos nada malo...

La señora Hutton hizo una pausa. Volteó hacia mí con los ojos muy abiertos y sacudiendo la cabeza.

—Eso no importa… no puedo detener la marea de chismes que ahora se está extendiendo por mi salón de baile. ¿No vio quién estaba detrás de mí cuando abrí la puerta y los descubrí juntos?

—Me temo que no conozco a ninguna de esas mujeres.

Ella cerró los ojos y se presionó las sienes con las yemas de los dedos enguantados.

—Confío en James. Si dice que no fue más que un baile, le creo. Pero, poco importa lo que yo creo. Usted y él serán la comidilla de Londres, a medianoche. Su madre necesita estar al tanto y usted debe irse lo más rápido posible.

Mi corazón se aceleró y me moví para seguir a la señora hacia el salón de baile. Cuando llegamos al final del pasillo, ella extendió una mano para detenerme.

—Espere aquí. Iré a buscar a su mamá y debe pensar en lo que piensa decirle.

Asentí y di un paso atrás, apoyando mi espalda contra la pared. Mis ojos se cerraron y controlé mi respiración. ¡Qué ridículo de mi parte fue aceptar ese baile! ¡Qué estúpida e ingenua fui al creer que no nos encontrarían, y que mi comportamiento no tendría ningún reproche! Me había envuelto la cálida sensación de tener toda la

atención de un hombre guapo, y permití que la embriagadora emoción nos envolviera, creyendo falsamente que éramos intocables, en nuestro pequeño ambiente.

—Mis más sinceras disculpas —dijo una voz en tono bajo, y abrí los ojos para encontrar a James parado, aparte de mí, con el arrepentimiento escrito en su mirada abatida.

—James —susurré.

Sus ojos se dirigieron hacia mí y sus labios se abrieron.

Tragué.

—No estoy segura cuál es el mejor curso de acción...

—Esto no es todo —dijo la señora Hutton, apareciendo de nuevo, con mi madre justo detrás de ella.

Mamá miró de James a mí. La confusión y el dolor salpicaban sus cejas negras.

—Ven, Felicity. Nos vamos.

Me alejé de la pared y pasé junto a James sin mirar más, dirigiendo mi atención a nuestra anfitriona.

—Perdóneme, señora Hutton.

Ella suspiró, sacudió la cabeza y el peso de mis errores cayó como piedras sobre mis hombros. Luego pasó a mi lado.

—Ven, James… el señor Hutton guarda brandy en la biblioteca y parece que te vendría bien un trago.

Seguí a mamá hasta el carruaje que nos esperaba y subí al interior. Mis tontas acciones habían avergonzado mi apellido, y no había nada que pudiera hacer para detener la marea que solo florecería y crecería, en las lenguas chismosas de la alta sociedad.

—Los chismes estarán por todas partes por la mañana.

—Así es. —Estuve de acuerdo. ¿No? Gracias a las amigas de mamá y su afinidad por difundir información, ya sea falsa o no, aquella noche fui testigo, dos veces, de una conversación en voz baja entre mamá y una amiga, y vi a mi madre lamiendo con avidez los detalles que le proporcionaban. Entonces, eso me repugnó y ahora detestaba esta situación.

—¿Qué pensará tu padre?

—Estoy segura que nos lo dirá cuando regrese del club.

De repente, la quemadura en mi mano me recordó su presencia y agradecí la distracción de mi terrible situación. Miré mis manos y tracé los lugares donde James las había sostenido. Estaba segura de no volver a verlo nunca más, sobre lo cual estaba agradecida, pero mi piel zumbaba, donde él me había tocado. Sentía la forma en que su pulgar había limpiado con cautela el perímetro de mi quemadura, como si por arte de magia él esperaba aliviar el dolor.

Cerré los ojos y ahuyenté el sentimiento. ¿Estaba ahora destinada a convertirme en una solterona? ¿Qué caballero de buena reputación me aceptaría como novia con esta mancha ahora sobre mi nombre? Seguramente, el señor Bradwell no lo haría. Debería enviarle su libro mañana, por correo, sin ninguna nota. Mis posibilidades de casarme se habían desvanecido esta noche... y todo por mi culpa.

—No hay manera de recuperarse de esto, ¿cierto?

—Tenemos algunas opciones —dijo mamá—. Pero, tu padre tendrá la última palabra.

La esperanza floreció dentro de mí.

—¿Opciones?

Mamá suspiró y el carruaje se detuvo frente a nuestra casa.

—Si te casaras con ese hombre...

—¿James? —pregunté, horrorizada—. No puedo casarme con él. No lo conozco.

La boca de mamá se apretó formando una línea firme.

—Sin embargo, lo llamas por su nombre de pila.

— Solo porque no sé ningún otro nombre con el que llamarlo. —Me defendí de esa manera—. Ni siquiera sé su apellido. La señora Hutton lo llamó James y eso fue todo.

—No podemos localizarlo, si no sabemos quién es. —Los ojos de mamá se cerraron y parecía estar implorando por paciencia.

—Si hay que creerle a la señora Hutton, nuestros nombres estarán irrevocablemente conectados por la mañana. Estoy segura que entonces no tendrás dificultades para conocerlo.

—Cierto. —Sus ojos se dirigieron hacia mí.

—Pero, no me casaré con él y no podemos esperar que acepte casarse conmigo. Fue solo un baile, mamá. Los dos estábamos escapando del salón de baile. Seguramente, esa decisión tan tonta no debería obligarnos a pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Ella abrió la puerta y tomó la mano del lacayo, que la esperaba, antes de salir a la calle. La seguí escaleras arriba y esperé, cuando se detuvo en la puerta de nuestra casa. Ella volteó hacia mí.

—Nos has colocado en una posición muy incómoda, Felicity, diga lo que diga tu padre, debes aceptarlo. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, haciendo lo mejor que pude para mantener la vergüenza y el arrepentimiento en mi voz. Estábamos en un lío por mi propia culpa, y encontraría una manera de salir del mismo para restaurar nuestro buen nombre de cualquier manera… pero, nunca me casaría con un extraño—. Haré lo que sea necesario.

* * *

Mi padre era un hombre de voz suave. Disfrutaba de actividades tranquilas al aire libre como cazar y montar a caballo, y nunca levantaba la voz. Por lo general, apreciaba su naturaleza pacífica. Sin embargo, la forma tranquila y pensativa con la que me miró esta mañana, mostrando sus ojos desviados y la tristeza filtrándose por su frente, casi me destruyó. Lo había decepcionado y eso me dolió mucho más que cualquier regaño que pudiera lanzarme. Deseaba que despotricara, delirara y gritara.

Él permanecía de pie junto a la chimenea, jugueteando con su reloj de bolsillo.

—No podemos confiar en el buen carácter de este hombre, Cynthia. Hasta ahora ha demostrado que no es nada bueno.

Los labios de mamá se apretaron y sus ojos ensombrecidos miraron la luz de la mañana, que se filtraba a través de la ventana del salón. Ella caminó detrás del sofá.

—Quizás lo mejor será unas vacaciones más largas.

Papá asintió y se sentó en el sofá frente a mí. Yo estaba presente, pero realmente ninguno de mis padres me hablaba.

—Seguramente, tu prima estará encantada de recibirte, Felicity, en el castillo Arden —dijo papá—. Debes sentirte sola ahora que Jane se ha casado.

Mamá parecía menos convencida y continuó paseando.

—O tal vez lo ideal sería visitar a Jane y su nuevo marido. Solo se necesitaría un año, más o menos.

—¿Visitar a Jane y Ewan en Escocia? —cuestioné, llamando la atención de mis padres. Adoraba a mi prima, pero no estaba segura de poder soportar vivir separada de mi familia durante un año entero... y tan lejos—. ¿Quieres enviarme a Escocia por un año?

Mamá se acercó a donde mi padre estaba sentado en el sofá, frente a mí, y se sentó a su lado. Él tomó esa mano y la sostuvo en su regazo. Siempre habían parecido un frente unido con una relación fuerte y saludable, y exactamente, eso era lo que yo había querido emular algún día, en mi propio matrimonio. Pero ahora sentí el aguijón de la separación provocada por mi irreflexión y presentada por el espacio entre nosotros. Se había abierto un abismo y mis padres estaban completamente fuera de mi alcance.

—Solo será hasta que los chismes se hayan calmado —dijo papá—. Entonces, podrás regresar, nos uniremos a la sociedad y demostraremos...

—No. Eso no funcionará. —Mamá frunció el ceño. Me quitó un peso de encima escuchar su objeción. ¿Se me podría permitir quedarme con ellos? —. Si enviamos a Felicity fuera, por un año, y luego regresamos, esto solo confirmará los rumores. Toda la sociedad creerá que se fue para dar a luz a un bebé. Si permanece en la ciudad, al menos su cintura puede demostrar su inocencia.

Mi alivio duró poco. Si me quedaba en la ciudad, me someterían a la censura de la alta sociedad. Aunque me sentí un poco aliviada por el simple hecho que mis padres creían que yo era inocente, pero no había ningún curso de acción disponible para mí que no fuera del todo desagradable.

—Si Felicity se casara —dijo mamá en voz baja—. Al menos podría irse y no tener que soportar los desaires ni los desprecios de sus amigas de la ciudad.

¿Desaires? ¿Desprecios? ¿Mis propias amigas, por muy pocas que fueran, caerían tan bajo por un rumor?

—¿No creen que tal vez estamos preocupándonos por nada? —pregunté con ligereza. No me podía imaginar a Marianne Hutton o Eliza Gould dándome la espalda de esa manera.

—No —dijo mamá sin dudarlo.

—Pero el baile de los Pickering es esta tarde. ¿Qué pasaría si asistiéramos y...?

Un golpe en la puerta del salón cortó mis palabras hasta el fondo y cerré la boca. Mis padres miraron la puerta, como si allí tuvieran que rendir cuentas.

—Adelante—dijo papá.

Un lacayo ingresó en la habitación y se acercó a papá, llevando una bandeja de plata con una tarjeta. Papá levantó la tarjeta y mamá leyó el nombre por encima de su hombro. Ella me miró.

—¿Mencionaste anoche que se llamaba James?

Asentí.

—Entonces, ha venido a hacer una visita.

Mis pulmones se contrajeron. Era incapaz de respirar por completo.

Papá se levantó inmediatamente.

—Me reuniré con él, en el estudio.

Mis padres intercambiaron una mirada y papá asintió en un código tácito. Fuera lo que fuese lo que habían acordado, no creía que lo fuera a encontrar muy agradable.

El clic de los zapatos de mi padre sobre el suelo de madera marcaba el ritmo de mi pulso acelerado. No podía creer que James estuviera ahora en mi casa, que esperara una reunión con papá en la entrada, dos pisos debajo de nosotros. El silencio era denso en la habitación y no podía soportar quedarme quieta ni un momento más.

Mamá levantó la cabeza, cuando me puse de pie.

—¿A dónde vas?

—A la reunión. Hablarán de mí, ¿no?

—Es mejor dejarle esto a tu padre, Felicity.

¿Felicity? Mi madre rara vez me llamaba por mi nombre completo y, sin embargo, esta vez sus labios no pronunciaron "Lissy", a pesar de que la decepcioné. Respiré profundamente.

—No puedo dejar mi futuro en manos de otras personas. Seguramente, al menos, no me negarán que escuche.

Siempre había sido callada y reservada, optando a menudo por leer en lugar de participar en cualquier opción social que se me presentara. Nunca hacía escándalos, y no le causaba mucho dolor de cabeza a mis padres. Siempre había sido una hija ejemplar, y mis acciones hasta ahora habían dado a mis padres razones para creerme de inmediato cuando les decía que no había hecho nada inapropiado con el caballero en la biblioteca. ¿No debería ser esto extendido a este momento también?

—A tu padre no le gustará esto.

—Entonces, puede que me expulse de esa reunión —dije y salí de la habitación. Estuve agradecida porque mi mamá no me detuvo.

CAPÍTULO 4

El estudio de mi padre estaba en la planta baja de nuestra casa y mi corazón se aceleró cuando llegué allí. La gruesa puerta de roble estaba cerrada y me quedé en el pasillo frente a la misma, mirando el pomo de latón, en relieve, y rogando que mi pulso disminuyera inmediatamente. Tendía a evitar la confrontación a toda costa, pero más que eso, temía con lo que me encontraría.

Aunque era un coqueto, la noche anterior James parecía un hombre amable. ¿Qué revelaría la dura luz de la mañana?

Me levanté y pensé en Ester de la Biblia y en la forma en que se acercó a su rey sin que nadie se lo pidiera. No estaba violando ninguna ley al acercarme a mi padre, pero seguramente, él no deseaba esto.

Podría ser tan valiente como Ester.

Mi mano se cerró en un puño y llamé a la puerta dos veces, antes de girar el pomo, y entrar. Mi padre estaba sentado en su escritorio y James permanecía frente a él. Ambos hombres voltearon hacia mí, mientras yo seguía en la puerta. Los ojos de James estaban turbios. Sus cejas oscuras lucían dibujadas y serias. Llevaba una chaqueta marrón sobre un chaleco bronce, y su ropa estaba muy bien hecha, aunque de diseño simplista. No parecía contento de verme, y solo podía imaginar cuán profundamente él lamentaba nuestro baile.

—No es un buen momento, querida —dijo papá.

Me aclaré la garganta y volví a considerar a Ester. Sin embargo, esta era mi vida y mi error. Me ocuparía de encontrar una solución que nos conviniera a todos.

—Siento que es importante que me incluyan en esta conversación, papá. Después de todo, es culpa mía que nos encontremos aquí.

James se levantó, como si lo hubiera pensado en el último momento, y se pasó una mano por el pelo.

—Yo también tengo la culpa.

La suavidad de su tono profundo me sorprendió, aunque no sabía por qué: no me había dado ninguna razón para creer que estaba enojado conmigo. Su disculpa en el pasillo la noche anterior no hizo más que demostrarlo.

Traté de alejar la mariposa que actualmente estaba corriendo alrededor de mi abdomen. No me gustó el sentimiento, pero sabía que era producto de la compasión de James.

—Supongo que eso ya no importa —expresó papá—. Hemos llegado a una decisión, que complacerá a ambas partes.

Miré entre ellos.

—¿Cómo se puede complacer a ambas partes, si yo no fui incluida en la toma de la decisión?

Las cejas de papá se juntaron, e inmediatamente me di cuenta que se refería a él mismo como una de las partes en cuestión. Y esto agradó tanto a James, como a mi padre.

—Necesitaremos su permiso, por supuesto, para poder seguir adelante —dijo James.

Esto fue un gesto de amabilidad, que ninguno de mis padres me había ofrecido hasta el momento, y le lancé a James una mirada de gratitud.

—Entonces lo dejaré con eso —destacó mi padre, levantándose de su asiento.

¡No! ¡Oh, no, no, no! La única razón por la que papá nos dejaba en paz era porque James necesitaba pedirme formalmente que me casara con él.

—¿No nos estamos moviendo demasiado rápido? —pregunté, aunque mis palabras no frenaron la huida de papá.

—Hemos llegado a un acuerdo, Felicity.

—Sí —dije, tomando la manga de mi padre, antes que él pudiera abandonarme por completo—. Pero, ¿no hemos escalado la situación a una velocidad alarmante? Todavía no hemos probado la fuerza de los rumores...

—Al contrario —replicó James—. Hice eso anoche, pero, se mueven tan rápido y son muy volátiles, tal como lo predijo mi madrina.

Un miedo frío se instaló en mi estómago, y agarré con más fuerza la manga de mi padre con la esperanza de mantenerlo conmigo. No podía volver a estar a solas con James tan pronto. Mi corazón se aceleró y mis extremidades se sentían débiles.

—Pero, tal vez deberíamos intentarlo, una vez más, antes de tomar una decisión que afectará el resto de nuestras vidas. Seguramente, si asistimos al baile de los Pickering, esta noche, nuestra voluntad de asistir a un evento social demostrará que no tenemos nada que ocultar.

—No importa que no tengamos nada que ocultar —aclaró James—. Se trata de nuestros buenos nombres.

Nuestros buenos nombres. En mi estado de estrés, había olvidado que mi familia no era la única que sufriría estos rumores. James podría tener hermanas con la esperanza de casarse, quienes estarían perjudicadas por un escándalo. Aunque yo no tenía hermanas, y por eso sentía que podía soportar convertirme en una paria social, y de todos modos, no me interesaba asistir a eventos de la sociedad.

Pero… a mi mamá sí. Ella adoraba la sociedad. Todo lo que aceptaría sería únicamente por su bien y el de mi padre. Ellos prosperaban en Londres y no podía quitarles esa dicha.

—¿No podemos al menos probar la volatilidad esta noche, antes de tomar estas medidas drásticas? Seguramente, ¿otro baile más no puede hacernos tanto daño? —supliqué.

Papá vio a James, pero cuando seguí su mirada, encontré a James observándome. Su rostro era firme, ahora faltaba la tristeza que estaba presente antes.

—Puedo aceptar posponerlo un día más, si eso es lo que requiere la señorita Thurston.

A mi padre no le gustó esto.

—Preferiría que el asunto se resolviera, ya…

James dio un paso hacia nosotros, sosteniendo su sombrero en sus manos.

—Supongamos que resolvamos el asunto ahora, pero esperemos para hacer cualquier anuncio hasta que lo tengamos… confirmado… esta noche, en el baile de la sociedad. Si estamos de acuerdo en seguir adelante, sería el lugar ideal para hacer nuestro anuncio.

Apreté con más fuerza la manga de papá y él miró mi mano, y luego a mí.

—Muy bien. —Él abandonó la habitación y cerró la puerta detrás de él, dejándonos en un silencio denso.

—Todo esto es tan ridículo —dije, levantando la mirada para encontrar a James mirándome pensativamente.

—Y pensar que la mayoría de la gente cree que ha logrado, hábilmente, atraparme para casarme, señorita Thurston.

Mis mejillas se llenaron de calor y él debió darse cuenta de la irreflexión de sus palabras. Dio un paso adelante.

—Perdóneme. Eso fue una falta de tacto.

—De hecho, así fue.

—Solo quise decir que nuestra situación parece…

—Sí, entiendo lo que quiere decir. Es injusto, en verdad, que me culpen cuando fui yo quien intentó salir de la biblioteca, y me convenció para que adoptara una posición comprometedora.

—Quizás deberíamos abstenernos de señalarnos con el dedo. No queremos empezar una vida juntos bajo un tono tan acusatorio.

Empezar una vida juntos. Puntos negros inundaron mi visión y mi estómago se revolvió. No podía casarme con un hombre que acababa de conocer. ¿Qué tal si realmente tenía cuarenta años y solo parecía joven o tenía una fuerte inclinación por el pastel de pescado? No podría soportar sentarme a la mesa con cabezas de pescado asomando de una corteza dorada de pastel durante el resto de mi vida.

—Se ve pálida.

—Gracias —dije con algo de sarcasmo, pero le permití tomar mi mano y llevarme a una silla.

Se arrodilló frente a mí, de modo que casi estábamos a la misma altura, y colocó su sombrero sobre el escritorio de papá. Su ceño se frunció en preocupación.

—¿Está usted enferma?

Negué con la cabeza.

—Solo estoy empezando a aceptar esta terrible situación.

James sonrió.

—Al menos, puedo ver que usted está decidida a mantenerme como un hombre humilde.

—No sabía que ya poseía esa admirable cualidad. Pensé que se la estaba enseñando yo.

Él rio y tomó mi mano entre las suyas. Nuestra proximidad me robó el aliento, y luché por encontrar dónde posar la mirada. Me fijé en sus ojos y noté que eran una mezcla encantadora de verde y marrón, con motas doradas en el centro.

Era ridículo lo fácil que era perderme en ellos.

—Aprecio su consideración —dijo—. Y puedo ver que no toma acción sin una evaluación profunda. Yo asumo igual parte de la culpa...

Levanté las cejas y él sonrió.

—Muy bien, asumo la mayor parte de la culpa por la situación en la que nos encontramos, y me gustaría rectificarla de la única manera que se me ocurre.

—¿Ha reflexionado lo suficiente sobre esto? —pregunté—. Tal vez hay una respuesta que aún no hemos encontrado.

La boca de James se curvó en una media sonrisa.

—Sacrifiqué sueño anoche pensando en nuestra situación. Consulté a confidentes de confianza, y creo que este es el mejor camino a seguir.

Pensé en la mujer que vi coqueteando con él en la mesa de refrigerios la noche anterior y me di cuenta de lo poco que sabía sobre su vida.

Aún sostenía mi mano, y yo cubrí la suya con la otra, mis dedos desnudos rodeando los suyos. Pareció quedar inmóvil, pero no solté mi agarre.

—No soy tan ingenua como para esperar amor, pero no puedo seguir adelante si sé que usted estima a otra mujer.

El Sr. Bradwell ya estaba fuera de la cuestión para mí, por lo que pude admitir con seguridad que entraba en cualquier acuerdo

sin inhibiciones.

James aclaró su garganta, su mirada oscilando entre mis ojos.

—No tengo a nadie en mi corazón, señorita Thurston.

—Pero ayer, cuando lo pasé en el salón de baile, usted parecía...

—No hay ninguna mujer que tenga algún derecho sobre mí, lo juro.

Me relajé y retiré mis manos de las suyas. Él las retomó y miró hacia abajo, levantando mi quemadura para verla mejor.

—¿Se ha puesto alguna pomada en su herida?

—No, pero como puede ver, ya parece estar mejor.

—Parece tan roja como lo estaba anoche.

—Bueno, ya duele mucho menos.

Él levantó la mirada.

—¿Así que admite que le dolió anoche? ¿Por qué insistió en lo contrario?

—Porque no podía hacerlo ir al salón de baile en busca de pomada.

—Veo que no tendremos un matrimonio aburrido, señorita Thurston.

—No sabía que ya habíamos acordado tener algún matrimonio en absoluto —susurré.

James sostuvo mis manos, aún de rodillas. Fue el gesto más romántico de mis veintidós años, y me obligué a recordar que él no tenía opción en el asunto. Esto no se trataba de mí, no realmente.

—¿Por qué está usted aceptando esto? —pregunté—. Seguro que podría irse de la ciudad por unos meses y regresar en la próxima temporada, con su reputación intacta.

—Posiblemente, pero una vez le hice una promesa a mi madre, y esa promesa requiere que no me aleje de usted. No podría vivir conmigo mismo de otra manera. —Le sonrió un poco—. Vine a Londres con la intención de encontrar una esposa, así que no es un acuerdo tan odioso para mí como podría pensar.

Asentí. La curiosidad me picó por preguntarle sobre la naturaleza de la promesa que le hizo a su madre, pero parecía una pregunta íntima, y no me animé a decirla en voz alta.

Había algo extrañamente aliviador al saber que James se sentía listo para casarse, y que yo no lo había obligado a una situación para la que aún no estaba preparado.

Me apretó los dedos.

—Señorita Thurston, ¿aceptará convertirse en mi esposa?

Mi estómago dio un vuelco como una paloma en vuelo, y respiré hondo. Estaba mal preparada para cómo se sentiría esto. A pesar de mis protestas, disfrutaba la forma en que James elevaba mi ánimo con aparentemente poco esfuerzo.

—Sí, James. Lo haré.

Sonrió suavemente y continué.

—Pero solo si nuestra situación es irreversible.

Él moderó su sonrisa y asintió.

—Muy bien. La veré esta noche en el baile de los Pickering.

Se levantó y cruzó hacia la puerta, y yo me levanté también.

—¿James?

—¿Sí? —Se giró y esperó.

—¿Cuál es su apellido?

Él sonrió.

—Estoy seguro de que en todas sus fantasías de la infancia sobre cómo sería su boda, no imaginó que tendría que pedirle a su prometido que le suministrara su apellido después de quedar comprometidos.

Me reí suavemente.

—No, no lo imaginé así.

—Es Bradwell, señorita Thurston. Mi apellido es James Bradwell.

Al quedarme sin palabras, no pude hacer más que asentir mientras James me hacía una suave reverencia y se marchaba de la habitación.

Resultó que debía convertirme en Felicity Bradwell, después de todo. El problema era que me estaba casando con el Sr. Bradwell equivocado.

CAPÍTULO 5

Mamá estaba sentada frente a mí en el carruaje con la mirada inquieta.

—¿Estás segura que deseas hacer esto, Felicity? Simplemente podemos entrar y anunciar el compromiso de inmediato. Quizás podamos frenar algunas lenguas, antes que se muevan excesivamente.

—Estoy segura. —Jugueteé con el borde transparente de la capa de mi vestido. Las flores azules estaban destinadas a iluminar mi cabello rubio rojizo, pero no estaba segura de que hicieran mucho más que agregar un gran gasto al vestido, que ya era costoso. No necesitaba el bordado, pero mamá había deseado que mis vestidos fueran los mejores para escapar de la censura del esnobismo hiperactivo, presente en la mayoría de los eventos de sociedad.

Papá me miró expectante y yo dirigí mi atención hacia él.

—¿Tiene el señor Bradwell fondos suficientes o quedaste obligado a aportar una buena dote?

—Le entregaré una cantidad generosa que permanecerá a tu nombre, independientemente de lo que le pase a tu marido.

—Es simplemente una precaución —explicó mamá—. Si tu marido muere repentinamente, no quedarás desamparada, cuando sus bienes pasen al siguiente heredero.

Asentí, consciente del propósito.

—¿James no necesitaba nada más para él?

Papá negó con la cabeza.

—Él no quiso.

Nuestro carruaje se detuvo y seguí a mis padres desde el vehículo hasta la casa. Había pasado todo el día considerando mi situación, pero todavía no podía encontrarle sentido. ¿Estaba James

relacionado de alguna manera con el señor Bradwell que conocí el año pasado en Northumberland, o era una mera coincidencia que ellos compartieran ese apellido? Había pasado los nueve meses anteriores, desarrollando un sentimiento por mi señor Bradwell, y los acontecimientos recientes me habían obligado a dejar de lado esos sentimientos por el nuevo futuro, que se avecinaba ante mí. No podía conciliar el hecho que posiblemente me relacionaría con ese hombre de alguna manera.

Entramos a la casa y nos unimos a la fila de recepción para saludar a nuestros anfitriones. Las puertas del salón de baile estaban abiertas frente a nosotros. Una luz naranja fluía desde la habitación hacia el pasillo, y me incliné más hacia mis padres, a medida que nos acercábamos.

—¿No te parece extraño que el señor Bradwell comparta apellido con el caballero que nos ayudó, cuando nuestro carruaje se rompió el año pasado?

Papá me miró de manera rara.

—¿Extraño? Esa fue una de las razones por las que me sentí lo suficientemente cómodo como para aceptarlo. Ya habíamos conocido a un miembro de la familia del señor Bradwell, y el hombre demostró tener un carácter excelente, durante nuestra terrible experiencia el año pasado.

—¿Ellos están relacionados?

—¡Cielos! Querida, ¿no lo sabías? —susurró mamá, mientras la pluma se balanceaba en su tocado—. Esos hombres son hermanos.

Mi corazón cayó hasta mi estómago, y miré hacia arriba, cuando entramos al salón de baile para encontrar a James parado frente a mí, mirándome ingresar a ese sitio. Mis hombros se enderezaron inmediatamente y sostuve su mirada. ¿Hermanos? Eran igualmente guapos, pero no se parecían en nada, aparte del pelo oscuro. Pero más de la mitad de los hombres, en este salón de baile, poseían cabello oscuro, por lo que no se me podía culpar por no ver esa característica distintiva.

—¡Ah! Señorita Thurston —dijo la señora Pickering, haciéndome una reverencia. Sus altas plumas blancas temblaron

cuando volvió a levantar la cabeza y yo le devolví el gesto—. No sabía si tendríamos el placer de su compañía esta noche.

—Me alegro muchísimo de estar aquí, señora Pickering, y su salón de baile luce sencillamente impresionante.

La mujer se acicaló como un pájaro, cuya pluma adornaba su cabello, y yo me escabullí, siguiendo a mis padres. Quería poner a prueba mi aceptación social y demostrarles a mis padres que el matrimonio era una acción innecesaria, pero busqué en el salón y no pude encontrar a nadie a quien pudiera llamar amigo o amiga.

Mamá vino a mi lado con una sonrisa nerviosa, mientras papá se escabullía para localizar la sala de juegos.

—No estoy segura a dónde ir. Veo a muchas de mis amigas, pero no podría soportar que me rechacen.

—No serás rechazada —dije con más confianza de la que sentía.

Di otro recorrido por el salón de baile y noté que James caminaba hacia nosotros.

Hizo una reverencia, una vez que llegó a nuestro lado.

—Buenas noches.

Extendí mi mano, él la tomó y me dio un beso en el dorso de mi guante. La presión de sus labios estaba directamente sobre la quemadura, que había recibido de la vela, y me cortó la respiración. ¿Lo había hecho intencionalmente? Cuando levantó la cabeza, el brillo en sus ojos demostró que, efectivamente, había sabido exactamente lo que estaba haciendo.

Mi ánimo no pudo evitar fortalecerse con la descarada referencia a la reunión que, para empezar, nos había catapultado a este lío.

—¿Ha encontrado usted a la sociedad de su agrado? —preguntó él suavemente.

—No he tenido tiempo suficiente para valorarlo —respondí—. Y mi madre tiene demasiado miedo para hacerlo.

—¿Puedo tener su baile de la cena, señorita Thurston?

—No quiero causarle decepción, señor Bradwell, pero creo que ya me he expresado con claridad en cuanto a mi opinión sobre el baile.

—Y, sin embargo, se encuentra usted en un baile.

—Oh, Felicity —regañó mamá suavemente—. No puedes rechazar al hombre.

—Sí —añadió James con una sonrisa—. No puede rechazarme. Además, creo que me debe un baile.

Un leve desdén salió de mi garganta.

—Usted no ganó la apuesta anoche.

—Creo que sí gané, pero fuimos interrumpidos antes de que pudiera admitirlo.

No era bueno empezar nuestro matrimonio con una mentira, así que no pude argumentar en contrario. Pero no podía hacerlo. No podía estar a su lado mientras la energía nerviosa me llenaba al punto de desmayarme. Ya mis nervios estaban al límite; desmayarme solo lo asustaría y me haría parecer una tonta.

—Debo encontrar a Marianne o Eliza. Necesito demostrar que nada ha cambiado para mí.

La sonrisa de James se volvió tensa.

—Ah, sí. No permita que me interponga en su oportunidad de librarse de cualquier obligación hacia mí.

Era imposible saberlo con certeza, pero casi sonaba como si James estuviera herido por la mera idea. No podía reconciliarlo. Tal vez no estaba acostumbrado al rechazo o al concepto de que una mujer no quisiera cambiar toda su vida para casarse con él, fuera extraño o no. Era extremadamente apuesto, bien considerado y de una familia respetable, además de contar con suficiente dinero como para no necesitar un enorme dote. Así que su confianza parecía estar justificada.

Era evidente que él se conformaba conmigo, o con la perspectiva de ya no tener que buscar esposa y, sin embargo, no actuaba como si eso fuera el caso.

Marianne Hutton entró en la sala del brazo de su madre.

—Debo ir a ver a mi amiga. Lo... encontraré más tarde, James, si eso es lo que desea.

—Lo deseo —dijo él en voz baja.

Me alejé antes de que pudiera pensar profundamente en el significado detrás de su comportamiento esa noche y crucé la cada

vez más llena sala de baile hacia los Hutton. La señora Hutton se había detenido a hablar con otra mujer, pero Marianne estaba a unos pasos de distancia, y me acerqué a ella, haciendo una reverencia.

—Buenas noches, Marianne.

Ella parecía sorprendida, su mirada saltó de mí a su madre.

—B...buenas noches, Felicity.

—No tuve la oportunidad de hablar contigo anoche, pero tu baile fue hermoso.

Tragó con dificultad, su mirada nuevamente se desvió hacia su madre. Inclinándose, bajó la voz.

—No puedo ser vista hablando contigo, Felicity. No hasta que pase el escándalo. Por favor, no me hagas irme. Valoro demasiado tu amistad como para tratarte tan abominablemente.

Mi estómago se desplomó hasta mis pies, y le sonreí forzadamente, inclinando la cabeza antes de girarme de nuevo. Al menos tuvo la cortesía de explicarse en lugar de darme la espalda. Encontré a Eliza Gould no muy lejos, entre un grupo de jóvenes, y me dirigí hacia ellas, pero cada una se apartó antes de que pudiera acercarme más.

Nunca me había sentido cómoda en un baile, pero nunca había sentido tanta soledad como en ese momento. Mis manos temblaban, y mis pulmones no podían conseguir una respiración completa. Busqué a mi madre y la encontré igualmente aislada al otro lado de la sala.

El cabello cobrizo del señor Peel destacaba entre la multitud y decidí, en un acceso de pura locura evidentemente, pasar frente a él en mi camino de regreso junto a mi madre. Si me ignoraba también, entonces estaría realmente perdida.

Si no lo hacía, entonces pagaría por el alivio de conservar algo de mi reputación, aceptando, como él indudablemente lo haría, su petición de bailar. Valdría la pena el riesgo de desmayarme para demostrar a mis padres y a James que las cosas no eran tan graves como parecían.

Todo mi paseo por el salón de baile me proporcionó suficientes pruebas que yo era el centro de los chismes de esta noche. Mi nombre se susurraba junto con el del señor Bradwell, en todos los

lugares donde pisaba, y la gente se apartaba de mi camino, como si yo fuera Moisés y ellos el Mar Rojo. Cuando llegué al área donde estaba el señor Peel, me encontré suplicándole en silencio, que se interpusiera en mi camino y me detuviera, pero seguí caminando y él giró la cabeza después de captar mi mirada.

Él ni siquiera podía fingir que no me había visto, ya que capté su expresión de pánico.

Mi visión brillaba oscuramente en los bordes, mi respiración provenía rápidamente de las miradas dirigidas hacia mí desde todo el salón. Cogí el brazo de mamá, como si fuera un faro y me aferré allí, deseando que mi corazón se calmara y que la oscuridad retrocediera.

Mamá tomó mi mano y apretó mis dedos. Las lágrimas brotaron de mis ojos e hice lo mejor que pude para parpadear y alejarlas, luego cerré los ojos y me concentré en controlar mi respiración.

—Fui una tonta al sugerir esto.

—No, estabas llena de esperanza —corrigió mamá suavemente —. Una tonta es la que ha perdido toda esperanza.

—El señor Peel ni siquiera me mira.

—Él se lo pierde, totalmente —dijo James, apareciendo a mi lado de inmediato. Los instrumentos se afinaron en preparación para comenzar el baile, y él levantó su mano hacia mí—. ¿Podemos bailar ahora, señorita Thurston?

Miré desde su mano extendida hasta su rostro serio.

—No está siendo modesto, señor. Realmente no puedo bailar.

Mamá se burló en voz baja.

—Sí puedes. De todos los momentos, este es en el que no debes someterte a los nervios, ahora no es el momento de rendirte. —Volteó hacia James—. Solo prepárese para atraparla, si surge la necesidad.

—¿Atraparla?

Mis mejillas se calentaron y no quise dar explicaciones.

—Será mejor que no.

Mamá ni siquiera se disculpó cuando susurró:

—Me temo que después de la forma en que te rechazaron por completo, ya no tienes otra opción.

James parecía estar de acuerdo con mi madre y dejé escapar un suspiro tembloroso. Quizás esta vez sería diferente. Bailar con James la noche anterior no me había provocado ningún desmayo. Había sido agradable. Quizás eso era todo lo que necesitaba esta noche.

Deslicé mi mano en la suya y él la sostuvo con fuerza, colocándola sobre su brazo doblado para llevarme a la pista de baile.

Tomamos nuestros lugares en la cuadrilla y esperamos a que comenzara la música. Mi piel ardía por los muchos ojos puestos sobre mí, y ya podía sentir mi ritmo cardíaco aumentar por haber captado tanta atención.

—No estoy segura de poder hacer esto —susurré.

James me miró, levemente alarmado.

—¿Qué quiso decir su madre cuando me pidió que la atrapara? ¿Es propensa a tropezarse?

—No… soy propensa a desmayarme.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¡Oh, mujer! ¿Por qué?

Negué con la cabeza. Dos de las otras parejas habían comenzado a caminar, pero yo apenas podía escuchar la música por el fuerte pulso que retumbaba en mis oídos. Me temblaron las manos y logré realizar los movimientos lo suficientemente bien, cuando llegó nuestro turno.

Regresamos a nuestros lugares originales y James se acercó.

—¿Nos sentamos? Podemos irnos ahora.

No podía hablar. Se me había secado la boca y en unos momentos tendría que dar un paso adelante y realizar algunos pasos con el extraño al otro lado. James me vio alejarme de él. Su mirada estaba fija en mí, mientras hacíamos los movimientos que requería la cuadrilla. Giré para encontrarlo en el lado opuesto del set, usándolo como un faro para mantenerme concentrada en la tarea que tenía entre manos.

Si mantuviera mi atención en James, tal vez podría ignorar a la multitud de espectadores.

Sin embargo, a medida que continuaba el baile, mis nervios aumentaron. Bailé de regreso al lado de James y su mano apretó la mía.

—¿Está bien?

—Sí —dije con la voz sin aliento. No podía inhalar completamente, pero mientras pudiera respirar, podía bailar.

—¿Está segura?

Las miradas de los demás del salón recorrieron mi espalda como pequeños insectos y mi estómago se retorció.

—Sí, estoy bien —dije. Aunque realmente era todo lo contrario.

Nos movimos al centro del set y nos alejamos de nuevo, y sentí la atención de James tan profundamente, como los chismes sobre el salón.

James tenía razón. Mi padre y él no se habían equivocado, aunque yo me resistía a admitirlo. No podíamos salir de las profundidades de este escándalo sin algunas víctimas. Era mejor sacrificarme a mí misma que afectar la felicidad de mis padres.

—Necesitamos hacer el anuncio —dije.

Volteó hacia mí bruscamente, dando un paso en falso. Sin embargo, tenía pies ligeros y apenas fue un error perceptible.

—¿Está segura?

—No tenemos otra opción. No, a menos que queramos seguir siendo el centro de atención de una forma tan horrible. —Lamentablemente, ser observada tan completamente, pero ignorada por mis amigas era el peor tipo de tortura.

—No me he dado cuenta —dijo.

Me reí levemente, pero los puntos negros ya amenazaban los bordes de mi visión, e hice lo mejor que pude para concentrarme en James. De alguna manera, parecía mantener a raya la oscuridad.

Nos encontramos moviéndonos constantemente al ritmo de la música, dentro y alrededor de las otras tres parejas, y mientras me concentrara en James, podía bloquear el resto del salón. Cuando llegó el final del baile, me vi obligada a rodear al hombre que estaba a mi lado, en dirección opuesta a lo que James estaba haciendo, e hice lo mejor que pude para mantenerlo en mi línea de visión.

En cambio, capté la mirada de la joven que se había reído entre dientes la noche anterior, cuando James le había dado un vaso de limonada. Tenía fruncido el ceño profundamente, estropeando su bonita frente, y de inmediato noté cada mirada de los espectadores, que me rodeaban, mirándome. Mi corazón se aceleró, mi visión se volvió borrosa, giré en dirección equivocada y me topé con otra bailarina.

El hombre me enderezó, pero mi respiración se aceleraba demasiado. Busqué a James entre los bailarines, pero no estaba.

La oscuridad rápidamente se apoderó de mí, mis piernas se volvieron indefensas y caí.

CAPÍTULO 6

—¿Dónde puedo acostarla?

La voz llegó a mis oídos, cuando la consciencia volvió a mi mente, y me moví contra el sofá firme, pero acolchado.

—¿Se está moviendo? —preguntó una mujer.

—Sí. ¿Tiene una sala de estar, señora?

El ruido de las palabras de James estaba cerca, vibrando a través de mi brazo, y luché por abrir los ojos.

Tan pronto como lo hice, los cerré nuevamente. El rostro de James estaba justo encima del mío y sus brazos me rodeaban. Sentí sus palabras porque el hombre me estaba sacando del salón de baile. No era un sofá en el que me apoyaba, sino el hombro de James. Si pudiera hundirme en el suelo y escapar de este horror para siempre, lo haría.

El suave vaivén de sus pasos me arrullaba, pero no me permitía sucumbir al sopor que generalmente me invadía después de un rato. Inspiré profundamente y al instante me arrepentí, cuando mi nariz fue asaltada con la colonia picante de James. Era increíblemente deliciosa y ahora nunca podría olvidar lo bien que olía.

Seguimos a una mujer a otra habitación y James se inclinó para recostarme en el diván. El aire fresco entró, cuando me soltó, e inmediatamente extrañé la sensación de estar acunada en sus brazos. Se agachó a mi lado y levantó una mano para quitarme el pelo de la cara.

—Ahora veo por qué evita bailar a toda costa —susurró.

No pude evitar sonreír.

—Me alegra ver que puede aprender a entrar en razón.

Tragué saliva, pues un miedo real comenzó a apoderarse de mi somnolencia. Él me había visto en mi peor momento.

—Si ya no desea seguir adelante con el compromiso...

—Al contrario —dijo, antes que pudiera pronunciar otra palabra —. Creo que sería prudente anunciar nuestras buenas noticias tan pronto como sea razonablemente posible hacerlo. ¿Puedo traerle un vaso de ratafía o quizás un paño frío para su frente?

Él miró a la mujer que estaba en la habitación con nosotros y noté que era la señora Pickering.

—Oh, por supuesto —dijo ella de inmediato, con su pluma agitándose al moverse con premura—. Mandaré por ambas cosas enseguida.

Cuando nos quedamos solos en la habitación, James sonrió con cierta ironía.

—Me alegra que haya aceptado el compromiso, porque ahora que la señora Pickering lo ha escuchado, seguramente ya ha empezado a difundir la noticia por todo su salón de baile.

—Astuto —susurré.

Él rio suavemente y tomó mi mano, llevándola a sus labios.

—Solo me alivia ver que se ha recuperado con rapidez. No puede imaginar lo terrible que fue verla caer.

—¿No me golpeé la cabeza esta vez? A veces la jaqueca me dura días.

—No, no se golpeó la cabeza —confirmó con suavidad.

La puerta se abrió de nuevo y mi madre entró.

—Oh, qué fastidio. Esperaba al menos que pudieras completar un baile esta noche.

—Perdóname, madre.

Ella desestimó mi disculpa con un gesto de la mano y se volvió hacia James, quien se puso de pie en su presencia.

—Gracias por atraparla, señor Bradwell. A veces se golpea la cabeza, y la jaqueca que le sigue puede durar días.

Lo miré con sorpresa.

—¿Me atrapó?

Asintió.

—No fue nada. Aprecio la advertencia, de lo contrario, quizá no habría sabido que debía estar atento a usted.

¿Me atrapó? Yo había estado buscándolo sin poder verlo en mis últimos instantes de lucidez. Él, en cambio, había estado observándome con atención. No podía entender por qué ese pensamiento me provocaba un escalofrío, seguido de un calor en el pecho.

—¿Puede ponerse de pie?

Coloqué los pies en el suelo y esperé. Ya no me sentía mareada, pero sí débil.

—Casi —dije.

—Queremos anunciar nuestra buena noticia —dijo James.

Mi madre me miró con rapidez.

—¿Es así? Iré a buscar a tu padre en la sala de juegos. Querrá estar presente.

La observamos salir, y yo exhalé un suspiro ligero. Era increíble lo rápido que las madres se daban por satisfechas al enterarse de un compromiso oficial. Parecía que aquello que nos habían advertido tantas veces que no hiciéramos se volvía de repente completamente aceptable. Y, sin embargo, yo no me sentía diferente, ni nuestras circunstancias parecían haber cambiado.

Estiré el cuello para verle el rostro.

—Gracias, James.

Él se inclinó para mirarme.

—De verdad, no fue nada.

Sostuve su mirada verde dorada.

—Para mí sí lo fue.

Entró una doncella con un pequeño cuenco de agua y un paño, seguida de otra con un vaso de ratafía. Tomé la bebida y bebí unos sorbos antes de dejarla sobre una mesa cercana.

—¿Está lista para enfrentarse a la multitud? —murmuró James.

—No creo que tenga opción.

Nos encontramos con mis padres en el pasillo, y James me ofreció su brazo. Me apoyé en él más de lo que pretendía, pero el desmayo había debilitado mis piernas, y era agradable tener a alguien a mi lado.

Mi padre sostuvo las puertas abiertas para nosotros, y James y yo entramos juntos al salón de baile. La conversación entre los

asistentes más cercanos a la puerta se detuvo de golpe, y James se inclinó para susurrarme al oído.

—Sonríe querida, o pensarán que no estás contenta con este arreglo.

Sonreí con naturalidad y lo miré.

—No lo creerás, estoy segura, pero no me había sentido tan bien en mucho tiempo.

Sostuvo mi mirada, y en su rostro pasó una expresión que no supe descifrar.

Tragué con dificultad. ¿Había dicho algo indebido?

La señora Hutton se acercó con una sonrisa cautelosa en los labios.

—¿He oído bien que hay felicitaciones en orden?

—Así es —dijo James en voz alta, asegurándose de que todos los cercanos lo escucharan—. Soy un hombre afortunado esta noche, pues la señorita Thurston ha aceptado ser mi esposa.

Esposa. La palabra era sólida y estaba cargada de significado. Tenía mucho más peso del que justificaban sus seis simples letras… tanta expectativa y tantas exigencias que se extenderían por las décadas venideras. Me sentí de inmediato sobrecogida por los deberes y responsabilidades que me aguardaban, y al mismo tiempo, libre.

—¿Cuándo planean casarse? —preguntó la señora Hutton.

—Tan pronto como sea posible —respondió él—. Estoy ansioso por llevar a Felicity a casa conmigo.

—¡Oh! —expresó la señora Hutton, claramente complacida por este pronunciamiento. Era un mérito para ella parecer genuinamente contenta y aliviada por James—. Creo que ella adorará Chelton.

—Sin duda. —Él asintió.

Nos adentramos más en el salón y me incliné hacia él.

—¿Chelton?

—Mi propiedad... está en Cumberland.

—¿Cumberland? ¡Cielos! Eso está muy lejos. Bien podríamos habernos ido a Escocia.

Él me miró de forma extraña y yo me mordí la lengua.

—¿Suele permanecer en Cumberland, James, o pasa mucho tiempo en Londres?

—Prefiero Chelton. Creo que a usted también le gustará una vez que lo vea.

Eso ciertamente explicaría por qué todavía no había visto al hombre hasta ahora. Pero la realidad que iba a estar tan lejos de mis padres era preocupante.

—¿Hay espacio para entretenimientos?

Él me miró.

—Sí. ¿A quién le gustaría invitar?

—Solo a mis padres.

James miró por encima de mi hombro al grupo que rodeaba a mamá y yo seguí su mirada. Las mujeres que se habían negado a hablar con ella, a nuestra llegada esta tarde, ahora se estaban reconciliando con ella, sin duda esperando obtener información, y eso me revolvió el estómago. Eran volubles en sus atenciones y me enojaba que la marea de sus sentimientos pudiera alterarse tan fácilmente.

—Sus padres serán bienvenidos siempre que usted lo desee y por el tiempo que quiera.

—Eso es muy generoso de su parte.

Deslizó sus dedos alrededor de los míos, y mi corazón dio un vuelco.

—También será su hogar.

La música seguía llenando la sala, y los bailarines se movían por el centro mientras amigos y conocidos se acercaban a felicitarnos.

Mis pies estaban cansados, pero permanecí de pie junto a James, impresionada por su habilidad para manejar con diplomacia las diferentes conversaciones. La mayoría de las personas que se nos acercaban no eran más que conocidos para mí, pero James parecía conocerlos a todos. Irradiaba carisma, y yo podía permanecer en silencio a su lado mientras él llevaba el peso de la conversación.

La mujer rubia, quien la noche anterior había visto con James en la mesa de refrescos, se acercó e hizo una reverencia, con sus

grandes ojos fijos en mi prometido.

—Buenas noches, señor Bradwell.

James hizo una leve inclinación.

—Buenas noches, señorita Norland. ¿Conoce a la señorita Thurston?

—Me temo que no —respondió la señorita Norland, soltando una risita incómoda—. De hecho, jamás había oído su nombre antes de anoche. Dígame, señor, ¿dónde la ha estado ocultando?

James se acercó un poco más a mí, y le agradecí en silencio que no hiciera lo contrario.

—Es un secreto muy bien guardado, ¿no le parece? Ahora, perdóneme, señorita Norland, pero prometí a la señora Thurston que le devolvería a Felicity antes de que terminara la velada. Si nos disculpa.

Asintió con cortesía y me condujo lejos de la joven.

—No fue muy cortés alejarse de ella con tanta rapidez —dije en voz baja—, pero creo que debo agradecérselo de todos modos.

Él me dedicó una leve sonrisa.

Me aclaré la garganta, permitiéndole guiarme entre la multitud.

—¿Era una buena amiga suya?

—No. De hecho, la señorita Norland solo me hizo darme cuenta de lo poco que sé de usted, señorita Thurston. Por ejemplo, cuánto tiempo lleva viviendo en Londres o si esta es su residencia principal.

—Felicity será suficiente —dije. Después de todo, íbamos a casarnos—. Y tenemos tiempo para descubrir esas cosas.

Aunque comprendía perfectamente a qué se refería con "descubrimiento". Yo me había hecho las mismas preguntas sobre él.

James asintió, pero su mente estaba en otra parte. Me dejó en una silla junto a mis padres.

—Tenemos mucho de qué hablar, señor Thurston. Pasaré a visitarlo en los próximos días.

Mi padre asintió.

—Gracias. Esperamos su visita.

—Escribiré a mi familia y les pediré que preparen la casa para nuestra llegada.

—¿Su familia? —pregunté, esperando saber a quién implicaba todo eso.

James me mostró una breve sonrisa.

—Todos estarán encantados de conocerla. Y amará a mis hermanos, se lo prometo.

Miré hacia abajo, incapaz de mantener su mirada fija.

—No tenía dudas que amaría al menos a uno de sus hermanos. El problema era que ya lo hacía.

CAPÍTULO 7

Me encontraba en el patio de la iglesia de St. James, bajo la sombra de las ramas arqueadas, cuyas hojas comenzaban a tornarse verdes tras un invierno que había dejado el árbol desnudo. La nueva vida sobre mi cabeza era luminosa y fresca, y esperaba que fuera un augurio del matrimonio en el que estaba a punto de entrar: limpio y lleno de potencial.

Mamá conversaba con la señora Hutton no muy lejos, y papá aguardaba pacientemente a su lado. Habían pasado cuatro semanas desde el baile de los Pickering, cuando se anunció nuestro compromiso, y casi cuatro semanas desde la última vez que vi a James.

A la mañana siguiente, me envió una nota en la que mencionaba que consideraba mejor regresar de inmediato a Chelton para preparar la casa para mi llegada. Entre sus líneas finamente escritas, también dejaba entrever que tenía asuntos en el norte que requerían su atención personal, y no pude evitar preguntarme si ese "asunto" era otra mujer. ¿Habría una joven en su parroquia a quien necesitaba rechazar con delicadeza, de una manera que solo él podía manejar? ¿O su familia no me aceptaría abiertamente en su hogar como yo deseaba?

Algo había ocurrido después del baile de los Pickering que llevó a James a creer que debía realizar un viaje de una semana al otro lado del país antes de casarse conmigo.

Y lo más inquietante... ¿había traído a sus hermanos a Londres para la boda?

Cada nueva llegada al pequeño cementerio de la iglesia hacía que mis nervios se intensificaran, aunque hasta el momento ninguno de ellos era James. Elegimos esta iglesia en particular porque fue donde mis padres se casaron más de dos décadas atrás, y les

gustaba la idea de continuar con la tradición. Sin embargo, cada nuevo invitado vestía con más elegancia que yo, y me pregunté cuál era el propósito de escoger un lugar tan distinguido para mi boda cuando yo misma no era precisamente elegante.

Cada invitado era amigo de mis padres o de mi prometido, y debía recordarlo. Esta boda era por el bien de mis padres y de nuestra reputación. No por mí.

—Tal vez deberíamos esperar dentro —dijo papá.

Pasé las manos sobre la seda azul pálido de mi vestido y alisé la capa de encaje.

—¿Has hablado ya con el párroco?

—Sí —respondió, mirando el patio empedrado de la iglesia—. ¿Estás segura de que es hoy el día?

Asentí, aunque su inquietud comenzaba a preocuparme.

—James lo escogió personalmente.

La señora Hutton se encaminó al interior, con mamá siguiéndola de cerca, y yo aspiré una bocanada de aire preocupada. Si James me dejaba plantada, ¿sentiría alivio o solo desconsuelo? No sabía qué temía más: ver al hermano de James en la mañana de mi boda o no tener una boda en absoluto.

Unos pasos fuertes resonaron en el sendero, y James apareció tras la esquina. Su porte era impecable, con su chaqueta negra perfectamente almidonada y su cravat impecable. Cuando me encontró bajo el árbol, caminó directamente hacia mí. Mi corazón dio un brinco cuando sonrió, y tuve que contener mi repentino e intenso alivio. No iba a ser abandonada esta mañana.

Eché un vistazo por encima de su hombro, pero nadie lo acompañaba.

James hizo una elegante reverencia.

—Buenos días, Felicity. Señor Thurston.

—¿Su familia ha decidido no acompañarlo?

James desvió la mirada.

—Les dije que no era necesario. Es un viaje largo desde Chelton y, dado que partimos hacia Cumberland directamente después del desayuno de bodas, no lo consideré imprescindible.

Mis hombros se relajaron, agradecida de no tener que enfrentar nada más que mi inminente matrimonio esta mañana.

James extendió un brazo hacia la iglesia de ladrillo rojo.

—¿Vamos?

Coloqué mi mano enguantada de blanco sobre su codo.

—Por favor.

Seguimos a papá hacia el interior, y mi ansiedad creció con cada banca ocupada por las elegantes amistades de mamá. No había contratado a una doncella personal, pues no la necesitaba, y mi cabello estaba recogido de manera sencilla, mi arreglo personal estaba lejos de ser ostentoso. Permití que mamá eligiera mi vestido, pero ella escogió uno sencillo, azul, con una abundancia de encaje. Era hermoso, pero no extravagante.

¿Se daba cuenta James ahora de su error? No era como la señorita Norland, que ponía gran esmero en lucir siempre encantadora. Nunca sería ese tipo de persona. No me importaba ser discreta. Me convenía permanecer fuera del foco de atención. Pero, por primera vez, me pregunté si a mi esposo le importaría.

James sonrió a quienes conocía mientras tomábamos nuestros lugares, pero su expresión era más reflexiva que decepcionada. Cuando el vicario se colocó frente a nosotros, atrapó mi mirada, y encontré refugio en sus ojos. Mis pulmones se llenaron de aire sin esfuerzo, y mis preocupaciones se disiparon.

—Amados hermanos —comenzó el vicario—, nos hemos reunido aquí, en la presencia de Dios y de esta compañía, para unir en sagrado matrimonio a este hombre y a esta mujer.

Mi corazón se aceleró a medida que continuaba, y a pesar de mis temores, no podía permitirme creer que estaba cometiendo un error.

El vicario se volvió hacia James y le preguntó si me tomaría por esposa para amarme, consolarme y honrarme.

—Sí —respondió James, sus ojos fijos en los míos.

Luego, el vicario me preguntó si tomaría a James, para obedecerlo, servirlo, amarlo y honrarlo. Lo miré.

—Sí.

Su boca se curvó en una media sonrisa. Este hombre, este casi desconocido, acababa de comprometerse conmigo, y yo, a su vez, con él. Ahora estábamos unidos de una forma en la que nunca podría estar con nadie más.

Mi padre dio un paso al frente para entregarme, y el vicario nos indicó a James y a mí que nos tomáramos de la mano derecha. Pronunciamos nuestros votos y, cuando llegó el momento del anillo, mi corazón se detuvo por un instante.

James sacó de su bolsillo un pequeño anillo de oro con una gema azul en el centro. Era extraordinario, y demasiado valioso para adornar mi simple dedo. Contuve el aliento cuando el ministro tomó el anillo para colocarlo en mi mano y James dijo:

—Con este anillo te desposo, y con todos mis bienes te entrego mi fortuna: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

La firmeza de sus palabras resonó dentro de mí. Ya estaba hecho, estábamos casados. El vicario continuó con la oración, pero mi atención estaba cautivada por el anillo en mi dedo. Era pesado con las expectativas y los votos que acababa de pronunciar, y deseaba estar a la altura de su significado.

Pero no pude evitar mirar a mi madre y preguntarme si decepcionaría a James de la misma manera en que lo había hecho con mis padres en los últimos años. No era la hija que ellos deseaban, pues no anhelaba lo mismo que ellos.

El pánico recorrió mi cuerpo, y alcé la vista al techo blanco, siguiendo con la mirada los bordes dorados mientras suplicaba que mi ansiedad se disipara. Por mucho que hubiese disfrutado cuando James me llevó en brazos fuera del salón de baile un mes atrás, no deseaba repetir la escena en mi propia boda.

El vicario tomó mi mano, atrayendo mi atención de nuevo a la ceremonia, y miré a James. Su ceño estaba fruncido, y traté de esbozar una sonrisa mientras el vicario finalizaba. James y yo nos volvimos hacia los asistentes, y él deslizó su mano en la mía. Me anclé a esa sensación y me dejé guiar fuera de la iglesia.

Cuando llegamos al atrio, nos detuvimos bajo un árbol mientras la iglesia de ladrillo rojo vaciaba a sus ocupantes alrededor

nuestro. James se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oído.

—¿Estás bien?

Solo pude asentir, temerosa de que cualquier palabra escapara de mis labios áspera y torpe.

Dudó un instante antes de girarse y besarme la mejilla.

—Me alegra.

El calor de ese gesto se expandió por todo mi cuerpo. Temblé por la repentina reacción y tragué con dificultad, a pesar de la sequedad en mi garganta.

La sonrisa de James era dulce y la dirigió a los invitados que se acercaban a felicitarnos. Llevó el peso de la conversación, y no soltó mi mano en ningún momento.

***

Mamá quería regresar a casa rápidamente para preparar el desayuno de bodas, y para cuando James y yo llegamos a mi casa, había el doble de personas dentro de sus paredes que las que asistieron a la ceremonia.

—Estoy famélico —dijo James distraídamente, sosteniendo la puerta para mí.

—La cocinera ha pasado semanas preparando el pastel de ron. Debes probarlo. —Me detuve, dándome cuenta de que no sabía si a James le gustaban los pasteles o no—. Pero sé que mamá ha hecho un gran esfuerzo para asegurarse de que haya una amplia variedad disponible, en caso de que no sea de tu gusto.

—El pastel de ron me parece perfecto —dijo—. Pronto aprenderás que no soy difícil de complacer en lo que respecta a la comida.

Nos adentramos más en la casa y subimos las escaleras hacia las habitaciones dispuestas para el desayuno. Ayudé a James a encontrar un plato y lo llené con abundante comida. Mi apetito aún no había regresado.

—¿No deseas comer? —preguntó.

—No puedo —respondí suavemente, consciente de que estábamos rodeados de invitados—. Lo haré cuando nos dejen a solas.

Pareció alarmarse.

—Seguramente comerás algo antes de viajar.

Mi estómago se encogió y asentí. Habíamos destinado una hora para el desayuno, tras lo cual la carroza de James nos llevaría a Chelton. Mis baúles estaban empacados y aguardaban en el estudio abajo, y mis despedidas tendrían que ser breves para no dejar a mis padres con un recuerdo empañado por lágrimas.

James pareció notar mi inquietud.

—¿Preferirías partir mañana?

¿Qué importaba un día más si, de cualquier manera, debía dejar mi hogar hoy? James solo alquilaba habitaciones cuando estaba en la ciudad, y no deseaba pasar mi primera noche en aposentos de soltero. Era mejor así.

—No. —Intenté suavizar mis palabras con una sonrisa—. Estaré más tranquila cuando este desayuno termine, lo juro.

Pareció creerme.

—Me gustaría buscar a Marianne, si te parece bien.

Tomó un gran bocado de salchicha e indicó con la cabeza que podía irme.

No había salido de la habitación cuando dos hombres ocuparon mi lugar para hablar con él, y la voz de James resonaba en el pasillo, su risa era contagiosa.

Marianne estaba sentada en un sofá tapizado en el salón, y me acomodé a su lado, consciente de las muchas otras personas a nuestro alrededor.

—Creo que mamá ha invitado a toda persona que conoce en Londres.

Marianne sorbió su chocolate.

—Eres su única hija. ¿Puedes culparla por hacer semejante gasto?

—Supongo que no.

—¿Has probado el chocolate? Está divino.

Tomó otro sorbo, y mi estómago se revolvió.

—Me temo que no puedo comer nada hasta que esto termine —presioné una mano contra mi estómago, y ella me miró con compasión.

—Un poco de pan podría ayudarte a calmar las náuseas —dijo —. No lo sé por experiencia propia, pero mi hermana no hizo más que mordisquear panecillos durante todo su embarazo.

La miré con brusquedad. ¿Acaso pensaba que estaba encinta?

—Solo estoy mareada porque las reuniones grandes me ponen nerviosa.

El rostro de Marianne palideció, el color desapareció de sus mejillas sonrosadas. Bajó la taza hasta su regazo y me observó con los ojos muy abiertos.

—He metido la pata.

—¿Es eso lo que todos creen? ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

Echó un vistazo a su alrededor, y yo hice lo mismo, preguntándome cuántas de las mujeres en esa habitación compartirían la misma opinión que mi amiga.

Marianne se inclinó hacia mí.

—No recuerdo quién me lo dijo, pero no imaginé que no fuera cierto.

—¿No pensaste en preguntarme?

Inclinó la cabeza a un lado.

—Como si pudiera hacer algo así.

Pero era innegable que Marianne me había hablado como si mi embarazo fuera un hecho conocido por todos, como si mi matrimonio hubiera sido apresurado para ocultar un pecado aún mayor. El poco calor que quedaba en mi rostro desapareció y un vértigo repentino me nubló la mente ante las implicaciones de su revelación. Quería salir de esa casa de inmediato. James y yo nos habíamos casado para salvar nuestra reputación, no para confirmar las peores habladurías.

Me levanté del sofá y me dispuse a marcharme, pero Marianne tomó mi muñeca para detenerme.

—Por favor, perdóname. Te juro que no lo sabía.

Le asentí y me alejé, saliendo del salón y bajando las escaleras. Escuché mi nombre a la distancia, pero no me detuve. No podía fingir cortesía con los amigos de mis padres sabiendo lo que pensaban de mí. Me deslicé con sigilo en el despacho de mi padre y

cerré la puerta, apoyándome contra ella. Hundí la cabeza entre las manos y traté de controlar mi respiración entrecortada.

Un golpe suave en la puerta me sobresaltó.

Si fingía no haberlo oído, ¿se marcharían?

Otro golpe resonó.

—¿Felicity?

A través de la gruesa madera era difícil asegurarlo, pero sonaba como James.

—Por favor, déjeme entrar.

Me limpié rápidamente la humedad de los ojos y respiré hondo por la nariz antes de girarme para abrir la puerta. No podía obligarlo a quedarse en el pasillo, pero tampoco estaba segura de querer verlo aún.

James se encontraba en el umbral, con una arruga de preocupación entre las cejas.

—¿Está…?

—No ha sucedido nada. Solo estoy abrumada por el esplendor y la magnitud del día.

—¿Se da cuenta de que no puede engañarme, verdad? —Entró en la habitación y cerró la puerta tras él—. No le he preguntado si ha sucedido algo, pero lo ha delatado usted misma.

Maldición. Me dirigí a la ventana y descorrí las cortinas para dejar entrar más luz. Los arbustos del exterior protegían nuestra privacidad, así que me recosté contra el marco y suspiré.

—Me he enterado de que vamos a tener un bebé.

No había intentado sorprenderlo, pero lo había logrado. Sus ojos se agrandaron y bajó la barbilla, apoyando el puño en la cadera.

—Soy consciente de que es algo natural en el matrimonio.

—Sí, bueno, lo que quiero decir es… —aclare mi garganta—. Creen que ya estoy encinta.

—Ah —asintió, comprendiendo de inmediato—. ¿Quién le ha dicho eso?

—Marianne Hutton. No sabía que no era cierto. Aparentemente, en nuestro intento por salvar nuestra reputación, solo hemos confirmado lo peor en la mente de todos. ¿No le parece

contradictorio? Ahora soy aceptada en la sociedad, incluso aplaudida por hacer un matrimonio tan espléndido, y sin embargo, he probado que las acciones que me hicieron una paria en un principio, en efecto, ocurrieron.

—Es injusto.

—Excesivamente —dije con sentimiento. Sacudí la cabeza y miré la biblioteca de mi padre, donde descansaban las novelas de aventuras que había leído una y otra vez, deseando poder perderme en una de ellas ahora mismo.

Si hubiera pensado en todo esto antes, ¿le habría rogado a mi madre que me dejara viajar a la propiedad de Jane en Escocia en vez de salvar nuestra reputación con un matrimonio apresurado con un hombre casi desconocido? Quizás así habría tenido la oportunidad de conseguir un matrimonio por amor. En cambio, la alta sociedad aún me veía como una mujer de moral dudosa, solo que ahora tenía un anillo en el dedo y su bendición.

—No puedo cambiar los prejuicios contra nosotros —dijo James, y una punzada de culpa me recorrió.

—No es su responsabilidad hacerlo.

—No, pero podría haber considerado otras opciones.

Le dediqué una sonrisa cansada. ¿Qué importaban ya otras opciones?

—Estamos casados, James. Ya está hecho.

—¿Y si no lo está? No todavía, al menos.

Me enderecé. ¿Estaba proponiendo una anulación? No podría hacerle eso a mis padres. Ni a él.

Tomó mi mano con suavidad y la giró entre las suyas. Me dedicó una mirada fugaz antes de bajar la vista a mi guante, soltando uno a uno los dedos hasta que lo deslizó por completo y lo dejó sobre un estante cercano. Su piel contra la mía era una sensación cálida y embriagadora. Rozó con el pulgar la cicatriz donde me había quemado con cera el día en que nos conocimos. La piel era ahora pálida y lisa.

Con la mirada fija en mi mano, dijo:

—Todavía podemos probar su inocencia, Felicity. Si en los primeros seis meses de nuestro matrimonio no tiene un hijo ni

muestra señales de estar esperando uno, todos sabrán que es tan intachable como dice ser.

Alzó la vista y sostuvo mi mirada.

Contuve la respiración.

—¿Está insinuando…?

—Sí. No… —se aclaró la garganta—. No estaremos juntos como marido y mujer hasta que pasen seis meses. Podremos regresar a Londres para la próxima temporada y su buen nombre quedará restaurado en todo lo que importa.

Era un sacrificio para él, y no podía creer que estuviera dispuesto a aceptarlo. No, más que eso, que lo hubiera sugerido él mismo.

—¿No es eso extraño?

Soltó una risa suave.

—Nada de lo nuestro ha sido convencional hasta ahora, ¿por qué empezar ahora?

Un peso se alzó de mi pecho.

—Seis meses.

James levantó una ceja.

—Esto podría ser bueno para nosotros, ¿sabe? Quizás podamos pasar ese tiempo cortejándonos.

El tiempo se sintió suspendido.

—¿Le gustaría cortejar a su esposa?

—Antes no tuve la oportunidad, ¿por qué no ahora?

Las mariposas revoloteaban alrededor de mi estómago vacío y mi respiración se hizo más superficial, pero de una manera totalmente placentera. Ahora íbamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas, y esta parecía una buena forma de empezar.

—Supongo que eso sería bueno. Puede, por ejemplo, decirme cuántos miembros de su familia viven en su casa, o si le gusta o no el pastel Stargazy.

Él se rio, su pulgar frotó círculos perezosos sobre mi mano.

—Y podría informarme, si le gusta o no montar o jugar Badmington.

No lo decepcionaría más esta mañana explicándole lo mucho que me disgustaban ambas actividades.

—Seis meses de cortejo —repitió, como si le entusiasmara la idea—. Y seis meses para demostrar nuestra inocencia.

—En efecto. ¿Sellamos nuestro acuerdo? —Saqué mi mano de su agarre y la enderecé.

La mirada de James cayó a mis labios. Se balanceó ligeramente hacia adelante antes de parecer sacudirse.

—Sí, creo que eso sería lo mejor. —Su voz era ronca y mi corazón dio un vuelco. ¿Había querido besarme?

Seguramente, no necesitaríamos esperar seis meses para eso.

James tomó mi mano y la estrechó.

—¿Volvemos a desayunar? —preguntó.

Con él agarrando mi mano, me creí capaz de hacerlo. Asentí y él me soltó para recuperar mi guante del estante. Cuando intenté quitárselo, sacudió la cabeza, y procedió a deslizarlo sobre mis dedos.

—Hace solo una hora prometí honrarla y cuidarla, Felicity. Permítame hacerlo.

Asentí con la garganta demasiado espesa por la emoción para argumentar que era capaz de ponerme mi propio guante.

Una vez que terminó, tomó mi mano para llevarme de regreso al piso de arriba. Dejé de lado mis preocupaciones acérrimas, e hice lo mejor que pude para no pensar en el hombre perfecto a mi lado, y en su hermano al que volvería a ver dentro de una semana. Quizás el hermano de James ya sabía que me esperaba como la esposa de James, y no le importaba, o quizás pronto me encontraría en una situación incómoda.

De todos modos, no pude evitar la esperanza que crecía como un grupo de enredaderas alrededor de mi corazón. ¡Mi marido quería cortejarme!

CAPÍTULO 8

El viaje a Cumberland no me resultaba del todo ajeno. Había pasado mis veranos viajando a la propiedad de mi tía en Northumberland para su fiesta anual, y el lento y tedioso camino hacia Cumberland era casi el mismo. La distancia, sin duda, era comparable.

James se apoyaba contra la pared del carruaje frente a mí, con los ojos cerrados. Su suave ronquido había cesado, por lo que no estaba segura de si aún dormía o simplemente descansaba. Tenía las piernas estiradas, y su rodilla chocaba con la mía con cada bache y giro del camino, pero después de una semana juntos en el carruaje, me había acostumbrado a compartir un espacio tan reducido con él.

Nos acercábamos al final del viaje sin más compañía que la nuestra, ambos esforzándonos por mantener la cortesía y evitar estorbarnos mutuamente. Así no era, en absoluto, la forma en que mis padres se comportaban el uno con el otro, y esperaba que algún día la incomodidad y la excesiva cortesía entre James y yo pudieran convertirse, al menos, en una amistad real.

No era tan ilusa como para esperar amor, pero me conformaría con llamar a James un querido amigo y compañero. Nuestro inicio parecía prometedor y demostraba que, al menos, teníamos una base para la compatibilidad.

Excepto, por supuesto, por el hecho de que a James no le gustaba leer.

Maldita rareza.

Respiró hondo y se movió sobre los cojines frente a mí, y de inmediato fui consciente de mí misma: la forma en que estaba sentada, lo fuerte que respiraba. Mi tendencia a desmayarme y mi aversión a las actividades sociales eran desconocidas para James, y no quería que encontrara otra cosa en mí que le disgustara tan

temprano en nuestro matrimonio, especialmente cuando, hasta ahora, él se había mostrado como un modelo de perfección.

Abrió los ojos y los posó en mí con sueño.

—Buenos días, esposa.

Un escalofrío me recorrió el cuello. No creía que llegara a acostumbrarme al título.

—Creo que quieres decir buenas tardes.

—En efecto. —Miró por la ventana—. Ya casi hemos llegado.

La emoción se desvaneció en mí. Había descubierto que James tenía dos hermanos que vivían en Chelton la mayor parte del tiempo: Henry, el hijo del medio, a quien conocí en Northumberland el verano pasado, y Benedict, el menor. La única otra residente era su madre, Lady Edith, quien ostentaba un título porque su padre había sido el difunto conde de Claverley. El padre de James había muerto en Waterloo y, como él y Lady Edith no tuvieron hijas, no había más familiares en Chelton.

Aunque tenían un primo y su esposa, el actual Lord y Lady Claverley—, que vivían relativamente cerca.

—¿Tu familia mantiene un hogar muy formal, James?

Él ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres con formal? No somos propensos a cenar por rango ni nada por el estilo. Aunque mi madre insiste en que presida la mesa. Es tedioso, pero lo hago por ella.

—Supongo que solo me preguntaba cuántos miembros de tu familia estarán presentes para recibirnos.

—Imagino que todos.

Hice lo posible por parecer complacida ante esta revelación. Quizás era una bendición que la primera vez que viera a Henry como mujer casada fuera en presencia de toda la familia. Seguramente, me preocupaba por nada. Henry probablemente ni siquiera recordaba quién era yo.

Mi infantil enamoramiento no era más que eso: juvenil, ingenuo y muy perteneciente al pasado.

—Háblame de tus hermanos —dije.

James se enderezó en su asiento.

—Pronto podrás formarte tu propia opinión sobre ellos. —Señaló a través del cristal de la puerta—. Hemos llegado.

Me incliné hacia adelante y miré a través del grueso vidrio. El carruaje cruzó un amplio puente de piedra, y las ovejas se dispersaron a ambos lados. Chelton se alzaba a lo lejos, sobre una suave colina, con su fachada de piedra dorada formando un cuadrado ordenado con tres hileras de ventanas sobre una escalera dividida y curvada. Perdí el aliento ante tanta grandeza.

James cruzó el carruaje y se sentó junto a mí en el banco, pero mi atención seguía fija en la casa que se alzaba ante nosotros.

—¿Te gusta, Felicity?

—Santo cielo —exhalé—. No puedo decir que me guste. Estoy asombrada.

—¿Entonces lo apruebas?

Una corta carcajada escapó de mi pecho, y me volví hacia James con una sonrisa. Él me miraba con seriedad, apagando de inmediato mi júbilo. Esta era su casa, y por alguna razón desconocida, le importaba lo que yo pensara de ella. Como si pudiera encontrar algo que criticar en una casa tan espléndida.

Su mano descansaba sobre su pierna, y extendí la mía, enredando mis dedos con los suyos.

—Es verdaderamente magnífica.

James apretó mi mano, y permití que aquel gesto me llenara de fortaleza mientras el carruaje se detenía sobre el camino de grava marrón.

Un lacayo abrió la puerta y desplegó el escalón, y James salió primero. Me ofreció su mano, y descendí de la seguridad del carruaje. Cuatro personas estaban alineadas en la cima de la escalera, los hombres apoyados en la balaustrada frente a ellos, su piedra pálida combinaba con la casa y adornada con gruesas y parejas columnas. Dos mujeres flanqueaban a los hombres, una de porte regio y la otra vestida con sencillez, esta última era, con toda probabilidad, el ama de llaves.

—Ven, conoce a mi familia —susurró James, ofreciéndome su brazo doblado.

La procesión por la gran escalera de piedra fue tediosamente lenta. Cuando llegamos a la cima, evité mirar al hombre que era evidentemente Henry Bradwell, cuyos ojos me observaban con intensidad. James se detuvo ante una mujer de cabello gris recogido en un moño, con algunos rizos sueltos en las sienes. Su vestido de muselina bordó era impecable, y sus movimientos, gráciles. Me recordaba a mi madre en su porte, pero en poco más.

—Madre, permíteme presentarte a Felicity Bradwell.

Miré a James con sorpresa, pero tenía razón. Ese era mi nombre ahora, aunque seguía sonando extraño en mis oídos.

—Felicity, esta es mi madre, Lady Edith.

Cada una hizo una reverencia antes de continuar avanzando mientras James nos presentaba uno a uno.

—Mi hermano, Benedict.

El hombre hizo una inclinación. Era más alto que cualquiera de sus hermanos mayores e igual de apuesto, con una espesa melena de rizos castaños y un innegable brillo travieso en sus ojos azules.

—Y mi hermano, Henry.

Henry inclinó la cabeza, pero cuando la alzó de nuevo, le dedicó a James una leve sonrisa.

—Nos hemos visto antes, en realidad, el verano pasado. ¿Cómo está, señorita Thur...? Perdón, señora Bradwell?

Mi estómago dio un vuelco bajo el escrutinio de sus ojos azules. Su cabello rizado estaba ligeramente revuelto y se veía tan apuesto como el verano anterior.

—Estoy bien, le agradezco. El viaje ha sido largo, sin embargo, y me alegra haber llegado.

James miró de su hermano a mí.

—¿Se conocen?

—Sí, el verano pasado en Northumberland —dije.

Pareció desconcertado por la revelación de Henry, pero asintió y continuó con las presentaciones. Señaló a la última mujer. Era alta y delgada, con un vestido negro que colgaba de su figura huesuda. Su mirada, aunque severa, no era cruel.

—Conoce a nuestra ama de llaves, la señora Prescott.

Hice otra reverencia.

—Es un placer.

—No la mantendremos afuera por más tiempo, querida —dijo Lady Edith, acercándose a mí—. Si gusta acompañarme, la llevaré a su habitación y haré que le envíen la cena. Imagino que preferirá tomarla en sus aposentos esta noche. Prescott se encargará de su equipaje.

¿Era tan evidente que ya ansiaba un respiro?

—Sería encantador, Lady Edith.

James se quedó con sus hermanos mientras su madre me conducía al interior de la casa, y la señora Prescott descendió las escaleras hacia los criados que descargaban el equipaje.

Entramos, e hice mi mejor esfuerzo por disimular mi asombro. El techo se alzaba hasta el ático, con un suelo ajedrezado en blanco y negro que se extendía por un vestíbulo descomunal y desembocaba en una inmensa escalera. Adornos dorados de estilo barroco decoraban el techo y los nichos a cada lado de la escalera, y de inmediato me sentí diminuta.

Altas ventanas perforaban las paredes y las puertas se abrían hacia lo que parecía ser un patio interior. Se veía tranquilo y sereno, un espacio cuadrado con solo una fuente poco profunda en el centro.

—Requiere cierto tiempo acostumbrarse —dijo Lady Edith con suavidad—. Pero le prometo que con el tiempo se sentirá como en casa.

¿Cómo podría este edificio colosal llegar a ser un hogar? En mi mente, parecía más un museo o un palacio de Londres, pues nunca había visto semejante opulencia o grandeza en ningún otro lugar.

¿Y se suponía que yo debía ser su señora? Me sentía más adecuada para vestir un delantal gris y una cofia blanca y fregar el suelo ajedrezado.

Aunque quizás no se esperase de mí que asumiera tal papel, pues Chelton ya tenía una dueña. Lady Edith comenzó a subir los escalones alfombrados, y la seguí. Giró ligeramente la cabeza para hablar mientras ascendía.

—No sabía que usted y Henry se conocían. Dígame, ¿cómo ocurrió? Él no suele ir a la ciudad con frecuencia.

—Mi tía tiene una finca en Northumberland. De camino a visitarla el verano pasado, nuestra carroza rompió un eje. La lluvia era terrible y los caminos intransitables, pero el señor Bradwell permitió que mi familia se refugiara en su pabellón de caza por unas noches.

—Hmm —murmuró—. Nunca lo ha mencionado.

Enderecé la espalda y tragué el primer atisbo de disgusto ante su comentario. Quizá Henry no lo había mencionado porque no significó nada para él. Si ese era el caso, me alegraba enormemente de no haber enviado la carta que mi prima insistió en que escribiera. Habría sido un atrevimiento, sin duda, y más aún cuando el destinatario no tenía interés en prolongar el trato.

Quise desviar la conversación de mí misma y, sobre todo, de mi vínculo con Henry.

—Me han dicho que tienen un sobrino cerca.

—Sí, vive con su familia al otro lado de Bakewell. No está muy lejos, así que debemos incluirlos cuando vayamos a repartir sus tarjetas. Las ha traído, ¿verdad?

Cruzamos el rellano y nos adentramos en otro pasillo.

—Aún no he hecho que las impriman.

En verdad, esperaba evitar las visitas de recién casada. Sabía que debía encontrar una forma de presentarme en sociedad, por supuesto, pero no había imaginado que mi matrimonio tendría semejante opulencia. Necesitaba tiempo para reajustar mi perspectiva antes de presentarme como parte de una familia de este calibre.

James nunca me había dejado entrever su riqueza, y ahora, viendo su casa, era evidente por qué no había insistido en que mi padre aumentara mi dote. No necesitaba dinero de mí, su patrimonio debía estar floreciendo. Era un nivel de riqueza que jamás había contemplado para mí misma, ni siquiera en sueños.

—Bueno, no importa. Puedo encargarme de eso mañana.

Nos detuvimos ante una puerta alta con un pequeño pomo en el centro, y busqué las palabras adecuadas para expresar mis sentimientos sin parecer descortés.

—¿Es necesario comenzar las visitas tan pronto? Me temo que mi mente aún no ha asimilado todos los cambios recientes en mi vida.

Lady Edith me observó con ojo crítico.

—No sé qué le ha dicho James, pero nuestra posición y reputación como la familia Bradwell son impecables, y no deseo mancillarlas ofendiendo a nuestros vecinos. No podremos entregar las tarjetas hasta que estén listas, por supuesto, y no pretendo incomodarla esperando que inicie sus visitas mañana mismo. Pero tenemos una reputación que mantener, señorita... señora Bradwell, y espero que eso no le suponga una molestia.

—Por favor, llámeme Felicity.

No podía soportar robarle su nombre. Ya le había robado a su hijo.

Me dedicó una sonrisa tensa y abrió la puerta.

—Este es su dormitorio, Felicity. Espero que sea de su agrado. Yo misma elegí los colores, pero si hay algo que no le gusta, solo tiene que decirlo y lo cambiaremos.

Entré en la habitación, cubierta en distintas tonalidades de azul y crema. A simple vista, se asemejaba mucho al vestido que llevé en mi boda, con tapices azul pálido en las paredes y cortinas crema. La cama alta estaba rodeada de brocados en azul y crema, recogidos alrededor de los cuatro postes, y la alfombra mullida se extendía en variados tonos de rosa.

Cada mesa tenía un jarrón con rosas rosadas y blancas, y el aroma era tenue pero agradable.

—Es hermosa.

—Gracias. Prescott subirá pronto con sus baúles, y poco después llegará la bandeja con su cena. La dejaré ahora, a menos que haya algo que quiera saber.

¿Realmente me encontraba allí? No podía entender la habitación que estaba destinada a ser solo mía. En este lugar fácilmente se podría colocar un piso entero de la casa de mis padres en Londres.

—No puedo pensar en nada.

Ella señaló una puerta blanca colocada en la pared cerca de la chimenea.

—Esta conduce a la habitación de James. El desayuno se sirve en el salón, pero si lo prefiere puede llamar para pedir una bandeja.

Me quedé mirando la puerta que conectaba mi habitación con la de mi marido. No estaría en uso durante los próximos seis meses, pero nadie más necesitaba saberlo.

Lady Edith hizo una pausa, como si estuviera considerando algo, y se le formó una línea entre las cejas.

—¿Ha traído una doncella? No recuerdo haber visto a nadie más en el carruaje y sé que James dejó aquí a su ayuda de cámara.

—No, Lady Edith. No tengo doncella.

Ella asintió.

—Entonces me encargaré de contratar a alguien de Bakewell mañana, cuando vaya a la ciudad a buscar sus tarjetas.

—No necesita tomarse la molestia. Me las he arreglado bastante bien sin una, durante mucho tiempo.

Ella pareció medir sus palabras y yo me pregunté en qué me había equivocado.

—Felicity… me encargaré que tenga una doncella. Quizás también deberíamos hacerle una visita a la modista. Ahora es una Bradwell.

Y con ese edicto, ella salió de la habitación.

Giré en un círculo lento y observé la majestuosidad del dormitorio con los hombros cargados de expectación. Cerré los ojos y escuché las palabras repetidas, una vez más.

Es una Bradwell. Sin embargo, ¿le daría a mi nueva familia motivos de orgullo o lo estropearía todo?

CAPÍTULO 9

Hacía mucho tiempo que había oscurecido y el fuego de la gran chimenea ardía en mi nuevo dormitorio. La señora Prescott había vaciado el miserable contenido de mis baúles en el armario y rechazó mi ayuda, a pesar de mis persistentes intentos. Ella no parecía cómoda con la oferta, y me di cuenta de que tenía mucho que aprender sobre las expectativas de vivir en una casa así.

Debería haberle preguntado mejor a James sobre el estado de su casa y sus ingresos, antes de aceptar su propuesta, pero en aquel momento, eso no me importaba.

Alguien llamó a la puerta y me apreté más la bata, atando la faja en la parte delantera para mantenerla cerrada. Quizás Lady Edith ya había conseguido una doncella, y la había enviado a recibir lecciones de conducta.

Reprimí una risita ante la idea y fui hasta la puerta.

—¿Sí?

—Soy solo yo —dijo James, pero su voz apagada sonó como si viniera desde detrás de mí.

Abrí la puerta y encontré el pasillo vacío. Volví a cerrarla y me giré hacia la puerta que conducía a la alcoba de James, a solo unos pasos de distancia. Un escalofrío nervioso recorrió mi piel mientras cruzaba hacia su habitación. No estaba cerrada con llave, y giré el picaporte con facilidad, abriéndola para encontrar a James enmarcado en el umbral con las mangas de la camisa remangadas y el chaleco puesto, y la corbata descartada en algún otro lugar.

La vista era posiblemente la cosa más varonil que jamás había visto, y tuve que ser muy moderada para no mirar el triángulo de piel visible en el cuello abierto de su camisa, o la forma en que su piel se hundía en el hueco sobre su clavícula.

—Buenas noches.

Él sonrió suavemente.

—Solo quería desearte buenas noches. Te eché de menos en la cena, pero no te culpo por retirarte temprano.

Echó un vistazo por encima de mi hombro a las sábanas revueltas.

—Temí despertarte.

—No, en absoluto. Aún no he podido conciliar el sueño.

—¿Es habitual en ti?

—Sí. Siempre me ha costado dormirme rápido —admití—. Aunque pensé que el cansancio del viaje haría que esta noche fuera diferente.

—A veces es difícil acostumbrarse a una cama nueva.

Nos quedamos en silencio, y busqué algo que decir más allá de James. Su alcoba me llamó la atención: estaba decorada de manera similar a la mía, pero en una tonalidad más oscura. Las paredes eran de madera en lugar de estar pintadas de blanco, y los tapices de seda eran azul marino en vez de azul pálido. Combinaba bien con mi habitación, aunque conservaba un aire marcadamente masculino.

—¿Quieres verla? —preguntó, notando dónde se había dirigido mi mirada.

Negué con la cabeza y di un pequeño paso atrás. Entrar en su habitación me parecería demasiado íntimo de una forma para la que aún no estaba preparada. En realidad, ni siquiera conocía su color favorito o su comida menos preferida. ¿Cómo podría explorar sus cosas personales antes de haber explorado su mente?

—Quizás en otra ocasión. No quiero retenerte.

—No tengo sueño, James. Es solo que no me siento… bueno, somos unos extraños.

Un destello cruzó su mirada, pero no supe descifrarlo. ¿Había sido pena o comprensión? Se relajó un poco y apoyó un hombro en el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre su ancho pecho. Capté un leve rastro de su colonia especiada. Era diferente esta vez, menos pura, como si se hubiera mezclado con la esencia de James para crear un aroma único.

—Me gustaría que no nos sintiéramos como extraños. ¿Cómo crees que podríamos lograrlo?

—Cortejándonos —dije.

Él asintió.

—Por supuesto, será complicado encontrar momentos a solas contigo. La lista de cosas que mi madre quiere enseñarte ocupa toda la mesa de la biblioteca.

Solo la idea me hizo dar otro paso atrás. James pareció captar mi duda y se enderezó.

—Solo tendrás que hacer aquello con lo que te sientas cómoda, Felicity. Nadie te obligará a ir más allá de tus propios límites.

Sus ojos reflejaban sinceridad, y supe que podía confiar en él.

—Quiero hacer lo mejor que pueda en este papel, pero admito que me siento abrumada. Me tomará tiempo aprender lo que se espera de mí.

—Mi madre ha sido la señora de Chelton durante mucho tiempo, y tiene mucha sabiduría que transmitir. Te recomiendo que aprendas de ella, y yo haré todo lo que esté en mi poder para apoyarte —sonrió—. Incluso prometo sacarte de tus lecciones tantas veces como lo necesites.

Mis labios se curvaron en una sonrisa sin que pudiera evitarlo.

—Así podremos ir dejando de ser unos extraños.

—Exactamente. De hecho… —Se frotó la mandíbula con una mano, la sombra oscura de un día sin afeitar marcando su piel—. Quizás podríamos acordar compartir un dato sobre nosotros cada día.

—¿Un dato sobre nosotros mismos?

—Sí. Piénsalo, al final de nuestro primer año de matrimonio sabremos más de trescientas cosas el uno del otro. No podríamos seguir considerándonos extraños en ese punto.

—Es una idea razonable.

—¿Empezamos esta noche?

—Sí. Pero tú primero. No tengo idea de qué decir.

James inclinó la cabeza.

—Podemos mantenerlo sencillo. Esta noche, te diré que mi color favorito es el azul.

—No me sorprende, después de ver tu habitación.

Él echó un vistazo por encima del hombro.

—Ah, sí. La redecoré hace algunos años. ¿Te gusta?

—Sí. La mía también es preciosa, aunque tu madre me dijo que ella eligió los colores.

Él asintió.

—Dime, James. ¿Le quité la habitación a tu madre?

Su boca se curvó en una sonrisa tensa.

—No. Ella la dejó cuando regresé de Cambridge con la intención de hacer de Chelton mi residencia principal otra vez, poco después de la muerte de mi padre. Hizo redecorar la habitación en preparación para mi esposa, pero ha estado vacía por más de un año. Estoy seguro de que le alegra verla ocupada antes de que los colores pasen de moda.

No pude evitar reírme ante la idea, aunque se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Tenías una novia en mente cuando regresaste de Cambridge?

Su frente se arrugó y luego se aclaró.

—¡Oh, no! No la tenía. Mi madre solo quería que me casara y preparó la habitación en consecuencia, pero yo todavía no estaba listo. Es decir, cortejé a algunas mujeres para apaciguarla. Todavía quedan unas cuantas en Bakewell, y estoy seguro que pronto las considerarás amigas.

—¿Están casadas ahora?

Apartó la mirada y se aclaró la garganta.

—Una de ellas, sí. La otra sigue soltera. Es una mujer encantadora, pero no encajamos.

Y la pobre mujer sin duda había soñado con convertirse en la señora de Chelton. Seguramente, James estaba equivocado y no nos haríamos amigas fácilmente.

Miré hacia el fuego menguante. Me recordó la noche que conocí a James en el baile y todo lo que había sucedido desde entonces. Toda esta situación comenzó porque quería mirar la biblioteca de un hombre. Quizás eso sea lo que compartiría esta noche.

—Mi pasatiempo favorito es leer.

—Ya lo supuse —dijo James, con voz suave—. Dada la forma en que nos conocimos. ¿Quizás puedas compartir algo diferente?

—Diferente. ¡Muy bien! —Busqué en mi mente algo que decir, pero las únicas cosas destacables de mí eran mi amor por la lectura y mi innata incomodidad de encontrarme en el centro de atención en situaciones sociales, cosas con las que él estaba familiarizado—. Mi prima Jane es mi amiga más querida. Se casó el verano pasado y ahora vive en Escocia, que antes parecía un mundo de distancia.

—Aunque ahora probablemente vivas más cerca de ella que en Londres.

—Tendría que consultar un mapa, pero creo que puede que tengas razón.

—¿Cómo conoció Jane a su marido escocés?

—Se conocen de toda la vida. Sus madres son buenas amigas y asistían a las fiestas de la casa, todos los veranos, en el castillo de Arden, tal como lo hacíamos nosotros.

—¡Ah, sí! La fiesta en casa a la que viajabas cuando se rompió tu carruaje. —Él sonrió, pero el sonido fue tenso, incómodo—. Cuando tu padre me habló de la relación entre Henry y él, no sabía que también habías conocido a mi hermano.

Abrí la boca para hablar, pero James continuó:

—No quiero decir que haya algún problema con esto, ya que debería haber hecho esa suposición. Fue extraño, sin embargo, que no conectara los puntos, antes de llegar. Además, Henry nunca mencionó nada al respecto.

—Solo puedo asumir que nuestro encuentro no dejó una huella lo suficientemente fuerte en tu hermano como para que considerara compartirla contigo.

—Si bien… llegué al pabellón de caza con Benedict solo unos días después. Parecería el tipo de cosas que un hombre comparte simplemente porque le interesa. —Sacudió la cabeza—. A veces no se puede entender a Henry. Él y yo nunca hemos estado de acuerdo en la mayoría de los asuntos.

Mi estómago dio un vuelco incómodo. El verano pasado había formado lo que creía que era un vínculo inmediato con Henry, simplemente porque nos habíamos entendido perfectamente en

nuestras breves conversaciones. Si lo que James dijo era cierto para él y su hermano, entonces, ¿qué podría decir para James y para mí?

—Pareces preocupada. ¿He dicho algo que te inquieta?

Negué con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Supongo que estoy cansada.

Él hizo una breve pausa.

—Mientras siempre seamos honestos el uno con el otro, creo que podremos construir algo en este matrimonio.

Sus palabras sonaron con la verdad dentro de mí, pero no quería compartir mis preocupaciones y poner en su mente la idea que tal vez yo era más adecuada para su hermano que para él. Ya era tarde y era mucho mejor que me fuera a dormir. O debía intentarlo, al menos.

James permaneció en la puerta, pero levantó la mano, se acercó a mí y yo di un paso adelante para colocar la mía en ella. Se llevó mis nudillos doblados a los labios y me dio un beso en la piel, justo donde se había derramado la cera en nuestro primer encuentro. Un rayo subió por mi brazo y apreté sus dedos suavemente ante el impacto.

—Buenas noches, Felicity.

Retomé mi mano y la apoyé en la puerta.

—Buenas noches, James.

Una vez que dio un paso atrás y la puerta se cerró con un clic, solté el aliento, que se había alojado en mi pecho. ¿Cómo podría un pequeño beso, nada menos que en mi mano, tener el poder de dejarme sin aliento? Lo más probable es que no fuera el beso, sino la forma en que James solía hacerme sentir que mantenía su poder.

Regresé a mi cama para intentar dormir, pero mirando la chimenea y la pared, que dividía mi dormitorio y el de James, no imaginé que pudiera lograr esa hazaña, en un futuro cercano.

CAPÍTULO 10

La mañana siguiente estaba soleada y sin nubes. Me tomé más tiempo en mi habitación para intentar un peinado más complejo que el simple nudo que normalmente usaba. Retorcí y junté mechones de cabello, pero, en el espejo, nada apareció como lo había imaginado en mi mente.

Era inútil. Yo era un caso perdido y estaba destinada a parecer una simplona desaliñada junto a Lady Edith y su elegancia natural. Seguramente no querría llevarme a Bakewell luciendo como una institutriz.

Soplé un mechón de cabello que me caía sobre la frente y solté un gemido. No había solución. Tendría que recogerme el cabello de la única forma que sabía y esperar a que Lady Edith eligiera una doncella para mí. Solo podía esperar no ser una vergüenza para mi nueva familia mientras tanto.

Sería un alivio bendito cuando mis padres llegaran en quince días y trajeran consigo una sensación de normalidad. Ya estaba preparando mis argumentos para convencerlos de quedarse más tiempo del par de semanas que tenían previsto.

Una vez que aseguré mi cabello en un moño, dejando sueltos algunos mechones junto a mis sienes que no lograban sujetarse, me puse mi vestido de muselina verde y deslicé los pies en mis zapatillas. Era uno de mis vestidos de día más bonitos y lo mejor que podía hacer sin usar un traje de noche por la mañana.

Las ventanas del pasillo fuera de mi habitación estaban abiertas, dejando entrar la luz matutina. Intenté seguir el mismo camino que había tomado con Lady Edith el día anterior, pero pronto me di cuenta de que estaba completamente perdida. La casa era un auténtico laberinto y, en menos de un cuarto de hora, me encontré exactamente en el mismo lugar donde había empezado, sin la menor

idea de cómo había llegado allí. Incluso había utilizado una escalera en algún momento.

Durante un instante, la tentación me llevó a considerar llamar a la puerta de James y pedirle indicaciones para llegar al salón del desayuno, pero no quería despertarlo si aún dormía. Intentaría encontrar el camino una vez más.

Caminé por el pasillo y giré, tal como creía haber hecho con Lady Edith, y choqué de lleno contra un hombre.

—¡Oh, perdóneme! —di un paso atrás, llevándome las manos al vientre.

Henry se mantenía apartado de mí, con su cabello castaño rizado revuelto y sus ojos azules fijos en los míos.

—No hay nada que perdonar. Yo debería haber mirado por dónde caminaba.

Bajé la vista y vi que sostenía un libro, con el pulgar presionado entre las páginas.

—Puedo comprender perfectamente el deseo de seguir leyendo tras llegar a un momento crucial de la historia, señor Bradwell. Fui yo quien no debió doblar la esquina tan deprisa.

Él miró por encima de mi hombro y luego a mis manos, como si no pudiera fijar la vista en mi rostro.

—¿Se dirigía al salón de desayuno?

—Ese era mi objetivo.

—Entonces permítame orientarla. —Señaló detrás de mí—. Iba en dirección contraria.

—Ah, claro. —Me ardieron las mejillas y me hice a un lado para que pudiera caminar junto a mí.

Retrocedimos sobre mis pasos, pasamos por delante de mi alcoba, doblamos por el pasillo opuesto y allí encontramos la entrada de la escalera ancha.

Me había desorientado por completo.

—Siento que jamás aprenderé a orientarme aquí.

—Lo hará. Podemos colocar lacayos en cada pasillo si siente que lo necesita.

Le dirigí una mirada rápida, pero el brillo en sus ojos reveló que bromeaba.

—Le avisaré si llega a ser necesario.

Caminamos en silencio hasta el comedor, y Henry se detuvo en la entrada. La sala estaba vacía, aunque un aparador junto a la pared rebosaba de platos cubiertos. Henry indicó que debía precederlo y entré en la sala.

Tomamos nuestros platos y los llenamos en silencio antes de llevarlos a la mesa redonda en el centro del salón.

Henry me acercó una silla y se sentó en el asiento contiguo al mío, dejando su libro junto a su plato.

—¿Están bien sus padres?

Me concentré en cortar mi tomate estofado para tener algo en lo que fijarme. ¿No podía haberse sentado frente a mí para darme espacio para respirar? O quizá eso habría parecido más extraño aún que esta cercanía.

¿Qué me había preguntado? Ah, mis padres.

—Sí, ambos gozan de buena salud. Aunque mi padre ha mencionado regresar a su pabellón de caza unas cuantas veces desde el verano pasado.

—De haber estado allí para recibirlo, habría sido más que bienvenido.

—Será mejor que no diga eso cuando llegue dentro de quince días, o logrará sonsacarle una invitación.

Henry rio.

—Quizá lo sugiera, y así podríamos escapar una semana o algo así. Benedict siempre busca un motivo para ir a Sedwick Lodge, así que seguro estaría encantado de unirse.

—¿Quiere escapar? —pregunté, llevándome un trozo de tomate a la boca.

La mirada de Henry se posó en mis labios y enseguida se apartó.

—Me pregunto si quizá llegue a ser necesario —dijo en voz baja. Revolvió las huevas en su plato y carraspeó—. A veces el calor de junio se vuelve insoportable, y hay tantos árboles en Sedwick que allí es mucho más fresco. Aunque, lo admito, prefiero un verano cálido a la lluvia torrencial del año pasado.

—No me molesta la lluvia —dije, cortando el tomate en trozos aún más pequeños—. Es una buena excusa para quedarse dentro y leer.

Henry soltó una risa suave.

—No hay argumento contra una lógica tan sólida.

—Quizá podamos rezar para que llueva un poco más y así no tenga que hacer las visitas nupciales.

La risa que siguió no sonó tan alegre como antes, y siguió moviendo las huevas por el plato.

—No sé por qué las elegí —dijo en voz baja—. No soporto el pescado de ningún tipo.

Levanté la mirada de golpe y solté una carcajada.

—¿En serio? Quizá está tan nervioso como yo.

Se frotó la barbilla con una mano, y el gesto me recordó a James anoche en la puerta de mi habitación, con la pechera de la camisa abierta y esos ojos hermosos fijos en mí. Los hermanos no se parecían en nada, ni la forma de la nariz ni de los ojos eran iguales, uno tenía el cabello rizado y el otro bastante liso, pero compartían ciertos gestos.

—Sin duda, más que usted —dijo.

—Señor Bradwell...

—Llámeme Henry, por favor —pidió con una sonrisa que suavizaba la súplica—. Al fin y al cabo, ahora somos hermanos.

Tragué saliva.

—Muy bien, Henry. No quisiera incomodarlo en su propia casa. Si mi presencia aquí le causa angustia o lo hace sentir que debe escapar...

Benedict entró en la sala con James pisándole los talones, ambos vestidos con ropa de montar y el cabello alborotado por el viento, y cerré la boca al instante. La interrupción no pudo ser más oportuna. No podía quejarme de sus atuendos de montar, claro. Qué bendito alivio. Si James salía a cabalgar con su hermano, jamás tendría que confesarle cuánto detestaba esa actividad.

Henry se levantó.

—Voy a servirme otro plato.

James miró de mí al plato de Henry.

—¿Huevas? Odias el pescado.

—No estaba pensando —dijo Henry.

—Qué novedad —rio Benedict desde el aparador—. Seguramente tenías un libro en la mano mientras servías tu plato. ¿Me equivoco?

Benedict alzó las cejas en mi dirección, y no pude evitar sonreír.

—No se equivoca, señor.

—Por favor, llámeme Benedict. Ya sabe, ahora somos hermanos.

—Qué coincidencia. —Le devolví la sonrisa—. Henry dijo lo mismo. Espero que usted me llame Felicity.

James tomó el asiento libre a mi lado. Se inclinó sobre mí para alcanzar el plato intacto de Henry y deslizó las huevas a su propio plato. Benedict me guiñó un ojo desde el aparador, y volví la atención hacia James.

—Qué considerado por evitar el desperdicio.

Me dedicó una sonrisa suave.

—Henry jamás las comería. Debe haber estado extremadamente distraído para servirse huevas.

No tenía nada que decir. En realidad, no había motivos para que las cosas entre Henry y yo fueran incómodas. Jamás habíamos llegado a ningún entendimiento. De hecho, de no haberme casado con James, quizás nunca habría vuelto a ver a Henry.

James pinchó una hueva con el tenedor.

—Tengo en mente una actividad para esta mañana, si estás disponible.

—No estoy segura. Tu madre quiere encargar tarjetas para que las entregue a los vecinos en las visitas nupciales, y mencionó también buscar una doncella para mí.

—Tal vez pueda convencer a mamá para que renuncies a eso por hoy. En vez de eso, podemos dar un paseo esta tarde.

Me atraganté con un bocado de mi tostada y tosí, tomando el vaso de agua que James me ofreció para aclararme la garganta. ¿Esa era su actividad prevista?

—¿Un paseo? ¿A caballo?

—Bueno, no me importaría montar en un ciervo, pero eso podría resultar complicado.

No pude evitar reírme y me tapé la boca con la servilleta. Después de tomar otro sorbo de agua, me recliné en mi asiento. Henry y Benedict ahora estaban sentados, y el plato de Henry ya no tenía pescado.

—¿No acabas de regresar de montar a caballo? —pregunté.

—No exactamente —dijo James.

Benedict levantó una ceja.

—Ese no fue un paseo, Felicity, sino simplemente una misión de exploración para determinar la profundidad de la reparación que necesitaremos ordenar para la rodera.

—Ayer noté un gran surco en el camino cerca del puente, cuando regresamos a casa —dijo James, a modo de explicación—. Debemos arreglarlo.

—¿Y quién mejor que yo para arreglarlo? —preguntó Benedict con su voz llena de sarcasmo.

James sonrió.

—Debes ganarte la vida de alguna manera. —Levantó su vaso —. Eso es mucho más fácil que encontrar un empleo, te lo concedo.

Las suaves bromas entre los hermanos fluían con naturalidad y eran fáciles de seguir. Cuando supuse que uno de ellos decía algo hiriente o iba demasiado lejos, el otro simplemente se reía más fuerte. Nunca los entendería, pero eso no era necesario.

James se inclinó y bajó un poco la voz.

—¿Qué opinas de ese viaje más tarde? Hay algo que deseo mostrarte.

Tragué.

—Si puedes aceptar que no soy muy buena montando a caballo, entonces supongo que todo estará bien.

—Espléndido. Estoy seguro que eres mejor de lo que me haces creer. —Él sonrió, conmovido.

—No soy propensa a la falsa modestia.

—En efecto. Esta es una de las cosas que admiro de ti.

Lady Edith entró en la habitación y cada uno de los hombres se puso de pie al mismo tiempo. Su comportamiento caballeroso era un logro para su madre. Hizo un gesto a sus hijos para que volvieran a sentarse.

—Ya comí. Solo estaba buscando a Felicity para poder ir juntas a Bakewell.

Dejé mi servilleta sobre la mesa.

—Ya terminé.

—No tenemos prisa, querida.

—Realmente, estoy acabando —dije—. Solo necesito ir a buscar mis guantes y mi gorro.

Lady Edith jugueteó con sus guantes.

—Entonces, ¿te veré delante de la casa dentro de un cuarto de hora?

—Muy bien.

Ella se fue, empujé mi silla hacia atrás y salí del salón, cuando se me ocurrió que no sabía cómo había llegado aquí porque había estado siguiendo a Henry. Me detuve en el umbral.

—¿Olvidaste algo? —preguntó James.

Sonreí tímidamente.

—No estoy muy segura de cómo llegar a mi dormitorio.

Benedict se rio a carcajadas, sacando una risita de mi pecho, y James se levantó.

—Te llevaré.

—No, no debes hacerlo. Necesitas terminar tu desayuno. Dirígeme a dónde ir y lo encontraré.

Él miró a Henry.

—Ya terminaste de comer, gallina. ¿Te importa?

—Por supuesto que no.

Ciertamente, no podría utilizar a Henry como guía en todo el día. En algún momento, necesitaba aprender a manejarme en esta casa. Y estaba cansada de sentirme incómoda con él.

—No, en serio, si me dices qué camino tomar...

—No me importa —dijo Henry. Me siguió hasta la puerta y señaló el pasillo—. Por aquí, primero por aquí.

Lo seguí en silencio, haciendo lo mejor que pude para memorizar cada corredor, escalera y habitación por la que pasábamos, concentrándome en el camino y no en el hombre.

—Más bien creo que me veré obligada a dibujar un mapa. Nunca recordaré todo esto.

—Lo harás —dijo Henry—. Algún día.

Nos detuvimos frente a mi puerta y alcancé el pomo.

—Gracias por guiarme.

—¿Felicity?

Di la vuelta, sorprendida por su mirada seria.

—Nuestra conversación durante el desayuno se interrumpió.

Él giró el libro que todavía llevaba en sus manos.

—Esta es tu casa ahora y tampoco deseo que sea un lugar incómodo para ti. Aunque en un momento me pregunté, si tal vez nos cruzaríamos de nuevo y… —Sacudió la cabeza sutilmente—. Bueno, eso fue en el pasado. Y estoy feliz que James haya encontrado una novia que lo haga feliz. Espero que podamos olvidarnos de cualquier tipo de…

Parecía tener dificultades para encontrar las palabras para expresar la incomodidad que ambos sentíamos claramente, y yo tampoco sabía cómo expresarlas.

—Nunca hubo ningún tipo de expectativa entre nosotros, Henry, así que no hay ninguna razón por la que las cosas deban ser incómodas.

Él dejó escapar un suspiro silencioso, pareciendo aliviado.

—Me alegra oírte decir eso. No podemos cambiar el pasado, pero podemos determinar nuestro futuro, y me gustaría que seamos amigos, Felicity.

—A mí también me gustaría mucho eso.

Él asintió claramente y sonrió.

—Es maravilloso tenerte aquí, de verdad. Ninguno de mis hermanos ha leído un solo libro desde que dejaron la escuela y mi madre no tiene tiempo para ello. Estaré encantado de tener otra mente estudiosa con quien hablar de vez en cuando.

Con toda la novedad que me rodeaba en Chelton, la idea de conversar sobre libros me trajo un consuelo inmediato. Dejar atrás

nuestro pequeño pasado y seguir adelante fue un alivio aún mayor.

—Esto es una gran noticia, porque he leído *Viajes a varias naciones remotas del mundo,* tres veces, desde que me lo prestaste el verano pasado y estaba ansiosa por discutirlo con alguien. Obtuve el segundo volumen de Hatchards, una vez que supe de su existencia.

—Entonces, ¿te gustó?

—¡Ah, muchísimo! En el momento en que Gulliver se encuentra en Lilliput, supe que iba a ser una historia excelente.

—¿Has leído *Los misterios de Udolfo*?

—No lo he hecho. Mi madre estaba convencida que no era apropiado.

Él se frotó la barbilla, mientras pensaba.

—Supongo que podría ser un poco aterrador. Quizás sea mejor no...

—No… me gustaría leerlo —dije, acercándome y apoyando mi mano en su brazo. Mamá ya no estaba aquí para influir en mis decisiones, y ahora yo era una mujer casada. Si quería leer una novela gótica, esa era mi elección—. ¿Lo tienes aquí?

Él sonrió, y su antebrazo se flexionó bajo mi mano. Me aparté y Henry retrocedió un poco.

—Está abajo en la biblioteca. Te lo traeré más tarde.

—Eso sería maravilloso. Gracias. —Aunque la tensión se había disipado, el silencio entre nosotros era denso, como si las cosas no dichas todavía quisieran aferrarse a nosotros, recordándonos nuestro pasado—. Debería irme o tu madre me estará esperando.

—Por supuesto. ¿Podrás encontrar el camino abajo?

—Creo que puedo. En cualquier caso, me gustaría intentarlo.

Henry se alejó, entré en mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. Las cosas iban bien con James hasta el momento, y Henry y yo habíamos aclarado la confusión entre nosotros.

Ahora solo necesitaba encontrar una manera de obtener la aprobación de Lady Edith y todo estaría bien.

CAPÍTULO 11

Bakewell era un pueblo encantador. Calles estrechas flanqueadas por edificios de piedra se entrelazaban por la villa montañosa, y una hermosa iglesia se alzaba sobre las demás construcciones, su campanario apuntando al cielo. Lady Edith y yo íbamos sentadas en un coche descubierto, con el sol brillando sobre nuestros sombreros.

—Empezaremos en la modista. Me gustaría comprarle algunos vestidos nuevos, si le parece bien.

Me alegraba llevar cualquier cosa que Lady Edith aprobara, pero no me agradaba el despilfarro.

—Mi madre hizo todo lo posible por preparar un ajuar, pero no tuvimos tanto tiempo como le habría gustado. Todavía no he bordado la mayoría de mis sábanas. —Se me ocurrió algo, pues aún no le había regalado nada a James por la boda—. ¿Sabe si James necesita pañuelos nuevos?

—Lo dudo. Es Benedict quien los pierde constantemente.

Asentí, observando las tiendas que pasaban y admirando el ambiente acogedor del pueblo. Era un mundo completamente distinto a Londres, y agradecía la ausencia del humo de carbón y el hedor de las calles.

—¿Y las tarjetas? —pregunté.

—Ya las mandé a hacer, así que no necesitamos pasar por la imprenta hoy. Deberíamos tenerlas el lunes.

Cinco días. Eso me daba cinco días antes de tener que presentarme ante desconocidos. La idea me revolvió el estómago y tuve que reprimir las náuseas.

—Estoy segura de que, una vez la vean en la iglesia, estarán esperando el anuncio. No es poca cosa para la Sociedad local que

alguien de la familia Bradwell se haya casado, sobre todo tratándose de James.

Desvió la mirada, pero me pregunté si le habría dolido perderse la ceremonia. Había sido completamente cortés conmigo desde que llegué, pero no podía evitar sentir que había una barrera entre nosotras, como si no le agradara, pero estuviera decidida a comportarse con corrección y no dejarlo ver.

—Fue muy amable de su parte ceder la ceremonia a los deseos de mis padres. Ellos se casaron en St. James, en Londres, y significaba mucho para ellos que yo hiciera lo mismo.

Lady Edith me ofreció una sonrisa tensa.

—Sí, bueno, era importante que la boda se realizara pronto, para que pudiera viajar con James a Chelton. Quise estar presente, pero ya estoy muy mayor para viajes tan largos en carruaje. Me hacen sentir mal.

—Oh, no lo sabía. —Pero ahora entendía por qué había preferido un coche descubierto. Yo habría hecho lo mismo si cada trayecto me provocara náuseas.

—Mientras estemos en la modista, deberíamos hablar con ella sobre las telas para el baile. Había pensado en un tema blanco y, como hará calor, podríamos abrir el patio para bailar.

¿Bailar? ¿Baile? Me apoyé en el respaldo del asiento e hice lo posible por sonar indiferente.

—No sabía que hubiera planes para celebrar un baile.

Ella me miró justo cuando el coche se detenía.

—Tenemos que dar un baile. No tuvimos la oportunidad de celebrar el compromiso, fue todo tan apresurado... así que celebraremos el matrimonio. Toda novia necesita un baile, Felicity.

—¿Incluso las que no disfrutan bailar?

Desestimó mi objeción con un gesto de la mano y dejó que el lacayo la ayudara a bajar del carruaje. Yo la seguí, pero no había terminado.

—De verdad no sé bailar, Lady Edith. ¿No podríamos celebrarlo de otra manera? ¿Una cena formal, quizás?

No se me daban bien las reuniones sociales, pero al menos en una cena era poco probable que me desmayara.

—Tendremos una cena durante el baile, y por supuesto una antes del evento. Necesitaré una lista de nombres para no olvidar a nadie importante para usted. Mencionó que tenía una tía cerca, ¿quizás le gustaría venir antes y quedarse en Chelton como nuestra invitada?

Mi mente daba vueltas. La conversación se me estaba escapando.

—Se casó recientemente, y no sabría decir si está en Northumberland o en la finca de su esposo, en el sur. Pero con toda sinceridad, no creo que un baile sea necesario…

Lady Edith se detuvo y se giró hacia mí. Sus ojos se abrieron levemente, su sonrisa seguía rígida.

—Mi hijo mayor y dueño legítimo de Chelton se ha casado. Para Bakewell y la nobleza de los alrededores, es lo más significativo que ha ocurrido en años. Es una bendición y motivo de celebración para muchos, Felicity. No deseo organizar un baile porque me gusten las fiestas. Debemos hacerlo porque se espera de nosotros, y James no evade sus deberes.

¿James no evadía sus deberes, pero yo sí? No podía preguntarle si eso era lo que quería decir, pero tampoco lo necesitaba. Había sido perfectamente clara.

—¿Nos entendemos? —preguntó Lady Edith, con apenas un matiz cortante en su tono refinado.

—Sí, por supuesto.

—Maravilloso. —Se giró para seguir caminando hacia la tienda de la modista, y yo caminé a su lado—. He estado pensando en los méritos de un baile completamente blanco, y si lo hacemos así, sería maravilloso que usted llevara un vestido blanco, exquisito. ¿Qué opina?

—El blanco sería precioso. Pero sería costoso y difícil de mantener limpio.

—No tiene por qué preocuparte por eso. Es importante, creo yo, dar una buena imagen de Chelton, y qué mejor que el color que representa la pureza.

Tropecé, pero logré mantener el equilibrio sin caer. ¿Pureza? Si antes me preguntaba si James le habría contado a su madre sobre el

escándalo y los rumores en torno a nuestro compromiso apresurado, ya no tenía dudas. Estaba completamente al tanto de la sombra que me perseguía vergonzosamente… y que seguiría haciéndolo durante los próximos seis meses.

—¿No le preocupa que la gente vea el blanco por lo que realmente es?

—¿Y qué es? —preguntó Lady Edith.

Distracción. Un intento lamentable de fingir inocencia a pesar de lo que todos pensaban de mí. Otra razón más para que fuera difícil de mantener limpio.

Ninguna de esas respuestas llegó a mis labios, y mi suegra simplemente negó con la cabeza.

—Puede que haya estado alejada de Londres durante algunos años, pero sé muy bien cómo deben hacerse las cosas aquí, y espero que confíe en mi criterio.

—Confío en su criterio.

—Bien —dijo Lady Edith con una sonrisa que, por primera vez, me pareció al menos parcialmente genuina. Señaló la puerta frente a nosotras—. Diseñemos el vestido más blanco y espléndido que podamos.

La tienda estaba repleta de rollos de telas y carretes de cintas y encajes. Lady Edith fue directamente a hablar con una mujer de cabello rojo encendido y piel blanca como la tiza al fondo del local, y yo me detuve a observar las sedas cerca de la ventana. Una seda verde casi del color de los ojos de James llamó mi atención, y pasé los dedos por ella, dejando que la tela se deslizara como agua de arroyo.

—Felicity, debería unirse a esta conversación. Madame Rousseau me mostraba su nueva seda blanca.

Levanté la vista y vi a las mujeres de pie junto a una mesa, con un rollo de tela blanca entre ellas. La modista aplaudió con entusiasmo.

—Tengo justo lo que necesitamos. El último Ackermann’s ha llegado, y hay un vestido blanco... —Puso el periódico sobre la mesa y comenzó a pasar páginas. Su acento francés omitía todas las haches, y su rostro maquillado resultaba un tanto estridente, pero

los ejemplos de su talento esparcidos por la tienda me daban esperanza—. Déjeme encontrarlo. Es simplemente magnifique.

Madame Rousseau hojeó las páginas hasta detenerse en una.

—Aquí está.

Aplastó las páginas con las palmas y me incliné junto a Lady Edith para observar la ilustración de moda frente a nosotras. La mujer retratada estaba sentada, luciendo un vestido blanco con rosas aplicadas sobre pliegues en el dobladillo y las mangas.

—Falda interior de seda blanca —dijo Lady Edith.

Madame Rousseau señaló la tela fruncida cerca del dobladillo.

—Puede ver aquí la sobrefalda translúcida. Podría ser de un rosa suave...

—Blanco —dijo Lady Edith—. Quiero que todo el vestido sea blanco. Incluso las flores.

La modista me miró fugazmente.

—Un poco de color, sin duda, ayudará a que la joven no parezca pálida.

—Quizá usemos un poco de rouge para ese propósito. Si el tema del baile será todo blanco, conviene que nuestra novia vaya vestida del mismo color impecable. ¿Puede hacer eso por mí, Madame Rousseau?

—Por supuesto. Será un placer.

—Entonces no hace falta que le diga que mi intención es impresionar a los asistentes al baile con una obra maestra elegante, que sé que usted puede realizar.

—Claro que sí, Lady Edith.

—Y me gustaría que el diseño del vestido fuese una sorpresa.

Madame Rousseau me miró buscando confirmación, y traté de sonreír.

—Estoy muy ilusionada con este vestido. El diseño es precioso.

Lady Edith volvió a mirar el papel.

—¿Podemos añadir una cola?

—Eso podría dificultar el baile —dijo la modista.

Justo lo que menos necesitaba.

Mi suegra me miró.

—Creo que la señora Bradwell está dispuesta a sacrificar algunas comodidades en favor de una figura más impactante.

—Por supuesto —dije—. De todas formas, no tengo intención de bailar demasiado esa noche.

En cuanto pusiera un pie en la pista, estaría acabado el asunto. Era inevitable.

—Podríamos fruncir más la tela aquí —dijo Madame Rousseau, señalando la tela bajo las rosas del dobladillo—. Si la subimos un poco, habrá más tela para formar una cola por detrás.

La imagen descrita recordaba a los vestidos de las debutantes en las salas de audiencia reales.

—¿No tememos que parezca que voy a presentarme ante la reina?

—Tal vez —dijo Lady Edith en voz baja—. Entonces no debemos ponerle una pluma en el cabello. Quizás un collar de perlas, en su lugar.

—O flores blancas que hagan juego con las aplicaciones del vestido —sugirió la modista.

Lady Edith sonrió.

—Perfecto. ¿Puedo confiar en usted para que las proporcione junto con el vestido?

—Oui, madame. Si eso es todo, debemos comenzar con las medidas.

Madame Rousseau fue minuciosa al tomarme medidas, y para cuando terminó de marcar cada ángulo de mi cuerpo, Lady Edith había reunido un montón de telas suficiente para confeccionar una docena de vestidos.

—Dios mío —murmuré—. Eso es excesivo.

Lady Edith ignoró mi comentario poco refinado.

—He revisado el Ackermann's y he marcado los vestidos que deseo encargar. Este vestido de baile es el más urgente, pero los demás pueden confeccionarse en el orden que usted prefiera.

La cantidad de vestidos y algunos de los colores elegidos me hacían sentir incómoda.

—¿Deberíamos revisar cada uno...?

Lady Edith no me escuchó.

—Confío en su buen juicio y en su gusto, Madame Rousseau. Estoy segura de que la señora Bradwell opina lo mismo.

Tal vez si conociera mejor a la mujer, confiaría más en su criterio. Era una suma considerable para gastar sin instrucciones precisas. Pero ¿qué podía decir?

—Por supuesto. Me remito al juicio de Lady Edith.

Mi suegra sonrió con aprobación. Al menos había hecho una cosa bien ese día.

—Enviaré una nota cuando el vestido esté listo para los ajustes finales.

Nos dispusimos a salir de la tienda, y lancé una mirada hacia las pilas de telas. Había una buena cantidad de verde, rosa y amarillo, pero nada de azul. Tal vez, cuando regresara para la prueba, tendría que cambiar algo del amarillo por azul. No era un tono favorable para mi tez, y el rosa a veces chocaba con el color rojizo de mi cabello.

—¿Deberíamos sostener las telas junto a mi rostro, Lady Edith? —pregunté, deteniéndome cerca de la puerta—. Me disgustaría recibir un vestido que no combine con el cobrizo de mi cabello.

Ella miró de los rollos de tela a mí.

—Creo que puedo confiar en mi capacidad para elegir telas que no la hagan lucir espantosa, Felicity.

—Por supuesto.

¿Qué otra cosa podía decir? La modista de mi madre siempre había tenido especial cuidado en mostrarme los colores que no favorecían mi piel, pero no deseaba discutir hoy.

Además, todavía había tiempo de hacer cambios.

Avanzábamos hacia la puerta cuando otra mujer entró, seguida por una más joven.

Lady Edith se detuvo, y yo me quedé junto a ella.

—Lady Whitstone, qué gusto verla. Ha pasado una eternidad. Y señorita Whitstone, se ve encantadora hoy. Ese tono de rosa le sienta muy bien.

Así que Lady Edith sí estaba al tanto de que ciertos colores no favorecían a todos los tonos de piel, evidentemente, si podía notar cuándo sí lo hacían.

La señorita Whitstone hizo una reverencia, con las mejillas encendidas por dos manchas de rubor.

—Gracias, Lady Edith.

Lady Whitstone me miró fijamente, y mi suegra pareció recordar mi presencia.

—Oh, por supuesto. Permítame presentarle a la nueva esposa de James, la señora Bradwell.

La señorita Whitstone palideció; el rubor desapareció al instante. Miró a su madre, cuyos labios se tensaron en una línea delgada.

—Felicity, esta es una de nuestras vecinas y buenas amigas, Lady Whitstone, y su hija, la señorita Phillipa Whitstone.

Hice una reverencia.

—Un placer conocerlas.

—Recibirán una invitación en breve, señoras. Esperamos dar un baile a finales de mes.

—¿Tan pronto? —preguntó Lady Whitstone. Su hija parecía haber perdido la capacidad de hablar.

—Requerirá bastante preparación, pero nada que no podamos manejar. Una vez que Felicity haya conocido a algunas familias locales, me atrevo a decir que todo será perfectamente apropiado. Debemos celebrar a nuestra novia, ya lo sabe.

—Chelton no ha albergado un evento así en mucho tiempo. Espero que esté preparada para una multitud. No hay familia en Cumberland que rechace una invitación para honrar sus salones.

Lady Edith frunció los labios.

—Por supuesto, no albergo expectativas tan altas, pero me sentiré complacida de ser anfitriona sin importar cuántos asistan.

—En el último baile que dimos, hubo tal aglomeración que nos vimos obligadas a abrir las puertas traseras y permitir que la gente saliera al césped.

—¿No dispusieron antorchas para ese mismo propósito? —preguntó Lady Edith, ladeando suavemente la cabeza con curiosidad.

El rostro de Lady Whitstone se tensó aún más.

—Sí, bueno, no estábamos seguras de que fuera necesario utilizarlas. Comprenderá que me agradó la concurrencia.

—Sí, por supuesto. Fue un baile encantador, además —Lady Edith se volvió hacia mí—. Supongo que deberíamos continuar nuestro camino. Hay tanto por hacer para prepararnos.

Cada una de las mujeres hizo una reverencia, y nos dirigíamos a la salida cuando Lady Edith se detuvo junto a la puerta.

—¿Les gustaría venir a Chelton a tomar el té? Quizá el próximo viernes.

—Nos encantaría —respondió Lady Whitstone.

Una vez que salimos al exterior, Lady Edith se acercó y bajó la voz.

—Si hay alguien en este pueblo de quien debe cuidarse, es de esa mujer, Felicity.

Me sorprendió el veneno en su tono.

—¿Acaso no la acaba de invitar a Chelton?

—Por supuesto. Debemos tenerla cerca para saber qué esperar de ella. Para cuando los Whitstone vengan a tomar el té, muchas de las invitaciones para su baile ya habrán sido enviadas, y seguramente se deleitará contándome cuántos de nuestros vecinos planean asistir. Será una buena forma de ver cómo han sido recibidas nuestras invitaciones al principio.

—Siento que tengo mucho que aprender —dije en voz baja.

Lady Edith me miró con atención.

—Todo saldrá bien, porque tengo la intención de enseñarle.

CAPÍTULO 12

Esa noche, después de la cena, esperé cerca de la puerta contigua de mi dormitorio a que James viniera a desearme buenas noches. Quería preguntarle sobre la señorita Whitstone y qué había hecho que palideciera al verme. Mi única suposición era que ella era la joven que había intentado cortejar a James y había sido rechazada porque, en sus palabras, "no se habían convenido". Por lo poco que había tratado a la mujer, sólo podía discernir que era tan tímida como yo en compañía desconocida.

El hecho de que hasta ahora fuésemos tan parecidas no ayudaba en nada a mi ánimo. Sería un alivio bendito saber que no tenía ninguna conexión con mi esposo.

Un golpecito breve sonó en la puerta principal, y crucé la habitación para abrir. Un lacayo se encontraba en el pasillo con una bandeja.

—Para usted, señora Bradwell.

Tomé el libro de la bandeja de plata y le di las gracias antes de cerrar la puerta. Al girar entre mis manos el libro encuadernado en cuero marrón, leí el título dorado grabado en el lomo: *Los misterios de Udolfo*.

Una hoja doblada cayó de entre las páginas, y me agaché para recogerla.

Felicity...

El libro, como pediste. No temas, tenemos los siguientes tres volúmenes en la biblioteca para cuando los necesites. Aunque, recomiendo que no lo leas por la noche.

H.

Como lector entusiasta y ferviente defensor de la literatura, Henry no podía creer verdaderamente que yo tuviera el autocontrol de posponer la lectura de ese libro hasta la llegada de la luz del día. No poseía yo tal templanza. Admiraba al hombre si él sí la tenía.

Un golpe sonó en la puerta de James, y deslicé la nota de Henry nuevamente entre las páginas del libro antes de dejarlo sobre mi tocador.

Abrí la puerta contigua, y James apareció en un estado muy similar al de la noche anterior. Su corbata había desaparecido, al igual que su chaqueta, y su camisa estaba abierta en el cuello. Esta vez también se había quitado las botas, y estaba de pie ante mí en sus calcetas, una visión informal a la que aún no me acostumbraba.

—Lamento que no hayamos podido salir a cabalgar hoy —dijo James—. Pero tal vez podamos hacerlo mañana por la mañana después del desayuno.

La sola idea hizo que se me tensaran los músculos.

—No estaba siendo modesta, James. No soy una jinete talentosa.

—Eso es una habilidad que se puede enseñar —respondió, encogiéndose de hombros, claramente sin preocupación.

Pero no tenía yo ningún deseo de desarrollar tal habilidad. No me agradaban los caballos en general, y ellos parecían percibirlo.

—Los caballos no me soportan, James, ni yo a ellos. Me pregunto si no sería más agradable caminar, tal vez. ¿O usar un carruaje?

—No podemos usar un carruaje para llegar al lugar al que quiero llevarte, y desde luego no podemos caminar tanto. No en un día cálido, y creo que mañana lo será si el clima de hoy sirve de indicio. —Sus ojos verde-amarronados se entrecerraron ligeramente —. Percibo que preferirías no montar. ¿Te resulta realmente tan desagradable?

El corazón me latía con fuerza, e inhalé lentamente, tratando de calmar los nervios. No deseaba disgustar a James, pero de verdad detestaba montar. ¿Podría llegar a amar esa actividad como él? Me parecía poco probable, pero no podía soportar rebajarme aún más en su estima, si es que ya no lo había hecho. Había pasado

tantos años en la casa de mi madre sin estar a la altura de sus esperanzas y sueños respecto al tipo de hija que debía tener… no podía vivir mi matrimonio de la misma manera.

—Puedo aprender a apreciarlo —dije lentamente, midiendo su reacción.

Una sonrisa se extendió por sus labios, haciendo que mi corazón diera un vuelco, y decidí que valía la pena la incomodidad si eso implicaba hacer un esfuerzo.

—Te prometo que te encantará —dijo—. Ahora, esta noche creo que deberías comenzar con tu dato.

—Muy bien. —Había pensado en ello durante la cena, así que no me tomó desprevenida—. Creo que el animal más hermoso del mundo es el tigre, al que tuve la oportunidad de ver en la colección real de animales hace unos años.

Sonrió.

—Estoy de acuerdo. Vi a los animales hace dos años y me asombró la belleza del tigre.

¿Dos años atrás? Yo también lo había visitado entonces.

—¿No habría sido curioso si hubiéramos estado en la colección el mismo día?

—Tal vez, pero sé que no fue así —dijo James con segura convicción.

Solté una risita.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

—Porque te habría recordado.

La penumbra de la habitación y el fuego encendido a mi lado suavizaban las facciones de James, y aparté la mirada, sintiendo que el calor me subía al rostro.

Debió de notar mi incomodidad, porque continuó:

—Tengo dos caballos, y se llaman *Luna* y *Solis*.

—Luna y Sol —dije.

—¿Sabes latín?

—No mucho, pero algo sé.

—Pues mañana montarás a Luna. Es más dócil. Solis es joven y cree que es más inteligente que su jinete.

—Qué amable de tu parte considerar mis preferencias —dije. No estaba acostumbrada a que alguien lo hiciera. Usualmente, yo era quien tenía que hacer sacrificios por la comodidad de los demás.

Él miró por encima de mi hombro y notó el libro sobre el tocador.

—¿Has encontrado la biblioteca de tu agrado, entonces?

—En realidad no la he visitado aún —admití, sintiendo mis mejillas enrojecer—. No pude encontrarla antes.

Indicó el libro con la cabeza.

—¿Has traído algunos tuyos, entonces?

—No, ese me lo dio Henry. Me lo recomendó.

La sonrisa de James se tensó.

—Me alegra que hayas encontrado a alguien con quien hablar de tus libros. Yo sería tremendamente aburrido en esa conversación, sin duda.

—¿Tan bueno eres tú hablando de libros como yo lo soy montando?

James rio suavemente.

—Supongo. Excepto que montar es una habilidad que se puede enseñar y perfeccionar. Leer es simplemente tedioso.

Su sentencia me dolió, pero hice lo posible por no demostrarlo. Si él veía la lectura de ese modo, ¿me vería a mí de la misma forma? El pensamiento me recordó mi objetivo.

—James, tuve la suerte de conocer a una amiga de tu madre mientras estábamos de compras en Bakewell hoy. Lady Whitstone y su hija, en realidad.

—¿Ah, sí? No estoy seguro de que las llamaría amigas de mi madre, exactamente. Tuvieron una especie de desacuerdo el año pasado y las cosas entre nuestras familias han sido tensas desde entonces.

—¿Cuál fue la naturaleza del desacuerdo?

James carraspeó y desvió la mirada hacia el interior de mi habitación, deteniéndose apenas un segundo en cada objeto sin fijarse realmente en ninguno. Cuando finalmente volvió a mirarme, su expresión tenía un deje de disculpa.

—Yo.

Tal como había imaginado. Maldición.

—¿La señorita Whitstone fue entonces la mujer que no te convenía? Me pregunto, si las relaciones entre sus familias son tan tensas, por qué pensó que ella y yo podríamos hacernos amigas.

—Creo que la señorita Whitstone es lo suficientemente amable como para mirar más allá del conflicto entre nuestras madres, y creo que tú podrías tener cosas en común con ella. Me la recuerdas un poco, si he de ser completamente honesto.

—Dado que ella tiene el cabello oscuro y no se parece a mí en lo más mínimo, solo puedo suponer que la similitud que ve está en el carácter.

—Sí —dijo él, y sus ojos se iluminaron—. En el carácter, exactamente. Estoy seguro de que encontrarás en la señorita Whitstone una amiga.

O quizás descubriría qué había en ella que resultaba tan desagradable como para que James no quisiera casarse con ella… alguien que se parecía mucho a mí. A menos que…

—¿Fueron los Whitstone quienes no desearon el matrimonio?

—No, todo lo contrario. Esa es la razón por la que han desarrollado una especie de relación competitiva con mi madre. Estuve a punto de casarme con la joven solo para que mi madre no perdiera a su mejor amiga, pero esa no es una razón lo bastante fuerte como para atarse a alguien para el resto de la vida.

Como hizo conmigo.

No pude sostener su mirada, no cuando hablaba con tanta ligereza de alguien tan parecida a mí. Mis ojos se posaron en los contornos de su pecho, visibles a través de la camisa entreabierta, observando cómo subía y bajaba al ritmo de su respiración. ¿Cómo podía James no ver que nuestra situación no era distinta, salvo por el hecho de que a él le habían arrebatado la capacidad de elegir? Yo se la quité cuando mi reputación quedó en entredicho y él sintió que era su deber salvarla.

Se acercó un paso y con un dedo levantó mi barbilla, obligándome a mirarlo.

—¿Qué ocurre, Felicity? ¿Qué dije que te molestó?

—Nada —intenté sonreír con ligereza. Decir la verdad ahora no serviría de nada y solo me haría parecer patéticamente necesitada de consuelo. Y él no podía consolarme cuando los hechos estaban tan claros ante mí.

No, este no era un problema para que James lo resolviera. Era mío. Yo debía convertirme en la esposa que él pudiera disfrutar, no en una que le resultara aburrida.

—Estoy deseando montar mañana.

No era exactamente una mentira. Deseaba pasar tiempo con James, solo que no los aspectos relacionados con los caballos.

—Yo también. Creo que te gustará lo que quiero mostrarle.

Desvió la mirada hacia el interior de mi habitación otra vez.

—No quisiera que nuestra velada terminara aún. Siento que el tiempo que pasamos juntos es tan breve.

—Eso cambiará —prometí—. Seguramente no tendré que pasar todos mis días con tu madre.

—¡Por todos los cielos, eso espero! Yo también quiero pasar tiempo contigo. Deberé asegurarme de raptarte mañana antes de que ella pueda hacerlo. No mentía cuando dije que su lista de cosas por enseñarte es bastante extensa.

—Entonces debería descansar un poco.

Él asintió y extendió la mano. Yo se la di, y él depositó un beso en el dorso de mis dedos.

—Buenas noches, querida Felicity.

Mi corazón dio un vuelco.

—Buenas noches, James.

Cerré la puerta tras de él y me recosté contra ella. ¿Había hecho lo correcto? No estaba siendo deshonesta al guardar para mí mis preocupaciones. De hecho, si James aún no había hecho la conexión de que probablemente yo resultaría tan decepcionante como esposa como creía que lo sería la señorita Whitstone, no sería yo quien se lo dejara claro. Tal vez solo necesitaba conocer a la señorita Whitstone y descubrir su carácter, para así determinar qué aspectos resultaban desagradables para James y hacer lo posible por no comportarme de manera similar.

Los Misterios de Udolfo *m*e llamaba, y tomé el libro mientras me envolvía en una manta, sentándome cerca del fuego para aprovechar su luz en lugar de gastar una vela.

Seguramente, mamá solo me dijo que evitara este libro porque era demasiado joven entonces. Ahora ya había crecido y podía tomar mis propias decisiones.

Y si alguna vez había necesitado escapar de la realidad, era ahora. Pasé la página y comencé a leer.

CAPÍTULO 13

Me vestí con mi atuendo de montar antes de bajar a desayunar. El conjunto verde oscuro estaba casi impecable, ya que no había sido muy utilizado en los últimos años desde que mi madre lo mandó confeccionar, y me alegraba que el estilo militar con cuello alto y charreteras aún no estuviera del todo pasado de moda.

Logré llegar al piso de abajo sin problemas, aunque me tomó bastante tiempo, y la ayuda del mayordomo, encontrar el salón. Me sentí aliviada al ver que mi sentido de la orientación había mejorado, aunque fuera un poco.

Mientras me servía en el aparador, Lady Edith se detuvo justo fuera de la puerta del salón.

—Te he encontrado una doncella, Felicity. Llegará esta tarde, con suerte a tiempo para encargarse de tu cabello antes de la cena.

Mi mano buscó instintivamente la base de mi peinado, rozando el moño sencillo bajo el sombrero de montar, y me lo quité al notar que Henry me observaba.

—Estoy deseando conocerla.

Lady Edith asintió con rigidez.

—Esperaba pedirte ayuda para escribir las invitaciones al baile, pero veo que tienes otros planes.

—James planeó una cabalgata, pero estaré encantada de ayudar con las invitaciones cuando regrese.

—Eso estará bien. Tenemos muchas tarjetas que escribir.

Se alejó, y yo solté un suspiro.

Llevé mi plato a la mesa y me senté cerca de Henry.

—No hice caso a tu consejo y empecé el libro anoche. Quizá me quedé despierta mucho más tiempo del que debería.

Él levantó la vista del volumen que tenía abierto sobre el borde de la mesa, con el tenedor suspendido sobre una porción de huevos.

—¿Te está gustando hasta ahora?

—Sí. Es emocionante.

—¿Emocionante? —dijo James al entrar en la sala. Caminaba con la confianza de un hombre que conoce su valía, pero carecía de soberbia, y su sola presencia hacía que mi pecho se calentara de anticipación—. ¿Puedo preguntar qué ha merecido tal título? O no, déjame adivinar.

No podía negarle algo a un hombre tan alegre.

—Dudo que lo adivines, pero tienes todo el permiso para intentarlo.

James tomó un plato y se sirvió el desayuno.

—¿La perspectiva de montar conmigo esta mañana?

—Me temo que no hablábamos de eso —y tampoco era algo que yo calificaría como emocionante.

—Maldita sea —sonrió, y justo antes de sentarse, su mirada recorrió con aprecio mi atuendo—. Estás preciosa hoy, Felicity.

El calor me subió a las mejillas, e incliné la cabeza.

—Gracias, pero tampoco era eso de lo que hablábamos.

—Hmm —se sentó a mi lado y colocó la servilleta sobre su regazo—. Sé que no es el baile, así que imagino que la necesidad de ayuda de mi madre también queda descartada. ¿Será la cena que la cocinera ha planeado para esta noche?

—Otra vez no. ¿Cuál es la cena?

—No tengo la menor idea —dijo James con un bocado de huevo en la boca.

Entonces me di cuenta de que era mi responsabilidad conocer el menú de la cena. Otra cosa más que debía preguntarle a Lady Edith.

—¿Te lo digo yo, qué es lo emocionante?

James me miró a mí y luego a Henry.

—Sí. Está claro que no lo adivinaré.

Henry emitió un gruñido que bien podría haber sido una risa.

Me aclaré la garganta, consciente de la tensión que se asentaba a nuestro alrededor.

—Fue el libro que Henry me prestó anoche. Me quedé despierta demasiado tiempo leyéndolo, y fue una imprudencia.

—¿Porque estás cansada?

—Porque es una novela gótica, y si sigo así, seguro que tendré pesadillas. He decidido que solo debo leerla durante el día a partir de ahora.

Henry rio.

—Si me hubieras hecho caso…

—Sí, bueno, ahora lo haré.

Pasé mi sonrisa de Henry a James y descubrí que mi esposo no reía. Su mirada seria estaba fija en su desayuno.

Tomó un panecillo de su plato y se puso de pie.

—Estoy listo, si tú lo estás.

Aún no había terminado de comer, pero tal vez eso era algo bueno. No creía que me fuera bien montar con el estómago lleno. Aparté el plato y me levanté también.

—Lista.

El aire de la mañana era fresco, ya que el sol solo llevaba una hora en el cielo, y los caballos estaban ensillados y esperándonos cuando llegamos a las caballerizas. Era una estructura imponente a un lado de la casa, oculta a la vista de quienes llegaban por el puente, pero aun así no entendía cómo un edificio tan grande podía pasar desapercibido. Era alto, con techos de piedra abovedados y un patio central abierto. Pasamos por debajo del arco y nuestros caballos esperaban en el patio.

—¿Puedo ayudarte a montar? —preguntó James.

—Creo que será mejor que use un estribo. No tengo la habilidad suficiente para lograrlo solo con un impulso —mi cuello se calentó, e intenté ignorar la decepción que cruzó su rostro.

Llevé a Luna hasta el estribo junto al muro y lo usé para subir torpemente a la silla, luego acomodé la falda sobre las rodillas. Estaba muy alta respecto al suelo, y respiré hondo para calmar mi corazón acelerado.

Luna parecía nerviosa, y no la culpaba. A mí tampoco me gustaría llevar a una mujer en la espalda.

—Por aquí —llamó James, y giré a Luna lejos del muro para seguirlo. Debía pensar que estaba loca. Perdida en mis

pensamientos, sin duda me había quedado mirando demasiado tiempo la piedra color crema.

Salimos de los terrenos inmediatos y subimos por las colinas detrás de Chelton, serpenteando lentamente entre los árboles densos y ascendiendo.

—¿Te gustaría ir más rápido? —preguntó James.

—Esta velocidad me viene bien —le respondí. Tenía las manos adoloridas de sujetar las riendas con tanta fuerza, y las piernas cansadas de apretar los pomos.

—¿De verdad? —pareció sorprendido, y tragué mi frustración.

Yo había hecho mi parte al participar en una actividad que no me gustaba. ¿No podía él ahora hacer la suya y mostrar algo de paciencia y comprensión?

—Sí, de verdad. Traté de explicar que no estoy cómoda sobre un caballo.

James bajó la barbilla, frunciendo el ceño.

—Mencionaste que no eras hábil, no me di cuenta de que eso incluía…

—Sí, lo incluye —interrumpí rápidamente, con el corazón desbocado. Luna, quizá percibiendo mi incomodidad, comenzó a acelerar el paso—. ¿Cómo la hago ir más despacio?

—Tienes que relajarte, Felicity. Luna está tensa porque su jinete está tensa.

—Lo estoy intentando —dije, aunque mi voz sonaba agitada.

Luna aceleró el paso, y Solis la imitó.

—Haz que se detenga, James —grité, incapaz de lograrlo por mí misma. Tiré de las riendas, pero eso solo pareció irritarla. Sacudió la cabeza hacia un lado, y tiré de nuevo.

—No debe hacer eso —dijo James, intentando acercar su caballo al mío. Los árboles se volvían más densos y no había espacio para que dos caballos cabalgaran lado a lado. Extendió la mano hacia las riendas, pero yo no podía soltarlas. Mis dedos se habían cerrado sobre la gruesa cuerda de cuero como una garra. Subimos la cima de la colina, espantando a un ave que estaba posada en una rama cercana. El ave descendió en picada y pasó frente al rostro de Luna. Asustada, ella se encabritó.

Apreté las rodillas contra los arzones, y un grito se escapó de mi garganta.

Las patas delanteras de Luna golpearon el suelo con un impacto seco y sacudido, y salió disparada, bajando al galope por la colina y subiendo la siguiente, con mi grito siguiéndola.

El viento me azotaba la cara, y agaché la cabeza para evitar las ramas bajas que arañaban mi sombrero.

—¡Detente! —grité, pero la yegua no obedecía. Tiré de las riendas y clavé las botas en sus costados, y para cuando alcanzamos el fondo de la siguiente colina, empezó a desacelerar. Caminó hacia un arroyo burbujeante, y en cuanto se detuvo, jadeante y sudorosa por el esfuerzo, me deslicé del sillín y me desplomé en el suelo.

Luna se alejó para beber del arroyo, y yo recogí mis rodillas contra el pecho y hundí el rostro en ellas, intentando controlar la respiración y hacer que mi corazón volviera a su ritmo normal. Estaba en el suelo. Estaba a salvo. Nada me obligaría jamás a volver a montar la dócil yegua de James.

Aunque ahora mi esposo seguramente me consideraría una dama tonta y sin sentido, después de ver lo mal que manejé a su caballo.

El pesado golpeteo de cascos indicó que Solis había llegado. Lo oí detenerse y luego las botas de James tocaron el suelo.

—¿Está herida? —prácticamente gritó, dejándose caer a mi lado.

Levanté el rostro cubierto de lágrimas y lo encontré arrodillado frente a mí, sus ojos verdes abiertos y repasando mi cuerpo con ansiedad.

—No me lanzó —logré decir entre respiraciones entrecortadas. No importaba cuánto lo intentara, no lograba recuperar el aliento. El pánico se intensificó cuando comprendí que esta dificultad para respirar era justo lo que solía sentir antes de desmayarme en los salones de baile. La falta de aire, la alarma recorriendo mis extremidades.

Dios mío.

Apoyé la frente sobre las rodillas y cerré los ojos con fuerza, concentrándome en mantener el control. No quería marearme al

punto de desmayarme. No ahora.

Los brazos de James me rodearon, y antes de darme cuenta, me levantó y me acomodó sobre su regazo. Me acurruqué contra su pecho, hundiendo el rostro en el hueco entre su hombro y su cuello, y sus brazos se cerraron alrededor de mi espalda, su aroma especiado envolviéndome. Aplicó la presión justa para hacerme sentir completamente contenida, y solté un leve jadeo. La sensación de impotencia se desvaneció mientras estaba en sus brazos, y cuanto más fuerte me abrazaba, mejor me sentía.

—Lo siento —dijo, malinterpretando mi jadeo y aflojando el abrazo.

—No, por favor —le tomé los brazos y los volví a colocar alrededor de mí, enterrando el rostro una vez más en su olor especiado—. Lo necesito.

Contuvo la respiración y me rodeó con más fuerza. James me sostuvo hasta que mi respiración volvió a la normalidad y la razón regresó a mi mente. Para cuando recuperé la lucidez, la vergüenza se había instalado en mi piel y en mi estómago.

Me aparté, rompiendo su apretado abrazo.

—Discúlpame, James. No debí...

—No, quien debe disculparse soy yo. No esperaba que Luna se asustara con tanta facilidad. Siempre ha sido dócil y tranquila conmigo.

—Sí, pero tú eres un jinete hábil. Creo que me vendría mejor un pony.

Sonrió, y sus manos dibujaron suaves círculos en mi espalda, calmando mi orgullo herido.

—No quisiera que volvieras a sentirte así nunca más, pero debo admitir que esta ha sido una forma agradable de pasar la mañana.

Negué con la cabeza.

—Debes pensar que soy una criatura infantil.

—Para nada. Te aseguro que no lo eres —su voz era ronca, y me vi atraída por sus labios.

Pero no deseaba besarlo tras una experiencia tan espantosa. Sería ridículo que él recordara siempre que la primera vez que lo

besé fue poco después de demostrar cuán absolutamente inepta era en una de sus actividades favoritas.

Aparté la vista de sus labios y me aparté de su regazo. Sus manos se resistieron a soltarme, y se deslizaron sobre mi cuerpo mientras me incorporaba. Mi corazón volvió a acelerarse, pero esta vez por cómo me hacía sentir James, y no había nada desagradable en ello.

Se puso de pie a mi lado, mucho más cerca de lo habitual, y tuve que alzar el cuello para mirarlo a los ojos.

—Gracias.

—El placer ha sido completamente mío —levantó una mano y se la pasó por la barbilla—. ¿Crees que podrás montar a Luna para volver a casa?

Un escalofrío me recorrió el pecho.

—No lo creo.

—Es una caminata muy larga.

—¿Necesitas regresar por algo en particular?

—No, pero tú sí. Madre quiere que escribamos las invitaciones. Creo que tiene un centenar de tarjetas, y eso sin contar los sobres.

—Rayos —miré hacia donde los caballos estaban quietos junto al arroyo, sus elegantes cuellos inclinados hacia el agua—. No creo que pueda hacerlo.

—¿Estarías dispuesta a cabalgar conmigo?

—¿En un caballo que... cómo fue que dijiste anoche? —Mis labios se curvaron suavemente—. ¿Que se cree más inteligente que su jinete?

—Sí, ese mismo, pero me obedecerá a mí —James negó con la cabeza y soltó un suspiro suave—. Siempre estarás segura conmigo, Felicity.

Miré de Solis a James y no pude negar la sinceridad de su mirada. Su ruego ardiente bastaba para tentarme a volver a subirme a un caballo… pero solo porque esta vez él tendría el control.

—Podemos intentarlo.

James sonrió, y esa sonrisa hizo que todo lo sufrido esa mañana valiera la pena.

—Subiré primero, y luego tú podrás sentarte frente a mí. Creo que es la mejor opción para no arruinar tu traje.

—Te aseguro que no tendré necesidad de volver a usarlo.

Me miró con intensidad, y lamenté mis palabras. Pero era lo que sentía, así que no intenté retirarlas.

James lanzó las riendas de Luna frente a ella y las ató al bocado de Solis, justo debajo de su garganta, para que nos siguiera de regreso a casa. Montó a Solis con la mayor facilidad, como si no le costara nada alzar el cuerpo y pasar la pierna por encima del sillín. Se deslizó hacia atrás todo lo que pudo y llevó a Solis hasta el borde del arroyo, junto a unas rocas más grandes. Yo subí a una de ellas, aunque tenía una inclinación terrible y no se parecía en nada a un estribo de montar, y levanté el pie para meterlo en el estribo.

Con la ayuda de James, que me sostuvo por debajo de los brazos, salté hasta su silla y caí con fuerza. Sus brazos rodearon mi cintura, y me giré, sentándome de lado, para poder abrazarlo por la cintura.

—No me gusta mucho esto —dije, sintiéndome peligrosamente alta sobre el suelo.

—¿Te molestaría si te dijera que lo estoy disfrutando en exceso?

Sonreí, escondiendo la cara en su hombro. Quizás, si no veía lo lejos que estaba el suelo, no sentiría tanto miedo.

Emprendimos el camino de regreso a la casa, y James, generoso, hizo que su caballo caminara a un paso tranquilo. Había algo en los brazos de James rodeándome que resultaba increíblemente reconfortante.

Me incliné un poco hacia atrás y lo miré a los ojos, tan serenos.

—Siento que no hayamos podido ver lo que querías mostrarme.

Él bajó la mirada hacia mí.

—No te disculpes. Podemos ir otro día.

Asentí, aunque no veía cómo eso podría ser posible.

—Solo si me consigues un pony.

—En realidad estaba pensando en una mula. O tal vez un burro.

—Preferiría una mula. Es mucho menos probable que muerda.

—Entonces, una mula será.

Reí, y James se unió a mi risa. Su pecho vibraba, y no pude evitar alzar la mirada. Su rostro estaba a apenas unos centímetros del mío. No me di cuenta de que Solis se había detenido hasta que James, sin obstáculos, alzó las manos para apartar los mechones rebeldes de mi cara y recogerlos detrás de mis orejas.

—Me prometí a mí mismo que no te besaría hasta que pasaran los seis meses acordados.

—No sabía que los besos formaban parte de ese trato —dije, sin aliento.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—No lo eran, no realmente. Fue mi patético intento de seguir siendo un caballero.

—No puedes pensar que esforzarte por actuar como un caballero sea de mal gusto, James. Te lo reconozco, y me alegra haberme casado con alguien tan considerado.

Algo en mis palabras desató una sonrisa en el rostro de James tan amplia que me tomó por sorpresa, y casi aflojé el abrazo que tenía en torno a su cintura, pero mis dedos estaban firmemente entrelazados. James posó una mano en mi mejilla.

—Siempre logras sorprenderme, Felicity.

—¿Con mi evidente talento para la equitación? —pregunté con fingida solemnidad.

—Con tu capacidad de confiar en mí.

¿Confiar en él? Me puse seria, considerando la verdad detrás de sus palabras. Sí, había confiado en él, lo suficiente como para volver a montar un caballo después de una de las experiencias más aterradoras que había vivido con esos animales. Pero mi seguridad, bajo el control de James, no había estado en duda, porque tenía razón: confiaba en él.

Fue una sensación embriagadora darme cuenta de cuánto valoraba a este hombre y de lo fácil que me resultaba dejar mi bienestar en sus manos, desde el largo trayecto en carruaje, solos, entre Londres y Chelton, hasta nuestras conversaciones cada noche junto a la puerta del dormitorio, pasando por montar su caballo tras haber estado a punto de caerme de otro. Una y otra vez, ponía mi

confianza en este hombre. Y eso me llevaba a la pregunta que me rondaba la mente desde hacía cinco semanas, desde nuestro primer encuentro en el baile de los Hutton: ¿podría hacer lo mismo con mi corazón? ¿Podría esto ser más que una amistad, convertirse en un matrimonio por amor?

—Quisiera besarte —susurró James.

Mi cuerpo se calentó y el corazón se me aceleró, los nervios entrelazados con la expectación.

—Me parece bien —respondí.

Encontró divertido lo que dije, aunque el cielo sabrá por qué, y se inclinó para cerrar la distancia entre nosotros, presionando sus labios sonrientes contra los míos. Sentí que el pecho me ardía y me aferré a la parte trasera de su chaqueta de montar, apretando la tela con los puños. James apoyó una mano en mi espalda, atrayéndome más a él, y con la otra en mi mejilla, guio mi rostro al intensificar el beso.

No era de extrañar que tantas jóvenes terminaran arruinadas por besar a sinvergüenzas. James no era uno, pero su beso era vertiginoso, y cuanto más duraba, más deseaba de él.

Oímos cascos acercándose a toda velocidad y me aparté. James miró por encima de mi cabeza y su expresión se endureció.

—Tenemos compañía.

Me giré y vi a Henry cabalgando hacia nosotros, con el rostro imperturbable.

—Me enviaron a buscarte —gritó, y sentí a James tensarse—. No dispares al mensajero, hermano.

—¿Qué sucede? —preguntó James, sin intentar ocultar su incomodidad.

Yo quería bajarme del caballo y alejarme. Fuera lo que fuese aquello entre los hermanos, no quería formar parte.

—El primo Matthew ha llegado y ha solicitado una audiencia privada contigo.

James maldijo en voz baja, luego me miró con expresión de disculpa. Fingí no haberlo oído.

—Debemos irnos —dijo en voz baja—. No se puede hacer esperar a un conde.

Tragué saliva. ¿Conde?

—Por supuesto.

Mi corazón latía desbocado mientras cabalgábamos de regreso a la casa, y presentí que no se calmaría en mucho tiempo. Solo me aferraba a una cosa para convencerme de que no había decepcionado tanto a James: la sensación persistente de su beso.

CAPÍTULO 14

James y yo entramos juntos en la casa y encontramos a lady Edith esperándonos en la puerta.

—Tú ve y cámbiate —le dijo a su hijo—. Necesito hablar con Felicity.

Él asintió y obedeció, lanzándome una mirada que no logré descifrar del todo.

Lady Edith esperó hasta que el sonido de sus pasos se desvaneció por completo antes de volverse hacia mí.

—Mi sobrino está aquí, y no es ningún secreto que es extremadamente estricto con las normas de decoro. Solo puedo imaginar que ha venido para evaluarte y asegurarse de que James no ha manchado nuestro nombre.

—Pero el conde no lleva el apellido Bradwell, ¿cierto? —Si comprendía bien los lazos familiares, ese conde era hijo del difunto hermano de lady Edith.

—No, no lo lleva, pero está vinculado a nuestra familia, y sería desastroso que cambiara su buena opinión sobre nosotros.

Lady Edith empezó a pasearse y se detuvo cerca de la ventana, corriendo un poco las cortinas para mirar hacia el camino. Se volvió hacia mí, como si estuviera evaluando si podía confiar en mí.

—Desde la muerte de su padre hace unos años, Matthew, o más bien el conde de Claverley, se ha propuesto demostrar que es digno del título que ostenta. Logré conseguir su palabra para que me ayude con un asunto, y no puedo permitir que se eche atrás.

Lady Edith se acercó aún más, sus ojos castaños fijos en mí.

—Nuestra relación es frágil, ya que su padre y yo nunca fuimos cercanos. Mi hermano fue un hombre difícil, por decir lo menos, pero necesito conservar el favor de Matthew, y para eso, necesito que te apruebe.

Una presión se instaló en mi pecho, dificultándome respirar con normalidad.

—¿Qué puedo hacer?

Ella soltó un suspiro leve.

—Puedes vestirte lo mejor posible, dejar que mi doncella te peine, y por favor, no permitas que su señoría se entere de que tu matrimonio con James fue apresurado de ningún modo.

—¿No sabe ya que nos casamos al mes de conocernos? —Podía hacer todo lo posible en esta casa, pero no podía detener la marea de chismes que recorría la alta sociedad en toda Inglaterra.

—No tiene por qué saberlo. Seguramente puedes hacer que crea que James y tu tienen un matrimonio auténtico. No es necesario que finjan estar enamorados, solo mostrarle al conde de Claverley que no se casaron para evitar un escándalo.

Aunque eso fue exactamente lo que hicimos. ¿Cómo esperaba mi suegra que lograra tal cosa?

—Haré todo lo que pueda.

—Es imperativo que tengas éxito, Felicity. No basta con que lo intentes —cerró los ojos y juntó los dedos frente a sus labios—. Lord Claverley ha accedido a patrocinar a mi ahijada durante un año para ayudarla a encontrar un buen partido. Ella necesita su buen nombre... y él necesita nuestro dinero. Pero fue difícil alcanzar un acuerdo que satisficiera a ambos, y un paso en falso puede hacer que el conde se retire del trato.

—¿No puede usted patrocinar a su ahijada?

—No —las palabras de lady Edith se volvieron tajantes—. Incluso si pudiera soportar un viaje a Londres, temo no tener la influencia suficiente para darle a mi ahijada una verdadera oportunidad de lograr un buen matrimonio. No me casé con un título, y el mío es antiguo y está demasiado alejado del conde actual para tener algún valor.

Asentí. De alguna manera, un escándalo estaba envuelto en esta situación, y lady Edith no quería que mi presencia derribara su precaria torre de naipes.

—¿James está al tanto de esta necesidad?

—Por supuesto. Ahora, ponte tu mejor vestido de día, y enviaré a mi doncella para que arregle tu cabello.

Subí a mi habitación y escogí mi mejor vestido. Me lavé el rostro con agua del jarrón y me puse el vestido de muselina verde. Las mangas bordadas me llegaban hasta el codo, y aunque eran hermosas, me raspaban la piel, así que rara vez usaba este vestido. Me coloqué un chal de gasa en el escote, deseando poder meter uno también bajo las mangas que ya comenzaban a picarme.

La doncella de lady Edith llegó poco después, y cuando terminó de arreglarme el cabello, apenas me reconocía. Había recogido mi cabello, de un cobrizo pálido, en la coronilla, y usó tenacillas para formar unos rizos a los lados de mis sienes. Era un peinado sencillo comparado con los de lady Edith, pero muy superior a lo que yo acostumbraba, y el recogido alto parecía alzar mi rostro, dándome un aspecto más luminoso y juvenil.

Me molestaba admitirlo, pero me gustaba cómo me veía cuando alguien más se encargaba de mi cabello. Me giré en el asiento para agradecerle a la doncella. Ella hizo una reverencia y se marchó.

Lady Edith me esperaba en el salón, y pude ver, por la rigidez con la que sostenía el bordado en su regazo, que esto era de suma importancia para ella.

—Ven, siéntate junto a mí —dijo distraídamente, y tomé el asiento libre a su lado en el sofá, dejando mi cestita de labores en el suelo, a mis pies.

Los techos altos del salón brillaban bajo el sol del mediodía, y las paredes empapeladas en tonos bordó y dorado eran sencillas en comparación con el fresco del techo. Aún no me acostumbraba a la majestuosidad de esta casa, y dudaba que alguna vez lo hiciera.

—¿Tienes algo con qué entretenerte? —preguntó lady Edith.

Me incliné para tomar mi cestita, las mangas ásperas me rozaban incómodamente la piel. Intenté moverme un poco para aliviar la molestia.

—Pensaba avanzar algo en mi bordado.

Ella asintió. Luego, tras un momento, preguntó:

—¿Tocas el pianoforte?

—Sí, aunque temo que mis habilidades dejan mucho que desear.

—Entonces no te pediremos que toque para el conde. ¿Cantas?

—No en público.

Soltó una risa suave.

—Dios santo, Felicity. ¿Qué haces entonces para impresionar a tus invitados?

Me esforcé por no dejar que el comentario minara aún más la delicada opinión que tenía de mí misma. Lady Edith parecía valorar las dotes femeninas tanto como el resto de la sociedad, lo cual significaba que quedaba en clara desventaja frente a cualquier debutante que conociera. Tragué el malestar de la situación y opté por decir la verdad.

—Mis habilidades son lamentables, lady Edith. A menudo me pongo muy nerviosa en sociedad, y eso reduce aún más mis escasos talentos, ya que no soy capaz de mostrarlos como realmente son.

Lady Edith me miró con el ceño fruncido, pero de inmediato desvió la atención hacia su bordado cuando se oyeron voces masculinas en el pasillo, aparentemente dirigiéndose hacia nuestra sala.

Pasé la palma de la mano sobre la parte exterior de mis mangas con la esperanza de aliviar la picazón antes de que los caballeros entraran.

Un momento después, James entró al salón, seguido por un hombre de edad similar, pero con el cabello claro, cuidadosamente peinado, y un rostro redondeado. Bajé la mano hacia el bordado que descansaba en mi regazo, para no ser sorprendida rascándome. El conde era al menos una cabeza más bajo que James, y nadie imaginaría que eran parientes si no se les informaba, pues parecían tan distintos como el sol y la luna.

—Lord Claverley, permítame el honor de presentarle a mi esposa, la señora Bradwell.

Me puse de pie para la presentación e hice una reverencia. Lord Claverley se inclinó sobre mi mano mientras se completaba la presentación, y luego tomó asiento en el sofá frente a mí, con James

a su lado. Mi manga rozó levemente mi piel, y apreté los dientes para resistir la necesidad de rascarme.

Lord Claverley era tan afectado como James era elegante y sobrio. Su chaqueta violeta era un golpe visual, y su chaleco amarillo igualmente llamativo. Sacó un monóculo ornamentado del bolsillo y, a través de él, me inspeccionó detenidamente. Luego lo guardó y se volvió hacia lady Edith.

—James mencionó que piensa ofrecer un baile en honor a la nueva esposa.

Lady Edith sonrió con benevolencia.

—Por supuesto, debemos celebrar la gloriosa unión que ha bendecido nuestro hogar. ¿Mando a pedir té?

—James ya me ha agasajado con comida y bebida —respondió el conde, y luego se volvió hacia mí—. ¿Dónde reside su familia, señora Bradwell?

—En Londres, mi lord. Aunque pasamos buena parte del verano en Northumberland, en el Castillo de Arden, no sé si lo conoce.

Se animó visiblemente.

—Lo conozco. Tengo la fortuna de contar a Daniel Palmer entre mis amigos.

—Daniel es mi primo —esperaba que la conexión fuera tan positiva como su expresión parecía indicar. Daniel tenía la costumbre de hacer enemigos tan rápido como amigos.

Una amplia sonrisa se extendió por los labios de Lord Claverley.

—Dígame, ¿estará Palmer presente en su baile?

—Aún no le he hecho llegar la invitación, mi lord, pero pienso hacerlo. Sin embargo, es difícil saber si podremos contar con su presencia. Me parece que pasa más tiempo fuera del castillo de Arden que en él.

—Espero verlo allí —dijo Lord Claverley, con calidez en el tono.

—Esperamos con ilusión ver a lady Claverley —dijo lady Edith —. Me parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que tuvimos el honor de su visita en Chelton.

—El fastidioso asunto del encierro lo ha hecho difícil —respondió el conde—. Aunque estoy seguro de que mi esposa se

alegrará de venir. Recibió una carta recientemente de nuestra señorita Northcott. Parece que la joven permanecerá en la escuela durante las vacaciones de verano y llegará a casa a comienzos de agosto.

—¿Ah, sí? —Lady Edith se movió en su asiento—. No me lo ha mencionado.

—Quería tiempo adicional para perfeccionar sus habilidades, o algo por el estilo. Me preguntaba si habría algún problema, pero parece que usted está tan desinformada como yo.

Lady Edith pareció quedarse congelada, tanto en cuerpo como en palabras. Daba la impresión de que el conde la había tomado completamente por sorpresa. Ella había esperado advertirme contra cualquier posible escándalo que pudiera llegar a oídos sobre su sobrina, pero evidentemente Lord Claverley venía ya armado con uno propio. Yo desconocía la naturaleza del acuerdo entre lady Edith y su sobrina, solo sabía lo importante que era para ella, y podía ver que esta noticia no era buena.

Una mirada rápida a los Bradwell presentes, ahora en silencio, bastó para saber que habíamos llegado a un punto muerto y que era necesario hacer algo al respecto. Pero no podía esperarse que lady Edith resolviera una situación de la que acababa de confesar no tener conocimiento alguno. El momento de silencio se extendió, pesado y punzante, y me apresuré a llenar el vacío que dejó la impotencia de lady Edith.

—Estoy deseando conocer a la señorita Northcott —dije, esperando no estar equivocándome al juzgar la situación. Sin embargo, lady Edith aún no me había interrumpido, así que sonreí y continué como si no notara la tensión que flotaba en la habitación—. No he escuchado más que elogios desbordantes sobre su talento y su dedicación tanto al piano como a su arte. ¿Y ahora resulta que ha decidido dedicar aún más tiempo a perfeccionar sus habilidades? —Intenté soltar una risa ligera para suavizar el comentario autocrítico —. Parece que tengo mucho que aprender de su entrega.

—No olvides los idiomas —añadió James, con los ojos chispeantes mientras me miraba con aprobación. Me sentí aliviada

de no haber errado demasiado a sus ojos—. Habla al menos cuatro, y tú, querida mía, apenas sabes algo de latín.

Intenté reprimir una sonrisa. Se refería a nuestra conversación sobre Solis y Luna.

—Sí, bueno, mi dominio de las lenguas antiguas no es digno de alabanza

Supongo que mi única gran habilidad es la lectura.

—¿Es una literata, entonces? —preguntó lord Claverley, entrecerrando los ojos con interés.

—Oh, claro que no —dijo lady Edith, soltando una risita alegre. Sus nudillos estaban blancos por lo fuerte que sujetaba los bordes de su bordado—. Cómo disfrutan estos dos de sus batallas de bromas. Le aseguro, lord Claverley, que aún no ha conocido a una pareja tan insoportable en su dicha. Será un bendito alivio para todos en Chelton cuando acabe la luna de miel.

—Aunque es cierto que a mi esposa le gusta bastante leer —dijo James, sonriéndole a su prima.

Podría haberlo besado otra vez por salir en mi defensa sin ningún tipo de vergüenza.

—Veo que la luna de miel está lejos de terminar —comentó lord Claverley, incorporándose de su asiento.

Lady Edith también se levantó.

—Debe quedarse a cenar, mi lord.

—Hoy no puedo, pero le agradezco la invitación. Esperaré con paciencia la invitación a su baile —Cruzó la alfombra, y yo me levanté, ofreciéndole la mano. Él la tomó entre sus gruesos dedos y se inclinó sobre ella—. Es usted el retrato de la compostura, señora Bradwell. Mi esposa estará encantada de recibir un informe favorable sobre la encantadora nueva esposa de James. Le ofrezco mis felicitaciones por haber conseguido la conquista de la temporada.

James hizo una mueca ante tal declaración, y lord Claverley se volvió para darle una palmada en la espalda.

—Eras un hombre difícil de atrapar, James. Tenía que ver con mis propios ojos qué joven flor había conseguido arrancarte una promesa.

James me miró, una suave sonrisa en los labios.

—Ahora que la has visto, estoy seguro de que no puedes culparme por haberla reclamado tan rápidamente como mía.

—No. No, en absoluto.

Intenté sonreír con dulzura, pero las mangas ásperas me picaban como si pequeños insectos me recorrieran los brazos, y temí que mi expresión se pareciera más a una mueca. ¿Conquista de la temporada? ¿Un hombre difícil de atrapar? Fuera lo que fuera lo que quería decir con eso, era evidente que yo era la única en la sala que no comprendía del todo su significado.

James acompañó a su primo fuera del salón, y yo volví a sentarme junto a lady Edith, frotándome los brazos. Ella me miró de forma extraña, y dejé de rascarme. Una vez que los hombres estuvieron lo bastante lejos para considerarnos solas, lady Edith dejó caer los hombros y se cubrió el rostro con las manos.

—Esa muchacha va a ser mi perdición —susurró.

Solo podía suponer que no se refería a mí en este caso.

—¿La señorita Northcott?

—Sí. Insiste en hacer que todo nuestro arreglo sea más complicado de lo que debería.

Esperé a que lady Edith explicara en qué consistía el arreglo, pero no dijo nada más. Comprendía que confiaban en lord Claverley para patrocinar a la joven, pero ¿por qué lo necesitaba ella? Tenía fortuna y buen nombre. El escándalo que exigía su dependencia de lord Claverley debía de ser considerable… y el dinero que le ofrecían, igualmente cuantioso si él estaba tan preocupado por verse manchado por asociación.

El sonido de los cascos de los caballos se escuchó a través de las ventanas mientras el carruaje de lord Claverley se alejaba, y James regresó al salón pocos minutos después, con Henry pisándole los talones. Debía haberse unido a James para despedir a su primo.

—Henry, debes ir a ver a Dorothea y asegurarte de que está bien —dijo lady Edith.

Él casi tropezó.

—Le parecerá de lo más extraño si lo hago, pues apenas la conozco. Yo no vivía aquí cuando ella estaba. —Se dejó caer en el sofá junto a su hermano—. Somos poco más que desconocidos.

Sería mejor enviar a otro, alguien que tenga más trato con ella. Es más probable que hable con alguno de ellos.

—James no puede ir —dijo lady Edith—. Lo necesitamos aquí.

—¿Y qué hay de Benedict?

James rio.

—Sería un desastre. No se soportan.

Lady Edith resopló.

—No tiene que casarse con la muchacha, solo debe asegurarse de que está bien.

—¿No bastaría con una carta? —preguntó Henry.

—Una carta no verifica su bienestar. Podría escribir cualquier cosa que quisiera.

Una sombra cayó sobre el ánimo de la sala, y quise ofrecer mi ayuda, pero no sabía de qué forma podría ser útil. Mis brazos seguían protestando por esas malditas mangas, y por un instante me pregunté si sería demasiado dramático quemar este vestido en cuanto me lo quitara.

—Tal vez Benedict sea la mejor opción —dijo Henry—. Él conoce a la chica mucho mejor que yo. Apenas nos hemos cruzado un par de veces.

—Iré yo —dijo James, lanzándole una mirada de fastidio a su hermano—. Dorothea me conoce, y me imagino que no tendrá problemas en hablarme con franqueza. Puedo marcharme de inmediato y regresar, como mucho, el miércoles. Henry puede ayudarte con todos los preparativos del baile durante ese tiempo, madre.

—Estaré encantado de ayudar en todo lo que pueda —confirmó Henry.

Todo mi cuerpo se tensó. ¿James iba a dejarme sola con su familia durante casi una semana? Después de haberlo besado esa misma mañana, esperaba que pasáramos más tiempo juntos ahora que habíamos decidido cortejarnos formalmente. Quería acercarme más a él, especialmente ahora que habíamos cruzado esa barrera física y nuestra relación parecía más profunda que antes. Pero, al parecer, eso tendría que esperar.

—¿Debería viajar Benedict contigo? —preguntó lady Edith—. Tal vez eso le sirva para demostrarle a Dorothea que no es un patán completamente falto de modales.

—Discuten como hermanos desdichados —me explicó Henry—. O eso tengo entendido. No he pasado mucho tiempo con ellos.

—Así son las cosas, por desgracia. Benedict es incapaz de razonar cuando se trata de ella —suspiró lady Edith—. Olvídalo, James. No sé si sea lo más prudente.

—Tal vez no le dé opción a Ben —dijo James con una sonrisa—. Y tampoco le permitiré hablar en su presencia.

—¿Confío en que el primo Matthew ya se ha marchado? —preguntó Benedict, su figura larguirucha recortándose en el umbral de la puerta—. Uno solo puede esconderse en la biblioteca durante cierto tiempo. —Me guiñó un ojo mientras se internaba en la sala.

—Ya se ha ido —confirmó su madre.

Benedict lanzó una mirada escéptica a sus hermanos y se detuvo al borde de la alfombra, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—¿Y bien? ¿Con quién se supone que no puedo hablar ahora?

Henry le dirigió una mirada.

—Dorothea ha escrito al primo Matthew para informarle que piensa quedarse en la escuela durante las vacaciones de verano.

—Ah —dijo Benedict, y el ceño se le despejó—. ¿Y nuestra querida madre requiere que cabalguemos a toda prisa hasta York para asegurarnos de que el pequeño engendro está bien?

—Nadie te lo ha pedido —replicó Lady Edith con tono digno—. Irá James.

—Y creo que sería sensato que tú me acompañaras —dijo James—. Así podrás demostrarle a la mocosa que no le guardas rencor alguno y que tiene las puertas de Chelton abiertas siempre que lo desee.

La expresión de Lady Edith se iluminó y juntó las palmas como si rezara.

—Eso es justo lo que hay que hacer, James. ¿Por qué no traes contigo a Dorothea? Si no desea pasar el verano con lord Claverley,

bien podría hacerlo aquí. No tiene por qué permanecer más tiempo en esa escuela.

—¿Y arriesgarnos a ofender a nuestro gran salvador? —preguntó Benedict, con voz cargada de desdén—. Todavía no entiendo por qué hay que suplicarle ayuda al primo Matthew. ¿Por qué no puedes tú acompañar a la muchacha en Londres?

—Tendría que estar en Londres para hacerlo —le recordó con sequedad.

—Ah —dijo Benedict, esbozando una sonrisa perezosa mientras se dejaba caer en la silla más cercana al fuego—. Pero ahora tenemos a la señora Bradwell, que puede viajar a Londres sin gran esfuerzo físico.

El estómago se me dio la vuelta, y tuve que hacer un esfuerzo para no rascarme la piel irritada, que parecía empeorar al ritmo de aquella conversación tan desagradable. No tenía la menor idea de cómo se hacía para ser chaperona de una joven, y dado lo precipitado de mi matrimonio con James, dudaba mucho que alguien confiara en mí para tal tarea.

—Eso no funcionaría —dijo Lady Edith, doblando su labor de bordado y devolviéndola a su canasto—. Dependemos del nombre de tu primo para lograr un buen matrimonio para Thea.

—¿Por qué...?

—Por favor, no insistas —dijo, cerrando los ojos. Parecía inusualmente agotada, profundamente afectada por la conversación, y me puse en pie.

Tal vez aún no supiera cómo llevar una gran casa como Chelton ni cómo acompañar a su ahijada por Londres, pero sí sabía cómo asistir a una madre fatigada.

—Lady Edith, parece que le vendría bien una taza de té caliente y un poco de descanso.

Alzó la mirada hacia mí, una suave línea marcándose entre sus cejas.

—Eso suena muy agradable, Felicity.

Se puso en pie, y yo la tomé del brazo para acompañarla fuera del salón, sin que ninguno de sus hijos dijera una sola palabra más.

Sus voces profundas se oían aún en conversación cuando nos alejamos, y Lady Edith dejó escapar un suspiro.

—Amo a mis hijos, pero su tozudez puede resultar exasperante a veces.

—Estoy segura de que todas las madres podrían decir lo mismo de sus hijos.

Lady Edith sonrió.

—Probablemente tienes razón.

—¿Le gustaría también un baño? Puedo llamar para que calienten el agua.

—No, con un breve descanso será suficiente.

La acompañé hasta su aposento, aunque en realidad fue ella quien me guio, pues yo no sabía adónde íbamos, y me detuve fuera de su puerta.

—Podemos empezar con las invitaciones esta tarde —prometió —. Después de que te quites ese vestido tan incómodo.

Así que, al parecer, no había pasado desapercibido mi deseo de arrancármelo. Un rubor cálido me subió por el cuello.

—¿Quiere que llame para que le traigan el té?

—Puedo arreglármelas. —Hizo una pausa, y su mirada aguda recorrió mi rostro—. Gracias, Felicity.

Podían ser varias las razones por las que me daba las gracias, y no sabía con certeza cuál de todas era: si por la forma en que hablé de la señorita Northcott, por cómo me comporté ante el conde o por haberla sacado del salón cuando parecía necesitarlo. Pero, más allá de los detalles, sentí que habíamos superado un momento crucial en nuestra relación y decidí no estropearlo con una pregunta. Asentí con suavidad y cerré la puerta tras de mí.

Ahora, a ver si podía encontrar el camino de vuelta abajo... después de quemar este vestido.

CAPÍTULO 15

La nueva doncella que Lady Edith había contratado para mí resultó tener una mano diestra y un talento especial para los peinados elaborados. Desde que James se marchó para encargarse del bienestar de la señorita Northcott, ya habían transcurrido dos cenas en Chelton, y Fanny había logrado crear peinados cada vez más intrincados cada noche. Como persona que no disfrutaba llamar la atención, para mí había sido una prueba de resistencia desfilar hacia el comedor con un peinado alto trenzado o una abundancia de bucles. Los bucles, en particular, no me gustaban en absoluto.

Estaba sentada frente al tocador, recelosa de cuál sería el diseño de esta noche. La luz anaranjada del fuego, ya bajo, danzaba sobre mi reflejo, y observaba a Fanny trabajar con gran eficiencia. Mis dedos inquietos acariciaban suavemente la nota que James me había dejado, y ansiaba que Fanny se retirara para poder leerla en privado.

James se había propuesto que no pasara una noche sin conocer algo nuevo sobre él, y escribía esos datos en trocitos de papel doblados antes de partir, para que yo pudiera elegir y leer uno cada noche durante su ausencia.

Había descubierto que me gustaba leerlos antes de la cena, así llevaba un pedacito de él conmigo cuando me unía a Henry y a Lady Edith por la noche.

No es que la cena fuese el único momento del día que compartía con mi suegra. No. Todo el día se consumía en lecciones de lo más variadas. Cómo gestionar menús y resolver contratiempos causados por una adición inesperada a la mesa. Cómo disciplinar a una doncella sorprendida husmeando en los cajones de Benedict cuando debía estar limpiando la chimenea, con firmeza y elegancia aprendí encantada. Cómo recibir a la visitante que se presentó sin

anunciarse demasiado temprano un sábado por la mañana, con dignidad fría y reserva, a pesar de que la mujer buscaba claramente información sobre la nueva habitante de Chelton: yo.

Y, por último, cómo redactar con gracia docenas de invitaciones para lo que sin duda sería el baile del año en todo el Distrito de los Lagos.

—Ya he terminado, señora —dijo Fanny, dando un paso atrás y juntando las manos frente a sí.

Incliné la cabeza con suavidad y solté un leve suspiro. Este era quizá mi diseño favorito hasta ahora. Mi cabello rubio fresa había sido rizado con tenacillas y recogido alto en un arreglo sencillo pero hermoso. Llevaba un vestido simple de color verde oscuro, y alisé la falda con las manos mientras esperaba que Fanny se retirara. Ella pasó un minuto trasladando las tenacillas al borde de la chimenea para que se enfriaran y barriendo los pasadores sin usar en un pequeño recipiente sobre el tocador.

—Gracias, Fanny. Que disfrutes de tu cena.

Ella hizo una reverencia y salió de la habitación. Me giré hacia el fuego y desplegué la nota de James correspondiente a hoy.

"Por mucho que ame Chelton, nunca me había sucedido temer dejarla por un tiempo… hasta hoy. Me temo que estos cinco días serán una eternidad y espero volver contigo,

Tuyo, etc.,
James."

Me incliné más cerca de la luz del fuego y volví a leer la nota. La había escrito antes de partir para cumplir con el encargo de su madre y, aunque no era estrictamente un "dato", me gustaba mucho más que si hubiera elegido compartir el nombre de su caballo favorito o su preferencia por la carne de vacuno sobre la de cerdo. El corazón me dio un vuelco lleno de afecto, doblé el papel y lo guardé entre el corsé. Extraño, tal vez, pero quería llevar sus palabras conmigo.

La antesala del comedor estaba tenue aquella noche, y al llegar encontré a Henry solo. Se puso de pie al verme y me ayudó a acomodarme en una mullida silla con tapizado capitoné, para esperar juntos a su madre.

—¿Has terminado ya el segundo volumen? —preguntó, refiriéndose a *Los misterios de Udolfo*. Se sentó en una silla cercana y volvió toda su atención hacia mí.

Bajé la voz.

—Me temo que las lecciones de tu madre no me han dejado tiempo suficiente para dedicarme a la lectura, y voy lamentablemente atrasada.

—Pero estás aprendiendo mucho, ¿no?, sobre la administración de la casa.

Intenté parecer entusiasmada.

—Sí. Aunque, cuanto más aprendo, más evidente se vuelve que soy terriblemente inadecuada para el papel. Es una bendición para todos en esta casa que Lady Edith aún permanezca al mando.

Henry se recostó un poco en su silla y me observó con curiosidad.

—No lo estará para siempre, ya lo sabes.

—Por supuesto, pero por ahora es necesario.

—Tal vez. Aunque me pregunto si no será que te consideras inadecuada simplemente porque no te has permitido ser otra cosa.

Me salvé de tener que responder gracias a la entrada de Lady Edith en la antesala. Cruzó la habitación hacia nosotros y se detuvo cerca de la chimenea, aunque dado el calor del día, el hogar estaba vacío.

—Será importante presentarte a tantas familias como podamos mañana después de la iglesia. Eso evitará que tengamos que repartir tantas tarjetas el lunes.

—Por supuesto, Lady Edith —dije. Cualquier arreglo que pudiera acortar nuestra lista interminable de tareas me parecía excelente. Ya iba a ser bastante difícil manejar las presentaciones, sobre todo sin James a mi lado. Me acomodé un poco en el asiento, buscando las palabras para explicar mis carencias sociales, para que

mi suegra estuviera completamente preparada para mis debilidades al día siguiente.

Sin embargo, la puerta del comedor se abrió y se anunció la cena, interrumpiendo mis pensamientos de forma inevitable. Seguí a Henry y a su madre a la sala y tomé el asiento a la izquierda de Henry.

Sentí su mirada sobre mí, pero fijé la vista en el jamón de mi plato.

—¿No es mañana el día de descanso, madre? Tal vez Felicity también necesite una pausa en el horario.

—No le exijo que trabaje. —Su mirada se posó brevemente en mí—. Sólo mencioné que las presentaciones se hacen mejor después del servicio para evitar tener que recorrer todo el condado el lunes.

—Claro, pero...

—Estoy a la altura del reto, Henry. Pero gracias por tu consideración. —Pinché otro trozo de jamón y lo empujé por el plato. Me había dado la entrada para abordar este tema, y debía aprovecharla. Solo esperaba que mi corazón acelerado no se notara en la voz temblorosa—. Sin embargo, debería saber que me pongo bastante nerviosa en sociedad.

—Te comportaste con excelente decoro ante Lord Claverley. Y también ante la señora Greer, lo cual fue un desafío excepcional considerando la tendencia de esa mujer a perseguir chismes — añadió Lady Edith en voz baja, y tuve que contener una sonrisa.

No podía explicar por qué me sentí tan cómoda en el salón con Lord Claverley, porque ni yo misma lo sabía.

—Apenas dije palabra alguna en presencia de la señora Greer. —Me metí el bocado de jamón en la boca.

Lady Edith frunció la nariz y buscó confirmación en el techo pintado.

—¿Es cierto? Me atrevería a decir que no es un logro difícil en su presencia.

—Creo que demostraré rápidamente que no es ningún reto para mí en presencia de cualquier desconocido. Tengo... dificultades... con gente nueva y me pongo ansiosa cuando me

rodean muchos extraños. Es un defecto que me avergüenza bastante, pero no tengo forma de cambiarlo.

El silencio en la mesa fue exasperantemente puro.

Lady Edith carraspeó antes de hablar.

—No entiendo del todo lo que quieres decir.

Sentí los nervios revolotear en mi estómago, pero ya no podía postergar esto, especialmente si al día siguiente se esperaba que conociera a miembros de la alta sociedad. Lady Edith merecía una advertencia sobre el tipo de persona que era su nuera.

—No se puede esperar que tenga mucho que decir en sociedad, y ciertamente no se puede esperar que baile más de una vez en ningún baile. Mis nervios simplemente no me lo permiten, por más que me prepare y desee profundamente que fuera diferente.

Una y otra vez mi madre se había sentido decepcionada conmigo en eventos sociales o cuando venían amigas a casa, y sabía que aquí no sería diferente. No, sería peor, porque las expectativas eran más altas. Mamá me quería a pesar de mis fracasos sociales, pero no podía esperar lo mismo de personas que apenas me conocían desde hacía una semana.

—No te obligaremos a hacer nada con lo que no te sientas cómoda —dijo Henry al cabo de un rato.

Lady Edith, noté, permanecía dolorosamente callada.

El resto de la cena transcurrió en una mezcla incómoda de silencios y charlas forzadas, en las que participé poco, y sentí un gran alivio al poder retirarme a la soledad de mi habitación. Extrañaba la presencia tranquilizadora de James, y aunque creía que podría llevarme bien con Henry, nuestras cómodas conversaciones del verano pasado no se habían trasladado con tanta naturalidad como esperaba. Él era bondadoso y atento, y cuando hablábamos de libros podíamos perdernos en discusiones interminables sobre tramas y personajes y cómo nos afectaban, o no, pero ahora faltaba algo... y creía que ese algo era lo que James tenía.

Sin embargo, el papel doblado con las palabras de mi esposo rozó suavemente mi piel, y durante la incómoda cena recordé cuán profundamente deseaba James estar conmigo.

Y yo con él.

Cuando Lady Edith se levantó, la seguí fuera del comedor y me detuve al pie de la amplia escalera.

—Creo que me retiraré temprano —dije, soñando ya con continuar el libro que ciertamente no debería leer después del anochecer... pero que sabía que leería de todos modos.

Ella se detuvo y se volvió hacia mí, su mirada aguda recorriéndome de arriba abajo.

—No me lo estás poniendo fácil para descifrar tu carácter, Felicity.

—¿Perdón?

Dio un paso deliberado hacia mí, sus ojos deteniéndose en mi rostro. Me empezaron a temblar las manos bajo su escrutinio, así que las entrelacé a los costados, aferrándome a la falda para evitar que se notara mi debilidad.

—Cada vez que creo haberte comprendido, haces algo que me sorprende. —Inhaló por la nariz—. Aún no sé si debo agradecerte que hayas convencido a James de casarse, o si debería estar justificadamente indignada en su nombre. He hecho todo lo posible por dejar de lado mis reservas y darte la bienvenida a mi casa, pero no me lo estás haciendo fácil. —Cerró los ojos y sacudió ligeramente la cabeza antes de volver a mirarme—. No sé cuál es tu objetivo aquí, pero espero que entiendas que no pienso renunciar a mi hijo ni a mi papel en esta casa hasta que demuestres que eres digna de ellos.

¿Renunciar a su hijo? ¿Acaso no lo había hecho ya? Me falló la voz y traté de tragar saliva con la garganta seca. Su vehemencia me tomó completamente por sorpresa, y no podía entender qué había hecho para merecer ese repentino cambio de opinión.

Excepto, claro, que no era repentino. Al parecer, Lady Edith simplemente había llegado al punto en el que ya no podía ocultar lo que realmente pensaba de mí. Desde mi llegada a Chelton, se había mantenido a distancia. Me había agradecido por haberla sacado del salón tras la visita de su sobrino, pero en todo otro momento había dejado claro que solo estaba cumpliendo con su deber al enseñarme cómo ser la señora de Chelton, y nada más.

De hecho, si Lady Edith no se hubiera preocupado tanto por su hogar y su familia, me preguntaba si se habría molestado en enseñarme algo.

—Espero haberte dado algo en qué pensar. Buenas noches, Felicity. —Lady Edith caminó hacia el salón sin decir una palabra más, y yo me paré al pie de la gran escalera con los pies sobre las baldosas del tablero de ajedrez, y la vi irse.

Mi corazón se aceleró en la cámara silenciosa y resonante. Di la vuelta y bajé hasta el último escalón. ¿Cómo iba a lograr algo ahora que entendía los verdaderos sentimientos de Lady Edith? Sin James aquí, en quien apoyarme, estaba segura que fracasaría.

Por mi mente pasaban excusas para librarme del tiempo en familia. Podría pedirle a Fanny que le dijera a la familia que tuve fiebre por la mañana. Pero no, para entonces llamarían al médico. ¿Un dolor de cabeza? Quizás eso podría funcionar y me permitiría pasar el día escondida en mi habitación.

Pero tenía tres días (posiblemente cuatro), antes que James regresara, y no podía fingir un dolor de cabeza, por tanto tiempo, sin ser motivo de gran preocupación. Me froté los ojos por el cansancio y recorrí con la mirada el salón oscuro que me rodeaba. Las pinturas cubrían la mitad superior de las enormes paredes, y se derramaban sobre el fresco, que cubría el techo, mientras que los tallados de mármol cubrían las paredes y se arrastraban sobre las cornisas.

Este salón, por sí solo, era mucho más elaborado y elegante que cualquier cosa, que alguna vez hubiera esperado llamar mi hogar, y me permití, en lo más profundo de mi melancolía actual, preguntarme si habría aceptado la mano de James, si hubiera sabido la vida que estaba aceptando.

Y además, ¿por qué, cuando James era sumamente consciente de mi propensión a la ansiedad social, me permitió convertirme en la señora de tal propiedad con todos los deberes que acompañaban a ese rol? Esta no era una pequeña casa de campo para administrar tranquilamente. Esto requería el trabajo de una mujer productiva y capaz.

Me obligué a levantarme y giré para subir las escaleras, exhalando un suspiro de derrota. No había forma de cambiar mi

situación ahora, por mucho que mi suegra lo deseara.

CAPÍTULO 16

Resultó que no tuve que recurrir a ninguna excusa a la mañana siguiente, ya que Lady Edith optó por quedarse en casa para atender un terrible dolor de cabeza propio. No sabía si era real o fingido, pero me alegré de posponer un poco más el tener que estar cerca de ella.

Henry me llevó a la iglesia en un curricle, con sus manos hábiles manejando las riendas con ligereza. El ruido del camino impedía mantener una conversación fluida, pero yo estaba conforme con el silencio. Estaba demasiado enfrascada en mi preocupación por la Sociedad reunida en la iglesia y lo que pensarían de la nueva habitante de Chelton.

Al llegar a Bakewell, Henry ató las riendas a un poste y dio la vuelta para ayudarme a bajar.

—No estás obligada a hablar con nadie que no desees conocer.

Su declaración me tomó por sorpresa, y al mirarlo a los ojos, serenos y azules, encontré compasión en ellos.

—Gracias, Henry. ¿Crees que la gente encontrará extraño que hayamos venido solos?

—Ahora eres mi hermana —respondió, con una sonrisa ligera dibujándose en los labios—. No hay nada extraño en ello.

Debía recordar eso. Nadie conocía nuestra historia, y a nadie le parecería raro ver a una nueva esposa acompañada por su cuñado. Era completamente irreprochable.

Me ardieron las mejillas, y bajé la cabeza, fingiendo prestar atención a evitar el barro bajo mis pies.

—Claro.

Henry me ofreció el brazo, y lo tomé, siguiéndolo cuesta arriba hacia la iglesia. Un denso césped verde cubría el cementerio que rodeaba la iglesia y enmarcaba las lápidas a un costado. Desde lo

alto de la colina, se divisaban los tejados de los edificios que bordeaban las calles circundantes, extendiéndose en todas direcciones. Todo en ese edificio antiguo tenía un aire gótico que me encantaba.

Me recordaba al libro que estaba leyendo, y de inmediato aparté esa ficción de mi mente. No tenía cabida durante el culto.

El señor Upshaw, el vicario, nos dio la bienvenida en la puerta. Sus patillas blancas temblaban mientras hablaba, pero su saludo fue cálido y acogedor. Caminé por el pasillo central y tomé asiento junto a Henry en lo que solo podía asumir era el palco de los Bradwell.

Los ojos seguían cada uno de mis movimientos y me alegré de haber elegido un sombrero de ala tan ancha para no quedar obligada a ver todas las miradas curiosas. Me incliné hacia Henry, y le hablé en voz baja:

—¿James y Benedict faltan a menudo a la iglesia, o es extraño que no estén aquí?

Me miró y una suave risa escapó de sus labios.

—Estás demasiado preocupada, Felicity. Te lo juro, no es nada extraño que toda mi familia no esté con nosotros. James está ausente a menudo y no se puede confiar en que Benedict cumpla con un horario predecible.

—Y tú, Henry, te escapas al pabellón de caza tan a menudo como puedes.

—Así es. —Él estuvo de acuerdo con un firme movimiento de cabeza—. De hecho, debería estar allí ahora.

—¿Oh?

—Sí. —Me dio una sonrisa fugaz, antes de dirigir su atención hacia donde el vicario caminaba ahora hacia el frente—. Pero, pospuse mi viaje por un tiempo.

Mi estómago dio un vuelco ansiosamente y lo presioné en silencio.

—¿Por qué pospusiste el viaje?

—Porque James me pidió que me quedara… por ti.

¿Por mí? No, él no se quedó por mí. Lo hizo por James. Él acaba de decir lo mismo. Dirigí mi atención hacia adelante e hice lo mejor que pude para escuchar el sermón, a pesar de la forma en

que mi mente y mi estómago se revolvían incómodos. Henry había intentado escapar, tal como predijo la semana pasada que necesitaba hacerlo. No era de extrañar que se opusiera con tanta avidez a visitar personalmente a la señorita Northcott, ya tenía otros planes.

Y estos no habían incluido atenderme.

¿Cómo pudo James haberle pedido esto a su hermano? Mi vergüenza solo parecía crecer con cada nueva revelación. ¿Qué sería lo siguiente? ¿La señora Prescott vendría a verme, y me revelaría que no tenía intención de cederme la gestión del menú ni de las criadas?

Mi actitud cayó al igual que mi energía, durante el sermón, y cuando el mismo terminó, me levanté y salí de la capilla. Sin embargo, tuve que luchar contra el deseo de correr, antes que Henry pudiera presentarme a alguien.

—Madre me ha pedido que te ayude a conocer a tres familias en particular. Te prometo que todo terminará rápidamente, y no necesitas decir nada más que un saludo cortés.

La voz de Henry era seria y levanté la vista rápidamente, agradecida de descubrir que su generosidad parecía bastante genuina. Asentí con la cabeza y deslicé mi mano sobre su codo para que pudiera llevarme afuera. El sol brillaba sobre nosotros, trayendo consigo una capa de calor, y el sudor me picaba en la nuca.

—Buenos días, ¡señor Bradwell! —gritó un hombre cuando nos aproximábamos a su grupo.

Henry se acercó aún más.

—Dos de las familias juntas. Creo que la fortuna te sonríe.

No pude evitar la sonrisa que curvó mis labios.

—Señor Dodwell, señora Dodwell. —Henry asintió hacia la pareja alta y rolliza. Cambió su atención a la familia rubia que estaba a su lado—. Señora Whaley, señor Whaley, señorita Whaley... Permítanme tener el placer de presentarles a la nueva esposa de mi hermano, la señora Bradwell.

Hice una reverencia al grupo y asentí con la cabeza, a cada una de las mujeres, por turno.

—Es un placer —dije.

—¡Oh! Señora Bradwell, tenía tantas ganas de conocerla —dijo la señora Dodwell con los ojos más brillantes que la plétora de flores amarillas y naranjas, que adornaba su sombrero—. Por favor, ¿Lady Edith tiene la intención de organizar un baile?

—Esa es su intención —replicó Henry—. Y espero que a todos les lleguen las invitaciones, en breve. La señora Bradwell ha estado ocupada, escribiéndolas ella misma.

—¡Oh! —exclamó la señora Whaley, bastante impresionada por esta aparente hazaña—. ¡Qué bien de parte de la señora Bradwell!

—Estoy agradecida por el buen consejo y el sacrificio de Lady Edith, al organizar un baile para mí. Es lo mínimo que puedo hacer para ser útil.

Las mujeres compartieron una mirada y yo no lo sabía con certeza, pero creí que me había ganado su aprobación.

—Perdóneme por mi impertinencia —dijo la señorita Whaley con su voz ratonil, haciendo juego con su pequeña figura—. Pero, hoy, ¿dónde está el señor James Bradwell?

—Desafortunadamente, él y mi hermano Benedict fueron llamados por un asunto familiar, pero deberían regresar a Chelton pronto.

Ella pareció decepcionada, e hice lo posible por no indagar demasiado en los posibles motivos de ello.

—Si nos disculpa —dijo Henry, posando su mano sobre la mía, la que descansaba en su brazo—, debemos continuar con las presentaciones.

—Por supuesto —dijo la señora Dodwell, inclinándose hacia adelante y bajando la voz—. Imagino que hoy hay muchas demora para que todos tengan oportunidad de conocer a nuestra nueva integrante de la parroquia. Bienvenida a Bakewell, querida.

La sinceridad en su cálido tono me tocó el pecho, y sonreí, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento, mientras Henry me alejaba.

La siguiente media hora transcurrió de forma similar, conociendo a miembros de la parroquia local y dando explicaciones por la ausencia de James y de lady Edith. Henry, a pesar de su aversión a la sociedad y su preferencia por mantenerse lejos de ella,

era hábil para moverse entre la gente de Bakewell. Había organizado con éxito la presentación con no menos de ocho familias distintas y me había sacado de cada una antes de que quedara atrapada en una conversación demasiado larga. Íbamos abriéndonos paso hacia la calle y casi habíamos llegado al carruaje cuando una mujer se interpuso en nuestro camino, con su hija justo detrás.

Las reconocí de inmediato de la tienda de modista.

—Buenos días, lady Whitstone. Señorita Whitstone.

—Es un verdadero placer verla de nuevo, señora Bradwell. Espero que lady Edith no esté enferma.

Henry intervino.

—Tiene dolor de cabeza, señora.

La señorita Whitstone chasqueó la lengua.

—¿Y está disfrutando de nuestro pequeño rincón de Inglaterra, señora Bradwell?

—Muchísimo. Es encantador, y la gente hoy ha demostrado estar a la altura. Espero poder conocerlas mejor a ambas en el té de esta semana —especialmente a la señorita Whitstone. Estaba decidida a averiguar qué había visto James en ella que le resultara tan poco atractivo.

Lady Whitstone asintió distraídamente, mirando de mí a Henry.

—Por supuesto. Entonces, el viernes.

Hice una reverencia y pasé junto a ellas. Henry fue a buscar el carruaje, y no pude evitar sentirme un poco fortalecida por los logros del día. Sin la ayuda de James ni depender de lady Edith, había logrado conocer a nueve de las familias más influyentes de la parroquia, y ahora tendría nueve paradas menos que hacer con lady Edith en el barouche esta semana.

Una vez que subimos al asiento y partimos en dirección a Chelton, me volví hacia mi cuñado y alcé la voz para hacerme oír por encima del ruido del camino.

—Debo darte las gracias.

Él me miró brevemente antes de volver la vista al frente.

—No hice nada, Felicity. Eres una natural.

Una risa se me escapó del pecho.

—Vaya, creo que estás tratando de adularme por algún motivo. Natural, desde luego no lo soy.

Él no rio.

—Llámalo como quieras, pero yo no fui más que tu cochero, Felicity. Lo hiciste a la perfección, y predigo que pronto tendrás a todo Bakewell comiendo de la palma de tu mano.

Pensé en la mujer del cementerio con mirada aguda y ojos de águila.

—Bueno, no a todo Bakewell.

—Créeme, mi hermano encabeza esa lista.

Mi cuerpo dio un respingo, pues no había estado pensando en James. Aunque era cierto que no creía tenerlo en mi bolsillo todavía, si es que alguna vez sucedía, me refería a otra persona. Alguien que últimamente se había convertido en adversaria de lady Edith.

—Me refería a lady Whitstone.

Henry rio con torpeza para encubrir su error.

—Ah, touché, Felicity. Haría falta una proeza considerable para lograr eso. Pero la señorita Whitstone pareció apreciarte lo suficiente.

—No lo sé.

Él sonrió.

—Es callada, sí, pero muy amable. Creo que te agradará.

—Tu hermano dijo lo mismo —y aún no había decidido si era un cumplido o una condena.

Henry me miró con atención.

—¿Así que te habló de la señorita Whitstone?

—Y de su breve cortejo, sí.

—Y yo que hacía todo lo posible por evitar a los Whitstone, y evidentemente fue en vano.

Cruzamos el puente de piedra, con Chelton al frente, y un gran bache en el camino me sacudió en el asiento. Estiré la mano en busca de algo a lo que sujetarme, y el brazo de Henry salió disparado para mantenerme segura en mi sitio.

Redujo la velocidad de los caballos y se volvió hacia mí de repente, retirando el brazo.

—Perdóname, Felicity. Ese maldito bache aún no ha sido reparado. Tenía intención de estar pendiente, pero admito que me distraje. —Se pasó una mano por la barbilla.

—Está bien.

—Tal vez debería empezar a trabajar en ese bache mañana. Es mucho peor de lo que le reconocí a James —negó con la cabeza y siguió hacia la casa—. Mi hermano me saca de quicio, como suelen hacer los hermanos, pero sabe lo que hace.

—Hasta ahora, yo también he llegado a esa conclusión.

Henry detuvo el carruaje frente al enorme patio de establos de Chelton. Las verdes colinas se alzaban detrás, el río corría frente a nosotros, deslizándose bajo el ancho puente arqueado, con Chelton a un lado. Era idílico, y desearía poder disfrutar de la belleza de aquel día soleado, pero mi corazón estaba en York y mis nervios estaban destrozados.

—Quizás cuando James regrese podrías proponer una salida que les guste a ambos —dijo Henry con cuidado, sacándome de mis pensamientos—. No montar, no leer, sino algo que se ajuste a las preferencias de los dos.

—Es una idea excelente, Henry. El único problema…

Él esperó, pero como no terminé la frase, me dio un leve codazo en el hombro.

—¿Cuál es el problema, Felicity?

Me mordí el labio y dije el temor que me perseguía desde que llegué a Cumberland.

—Temo que no exista tal cosa… una actividad que nos guste a los dos.

Sonrió, negando con la cabeza.

—Si lo que vi durante su paseo es una indicación, ciertamente hay algo que ambos disfrutan. Estoy seguro de que encontrarán más.

Se me encendieron las mejillas. Sabía que Henry nos había encontrado besándonos, pero su mención tan poco discreta me resultaba embarazosa.

—Después de todo —continuó—, James disfruta de otras cosas además de montar y hacer deporte. Le gustas muchísimo.

Sonreí, aunque sabía que Henry no podía saber eso con certeza.

—James es bondadoso y encantador. Aunque no disfrute de la lectura.

—Bueno, no todos podemos ser perfectos —dijo Henry con un afectado aire de grandeza. Me guiñó un ojo y atravesó el arco hasta que nos detuvimos dentro del patio de carruajes. Un hombre corrió hacia nosotros para sujetar los caballos, y Henry saltó del carruaje para ayudarme a bajar.

Si había algo bueno para contrarrestar la ausencia de James era asegurar mi amistad con Henry. Hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de cualquier romance entre nosotros, llegando a considerar al hombre como a un hermano. Me alegré porque, aparentemente, él había hecho lo mismo.

Tomé su mano y entré al camino de grava marrón.

—Gracias, señor.

—Fue un placer. —Le entregó las riendas del caballo a un mozo de cuadra y me tomó de la mano para llevarme al interior de la casa —. ¿Tienes algún plan para esta tarde, o te gustaría reunirte conmigo en la biblioteca para leer un poco?

—Eso suena encantador.

CAPÍTULO 17

El domingo fue muy agradable, ya que lo dediqué en gran medida a la lectura, y no fue hasta el lunes por la mañana que me vi obligada a enfrentarme a mi suegra nuevamente. Ella actuó como si no hubiera habido un intercambio de palabras incómodas entre nosotras, y me alegré al menos de no tener que revivir esa conversación en la escalera, nuevamente. Entregamos tarjetas en un puñado de casas cercanas, antes que Lady Edith se enfermara demasiado a causa del carruaje para continuar, y el resto del día transcurrió en relativo silencio, mientras escribíamos las últimas invitaciones al baile.

El lunes por la tarde me senté en mi tocador, mientras Fanny calentaba las tenacillas en el fuego creciente. Estaba debatiendo los méritos de pedir perdón y solicitar una bandeja en mi habitación, en lugar de asistir a la incómoda e íntima cena, cuando un sonido en la habitación de James me alertó de una presencia adentro. Su ayuda de cámara había viajado con él a York, por lo que no había motivo para que alguien estuviera en su habitación.

Seguramente no sería una falta de decoro que una esposa echara un vistazo a la habitación de su marido cuando él supuestamente no se encontraba en casa. Después de que la señora Prescott descubriera a una doncella hurgando en los cajones de Benedict el otro día, sentí que no tenía más remedio que asegurarme de que quien estuviera en la habitación de James tuviera motivos legítimos para estar allí.

Fanny se acercó por detrás, y me giré hacia ella.

—¿Lo oyes, verdad? ¿Alguien en la habitación de mi esposo?

Se detuvo, entrecerrando los ojos hacia la pared. Se oyó un suave golpe, y asintió.

—Sí, señora. Hay alguien ahí. ¿No se suponía que regresaba mañana?

—No, mañana si llegaba pronto, y lo más probable es que el miércoles —me detuve, mordiéndome el labio—. ¿Debería echar un vistazo? Solo para asegurarme de que todo esté bien, quiero decir.

Ella asintió con los ojos muy abiertos.

—Me parece prudente.

Probablemente Los misterios de Udolfo eran los culpables, pero mi recelo se intensificó mientras me acercaba sigilosamente a la puerta que comunicaba nuestras habitaciones. Sacudí las imágenes de espectros y villanos de mi mente y giré el picaporte, dispuesta a adoptar una actitud firme para preguntar por qué alguien necesitaba estar allí en ausencia de James.

La puerta no estaba cerrada, así que la abrí y entré rápidamente, solo para encontrarme con James de pie frente a su tocador de afeitar, sin camisa y con una cuchilla en la mejilla. Se giró para mirarme y perdí la capacidad de hablar. El torso de James parecía pertenecer a un hombre que se enfrascaba habitualmente en peleas o trabajaba todo el día en el campo: su pecho ancho se afinaba hasta una cintura estrecha. Un suave jadeo escapó de mi garganta y tropecé con algo en la alfombra, cayendo de rodillas.

James se apresuró hacia mí y me incorporé hasta quedar arrodillada, ya sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas. Su bota yacía a un lado y la acomodé.

—Perdona la intrusión —dije, alzando la vista hacia él. Me costó levantar la mirada hasta su rostro, pero lo logré—. Temí que un intruso estuviera hurgando entre tus cosas.

James alzó una ceja y me tendió la mano.

—¿Tu novela gótica ha empezado a llenarte la cabeza de tonterías?

Puse mi mano en la suya.

—No. Bueno, sí, me tiene algo nerviosa con cada ruido inexplicable en esta casa —y, James, hay muchos—, pero esto era justificado.

—¿Sí? —me ayudó a ponerme de pie.

—Una doncella fue descubierta hurgando en los cajones de Benedict. No podía permitir que hiciera lo mismo aquí.

James bajó el mentón y la espuma se deslizó por su pecho al levantar el cuello.

—¿Y no la han despedido aún?

—Tu madre la envió a las cocinas y le dio otra oportunidad. Me pareció un gesto muy generoso.

James ladeó un poco la cabeza.

—No sabes cuánto me complace que tú y mi madre hayan encontrado un acuerdo entre ustedes.

Aunque no era así. Lady Edith había hecho un trabajo extraordinario fingiendo aprobarme durante mi primera semana en Chelton, así que seguramente podíamos continuar con la farsa. No tenía esperanza de cambiar su opinión, pero tampoco quería arruinarle el buen humor a James tan pronto. Ya habría tiempo para decidir cómo abordar el tema con él.

Cuando llegara mi propia madre a Chelton, sabría mejor cómo manejar la situación. Estaba casi segura de que cualquier cosa que dijera en contra de la madre de James solo lograría ponerlo a la defensiva, y eso era lo último que deseaba. No es que culpara a James, por supuesto. Era natural querer defender a la propia madre.

Su mano libre enredó un mechón de mi cabello entre sus dedos, y fui intensamente consciente de cómo caía en ondas sueltas por mi espalda y sobre mis hombros. Necesitaba volver con Fanny y terminar de arreglarme para la cena, pero aún no estaba lista para alejarme de James.

—Has regresado antes de lo previsto —intenté romper el silencio entre nosotros.

—Así es —su pulgar dibujaba círculos en el dorso de mi mano, que aún sostenía—. El asunto se resolvió con rapidez, y no encontramos razón para quedarnos en York más tiempo.

—¿La señorita Northcott se encuentra bien, supongo? ¿O acaso la has traído contigo a Chelton?

Su sonrisa se tensó bajo la espuma.

—Preferiría hablar de ti. ¿Encontraste a la Sociedad de Bakewell como la habías imaginado?

Ese desvío del tema no auguraba nada bueno. Si hubiera sido una respuesta fácil, me la habría dado.

—Bakewell fue mucho más sencillo de manejar de lo que anticipaba. Henry fue de gran ayuda, en realidad. No habría podido hacer tantas presentaciones tras el servicio sin su asistencia.

Me ardía un poco el pecho al recordar que James le había pedido a Henry que cuidara de mí, pero suprimí mi culpa e irritación por ello. No era una niña que necesitara una niñera, pero tampoco podía culpar del todo a James por pensarlo, después de haber presenciado mis poco elegantes reacciones al baile y la equitación.

—Recuérdame que le agradezca más tarde —dijo, tirando suavemente de mi mano para acercarme. El calor emanaba de su piel, y levanté mi mano libre para limpiarle la espuma del pecho.

—Estás haciendo un desastre —dije.

—Y ahora tú también —tomó mi mano y pasó el dedo espumoso por su mejilla recién afeitada, y mi pulso se disparó—. Te he echado de menos, Felicity.

Yo también lo había extrañado.

—No puedes imaginar lo feliz que estoy de que hayas vuelto a casa.

Una expresión de leve sorpresa cruzó su rostro, pero no pude entenderla del todo.

—¿Acaso pensabas lo contrario? —pregunté.

—No sé qué esperar de ti. Me preocupaba que, al besarte, hubiera arruinado la amistad que empezábamos a formar.

—Eso no arruinó nada, James.

—Me alegra oírlo —su rostro cubierto de espuma me impidió mostrarle exactamente cómo me sentía, pero ojalá hubiera podido hacerlo.

La puerta se abrió y apareció el ayuda de cámara de James con un chaqué en las manos.

—Te dejo para que termines de prepararte para la cena —dije, dando un paso atrás.

Su mano se soltó de la mía, y me costó un esfuerzo sobrehumano no volver a recorrer con la mirada su torso, aunque sí me permití una ojeada fugaz. Al fin y al cabo, era humana.

Fanny me esperaba junto al tocador, y tras cerrar la puerta contigua, me senté. La sonrisa que jugueteaba en sus labios era prueba suficiente de que probablemente había escuchado mi conversación con mi esposo, y vi en el espejo cómo un rubor rosado se extendía por mis mejillas.

—Me gustó lo que hiciste con mi cabello anoche —dije—. Fue mucho más de mi gusto que un exceso de rizos o trenzas.

—Por supuesto, señora. Aunque, ¿me permite sugerir una sola trenza? Le prometo que será pequeña.

—Está bien.

Fanny trabajó con mi cabello y, para cuando terminó, decidí que podía confiar en ella. Los primeros días y sus diseños intrincados debieron de ser intentos por descubrir mis preferencias, porque el peinado de esa noche era perfecto. Como la noche anterior, había recogido mi cabello alto sobre la coronilla, con una trenza rodeando el cúmulo de rizos. Me alisé el vestido y caminé hacia la puerta.

James no me había pedido que lo esperara, así que decidí bajar y esperarlo en la antesala.

Tomé el chal de la cama y me lo eché sobre los hombros, luego levanté la cabeza. No permitiría que las pobres opiniones de Lady Edith arruinaran mi velada.

Fanny abrió la puerta para ir a su propia cena, y yo la seguí al pasillo y me detuve. James estaba recostado contra la pared opuesta, con los brazos cruzados, esperándome pacientemente. Tenía la cabeza girada, y la luz del candelabro a su lado proyectaba sombras sobre el corte limpio de su mandíbula afeitada. El estómago me dio un vuelco, y una sensación agradable se deslizó por mi pecho.

¿Era normal sentir tantas ganas de ver a tu marido después de haberlo dejado menos de una hora antes? No lo sabía. Pero jamás había sentido tal emoción al ver a un hombre en corbata blanca y chaqué negro, y ya había visto muchos, así que esto era diferente. Lo que sentía por James era diferente.

Oh, cielos. Me estaba enamorando de mi esposo.

La revelación me sacudió, y me detuve a medio camino de alcanzarlo. Él se apartó de la pared y me ofreció el brazo. Tragué

saliva antes de tomarlo y dejar que me guiara escaleras abajo. No hablamos durante el trayecto, lo cual fue una bendición, porque no sabía si podría decir algo coherente.

Si me permitía amar a James, quedaría en desventaja. Dolería más cuando él siguiera siendo solo un amigo para mí, y no estaba segura de querer vivir así.

Llegamos a la antesala, y el resto de la familia ya estaba reunido. Lady Edith miró con preocupación a Benedict y James, con el ceño fruncido en su hermoso rostro.

—Ya estamos todos —dijo en voz baja—. ¿Cómo está Dorothea? ¿Qué es lo que Benedict no quiere decirme?

James soltó mi brazo y se acercó a su madre. Se inclinó y la besó en la mejilla.

—Es un gusto verte también, madre.

Ella intentó sujetarle el brazo, pero él ya se había apartado, y fue hacia cada una de las dos puertas del pequeño salón para cerrarlas. Asomándose por la que comunicaba con el comedor, habló en voz baja con el lacayo que seguramente estaba al otro lado de la pared.

Esto debía ser realmente grave, y Lady Edith lo intuyó por la creciente preocupación en su rostro.

Henry estaba sentado en una silla, con las manos en los apoyabrazos y el ceño torcido por la inquietud. Debía de saber ya lo que sus hermanos iban a decir. Pero si lo sabía, ¿por qué James no me lo había dicho arriba?

Benedict se apoyó contra la chimenea vacía, con la luz de los candelabros sobre la repisa bañando su cabello rizado y desordenado.

—Fuimos al internado, como se nos pidió —dijo por fin cuando James hubo cerrado ambas puertas—. Pero Thea no estaba allí.

La desaprobación de Lady Edith se tornó en desconcierto.

—¿Habrá ido directamente a casa de Lord Claverley…?

—La directora no sabía dónde se había ido —interrumpió Benedict—, solo que Thea y algunas de sus pertenencias desaparecieron el miércoles pasado.

James metió la mano en su chaqué y sacó una hoja doblada.

—Thea dejó esto.

Lady Edith se adelantó y tomó la nota antes de acercarse a las velas sobre la cómoda.

"Queridísima señora Moulton: Ha sido usted de lo más amable y encantadora, y lamento desaparecer de forma tan atroz. Usted me ha enseñado mejores modales que esto, pero por razones que no puede comprender, le ruego que crea que no tengo otra opción."

Ella bajó la carta y miró a James, con una expresión afligida en su rostro. El nombre "señora Moulton" me sonaba familiar, pero fue un reconocimiento tan débil que no pude ubicar dónde recordaba haberlo escuchado.

Lady Edith se aclaró la garganta y continuó leyendo:

"Por favor, no se preocupe. Estoy a salvo a donde voy en mente, cuerpo y virtud, y me encargaré que se le notifique sobre mi seguridad dentro de un mes. Por favor, no deseche mi baúl. Tengo la intención de recuperarlo tan pronto como pueda. Sinceramente, Dorothea Northcott."

Bajó la carta y miró a James, con el rostro desencajado. El nombre de señora Moulton me resultaba familiar, pero era un recuerdo tan lejano que no lograba ubicarlo.

Lady Edith carraspeó y continuó leyendo:

"Por favor, no se preocupe. Estoy a salvo adonde voy, tanto en cuerpo, como en mente y virtud, y me aseguraré de notificarle que sigo bien dentro de un mes. Por favor, no se deshaga de mi baúl. Tengo intención de recuperarlo en cuanto me sea posible. Atentamente, Dorothea Northcott."

Bajó el papel y miró a James.

—Esto debe de ser una de sus malas bromas. Dime que esa niña está ahora mismo arriba, preparándose para la cena.

—Ojalá pudiera —respondió James, mirando la puerta y luego a mí—. Ben y yo creímos mejor traer esta información cuanto antes, aunque sí investigamos un poco en York antes de marcharnos, y

lamento informar que no encontramos ninguna pista sobre adónde pudo haber ido.

—Ni con quién pudo haber ido —añadió Benedict—. Aunque la señora Moulton estaba convencida de que Thea no tenía ningún pretendiente. Qué sorpresa.

—Hoy no quiero tus bromas, Ben —espetó Lady Edith. Cruzó la estancia hasta la silla junto a Henry y se sentó, mirando la carta como si contuviera un mapa del paradero de Thea o explicara las razones de su huida.

—¿Podría haberse ido a casa de tu primo? —pregunté, con una voz tan tímida como mis sentimientos.

—No. Si ése fuera el caso, no habría sentido la necesidad de pedirle a la señora Moulton que no la buscara. No tendría por qué ocultar lo que era nuestro plan original —Lady Edith bajó la vista y presionó los dedos contra sus sienes—. Esto es culpa mía. La obligué a tener una Temporada y debería haberla escuchado cuando me dijo que no quería quedarse con el primo Matthew. Debería haberla invitado aquí.

—Debe saber que siempre es bienvenida en Chelton —dijo Henry—. Has sido más que una madre para ella desde que falleció la suya. ¿Cuánto tiempo vivió aquí antes de irse al internado?

—Más de un año —respondió James.

Henry alzó un brazo como si James acabara de probar su punto.

—Exactamente. Madre, cuidaste de Thea y la apoyaste como si fuera tu propia hija.

Lady Edith alzó la cabeza para mirar a Benedict.

—Puede que estuviera a gusto conmigo, pero estoy segura de que no habría querido quedarse aquí.

Benedict alzó las manos como si se rindiera.

—Yo habría estado feliz de abandonar la casa por ella. El pabellón de caza es muy tentador en esta época del año.

—Thea es demasiado buena como para pensar en echarte por su propia comodidad.

Benedict resopló.

—¿Buena?

—Basta, Ben —lo reprendió James con un tono autoritario—. Los hechos son los siguientes: Thea se ha fugado. No ha buscado refugio en Chelton ni con los Claverley. No tiene otras amistades que nosotros o la señora Moulton conozcamos. ¿Alguien tiene algo útil que aportar —dirigió una mirada afilada a Benedict— que añadir?

La sala quedó en silencio. Pensé en la situación de la pobre joven y sentí una oleada de compasión hacia ella.

—Quizás no estamos haciendo la pregunta correcta —dije con cautela. Esperé una señal de permiso para continuar, pues esta conversación se sentía fuera de mi lugar, y sabía que sólo estaba incluida por ser ahora parte de la familia. James asintió, y continué —. Si la señorita Northcott sintió que no tenía más opción que escapar del internado, quizá la pregunta que deberíamos hacernos no es a dónde iría, sino por qué se fue.

—El primo Matthew —sugirió Henry—. Tal vez no lo soporta a él ni a Lady Claverley. No la culparía por eso.

—O por la cacería de marido en la próxima Temporada —musitó James, pasándose una mano por la barbilla—. ¿No era ése el motivo de su estancia con los Claverley? ¿Encontrar un partido tolerable?

—Lo era —confirmó Lady Edith. Volvió a presionar los dedos contra sus sienes, y me pregunté si su dolor de cabeza del domingo no había sido fingido, y si aún persistía.

Me acerqué al lado de James e hice un gesto hacia su madre.

—¿Deberíamos pasar al comedor ahora y considerar el asunto en privado por un tiempo?

James soltó un suspiro satisfecho y asintió.

—Creo que Felicity tiene razón. Comamos y pensemos en el dilema. Podemos volver a reunirnos después de que todos hayan tenido oportunidad de reflexionar sobre qué es lo mejor.

Entonces tal vez alguien podría explicarme por qué esta familia había asumido el bienestar de la joven con tanta entrega. Comprendía la responsabilidad que Lady Edith sentía hacia su ahijada, sobre todo tras la muerte de su madre, pero ¿dónde estaba el resto de su familia? ¿Dónde estaba su tutor?

James deslizó su mano en la mía y me llevó hacia la puerta.

—Por favor, siéntate junto a mí esta noche. No quiero estar más tiempo separado de ti.

Levanté la vista y vi a Lady Edith observándonos, con el ceño fruncido.

Conteniendo mi incomodidad, apreté sus dedos.

—Me encantaría, más que nada en el mundo.

CAPÍTULO 18

El sol brillaba alegremente sobre el extenso césped detrás de Chelton, lo cual era completamente opuesto a cómo me sentía yo. James había tenido la gentileza de instalar unos blancos en la parte larga y plana del jardín para que pudiéramos dispararles flechas.

En efecto, era tan desagradable como sonaba.

Encajé la flecha tal como James me había enseñado y la solté, sólo para verla volar unos pocos y miserables metros antes de caer al suelo frente a mí.

—Ya te dije que soy terrible con el arco —repetí, avanzando para recoger mis flechas caídas—. El verano pasado participé en una competencia en el Castillo Arden y me derrotaron sin piedad.

—Sí, pero también sostenías el arco de forma incorrecta. Ahora que te he enseñado bien, será una experiencia completamente distinta. —Inclinó la cabeza, entrecerrando los ojos por el sol—. Dime que al menos es un poco más divertido cuando juegas contra mí.

Me agaché para recoger una flecha y, al incorporarme, encontré a James observándome, esperando una respuesta. No era más divertido sólo porque él estuviera allí… pero sí me gustaba estar cerca de él. Después de la tensa cena que habíamos compartido con su familia la noche anterior y la confirmación de que nadie, hasta esa mañana, había decidido qué hacer con respecto a la señorita Northcott, este pequeño respiro lejos de la casa cargada de preocupaciones era bienvenido. Lo sería aún más si no tuviera que disparar flechas que no quería disparar.

Golpeé con un dedo enguantado mi barbilla.

—Pensándolo bien, es mucho mejor perder contigo que ser derrotada por mis primos.

James emitió un sonido entre un resoplido y una risa. Dio un paso deliberado hacia adelante, y mi cuerpo se quedó inmóvil. Su sonrisa traviesa acompañaba cada uno de sus movimientos calculados, y me descubrí retrocediendo, paso por paso.

—¿No querrá decir que no se está divirtiendo, señora Bradwell? —bromeó—. Eso no puede ser. Tendré que ingeniármelas para rescatar lo que queda de nuestra tarde juntos.

James aceleró el paso y yo solté un chillido, un sonido que rara vez escapaba de mis labios, y me di la vuelta para correr. Apenas avancé un metro antes de que su brazo se cerrara en torno a mi cintura y me atrajera contra él.

No podía permitir que ganara tan fácilmente en todo lo que hacía ese día, así que le retorcí la mano hasta que me soltó, recogí mis faldas y corrí hacia el jardín.

James, después de un momento de sorpresa, se lanzó tras de mí. Llegué hasta el seto que bordeaba el jardín y me escondí detrás de un árbol, evitando por poco que su mano alcanzara a agarrar mi falda. No pude evitar reírme, y él respondió de la misma forma. Giré para enfrentarlo e imité sus movimientos, manteniendo el árbol entre los dos.

—Rompes mi corazón, Felicity —dijo con tristeza fingida.

—Bueno, debo ganar en algo hoy.

James se rio y se lanzó hacia mí, y yo salté hacia atrás justo a tiempo para evitar su agarre. Pero mi tacón se enganchó en algo sólido y, antes de que supiera lo que pasaba, caí de espaldas en una fuente, aterrizando de golpe sobre mi trasero en el agua poco profunda. El agua helada se filtró por mi vestido, robándome el aliento. Crucé una mirada atónita con James hasta que la risa empezó a trepar por sus labios y a marcar las arrugas alrededor de sus ojos.

—Sí, ríete —dije, dándole permiso. Pellizqué mi falda empapada y la levanté del agua antes de dejarla caer de nuevo con un sonoro chapoteo. Mi pecho tembló con las carcajadas que me acompañaban, y me impulsé para salir de la fuente, pero el fondo resbaloso, cubierto de una capa de musgo, hizo que mis manos se deslizaran, hundiéndome aún más en el agua.

—¡Cielos, mujer! —dijo James, riendo con más fuerza—. Permíteme ayudarte.

Me quité los guantes empapados y los lancé al suelo cerca de sus pies, luego le tendí la mano, y él soltó un resoplido cuando nuestra piel se tocó.

—Está endemoniadamente fría.

Levanté las cejas.

Él soltó una risa suave.

—Ven, permíteme...

—¿Unirte a mí? —terminé su frase. Tiré con fuerza, y una expresión de horror cruzó brevemente su rostro antes de perder el equilibrio y caer en la fuente junto a mí. El agua salpicó a su alrededor y empapó mi cara, y yo solté un grito ahogado, limpiándome las gotas de los ojos.

—¡Está fría! —exclamé.

—Bien merecido lo tienes —murmuró James, sacudiendo la cabeza como un perro mojado. Se apoyó sobre las rodillas, pero no debió anticipar lo resbaloso del fondo y volvió a caer, esta vez de barriga.

No pude contener la carcajada que me brotó. Era completamente imposible detenerla una vez que empezó, y me doblé hacia adelante, sujetándome el abdomen mojado, riendo por el triste y empapado espectáculo que ofrecíamos.

Cuando al fin logré calmarme, le sonreí a James, y él negó con la cabeza, resignado.

—Te ves...

—¿Como una rata ahogada? —pregunté, recogiendo un rizo deshecho de mi peinado y dejándolo caer sobre mi hombro con un splat.

James, ya completamente rendido y sentado en el agua a mi lado, tomó mi mechón de cabello y lo enrolló en su dedo.

—No, nada de ratas. Estás resplandeciente.

—Creo que quisiste decir que estoy brillando por el sol que refleja en mi piel mojada.

—No, quise decir que estás resplandeciente.

—¿Con mi vestido arruinado y el cabello hecho un desastre? —resoplé—. No soy inmune a los halagos, pero solo tolero las mentiras cuando al menos suenan creíbles.

Se puso serio, tirando suavemente de mi rizo para acercarme más.

—Puedes creerme, Felicity. Nunca te mentiré. Ni sobre esto ni sobre nada más.

La sinceridad en su tono hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo, o quizá fue por el frío. Pero, fuera cual fuera el motivo, me incliné hacia él, aún sentada en el agua, con mi vestido flotando sobre la superficie del estanque. James soltó mi rizo y deslizó su mano húmeda por la nuca.

—¿Te dije ya cuánto te extrañé mientras estuve fuera? —susurró.

Lo había dicho, varias veces.

—¿Quieres decir que Benedict no logró entretenerte lo suficiente durante el viaje?

—Sus gustos y los míos ya no coinciden tan fácilmente como antes.

Apoyé mi mano sobre la solapa mojada de su abrigo y me incliné aún más, cuando el sonido de relinchos y el crujir de grava alertaron de la presencia de alguien. Me incliné hacia atrás, esperando ver a través de los árboles quién podría estar llegando a la cochera.

Una carroza se detuvo frente a ella, los costados lacados de amarillo brillaban contra la piedra pálida del edificio detrás.

—James, ¿quién es?

Él giró la cabeza, levantándola un poco para ver.

—Rayos. Parece que tienes visitas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque los Dodwell ciertamente no vendrían por mí. Y tú eres la novia. Es una conclusión natural.

—Oh —fruncí la nariz—. No puedo recibirlos así.

James apoyó su frente contra la mía.

—No, diría que definitivamente no puedes —dejó un beso en el borde de mi nariz antes de moverse hacia el borde del estanque y

salir. Una vez estuvo seguro sobre el suelo seco, se quitó el abrigo empapado, aflojó su corbata floja y me extendió la mano—. Permíteme ayudarte esta vez, ¿eh?

—Por supuesto —dije, fingiendo estar ofendida—. No lo soñaría de otro modo.

No pude evitar fijarme en cómo se marcaban los músculos de sus brazos bajo la tela mojada y transparente de la camisa mientras me sacaba del agua con facilidad. Esos brazos no se formaban sin esfuerzo.

—¿Practicas boxeo, James?

—No muy a menudo —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial.

Él me miró de reojo.

—Vamos, entremos.

Mis pesadas faldas chorreaban agua alrededor de mis tobillos, y me agaché a recoger los guantes. Me quité los zapatos para caminar con más facilidad.

El sonido de voces femeninas llegó hasta nosotros, y James tomó mi mano, tirando de mí detrás del seto. Unas rosas nos rodeaban, el dulce aroma de sus flores flotando agradablemente en el aire.

—¿Por qué nos escondemos?

Su rostro estaba solo a unos centímetros del mío.

—A menos que quieras que te vean como estás, propongo esperar a que las hagan pasar al salón antes de escabullirnos arriba.

—Una idea fantástica, James. Preferiría no atenderlos en absoluto, y mucho menos verme obligada a explicar por qué parezco una rata ahog...

—¿Una mujer hermosa? —dijo mientras arrancaba una rosa blanca del rosal cercano y le quitaba la espina del tallo corto. James la colocó detrás de mi oreja, y sus dedos rozaron la piel al pasar, provocando un escalofrío que me recorrió el cuello.

Me miró, su voz suavizándose.

—Si prefieres no ver a los Dodwell, no tienes por qué hacerlo.

—No puedo simplemente ignorarlos solo porque no tengo ganas de sentarme a conversar hoy —Nunca llegaría un día en que

realmente quisiera sentarme a hablar con extraños.

—No puedes hacer eso cada vez que llegue una visita, pero hoy sí puedes. Estás empapada, Felicity. Para cuando te hayas cambiado y arreglado el cabello —levantó un mechón mojado de mi hombro para enfatizar; ya había más cabello suelto que recogido en mi moño—, los Dodwell seguramente ya se habrán marchado.

Su razonamiento era sólido, pero aun así.

—No quisiera que perciban mi ausencia como un desaire.

—Estoy seguro de que mi madre, en este mismo instante, les está asegurando que estás ocupada con alguna actividad necesaria.

—¿Tú crees? —pregunté, esperanzada.

Su amplia y brillante sonrisa me llegó hasta lo más profundo.

—Sí, lo creo. Es su papel como anfitriona asegurarse de que no vean tu ausencia como un desprecio, y es experta en inventar excusas cuando es necesario. Ha tenido mucha práctica disculpando el comportamiento de sus tres hijos, así que tú eres una adición sencilla.

Pero no era su obligación hacer excusas por mí. Una incomodidad me subió por el pecho, y volví a mirar el brillante carruaje amarillo que había traído a nuestros visitantes. No venían por Lady Edith. Venían a verme a mí. Evitar recibirlos y descargar mis responsabilidades en una mujer que prácticamente me había desafiado a demostrar mi valía... no era la forma de demostrar nada.

—¿Estás lista para entrar? Creo que ya están en el salón.

Tenía que estar allí con ellos. Levanté mis faldas unos centímetros del suelo, y el agua se derramó en un chorro constante desde el borde. Me reí, inclinándome hacia adelante hasta que mi hombro rozó el suyo.

—Estoy lista para cambiarme por algo seco y abrigado. Pero debo darme prisa, porque pienso reunirme con ellos si me es posible. Es mi deber hacerlo, y espero tomármelo en serio.

James ya no reía. Incliné la cabeza hacia atrás y lo miré a los ojos, ese verde amarronado tan suyo. Su mirada me atravesó el alma con intensidad, y la alegría de los últimos quince minutos se esfumó de golpe. Una pesada sensación cayó sobre mi pecho, y respiré hondo por la nariz.

—Me estás poniendo nerviosa, James —dije.

Pareció sacudirse a sí mismo, y una sonrisa ligera curvó sus labios.

—Perdóname. Me perdí en mis pensamientos.

—¿En qué pensabas?

—En varias cosas —respondió, encogiéndose de hombros con sencillez, empapado—. En ti, sobre todo. Ocupas gran parte de mis pensamientos últimamente.

—Espero que no de forma preocupante.

—No me preocupa, aunque mi interminable lista de cosas por hacer no ha hecho más que crecer desde que nos conocimos. No has sido buena para mi concentración.

—Mis disculpas. ¿Quieres que me encargue yo de tu lista? No sería una buena jefa, pero puedo intentarlo.

—Tal vez debería aprovechar tu amable ofrecimiento. ¿Cuál es mi primera tarea?

—Llevarme dentro de la casa sin cruzarnos con nadie.

—Me gustan los desafíos. —James me tomó de la mano y me guio hacia una pequeña puerta trasera. Entramos en el corredor de los sirvientes, y me condujo por una angosta escalera de madera hasta otro pasillo más pequeño.

—Conoces bien el lugar.

—He estado esquivando a mi madre durante veintiséis años. Tengo práctica.

—¿No estás más cerca de los treinta? —pregunté.

James me lanzó una mirada confundida por encima del hombro.

—¿Eso creías?

Sí. No me habría sorprendido si admitía estar por encima de los treinta. Su porte era tan refinado, y su conocimiento parecía inagotable.

—Pareces tan... maduro.

—Tú también pareces madura, Felicity. ¿Tienes cuarenta?

Reí. Me había pillado.

—Veintidós, gracias.

Llegamos a nuestras habitaciones, y James soltó mi mano y me hizo una reverencia dramática, su chaleco tirante sobre la camisa mojada.

—Hasta esta noche.

Hice una profunda reverencia.

—Hasta entonces. —Entré a mi habitación con el corazón latiendo con fuerza, tanto por las escaleras como por el hombre que me había llevado por ellas.

Era inconfundible.

Amaba a James.

Y ahora tenía que darme prisa y cambiarme el vestido para poder demostrar que también era digna de él.

CAPÍTULO 19

Lady Edith mantuvo una corte regia en su salón durante el resto de la semana. Era perfectamente afable, formulaba exactamente las preguntas adecuadas para que sus invitados hablaran de sí mismos, y era la imagen misma de la compostura. Me quedaba un largo camino por recorrer antes de alcanzar el dominio que ella había logrado como anfitriona, aunque sabía que nunca lo lograría. Estaba fuera del ámbito de lo posible para mí. Mis defectos se alineaban con tanta precisión junto a sus virtudes que parecían formar pares perfectamente combinados.

El té en mi taza tembló cuando lo llevé a los labios, y tomé un largo sorbo del líquido caliente. La señorita Whitstone estaba sentada a mi lado en el sofá, mientras su madre conversaba animadamente con Lady Edith frente a nosotras, y yo me concentré intensamente en mi té mientras ideaba una forma de hablar en privado con la señorita Whitstone.

James había sido el retrato de la perfección durante toda la semana desde su regreso de York, y cuanto más evidente hacía su afecto por mí, más profundamente necesitaba saber por qué él y esta mujer callada y discreta no eran compatibles.

Ella era desmesuradamente reservada, y no creía que quisiera estar aquí. Sus ojos se desviaban hacia la puerta con cada sonido en el pasillo, y me pregunté si estaría esperando ver a alguien en particular. ¿Se sentiría aliviada o decepcionada si le ofrecía una manera de salir de la casa?

—Dígame, señorita Whitstone —dije, dejando mi taza sobre la mesita frente a nosotras—, ¿ha tenido oportunidad de pasear por los jardines últimamente? Las rosas blancas han florecido, y son un espectáculo digno de verse.

—Hace tiempo que no paseo por el jardín de Chelton —dijo en voz baja.

Pasó un segundo de silencio entre nosotras, y no dijo nada sobre las rosas. ¿Significaba eso que no le interesaban? Tal vez debí haber formulado mi pregunta de otro modo. Parecía que sería necesario un enfoque más directo.

Carraspeé.

—¿Le gustaría ver las rosas?

—No me interesan mucho las rosas en general, pero no me molestaría caminar por el jardín.

¿No le interesaban las rosas? Logró quitarme cualquier respuesta inmediata, y giré hacia mi suegra, a quien descubrí observándonos atentamente.

—Creo que saldremos a caminar, si le parece bien —dije.

—Por supuesto —dijo Lady Edith.

Lady Whitstone miró a su hija con desconfianza.

—No olvides ajustarte el sombrero, querida. Noté un viento al llegar que no estaba presente en el pueblo.

—Por supuesto, mamá.

Recogí mi sombrero y un chal para protegerme del viento, y al poco tiempo ya estábamos bajando los escalones de piedra clara hacia el césped frondoso. El sendero de grava marrón nos llevaría más allá de las caballerizas y hasta los jardines, y entonces estaríamos completamente solas.

Nuestros pasos crujientes nos guiaban hacia el jardín, y el sol nos golpeaba los sombreros, pero no se me ocurría nada que decir.

¿Qué había estado pensando? No podía idear una forma de forzar a esta mujer a hablar, y aunque pudiera, no encontraría en la nueva esposa del hombre que la rechazó a una receptora digna de sus opiniones. Un par de pinzones se deslizaron sobre nuestras cabezas y planearon hacia las ramas de un árbol delante de nosotras, sus dulces trinos rompiendo el silencio.

Sería mejor comenzar con un tema neutral.

—Si no es la rosa, ¿cuál es su flor favorita, señorita Whitstone?

No respondió de inmediato, y me pregunté si habría oído mi pregunta.

—Me gustan los narcisos.

—Son encantadores —asentí—. Siempre he pensado que se parecen a pequeñas trompetas y que serían perfectos para un hada diminuta que necesitara un amplificador.

La señorita Whitstone me miró de manera extraña mientras tomábamos una curva del sendero para entrar al jardín.

—Las hadas no existen.

—No, claro que no. Solo quería decir que... en un mundo imaginario, serían perfectos para algo así.

La señorita Whitstone no se molestó en responder, y me sentí terriblemente tonta. Su apatía hacia las rosas insinuaba que no tenía un corazón especialmente romántico, y su respuesta tan directa sobre mis hadas me llevó a pensar que carecía de imaginación, así que seguramente no era una gran lectora. Me disgustaba siquiera pensarlo, pero hasta el momento, la señorita Whitstone se había mostrado bastante aburrida.

Seguimos la línea del seto, y no me molesté en señalar las rosas blancas cuyas flores perfumaban el aire con una dulzura tenue, porque ella no las apreciaría de todos modos.

Al menos no como yo. La flor que James me había colocado detrás de la oreja aún colgaba del poste de mi cama para que pudiera conservar su dulzura para siempre.

No sabía si volvería a oler una rosa blanca sin pensar en el espectáculo ridículo que James y yo habíamos protagonizado en la fuente.

Caminamos entre arbustos y flores de distintas especies, bordeando setos y esquivando árboles adornados con pinzones. El aroma se quedaba con nosotras, persistente, y no podía evitar pensar en mi esposo. La señorita Whitstone caminaba a mi lado a través de los senderos entrelazados, ignorando en silencio la flora que nos rodeaba.

—¿Ha vivido en Bakewell toda su vida? —pregunté, cansada del silencio que acompañaba nuestros pasos sobre la grava.

—Sí, y mi madre ha sido amiga íntima de Lady Edith desde hace más tiempo.

¿Me había respondido de inmediato y añadido algo por su cuenta? Sentí que me había bendecido con tantas palabras, tan escasas en sus labios. Sacudí el pensamiento sarcástico. Tenía que concentrarme. Estaba aquí con una misión.

—Por lo que vi el domingo, la sociedad local es tanto amplia como muy unida. Supongo que la mayoría de las familias llevan mucho tiempo aquí.

—La mayoría, sí. Lo cual ha sido tanto una bendición como una maldición.

—¿En qué sentido?

Su mirada se desvió hacia mí antes de volver al camino que recorríamos.

—No me resulta fácil hablar con extraños, ¿sabe? Así que la bendición es que la mayoría de nuestros vecinos no lo son.

—¿Y la maldición?

Arrugó la nariz.

—Que cada vecino, por el derecho de tantos años de trato, siente que se le debe un grado de intimidad que no concedo fácilmente a nadie.

Tuve que admitir que coincidía con ella respecto a lo abrumador de una sociedad así. Desde que repartí mis tarjetas e hice las presentaciones del domingo, había recibido una cantidad interminable de visitas durante toda la semana.

Ahí era donde la señorita Whitstone y yo nos parecíamos.

—No soporto los eventos sociales cuando no conozco bien a la gente, y aun cuando los conozco, un número demasiado grande arruina mis pobres nervios.

La señorita Whitstone se detuvo y me miró.

—¿De verdad?

¿Había dado la impresión contraria?

—Sí. Me cuesta muchísimo cualquier situación social. Las multitudes no me incomodan tanto como la atención. Así que bailar o hacer algo que requiera ponerme frente a un grupo es extremadamente difícil para mí.

—Eso cuesta creerlo, señora Bradwell. Se conduce con tanta dignidad y gracia.

Una risa muy poco digna y nada graciosa escapó de mi garganta.

—Espere al baile que mi suegra está organizando a fin de mes. Si no me desmayo antes del primer set, será un milagro. Prefiero mil veces leer y dibujar a cualquier situación que exija esfuerzo físico o hablar con alguien que no conozco bien.

La señorita Whitstone entrecerró los ojos por encima de una sonrisa inexpresiva.

—Quizá deberíamos haber escapado a la biblioteca en vez de al jardín. Así podríamos sentarnos en el silencio que claramente preferimos.

Intenté no sentir el corte de su comentario involuntario. La honestidad de su observación afilaba su filo, pero no parecía que la mujer intentara herirme, solo decir la verdad.

—¿Le gusta leer, entonces?

—No, pero disfruto del silencio y de no verme obligada a conversar con una desconocida.

Había acertado entonces, y la señorita Whitstone carecía tanto de amor por los libros como de imaginación activa. Al parecer, también estaba desprovista de tacto.

—Quizá podamos rodear el jardín una vez más en silencio antes de volver al salón —sugerí.

—Eso sería agradable.

Seguimos por el sendero, y dejé que el chal se deslizara por mis hombros hasta colgar bajo por mi espalda, el calor del sol era más que suficiente. Pasamos junto a la fuente poco profunda en el centro del jardín, y mi corazón dio un salto al recordar la aventura de principios de semana.

James no había sido más que amable y atento, sin importar cuán poco atractivas me resultaran sus ideas sobre el cortejo. Desde la actividad de tiro con arco, me había llevado a dar un largo paseo en su carruaje abierto y se había ofrecido a enseñarme a disparar, cosa que rechacé educadamente. Estaba segura de que pronto propondría un partido de críquet o clases de esgrima. El consejo de Henry de encontrar una actividad que ambos disfrutáramos me

resultaba cada vez más atractivo, pero a la vez cada vez más improbable.

Excepto, claro está, por los besos. Una actividad que disfruté por completo, aunque sólo la había practicado una vez.

Supuse que la ausencia total de ellos hacía que nuestro cortejo se sintiera aún más auténtico. Porque si no estuviéramos casados, desde luego no nos besaríamos.

Una sombra cruzó el sendero sobre nosotras, y levanté la vista para ver a Henry acercarse a grandes zancadas. La señorita Whitstone se detuvo de golpe, inhalando con discreción.

—Buenos días, Felicity. Señorita Whitstone —dijo Henry, haciéndonos una reverencia. Luego centró su atención en nuestra invitada—. Me han enviado a buscarla. Su madre está lista para partir.

La señorita Whitstone asintió, con sus mejillas teñidas de un rubor que apostaría no tenía nada que ver con el calor del día. ¿Sentía afecto por Henry? Quizá eso explicaba por qué James no se consideraba un buen partido para esta mujer reservada.

Permanecimos en un silencio incómodo un momento más antes de que yo alzara el brazo hacia Chelton.

—¿Vamos?

Henry caminó a mi lado, con la señorita Whitstone del otro, y avanzamos en silencio hacia la casa. Cuando por fin llegamos al salón, nunca me había sentido tan aliviada de despedirme de una visita, y eso que rara vez disfrutaba recibir a alguien.

Mientras las Whitstone se despedían, un lacayo se me acercó con una carta sobre una bandeja de plata. La tomé, dándole las gracias, y esperé a que escoltaran a las damas fuera antes de acercarme a la ventana para abrir la misiva a la luz del sol.

La dirección en el frente estaba escrita con la letra familiar de mi madre, y sentí una mezcla de ansiedad y emoción por lo que pudiera contener. Nunca me había separado de mis padres por tanto tiempo en toda mi vida, y estas últimas semanas habían sido un verdadero desafío al intentar navegar mis nuevos roles sola. Necesitaba la guía de mi madre ahora más que nunca.

Desplegando el papel, giré ligeramente el cuerpo para que la luz del sol iluminara la carta.

"Mi querida Lissy...

Espero que estés disfrutando tu estancia en Chelton, y estoy ansiosa por ver ese glorioso edificio por mí misma. He escuchado que es la finca más hermosa de todo el Distrito de los Lagos por no menos de cinco fuentes desde que se celebró tu matrimonio, pero no es de extrañar que tengas una casa tan magnífica cuando tu esposo gana seis mil al año. Apenas puedo creerlo, pero el hecho permanece sin disputa. Es un consuelo saber que siempre estarás bien cuidada."

Me detuve y bajé un poco el papel, frunciendo el ceño. Ese número me sonaba. ¿Seis mil al año? Alguna vez había afirmado que no necesitaba tal ingreso, y mi madre respondió que preferiría libros en esa cantidad antes que libras. No se equivocaba, y de pronto me golpeó la certeza de que el hombre del que hablaba la señora Overton con mi madre durante el baile en Hutton era James. Mi James.

Había declarado que no me interesaba esa suma de dinero. Y al mirar el fastuoso salón ahora, mi opinión no había cambiado. Si hubiera prestado más atención al chisme de la señora Overton, si hubiera oído el apellido de James en esa conversación, ¿habría elegido otro camino después de que nos descubrieran juntos? ¿Habría optado por huir a casa de Jane en Escocia, sin casarme y envuelta en escándalo?

James comenzaba a conquistar mi corazón, pero su finca y todo lo que requería de mí eran mucho más de lo que había anticipado, y si me dieran la oportunidad de alejarme de esto, no sabía qué haría.

Volví a alzar la carta hacia la luz, apenas consciente de las voces que regresaban al salón.

"*Es con el más profundo pesar que te escribo para decirte que tu padre y yo debemos posponer nuestra visita por un tiempo. La*

señora Hutton nos ha invitado a una reunión en su casa, y hemos decidido asistir en nuestro camino hacia Chelton. Romperá un poco el viaje, pero no comienza hasta el día veintitrés de este mes, así que me temo que no llegaremos a tiempo para tu baile.

Sabes cuánto ama tu padre pescar. El señor Hutton siempre tiene buena caza, y en su lago los peces abundan. Seguro que nos perdonarás esta pequeña indulgencia por tu padre. Ha sacrificado tanto por nosotras durante la Temporada asistiendo a todos los eventos que no deseaba, que no puedo negarle este gusto.

Puedes esperarnos cerca del doce de julio.

Con todo mi amor,

Tu devota mamá."

Volví a bajar la carta con un suspiro. "Devota" quizá era una palabra algo exagerada. En este momento, sentía más el abandono que la devoción. Lady Edith, Henry y James entraron en la sala, y me giré hacia ellos.

—¿Tienes un lago cerca, James? ¿O algún buen sitio para pescar?

—Sí —respondió de inmediato, con los ojos iluminados.

Me di cuenta de mi error y maldije mi lengua imprudente.

—¿Te gustaría esa actividad? —preguntó.

—No, sólo pensaba que… cuando venga mi padre, asegúrate de que no se entere. —Mi mezquindad me envolvía como una manta gruesa e incómoda, y traté de sacudirme la suciedad que sentía sobre la piel. Me apresuré a corregirme, suavizando mis palabras con una sonrisa—. Porque si lo sabe, querrá estar allí todos los días sin falta.

—Lo tendré presente —dijo James, aunque parecía notar que había algo más tras mi extraño comentario.

Lady Edith se sentó en el mismo sillón de antes y retomó su bordado, con Henry a su lado, enfrascado en un libro. James se acercó a mí, el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado?

Negué con la cabeza e intenté sonreír, como si no me sintiera vacía y más sola por la indiferencia de mis padres. Esperaba que ya

me extrañaran lo suficiente como para querer verme cuanto antes, pero al parecer sólo se habían sentido liberados de mi presencia.

—No es nada. Mis padres retrasarán su visita casi un mes. Seremos agraciados con su presencia en julio.

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Es sólo que... —Miré su mirada sincera, de un verde-marrón profundo, y tragué mis palabras. No podía admitirle a este hombre que la vida que me había dado era abrumadora. ¿Cómo podría herir u ofender a alguien que tan constantemente trataba de complacerme?

Cuando se quejó levemente de las jóvenes ardientes que competían por su atención la noche en que nos conocimos, no tenía idea de que él había sido el objeto de tanto chisme y atención por su dinero, supuse que las jóvenes lo perseguían por lo guapo que era. Su suposición de que yo había intentado atraparlo esa noche tiene perfecto sentido ahora, al igual que su mención de que toda la alta sociedad estaría segura de creerlo.

Él era un caballero rico y apuesto que había asistido a la Temporada con la intención de encontrar una esposa. No podía ahora decirle lo profundamente que no encajaba en su vida ni cómo había dependido de la orientación de mi mamá para encontrar mi camino hasta aquí.

La mirada preocupada de James parecía volverse más ansiosa, así que opté por una verdad diferente.

—Extraño a mis padres.

—Por supuesto que sí —dijo, tomando mi mano y frotando su pulgar por el dorso de esta. Me pregunté si sabía que estaba frotando la vieja quemadura que me dejó la cera de una vela. ¿Era una coincidencia o simplemente el lugar natural donde caía su pulgar? No pude evitar pensar en nuestro silencioso baile en la oscura biblioteca cada vez que me tocaba de esta forma, y me pregunté si él recordaba el mismo momento.

La señora Prescott entró en el comedor, robando nuestra atención.

—¿Sí? —preguntó Lady Edith.

—Hay un problema con la doncella, señora. La que fue encontrada en la habitación del señor Benedict.

—¿Más problemas? —Lady Edith se inclinó para guardar su bordado—. Buen cielo.

James apretó mi mano y la soltó.

—¿No es esto algo en lo que Felicity debería estar incluida?

Lady Edith se detuvo y me miró, y pude discernir inmediatamente la desconfianza en su mirada. ¿Siempre había estado allí? ¿O acaso había estado ciega hasta que ella se reveló ante mí?

—No creo que sea necesario...

—¡Tonterías! —dijo James con claridad, su voz resonando por la habitación con autoridad—. Tú eres la dueña de Chelton, querida. Es completamente necesario que te involucres en los problemas que ocurren en la planta baja.

La irritación brilló en los ojos de mi suegra. No sabía cómo, pero probablemente James había empeorado la situación para mí.

Le dirigí a la señora Prescott, cuyo gesto preocupado iba y venía entre mí y Lady Edith, una sonrisa amable y un asentimiento.

—¿Podemos ocuparnos de ello entre todas?

—Por supuesto, señora.

Lady Edith salió primero de la habitación, y yo la seguí, con la señora Prescott cerrando la marcha. Un frío glacial emanaba de Lady Edith en oleadas, y supe de inmediato que no estaba más cerca de ganarme su aprobación que cuatro días atrás, a pesar de la interminable sucesión de visitas. Mis intentos de parecer refinada, elegante y amable habían fracasado, y tras el esfuerzo y el desgaste que aquello me había supuesto, estaba segura de que no podría sostenerlo por mucho más tiempo.

La esperanza se desvanecía, aferrada apenas a un hilo pobre y delgado, y la vi alejarse flotando con el viento, fuera de mi alcance, como los pinzones allá afuera, que volaban hasta desaparecer por completo.

CAPÍTULO 20

La señora Prescott miró hacia la puerta de su salón con los labios apretados. Abajo, la casa estaba en penumbra, y la falta de luz contribuía al ambiente sombrío que nos rodeaba.

—Yo la habría despedido en el acto, pero pensé que usted querría encargarse personalmente, señora.

—Hiciste bien —dijo Lady Edith. Hizo un gesto para que la señora Prescott abriera la puerta y entramos en la habitación.

La doncella en cuestión estaba sentada a una mesa, y yo seguí a Lady Edith al interior, no era la primera vez que lo hacía desde mi llegada a Chelton. La estancia era pequeña pero bien equipada, y una ventana alta en la pared dejaba pasar algo de luz. Los ojos abiertos de par en par de la doncella iban de Lady Edith a mí, y sentí empatía por su pánico, yo también estaría aterrada en su situación.

Pero se lo había buscado ella misma.

Lady Edith abrió la boca como para hablar, luego se volvió hacia mí, alzando las cejas como si me diera permiso para tomar la palabra. Maldito James y su intromisión. Me habría encantado dejar que su madre manejara este tipo de situaciones. Aún no había aprendido de ella todo lo que necesitaba saber. Me estaban obligando a actuar con apenas una ojeada al guion.

El silencio se instaló incómodamente sobre nosotras como un tapiz mal colgado, y me giré hacia la doncella rubia.

—¿Puedo oír tu versión de lo ocurrido, por favor?

Pareció confundida, pero se puso de pie de inmediato e hizo una reverencia.

—Yo no estaba hurgando en ningún cajón, lo juro.

Esa no era la versión que nos habían dado.

—Se te vio buscando en los cajones de Benedict en dos ocasiones…

—No fue la señora…

—¡Cállate! —espetó la señora Prescott—. No interrumpas a tus superiores.

Inspiré hondo, segura de estar metiéndome en asuntos que me quedaban grandes. Le dediqué a la ama de llaves una sonrisa firme y volví a centrarme en la doncella.

—¿No fue vista por quién?

Tragó saliva.

—No registré los cajones del señor Benedict, lo juro. La señora Prescott no me vio con sus propios ojos.

Eso era un giro interesante.

—¿Quién fue entonces quien te vio?

—Janet.

No tenía la menor idea de quién era. Miré a la ama de llaves en busca de orientación.

—Janet lleva casi cinco años trabajando aquí —dijo Lady Edith, con la mirada aún fija en la doncella—. Y tú llevas menos de uno.

—¿Dónde está Janet? —pregunté.

—La iré a buscar —dijo la señora Prescott, aunque por la desaprobación en su rostro vi claramente que no le había gustado que le diera esa orden.

Cuando salió, volví mi atención a la doncella.

—¿Cuál es tu nombre?

—Molly Thompson, señora.

—¿Por qué mentiría Janet sobre lo que vio?

—Porque me odia. Cree que quiero llamar la atención del señor Marland, pero no es verdad. Lo juro. —Sacudió la cabeza con fuerza —. Necesito este trabajo, señora. Mi madre necesita el dinero y no puedo perderlo. Nunca haría nada que pusiera en riesgo mi lugar aquí.

—¿El señor Marland? —Miré a Lady Edith.

—El carnicero —aclaró.

—No él. Es el hijo del carnicero quien le gusta a Janet —dijo Molly con desdén—. Pero él ni la mira. No hace falta ser lista para darse cuenta.

Así que podía tratarse de un caso de celos. Si Janet quería deshacerse de Molly, ésa era la forma más fácil de conseguirlo.

—Pero alguien sí hurgó en los cajones de Benedict, ¿no?

—Efectivamente. Sus cosas estaban revueltas en los cajones —confirmó Lady Edith.

Entonces alguien mentía. La señora Prescott regresó a la habitación, seguida de otra doncella. Reconocí a esa joven como la que encendía el fuego en mi habitación cada mañana.

—Yo no hice nada malo —dijo Janet, lanzando una mirada furiosa a Molly—. A ella no le caigo bien desde que llegó el año pasado.

—Chicas —amonestó la señora Prescott—. Compórtense.

Se colocaron a ambos lados de la sala, de pie y rígidas, y yo me sentí insegura. ¿Cómo podía saber a cuál de las dos creerle? Ambas versiones podían ser ciertas.

—¿Qué desea hacer? —preguntó la señora Prescott.

Lady Edith permanecía de pie, con las manos entrelazadas al frente, y me miraba con expectación. Pero esa mirada no se sentía como apoyo, sino como una prueba. Era demasiado peso sobre mis hombros cuando sabía tan poco sobre cómo manejar estas situaciones en una finca tan grande. Sólo había conocido el funcionamiento de una casa pequeña, la de mi madre.

Si mi mamá estuviera aquí, me guiaría.

Tal vez ahí estaba la respuesta. ¿Qué haría mamá en este caso? Creía que no actuaría de forma apresurada. Pensaría con calma y tal vez haría preguntas a otros sirvientes hasta descubrir qué pasaba realmente entre esas dos jóvenes. Jamás me perdonaría despedir por error a la persona equivocada.

—Necesito un día para tomar una decisión.

Las cejas grises de Lady Edith se alzaron en su delicada frente.

—¿Tanto?

—Sí. Necesito un día completo para reflexionar. Luego les haré saber mi decisión.

Lady Edith y la señora Prescott parecieron a punto de objetar, pero ellas mismas me habían dejado la decisión, y esa era la forma

en que había elegido manejarla. Si a mi suegra no le gustaban mis métodos, sin duda caería aún más en su estima.

Sólo esperaba poder demostrar que mi plan era el correcto. Miré brevemente a las doncellas antes de salir de la sala, y sus expresiones me sorprendieron: no había esperado que fuera Janet quien pareciera aliviada por el aplazamiento del veredicto, y Molly, frustrada.

Cuando llegué al piso principal, me dirigí al lacayo más cercano.

—¿Conoces bien a todas las doncellas?

El lacayo apartó la mirada, incómodo.

Me apresuré a tranquilizarlo.

—No me refiero a conocerlas demasiado bien. Sólo quiero saber si estás familiarizado con su carácter.

—Sí, creo que sí.

—¿Y quién dirías que es la que se comporta con más honor?

Frunció el ceño, mirando al suelo. Me puse en su lugar, seguramente creía que estaba siendo puesto a prueba, pero necesitaba una respuesta, así que no cedí. Esperé con paciencia.

Carraspeó.

—Supongo que sería Hannah, señora.

Por supuesto, habría sido demasiado fácil que dijera uno de los nombres en cuestión.

—Gracias —dije otra vez, y me fui. Necesitaba encontrar a Hannah.

O, mejor aún, mandar a llamarla.

El salón de estar estaba vacío ahora, y apostaba a que James había escapado con Benedict para dar un paseo. Si Lady Edith volvía allí a bordar, sin embargo, no quería que me encontrara en medio de mi investigación y que interfiriera o me observase demasiado de cerca. Giré sobre mis talones y me dirigí a la biblioteca. Era una habitación más pequeña y sería cómoda y tranquila.

Y luego, tal vez, podría colarme un poco de lectura cuando la entrevista terminara.

Me crucé con Forester, el mayordomo, mientras subía las escaleras.

—¿Podrías enviar a Hannah a la biblioteca, por favor?

—Por supuesto —dijo él.

La casa estaba en silencio, mis pasos resonaban fuerte sobre el suelo de mármol. Me alegró llegar a la biblioteca alfombrada y solté un largo suspiro una vez que estuve a salvo dentro.

—Me siento obligada a advertirte que no estás sola —dijo una voz profunda, incorpórea, pues no vi señales de otra persona en la larga y estrecha habitación.

—¿Quién habla?

Una mano se levantó en el aire al final de la habitación, detrás de una silla de respaldo alto, y luego Henry levantó la cabeza para enviarme una sonrisa.

Cruzé la sala, pero me quedé de pie. Hannah estaría aquí pronto.

Malditos hombres Bradwell y su afición por estar en bibliotecas cuando yo preferiría estar sola.

—Puedo irme si quieres —ofreció él.

—No, tú estabas aquí primero, y no pretendía invadir tu privacidad. Pedí a una doncella que se encontrara conmigo aquí, pero una vez que llegue, la llevaré a otro lugar.

Henry entrecerró los ojos ligeramente.

—¿Elegiste esta habitación por alguna razón en particular? No me importa compartirla.

—Sólo para leer una vez termine la entrevista. Esperaba que nadie me encontrara antes de la cena.

Él rio.

—Parece que estamos en la misma sintonía.

Se escucharon pasos suaves acercándose, y le lancé una mirada de ojos muy abiertos.

—Quédate escondido —susurré.

—Creí que ya lo había hecho bien —murmuró él.

Una doncella apareció en la puerta y enseguida hizo una reverencia.

—¿Hannah? —pregunté, cruzando la sala para encontrarme con ella.

—Sí, señora.

—Por favor, entra.

Me detuve junto a un grupo de sillas cerca de la pared trasera e indiqué que se sentara. Ella se acomodó con cuidado en el borde de la silla frente a mí y cruzó las manos con cuidado en su regazo.

—Primero quiero tranquilizarte y explicarte que varias personas están siendo interrogadas y que no estás en problemas. Ha ocurrido una... situación, y me gustaría saber qué me puedes contar sobre Molly y Janet.

Sus ojos se agrandaron suavemente antes de que negase con la cabeza.

—Nunca se han llevado bien, señora. Desde el primer día que llegó Molly, han intentado superarse una a la otra.

Interesante.

—¿Tuvo Janet problemas con alguien más antes de que llegara Molly? Me dicen que ha trabajado aquí durante cinco años.

—Sí, señora. Cinco años. —Hizo una pausa antes de continuar —. Janet no es una chica fácil de tratar, pero no ha tenido problemas antes, no como los que tiene con Molly.

—¿Qué tipo de problemas tiene con Molly?

Hannah vaciló. Miró sobre su hombro hacia la puerta y luego me miró a mí.

—Era amiga del hijo del herrero, pero dejó de verlo cuando Molly llegó. Molly decía que él cambió sus sentimientos por ella, pero no llevaba tanto tiempo aquí como para que eso fuera posible, creo.

Todo apuntaba a Molly, excepto por una cosa. ¿Por qué se habría puesto ella misma en una posición tan comprometida si su objetivo era despedir a Janet? Eso no la habría sacado de la casa.

—Gracias, Hannah. Has sido de gran ayuda.

Se levantó de inmediato, hizo una reverencia y salió rápidamente de la habitación.

—¿Te consideras detective? —llamó la profunda voz de Henry desde el fondo de la biblioteca.

Me acerqué a él y me senté en la silla cerca de su lugar.

—Temo que tu madre ha puesto su confianza en la persona equivocada.

—¿Esto tiene que ver con la doncella hurgando en los cajones de Benedict?

Me enderecé.

—¿Sabías de eso?

Frunció el ceño.

—Sí, y me pregunto si estás haciendo las preguntas correctas, pero interrogando a la persona equivocada.

—No sé cuáles de los sirvientes son los más confiables.

—No me refería a los sirvientes.

—Entonces, ¿a quién...? Oh. Benedict.

Henry guiñó un ojo y volvió a levantar su libro.

Esa era una buena idea. Sentía que ya había tomado mi decisión: Molly parecía la más probable de las dos para haber cometido un error, pero no se habría puesto en esa posición si su objetivo era deshacerse de Janet. Si Lady Edith hubiera manejado la situación, Molly ya estaría fuera sin una referencia.

Janet podría haber actuado por celos y fabricado las malas acciones de Molly. Pero ¿no se había mostrado aliviada cuando necesitaba más tiempo, no decepcionada de que Molly aún no hubiera sido despedida? Si ella hubiera sido la mentirosa, habría estado frustrada porque su mentira no hubiera funcionado, ¿verdad?

Era todo demasiado confuso. Quería perderme en un libro y considerar el asunto más tarde. El cuarto y último volumen de *Los Misterios de Udolfo* me esperaba, y lo saqué de la estantería antes de sentarme de nuevo y abrirlo en la primera página.

Henry y yo leímos, en amigable silencio, hasta que llegó la hora de vestirme para la cena.

—Te veré pronto —dije, y salí de la habitación, llevándome el libro.

CAPÍTULO 21

El miedo era mi compañero más leal, gracias a una lectura nocturna justo después de la cena. Me hundí aún más bajo las mantas para esconderme de cualquier cosa que pudiera estar acechando en la oscuridad. Mis pies chocaron contra el pie de madera de la cama, haciéndome dar un salto. Un pequeño grito se escapó de mi garganta seca y resonó suavemente en mi amplio dormitorio.

Habían pasado horas desde que me había separado de James después de cenar, y seguramente todos estarían dormidos ya. La tentación de tocar el timbre para pedir té o leche, solo para que Fanny viniera, era fuerte, pero me contuve. No iba a despertar a mi doncella solo porque había sido lo bastante tonta como para leer una novela gótica de noche y ahora estaba aterrada por fantasmas que ni siquiera estaban presentes.

Las sombras danzaban por la pared, proyectadas por la luz de la luna a través de la ventana, y cerré los ojos con fuerza.

Ay, no. Eso era peor. Los abrí de nuevo y miré a mi alrededor, buscando lo que fuera que producía ese crujido en mi habitación.

No tenía remedio. Esta noche, simplemente, no dormiría. Qué lástima no tener otro libro, o siquiera la chimenea encendida, para poder leer y pasar el rato.

¿Tendría James libros en su habitación? Era poco probable. Miré hacia la puerta que conectaba mi alcoba con la suya, y una idea me golpeó. Podía ir con él. Quizás, si despertaba a James y le decía que había escuchado un ruido, él revisaría mi habitación para asegurarse de que estaba a salvo, y entonces podría dormir tranquila sabiendo que él estaba despierto al otro lado de la pared.

Era cruel de mi parte, considerando la hora, pero no tenía otra opción si quería tener alguna posibilidad de dormir esta noche.

Mañana terminaría el libro a plena luz del día y leería algo más para sacármelo de la cabeza.

Ya con mi plan en mente, me incorporé lentamente, mirando a mi alrededor por si había algún espectro que se me hubiese escapado un momento antes. La habitación parecía libre de espíritus, y aspiré una bocanada profunda de aire antes de apartar las mantas de un tirón, saltar al suelo y cruzarlo en silencio con los pies cubiertos solo por las medias. Cuando llegué a la puerta de James, la abrí con cuidado, agradecida de que las bisagras no chirriaran. Su cuarto estaba igual de oscuro, y se oía su respiración profunda y pesada.

El sonido constante era reconfortante, ahuyentando a mis fantasmas imaginarios, y supe con certeza repentina que no sería capaz de despertarlo. ¿Cómo podría? Me deslicé dentro de la habitación, empapándome del consuelo de saber que estaba cerca, y que podía escucharlo.

Mis miembros se relajaron en su presencia, y me dejé caer contra la pared. Había estado luchando contra el sueño durante horas, y mi cuerpo estaba agotado. James estaba a solo unos pasos de mí, y su cama era tan grande… podía acurrucarme en el borde, como un perro, y él nunca se enteraría de que estaba allí.

La idea se me instaló en el pecho, y la consideré con mayor seriedad. ¿Podía hacer algo así? ¿Meterme en su cama sin que él lo supiera? Podría dormir unas horas y luego regresar a mi cuarto por la mañana, y nunca lo sabría.

Un crujido en mi dormitorio me hizo sobresaltarme, y mi codo golpeó contra la pared. Todo mi cuerpo se quedó helado y quieto mientras James se giraba en la cama, murmurando incoherencias. Si despertaba y me encontraba allí, ¿qué diría para justificar mi presencia como una entrometida?

Oh, cielos. Si despertaba y me encontraba en su cama, ¿qué diría entonces? No podía meterme en la cama de un hombre sin su permiso. Era una locura.

Aspiré silenciosamente y solté el aire con las mejillas infladas. James había sido tan amable y atento. Si lo despertaba para contarle mis miedos, seguramente no se enfadaría. Quizás solo le pediría

dejar la puerta abierta entre nuestras habitaciones. Él daría su consentimiento y se volvería a dormir rápidamente.

—James —susurré, pero no se movió.

Me acerqué a la cama y lo toqué, presionando mis dedos contra la piel desnuda de su hombro.

Oh, cielos. ¿Dormía sin camisa? ¿Eso era normal?

—¿Hmm? —preguntó, con los ojos cerrados.

—James, he tenido un susto.

Se incorporó rápidamente y me miró con ojos cansados, la manta cayéndole hasta la cintura.

—¿Qué pasa, Liss? ¿Qué ha ocurrido?

Liss. Me gustaba.

—No ha pasado nada. Solo he tenido un susto. Quería… um… saber si te importaría…

—No, en absoluto —dijo con voz ronca por el sueño, haciéndose a un lado en la cama.

Estaba haciéndome espacio.

—No es necesario —dije rápidamente.

Volvió a mirarme, entornando los ojos en la oscuridad.

—Cumpliré con nuestro acuerdo, Liss. Pero si estás asustada, puedes dormir aquí. Estamos casados. No hay nada inapropiado en ello.

Sonaba mucho mejor que regresar sola a mi habitación crujiente e infestada de fantasmas.

—Si estás seguro de que no es una molestia.

Su risa baja se coló bajo mi piel.

—No es ninguna molestia.

No más que ser despertado a medianoche, seguramente pensaría.

Me deslicé bajo la manta, el colchón de plumas aún cálido por donde él había estado, y me tapé hasta la barbilla. La habitación estaba en silencio, ahora sin el sonido de su respiración profunda, y era muy consciente de cada ruido y movimiento que hacía. ¿Movía toda la cama? ¿Estaba respirando demasiado fuerte?

—Puedes dormir ya —susurró James.

—Eso sería ideal, pero no logro relajarme.

Soltó un suspiro suave y se frotó los ojos.

—¿Qué fue lo que te asustó? Tal vez si hablas de ello, puedas dejarlo atrás.

Parecía no entender que ya no eran mis miedos lo que me mantenía despierta, sino el hombre acostado a mi lado. Ya había olvidado qué me había llevado a su habitación en primer lugar.

—¿Liss?

—Fue el libro. Udolfo. Lo leí después de la cena, y no debí hacerlo.

—¿Te llenó la cabeza de miedo?

Asentí, y él soltó una risita.

—Cada crujido era una criatura —susurré—, cada sombra un espectro.

—¿Quieres que encienda una vela para que veas que, efectivamente, estamos solos?

—Te aseguro, James, que soy muy consciente de lo solos que estamos.

Se quedó en silencio, y yo me acomodé en el calor que él había dejado para mí.

—No sé si reprender a mi hermano por presentarte esta novela, o agradecerle.

—¿Por qué le agradecerías?

—Debido a esto. —Su voz baja retumbó en la oscuridad y provocó punzadas de conciencia en mi piel—. Tenías miedo y viniste a mí. Nada me ha hecho tan feliz, en días.

—¿Ni siquiera caer a la fuente?

—Ese fue un cercano segundo lugar.

—¿Ni siquiera montar a Solis hoy?

Se quedó en silencio, por un momento, y me pregunté si estaba considerando su respuesta.

—No, Felicity. Ni siquiera eso.

Giré para mirarlo mejor y pude distinguir su perfil, a la luz de la luna, que se colaba por su ventana.

—Gracias, James, por ser un hombre en quien puedo confiar.

Me miró con el pelo despeinado y la mandíbula ensombrecida, pero tan guapo en desorden, como cuando estaba sereno. Alcanzándome, tomó mi mano entre las suyas y cerró sus dedos alrededor de los míos. El calor que emanaba de su piel lo hacía sentir, como si recientemente hubiera estado tomando el sol frente al fuego, y yo quería estar envuelta en su calor.

—Buenas noches, mi dulce esposa.

—Buenas noches —susurré y me quedé dormida, sosteniendo la mano de James.

* * *

Desperté a la mañana siguiente en una habitación luminosa y con un esposo ausente. La puerta entre nuestras alcobas estaba abierta, y podía oír el bullicio de movimientos en mi cuarto. El reloj sobre la repisa de la chimenea estaba demasiado lejos para verlo con claridad desde allí, pero estaba segura de que James me había dejado dormir más de lo habitual, y jamás había dormido tan bien en toda mi vida.

El aroma especiado de la colonia de James aún flotaba en la almohada, aunque ya tenue, envolviéndome en una suave y nebulosa nube. ¿Sería impropio quedarse en esta cama todo el día?

La cabeza de Fanny apareció por la esquina de la puerta abierta, con los ojos muy abiertos y sonrientes bajo la cofia blanca que llevaba puesta.

—Qué bien que está despierta, señora.

Me sonrojé al ser descubierta en la cama de James y por lo que mi doncella seguramente estaría pensando ahora. Carraspeé.

—¿Hay alguna razón por la que deba estarlo? —Aparte de decidir cómo manejar la situación con las doncellas abajo, no tenía nada en la agenda de hoy, al menos que yo supiera.

—Lady Edith desea verla en el salón en cuanto le sea posible. Van a salir juntas hacia Bakewell.

—Encantador.

Salí de la cama y alisé las mantas antes de seguir a Fanny a mi habitación. Me vistió rápidamente con un vestido de muselina

verde salvia y mis botines. Apenas tardó en sujetarme el cabello en un peinado sencillo.

Deslicé el último volumen de Udolfo en mi bolso de mano y me puse los guantes. Una nunca sabe cuándo se le puede presentar un momento para leer, y odio no estar preparada. Además, si tenía alguna esperanza de dormir en mi propia cama esa noche, necesitaba terminar esa novela durante el día.

Lady Edith me esperaba abajo, y pude notar su impaciencia en cuanto entré en el salón. Por suerte, Fanny había tenido la previsión de traerme una bandeja de desayuno mientras me arreglaba, así que no tendría que pedirle a mi suegra que esperara más mientras comía. No parecía estar de humor para trivialidades como el desayuno.

—Ah, ahí está —dijo Lady Edith, dejando su bordado en la cesta con gran paciencia contenida.

—Espera, madre. Hay algo que necesito decirle a Felicity antes de que se vayan.

James estaba de pie junto a la ventana, con las manos cruzadas a la espalda, y mi corazón dio un brinco ante la figura tan apuesto que presentaba. Su mandíbula estaba recién afeitada, su cabello peinado como de costumbre, y todo en perfecto orden desde el brillo de sus botas hasta el nudo de su corbata. ¿Se había arreglado mientras yo dormía? Era un concepto tan ajeno para mí que no pude evitar sentir cómo se me calentaba el cuello. Recordé su pecho desnudo junto a mí, y el rubor se me intensificó.

Lady Edith se quedó inmóvil, mirando de su hijo a mí, y luego apoyó las manos sobre el regazo.

—Muy bien.

Me acerqué a él junto a la ventana, consciente de la intensidad de su mirada siguiéndome por la habitación.

—Buenos días, James.

Asintió brevemente.

—¿Pudiste dormir bien? —murmuró.

Miré hacia su madre, que estaba lo bastante lejos en la espaciosa sala, con las manos ocupadas en su bordado. Al menos la mujer nos daba algo de privacidad.

—Sí. No recuerdo la última vez que dormí tan profundamente —prueba de que probablemente se había preparado para el día en su propia habitación y yo no había oído ni un solo ruido—. Gracias por tu ayuda. Fue muy amable de tu parte.

—Sí, soy todo un santo —dijo con un dejo de humor en la voz —. Ciertamente no recibí nada a cambio de ese arreglo.

Lo dijo con sarcasmo, pero no entendí por qué.

—Claro que no. Tuviste que soportar que una mujer histérica te despertara en mitad de la noche, dormir interrumpido y compartir la mitad de tu cama.

James se pasó una mano por la mandíbula.

—Nada de eso fue un sacrificio, Felicity. Eres bienvenida cuando quieras.

Mi pulso se aceleró solo con pensarlo, y volví la vista a la ventana, segura de que mi cara ardería si me atrevía a mirarlo a los ojos ahora.

—Tu madre me está esperando.

Carraspeó.

—Antes de que te vayas, quería hablarte de algo.

Lo miré de frente.

—Pensé que tal vez estarías más cómoda durante el baile si tuvieras cerca a alguien que te hiciera sentir cómoda. Ya que tus padres no podrán venir…

Eligieron no venir.

—…me preguntaba si te gustaría escribirle a tu prima en Escocia e invitarla a quedarse por unos días.

—¿De verdad? —pregunté, inhalando de pura emoción. Le había enviado una invitación a mi tía, su nuevo esposo y mi primo Daniel, en caso de que estuvieran en el Castillo de Arden, pero no se me había ocurrido invitar a Jane debido a lo lejos que vivía. Si la invitaban a quedarse, entonces el viaje a Cumberland valdría la pena para ella y Ewan.

—Ella y su marido son bienvenidos, mientras tú los desees, por supuesto.

Tomé a James por los hombros y me puse de puntillas para besar su mejilla.

—Gracias, James.

Sus ojos brillaron.

—No necesitas agradecerme. Todo lo que he hecho es producir la idea.

—Le escribiré de inmediato. —Precisamente, di la vuelta para hacer eso y me detuve, ante el ceño fruncido de Lady Edith, que me alcanzó desde el otro lado del salón, por lo que corregí en voz baja —. Le escribiré cuando regresemos del pueblo.

James se rio suavemente. Apoyó una mano en mi cintura y se inclinó. Su voz tranquila me hizo cosquillas en el oído.

—No dejes que mamá te engañe. No es tan aterradora como intenta parecer.

Su aliento provocó un escalofrío por mi espalda.

—Por el contrario. Me asusta exactamente tanto como pretende.

CAPÍTULO 22

Madame Rousseau había hecho una obra maestra con diseño blanco que Lady Edith había imaginado, y al ponerme el vestido, de pie sobre un pequeño estrado, sentí como si estuviera envuelta en una nube elegante.

—Está deslumbrante, señora Bradwell —dijo la modista francesa, retrocediendo para admirar su trabajo.

—Creo que eso es mérito suyo —respondí en voz baja, aunque admitía que la imagen reflejada en el espejo era mucho mejor de lo que había esperado.

Lady Edith comenzó a rodearme con mirada crítica.

—¿Puede ajustarlo un poco en los hombros? Parece que cuelga de forma extraña. Los pliegues están bien a la altura de los omóplatos —siguió caminando a mi alrededor, y sentí que la respiración se me volvía superficial bajo su escrutinio—. ¿Sería posible añadir más flores al dobladillo? Está un poco escaso de rosas.

Miré hacia abajo, y a mí me parecía que había una cantidad de flores bastante adecuada.

—A mí me gusta como está ahora —dije con timidez.

Madame Rousseau me miró y luego a Lady Edith. Se ocupó de ajustar los alfileres sin decir una palabra.

—Queremos que este vestido deje a todos boquiabiertos en la fiesta, Felicity.

Sostuve su mirada. ¿Acaso no era mi baile?

—Creo que esto logrará el asombro que está buscando.

Ella negó con la cabeza, observándome de pies a cabeza.

—Está cerca, pero todavía no.

—¿Unas cuantas flores más, entonces? —preguntó Madame Rousseau—. No demasiadas.

Le agradecí que pareciera dispuesta a buscar un punto medio entre nuestros gustos, aunque en realidad no quería más flores. Pero mantener la paz con mi suegra era igual de importante, y Lady Edith no parecía dispuesta a ceder. En esta batalla en particular, estaba dispuesta a rendirme.

—Unas cuantas más, entonces —acepté.

—Ahora que eso está resuelto, me preguntaba si tiene otro vestido de baile casi listo. Debemos asistir a un baile el martes, y esperaba que Felicity pudiera estrenar uno de los nuevos.

Porque, evidentemente, mis antiguos vestidos dejaban mucho que desear.

—Está el rosa, mi señora —dijo Madame Rousseau.

—¿Podemos probárselo, entonces?

—Todavía no está listo para eso, pero puedo usar el vestido blanco como referencia para asegurarme de que sea de la talla correcta y enviárselo de inmediato.

Lady Edith asintió, aprobando.

—¿Hay algún otro vestido listo para probar?

—Uno más.

Permanecí como una modelo silenciosa mientras Madame Rousseau y Lady Edith analizaban otro vestido. El estilo no era exactamente de mi agrado, pero traté de recordarme que, como señora de Chelton, ahora tenía una reputación que mantener y un ejemplo que dar. Supuse que podría acostumbrarme a los vestidos más extravagantes si eso complacía a Lady Edith.

Cuando salimos de la tienda de la modista una hora después, tenía los brazos rendidos de tanto mantenerlos alzados mientras Madame Rousseau ajustaba alfileres, y las piernas cansadas de estar tanto tiempo de pie. El silencio incómodo nos siguió hasta la berlina y nos envolvió mientras salíamos de Bakewell en dirección a casa. Lady Edith miraba los edificios de piedra pálida y las colinas verdes que se extendían detrás de ellos, con una mano apoyada en el estómago.

—¿Quién organiza el baile del martes? —pregunté.

Lady Edith inhaló por la nariz.

—Lord y Lady Grenville, aunque imagino que aún no los has conocido. No suelen salir de su casa, y son muy selectivos con las invitaciones a sus veladas.

—Un baile privado y pequeño suena como una buena manera de empezar a conocer a la Sociedad local.

Lady Edith cerró los ojos.

—No te equivoques, Felicity. Esta puede ser una reunión más pequeña de lo que estás acostumbrada en Londres, pero no por eso es menos exigente. Debemos comportarnos de la mejor manera posible. La aprobación de Lady Grenville ayudará mucho a consolidar tu lugar en la Sociedad local.

—¿Y de qué manera? ¿No es una mujer que apenas sale de su casa?

—Sí, pero sus veladas son la cima de la Sociedad en la región. Si no llegamos a recibir invitación, significará que hemos caído demasiado bajo.

Me costaba entender por qué eso tendría tanta importancia, pero era evidente que para Lady Edith lo era todo.

—Me portaré lo mejor posible.

Ella asintió, sin abrir los ojos. Sus manos seguían presionando con fuerza su abdomen, y me di cuenta de que sus mejillas tenían un tono verdoso.

—¿Se siente mal?

—Sí —respondió en voz baja.

—¿Le pido al cochero que se detenga?

—No. Ya casi llegamos.

—Podemos parar solo un momento para que respire…

—No —cortó, con brusquedad—. Ya casi estamos.

El resto del camino lo hicimos en silencio, y al llegar al puente de piedra que cruzaba el río frente a la casa, Lady Edith gimió. La miré con preocupación, al ver que su rostro se había puesto completamente blanco.

—¡Detengan el carruaje! —grité, y nos detuvimos de golpe.

Lady Edith se inclinó por un lado del vehículo y vomitó. Permanecí inmóvil, intentando darle la privacidad que seguramente deseaba, y noté que los sirvientes también daban la espalda, sin

alterarse. No debía de ser la primera vez que se encontraban en esa situación.

Pasos sobre la grava se acercaron, y alcé la vista para ver a James y Benedict aproximándose, ambos con solo camisas, chalecos y pantalones, y el estómago me dio un vuelco agradable. Benedict llevaba una pala, y James sacó un pañuelo de su cintura para secarse el sudor de la frente.

Lady Edith se incorporó, y yo le pasé el pañuelo que llevaba en mi bolso. Lo tomó y se secó la frente, luego la boca.

—Madre, ¿estás bien? —preguntó Benedict.

—Creo que caminaré el resto del camino —respondió con debilidad.

James se apresuró a ofrecerle el brazo, que ella aceptó con gratitud. Yo la seguí al bajar del carruaje. Le hizo un gesto al cochero con la mano, y este se dirigió hacia la casa.

Lady Edith se apoyaba con fuerza en el brazo de James.

—Y pensar que había considerado ir yo misma a York en busca de Thea —rio suavemente, sin alegría.

La mirada de Benedict se posó bruscamente en ella.

—No tenías por qué tomarte esa molestia.

—No, no puedo tomarme esa molestia. Apenas puedo ir de Bakewell a Chelton.

—Olvídalo, madre —reprendió James.

—Pero sabes que no puedo —respondió ella en voz baja, y el corazón me dolió al ver su profundo sufrimiento. Comprendía esa sensación de impotencia, ese deseo ferviente de hacer algo y que el cuerpo no lo permitiera. Yo deseaba, más que nada, tener control sobre mí misma al bailar en público, pero no lograba dominar mis nervios por más que lo intentara.

Era algo muy parecido a lo que le ocurría a Lady Edith con el mareo en los carruajes. Comprendía su padecimiento.

Benedict permaneció en silencio, observando la interacción con el ceño profundamente fruncido. Cuando nuestras miradas se cruzaron, alisó su frente y me guiñó un ojo.

—Casi tengo terminado tu camino, Felicity. Ese bache ya no volverá a molestarte.

James me lanzó una mirada.

—No sabía que te molestara el bache.

—Henry dijo que casi te lanza del carruaje la semana pasada después de la iglesia.

El gesto de James se endureció.

—Eso seguramente se debió más a su forma de conducir que al bache. —Desvió su atención hacia su madre—. Vamos. Llevémosla a casa.

James y Lady Edith caminaron delante, y yo me quedé al lado de Benedict. Pasamos junto al bache, ahora cubierto con tierra y piedras nuevas.

—¿Te acompaño hasta la casa?

Mis labios se curvaron. Era el momento perfecto para preguntarle a Benedict por la situación.

—No seas tonto. Puedo llegar perfectamente sola. Pero esperaba poder interrogarte un poco ahora que te encontré solo.

Se pasó una mano por el cabello rizado.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—Las doncellas. ¿Encontraste algo desaparecido de tus cajones después de que los revisaron?

—No, nada.

—Y estas doncellas en particular —Molly y Janet—, ¿tienes algún antecedente o problema con alguna de ellas?

—No mucho. Molly se me insinuó una vez, pero… —desvió la mirada con vergüenza— no lo permití.

—Y fue ella quien supuestamente fue encontrada en tu habitación.

—¿Qué planeas hacer?

Vacilé. Necesitaba a mi madre. Necesitaba la sabiduría de otra persona que me guiara. Lady Edith me estaba poniendo a prueba, no enseñándome. Quería a mamá, pero quizás podía conformarme con Jane.

—Pienso decirle a la ama de llaves que necesito más tiempo. No puedo despedir a la chica equivocada. Sería imprudente tomar una decisión sin entender lo que realmente ocurrió.

—Podrías despedir a ambas.

—Pero una de ellas es inocente.

Benedict alzó una ceja.

—¿Estás tan segura?

—Lo único de lo que estoy segura ahora es de que no tengo las cualificaciones necesarias para ser la señora de Chelton —dije, respirando hondo y lamentando ya la franqueza de mis palabras.

Benedict pareció dispuesto a contradecirme, pero le hice un gesto para que no insistiera.

—Todo saldrá bien. Supongo que tengo que acostumbrarme a estas nuevas responsabilidades. Te veré en la cena.

Le dediqué una sonrisa antes de girarme hacia la casa, sin darle oportunidad de detenerme. La larga caminata por el sendero de grava sería buena para mi salud.

No estaba claro si Lady Edith se negaba a ayudarme porque deseaba verme fracasar o porque sentía verdadera curiosidad por ver cómo manejaría el asunto de las doncellas. El sol de la tarde brillaba con calidez sobre mí, y vi a James y a su madre llegar a la casa mucho antes de que yo me acercara.

James tenía el talento de hacerme sentir que mi compañía era deseada en ciertas situaciones, y no podía reprocharle que quisiera compartir conmigo las cosas que disfrutaba hacer. Yo no le insistía para que leyera conmigo en la biblioteca, y me alegraba que hubiera dejado de pedirme que cabalgáramos juntos. Era una bendición que fuera a asistir al baile del martes, pues ya comprendía por qué no podía bailar. Seguramente me ayudaría a inventar una excusa razonable para no ofender a los anfitriones que Lady Edith tanto valoraba.

Al llegar a la casa, fui directamente al salón y tomé papel y tinta de la mesa de escritura contra la pared. Mi mano se detuvo antes de que la pluma tocara el papel, y me di cuenta de que, a menos que Jane hubiese leído los periódicos, no sabría que me había casado. ¿Cómo iba a explicarle adecuadamente a mi amiga lo que había hecho? La última vez que mencionó al señor Bradwell fue para convencerme de que le escribiera mientras le devolvía su libro. Jane había apoyado ese romance.

Tenía mucho que explicar. Volví a mojar la pluma y escribí la explicación más breve posible. Sería mucho más fácil contarle lo ocurrido cara a cara, y esperaba que aceptara venir. Terminé la carta, le espolvoreé arena para secar la tinta y la doblé antes de sellarla.

Lady Edith entró en la sala. El color había regresado un poco a sus mejillas, pero el ceño seguía allí.

—Voy a acostarme hasta la cena. Espero que el asunto con las doncellas esté resuelto para entonces.

El único sonido que siguió a ese edicto fue el taconeo de sus zapatos sobre el entarimado al alejarse. Cerré los ojos y me llevé los dedos a las sienes. Al parecer, no se me concedería el lujo de esperar por la sabiduría de Jane.

No sabía qué me molestaba más: que mi suegra me viera como una libertina que había convencido a James de casarse conmigo… o que creyera que era completamente inepta.

* * *

Siempre que necesitaba discernir cuál era la decisión correcta en cualquier situación, mi madre me había enseñado a escuchar los sentimientos innatos dentro de mi corazón. Pero mientras permanecía de pie en la sala de estar de la señora Prescott, mi corazón no me decía nada. No había susurros que revelaran en silencio si había llegado a la conclusión correcta, ni estremecimientos de confirmación que calmaran mi espíritu. Janet estaba sentada en la silla con actitud penitente, y Molly había huido en cuanto le indicaron que regresara a sus tareas en la cocina.

Mi razonamiento quizás era defectuoso, pero no creía que Molly ideara que despidieran a Janet exponiéndose ella misma al mismo riesgo, especialmente cuando su familia dependía de su sueldo. Seguramente era Janet quien estaba enfadada porque Molly le había robado a su pretendiente, y había tramado su despido con la esperanza de recuperar su afecto.

No estaba segura de haber tomado la decisión correcta, pero ya estaba hecho. No podía cambiarlo ahora. La señora Prescott

parecía lo suficientemente complacida con mi decisión, lo cual, por alguna razón, no me daba ninguna certeza adicional de haber elegido a la chica correcta.

—¿Eso sería todo? —le pregunté a la señora Prescott, y ella me respondió con un leve asentimiento. Me giré y salí del salón en penumbra, sintiendo cómo el ceño fruncido en mis labios se deslizaba hacia abajo y llenaba todo mi ser de disgusto.

Encontré a James caminando en mi dirección al llegar al pasillo donde estaban nuestras habitaciones, y parecía recién bañado, libre de la suciedad que había acumulado mientras trabajaba en el bache del camino. Debió de notar mi desaliento de inmediato, porque su sonrisa se desvaneció y dio paso a una expresión de preocupación a medida que me acercaba.

—Felicity, ¿qué ha pasado?

—Despedí a la doncella. No sé si hice lo correcto, y no me gusta haber tenido tanto control sobre el futuro de esta pobre muchacha con tan poca información. —Me detuve y negué con la cabeza—. ¿Y si me equivoqué?

Abrió ligeramente la boca, pero no dijo nada. Se pasó una mano por la mandíbula recién afeitada.

—No tenías que...

—Sí tenía que hacerlo —solté, tajante—. Tu madre no me dio más tiempo.

Soltó una risa incómoda.

—Seguramente, si hubiera sabido que tenías dudas, habría aceptado discutir el asunto con más calma.

—Eso habría sido imposible, porque no podíamos discutir más sobre algo que ni siquiera habíamos discutido una primera vez. No fue más que una prueba, una que fallé miserablemente, como tantas otras que me ha impuesto. —Solté una risita amarga, negando de nuevo con la cabeza—. No soy digna de ti, James. No soy digna de Chelton. Tu madre no me considera apta para liderar ni para ser tu esposa, y no debería tener autoridad sobre estas pobres criadas y sus futuros.

—Felicity, no puedes decir eso —dijo James, escandalizado. Aunque no supe si lo estaba por mi arrebato o por la idea de que su

madre pensara tan mal de mí.

Cerré los ojos y respiré hondo, intentando sostenerme.

—Esto no es culpa tu...

Las palabras se marchitaron en mi lengua, y alcé la mirada para encontrarme con la suya, cargada de preocupación. Quise decirle que no era culpa suya que me encontrara en esta situación, pero lo era. Él había aceptado casarse conmigo, me había traído a esta casa, y sabía el tipo de vida en la que me vería atrapada después de verme desmayarme en un salón de baile y enterarse de mis defectos.

Extendió la mano hacia mí, pero yo di un paso atrás, evitando su toque.

—Necesito un momento. Yo... probablemente te veré en la cena.

James asintió, y su preocupación pareció intensificarse.

—Por supuesto.

Siempre caballeroso, dio un paso atrás y me permitió pasar sin impedimentos hacia mi habitación. Sola.

CAPÍTULO 23

Habían pasado dos noches desde que despedí a la doncella y hui de James en el pasillo, y esas dos noches se habían arrastrado con una lentitud exasperante. Durante el día, me las había arreglado para evitar a la familia tanto como me fue posible, pero la oscuridad traía consigo los temores que seguían aferrados a mí tras haber terminado la novela gótica.

Anoche, estuve casi segura de que James se había acercado a la puerta contigua y se había quedado allí un momento, observándome, quizás para entender por qué había ignorado sus golpes anteriores. Cerré los ojos rápidamente y fingí estar dormida.

Tan injusto como pudiera parecer, sentía que él había tomado esa decisión por mí cuando me convenció de bailar con él en el baile de los Hutton. Como si hubiera determinado mi futuro, y mis sentimientos amargos hacia él eran densos y difíciles de desenredar. No quería despreciarlo, pero no podía evitar preguntarme por qué había insistido en casarse conmigo cuando yo no era, en absoluto, apta para el papel de señora de Chelton.

Pero ahora, en la tercera noche desde el incidente, caminaba de un lado a otro en mi habitación, con la luz de las velas sobre la repisa proyectando un resplandor que me sobresaltaba más de una vez. Mi cuerpo estaba agotado, pero mi mente seguía alerta, y no se calmaba por más que intentara.

Lo peor de todo era que esta era la tercera noche que no permitía a James entrar en mi cuarto para compartir nuestro hecho diario. En mi enojo, había ignorado sus golpes en la puerta, molesta con él, pero también conmigo misma.

Alcé la mano y pasé el dedo por la rosa blanca seca que colgaba de mi cama. Más que nada, lo extrañaba.

Tenía los ojos arenosos por las dos noches anteriores de poco sueño, y el cuerpo me dolía. Miré hacia la puerta que nos conectaba e inhalé profundamente. Si no era capaz de humillarme ante James ahora, ¿lo sería alguna vez? ¿Seguiría creciendo esta discordia entre nosotros hasta volverse insuperable? No era culpa suya que su madre no me aceptara. Su desdén no me convertía en menos señora de esta casa.

Quizás ahí había estado mi error todo el tiempo. Una idea nació débilmente en mi mente, y me sujeté al poste de la cama mientras la contemplaba. Fue tomando forma dentro de mí, echando raíces y creciendo con fuerza. En lugar de ceder ante cada cosa que mi suegra me exigía en mi desesperación por conseguir su aprobación, desde el exceso de rosas blancas en mi vestido hasta el menú y el plazo que debía seguir para despedir a una doncella, necesitaba empezar a tomar mis propias decisiones.

Si lady Edith ya no deseaba enseñarme, era su elección. Pero su falta de instrucción me había hecho retroceder en todos los aspectos, incluso en mi autoridad dentro de esta casa. Como esposa de James, mi palabra valía más que la suya, pero su manipulación me había hecho ceder el poder que me correspondía por derecho.

Mañana, pensaba recuperarlo.

Pero esta noche, iba a reparar la discordia en mi matrimonio.

Me puse de puntillas para apagar las velas, luego pasé los dedos por mi cabello largo y lo trencé de forma rápida para darle algo de orden. Mis pies descalzos estaban fríos, y crucé la habitación antes de que se me acabara el valor para enfrentarme a James tras dos días de silencio.

La puerta estaba dura y fría bajo mi puño cerrado, y golpeé suavemente, esperando a que James me invitara a entrar. Seguramente seguía despierto; lo había oído allí dentro hacía apenas un cuarto de hora.

El silencio se alargó dolorosamente antes de que la puerta se abriera, y levanté la mirada hacia los ojos enigmáticos de mi esposo. El remordimiento se enroscó en mi pecho, y por un instante deseé no haber golpeado. Había sido un error pensar que me recibiría, y di un paso atrás.

—Espera —dijo—. ¿Tienes miedo?

¿Miedo de arruinar una relación que apenas habíamos tenido tiempo de cultivar? Sí. ¿Miedo de la oscuridad? Un poco.

Pero no había ido a su puerta por miedo.

Opté por una media verdad.

—Sí.

Él dio un paso atrás y abrió la puerta por completo, luego señaló su cama.

—Siempre eres bienvenida aquí, Felicity. Espero haberlo dejado claro.

—Lo hiciste. Solo quería evitar convertirme en una carga.

Su boca esbozó una sonrisa breve, aunque sus ojos seguían tristes.

—No puedes convertirte en una carga. Seguramente ya lo sabes.

La historia decía todo lo contrario. Mis padres estaban agobiados por mis problemas; mi esposo podía sentir lo mismo.

—No sé nada de eso.

Un escalofrío recorrió mi piel, y crucé los brazos sobre la cintura.

—Ven, estás helada —James tomó mi mano y me atrajo hacia él. Rodeó mi cuerpo con sus brazos, y apoyé la cabeza en su sólido pecho, sintiendo su corazón latir contra mi oído. Estaba cálido y cómodo, su camisa de dormir era suave y olía a él de una forma que me calmó hasta lo más profundo.

Me encontré acurrucándome más, y un bostezo escapó de mis labios.

—¿Estás cansada?

—Mucho. No he dormido bien estas últimas noches.

—Yo tampoco —James besó la parte superior de mi cabeza y me soltó. Me tomó de la mano y me llevó hasta la cama, ayudándome a recostarme y subiéndome las mantas hasta la barbilla. Noté que había dejado la puerta contigua abierta, y me gustó ese gesto de su parte, como si quisiera recordarme que siempre era bienvenida.

James se metió en la cama a mi lado y apagó la vela de su mesa, dejando la oscuridad completa. No se oía nada más que los quejidos de la vieja casa y el silbido de un viento suave en el exterior.

—Extrañé tus datos, Liss. Creo que me debes al menos dos.

—Dato número uno: no soy una persona perfecta. Dato número dos: lo siento por haber estado molesta contigo.

—Estás perdonada, aunque no sé qué hice para molestarte. Entiendo que mi madre...

—No quiero hablar de ella en este momento —susurré. El sueño me vencía ahora que me sentía cálida y a salvo, y lo último que quería pensar antes de rendirme a ese estado de paz era en la mujer que no me quería en esta casa—. Aunque lo haré, si tú lo deseas.

—No, podemos hablar de otras cosas.

—¿Como tus datos?

Soltó una risa suave.

—Dato número uno: te extrañé anoche y la noche anterior.

—¿Dato dos?

—Creo firmemente que esta noche podré dormir bien.

—Yo también.

James cruzó el espacio entre nosotros y tomó mi mano. Su pulgar frotó suavemente el dorso de la misma y me acurruqué más en el colchón de plumas, inhalando el aroma especiado y apagado.

El amparo de la oscuridad y la seguridad de esta cama me dieron el valor para hacer una pregunta que había estado en mi mente.

—¿James?

—¿Mmm?

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo? Aparte de lo obvio, claro. A pesar del escándalo.

Se quedó en silencio por un momento, y deseé llevar la pregunta a la seguridad de mi protección, donde podría guardar y proteger esa pequeña inseguridad.

—Porque era lo más sensato.

Él era sensitivo. Por supuesto. Mis ojos se cerraron y traté de contener el dolor que acompañaba esa cruda verdad. El pulgar de James continuó frotando suavemente mi mano, y estuve segura, en ese momento, que no había tenido la intención de limpiar el lugar, donde la vela me había quemado. Yo le había asignado incorrectamente un significado al gesto de James, un significado que no poseía.

El sueño descendió sobre mi dolor incipiente, llevándome bajo la oscuridad y lejos de la consciencia. Pero, mientras me alejaba, me pareció escuchar a James decir:

—Buenas noches, mi amor.

¿Mi amor?

CAPÍTULO 24

Algunos de los vestidos que lady Edith había encargado estuvieron listos y fueron entregados temprano el martes por la tarde, justo a tiempo para el baile de lord y lady Grenville. Me puse el vestido rosa suave, el único vestido de baile del lote aparte del monstruoso conjunto blanco, sin estar segura de si el color hacía que mi cabello rojo pálido pareciera vulgar y deslucido. A veces era un equilibrio delicado, y como no podía cambiar el color de mi cabello, debía ser muy cuidadosa con los vestidos.

—Fanny —me incorporé mientras me colocaba los guantes hasta el codo—. Sé honesta. ¿Este vestido me hace ver pálida o descolorida?

Ella se detuvo cerca del tocador, un puñado de horquillas sin usar temblando entre sus dedos nerviosos.

—Para mí se ve usted preciosa, señora.

Estaba claro que no recibiría una respuesta sincera de mi doncella. Me acerqué más al resplandor del fuego y forcé la vista hacia mi reflejo en el espejo del tocador. La única persona en esta casa en la que podía confiar para que me dijera la verdad era, sin duda, mi suegra. Le importaba demasiado la opinión de la sociedad como para permitirme salir de casa con mal aspecto en las mejillas.

Y yo estaba casi segura de que ese era el caso, porque mi propia madre jamás me había permitido encargar un vestido rosa, y con razón.

Me calcé mis zapatillas de baile. *Evelina* estaba sobre la mesilla, y la guardé dentro del bolso. Siempre era mejor estar preparada. Una nunca sabía cuándo encontraría una oportunidad para leer.

Lady Edith estaba al pie de la gran escalera, rodeada por sus tres hijos, cuando descendí los escalones. Esperé su reacción ante

mi vestido, pero no pareció encontrarle ninguna falla a mi toilette.

Sus ojos escrutadores recorrieron el vestido, y se acercó para tocar la tela con los dedos.

—Este no es el tono de rosa que elegí.

—¿Está segura? —pregunté.

Asintió.

—Yo elegí una seda —soltó la tela entre sus dedos enguantados y negó con la cabeza—. Te ves bien, en cualquier caso. No debemos molestarnos demasiado por el error.

Bueno, eso ciertamente explicaba por qué aún no había criticado el color del vestido. No podía imaginar que cambiar la tela del vestido fuera tan simple como confundir una con otra, no para una profesional. Aunque, durante nuestra primera visita a la tienda, había mencionado mis dudas. Madame Rousseau debió haber elegido una tela que combinara con mi complexión y color de cabello. Después de todo, valía lo que costaba.

James me ofreció su brazo y me condujo hacia el carruaje que nos esperaba. Mis nervios habían estado tan concentrados en la preocupación de si me veía espantosa o no, que aún no me había angustiado por el baile que pronto se esperaría de mí. Tiré ligeramente de su brazo antes de subir al carruaje, y él levantó la mirada.

—¿Qué ocurre?

—El baile —susurré, muy consciente de que Henry y Benedict esperaban detrás de nosotros. Su madre ya estaba sentada dentro —. No puedo hacerlo.

Sus ojos brillaron con la luz de las antorchas encendidas a cada lado del carruaje.

—¿Crees que podrías con uno solo? Podemos elegir un vals para que permanezcas conmigo durante todo el baile.

¿Podría? No había considerado un vals con mi esposo. James tenía la costumbre de calmar mis nervios. ¿Podría hacerlo también en la pista de baile?

—No estoy segura.

—¿Lo intentamos?

—Y si yo… —tragué saliva, incapaz de pronunciar el temor que me atormentaba.

—Si comienzas a sentirte débil, te llevaré a una silla de inmediato. Puedes decir que te duele la cabeza y evitar los demás bailes —me miró con una expresión apenada—. Eres una esposa recién casada, Liss. Lord y Lady Grenville esperarán que abras la primera tanda.

Cerré los ojos e imaginé bailar junto a James, concentrarme solo en él, dejar que su fuerza se filtrara en mí.

—¿Hay algún problema? —preguntó Lady Edith desde dentro del carruaje.

Sí.

—No —respondió James. Me ayudó a subir, y entonces tuve un pensamiento repentino y desconcertante.

¿Y si el primer baile no era un vals?

***

La "pequeña" reunión de Lord y Lady Grenville no tenía nada de pequeña. Parecía que toda la Sociedad local había asistido con entusiasmo, y si Lady Edith consideraba que esto era una escasa representación de los vecinos, no podía imaginar lo descomunal que sería su baile de verdad.

Apreté con más fuerza la mano de James, y él bajó la vista hacia mí con esos ojos verde-avellana tan claros.

—En cuanto sientas que te falta el aire —murmuró—, te llevaré a una silla.

—¿Y si nos sentamos desde ya? —bromeé.

Su sonrisa, aunque regresó, estaba teñida de preocupación. Inhalé profundamente para darme valor y dejé que James me guiara hacia nuestros anfitriones. Ambos eran más bajos de lo habitual, regordetes y con bocas que parecían inclinarse más hacia abajo que hacia arriba. Fue con evidente desagrado que sacaron unos lentes de aumento y recorrieron mi figura de arriba abajo después de que James nos presentó, para luego intercambiar una mirada.

¿Había resultado ser una muchacha simplona, sin gracia? Si sus expresiones descontentas eran alguna pista, claramente no les había

agradado. No era de extrañar que esta pareja no frecuentara mucho la alta sociedad. No me parecían un tipo de matrimonio feliz.

—Deberíamos alegrarnos de que Lord Grenville no baile —me murmuró James al oído mientras nos alejábamos—. O él habría sido tu pareja en la primera tanda.

Un escalofrío me recorrió los hombros. Una imagen verdaderamente desagradable.

Benedict y Henry nos abandonaron, dejando a James a cargo tanto de su madre como de su esposa.

—¿Empezamos con las presentaciones? —preguntó Lady Edith. Estábamos formados cerca de la entrada al gran salón de baile, y conté al menos una docena de parejas conversando en la sala.

—¿No he conocido ya a todos los del vecindario? Me temo que no recordaré a nadie más.

Lady Edith pareció captar la debilidad en mi excusa.

—Debes hacerlo, Felicity. No podemos permitir que te tilden de grosera.

—Es cualquier cosa menos grosera —intervino James con firmeza—. Si queremos que Felicity baile, madre, creo que es mejor que le permitamos un pequeño respiro antes.

Su consideración me conmovió, y levanté la vista hacia mi apuesto esposo. Su expresión era severa; ese aire juguetón que tanto había llegado a adorar brillaba por su ausencia. Algo lo preocupaba tanto como a mí, pero había parecido tranquilo durante nuestra conversación frente a Chelton.

Lady Edith lo miró con fijeza.

—¿Si queremos que baile?

James le dedicó una sonrisa tensa.

—Sí. Si. He experimentado de primera mano la profundidad del malestar de Felicity cuando los nervios la abruman, y no permitiré que se vea en una situación que la exija más allá de lo razonable. Estamos aquí a petición tuya, y bailaremos. Pero hasta que la música comience de verdad, llevaré a mi esposa a caminar por el invernadero. Eres más que bienvenida a acompañarnos.

El rostro de Lady Edith parecía tallado en piedra. Negó una sola vez con la cabeza.

—Prefiero saludar a mis amistades. Una de nosotras debe… explicar.

No le pregunté qué debía explicar, y ella tampoco sintió la necesidad de aclararlo. James inclinó la cabeza en señal de respeto y me llevó consigo hacia las puertas abiertas al otro extremo del salón.

—No era necesario que nos apartaras tanto —dije, totalmente consciente de que ahora estábamos solos. Árboles en macetas y arbustos en flor bordeaban las paredes de cristal que cerraban la pequeña sala, y la luz de las velas se reflejaba en los múltiples ventanales.

—Pensé que sería prudente que guardaras tus fuerzas.

Su consideración me llegó al corazón. Pero eso ya lo había hecho desde el principio. Su molestia cuando nos conocimos en la biblioteca durante el baile de los Hutton se transformó rápidamente en preocupación al saber que me había quemado… y luego incluso se angustió por si estaba intentando atraparlo con alguna artimaña. Era simplemente su naturaleza preocuparse por mí.

La boca de James se curvó en una sonrisa suave y con el codo golpeó suavemente mi bolso de mano.

—¿Llevas un libro ahí, verdad?

Mis mejillas se encendieron.

—Tal vez.

Una risa leve escapó de él.

—Nunca llegaré a comprenderte.

Y eso era lo que temía. Aunque siempre me consideraba, no me entendía. Busqué entre la multitud a la señorita Whitstone, consciente de nuestras similitudes más dentro de un salón de baile que fuera de él.

—Eso plantea la pregunta —dije con ligereza—, ¿por qué decidiste casarte con alguien tan completamente diferente a ti? Tuviste la misma oportunidad con la señorita Whitstone y saliste de ese enredo antes de que fuera demasiado tarde.

Respondí mi propia pregunta y la vergüenza se me instaló en el pecho. Antes de que fuera demasiado tarde. No habría podido deshacer nuestro compromiso sin arrastrar mi nombre al escándalo.

—No me encontré enredado con la señorita Whitstone. Simplemente pasamos algo de tiempo juntos.

¿Qué parte tan insensata de mí pensó que era buena idea sacar esto a relucir ahora? Sin duda fue mi tonto corazón, dirigiendo el ataque sin entrenamiento ni control.

La música del salón de baile llegó flotando hasta nosotros, y le dirigí una sonrisa. Anunciaron un minueto, e hice todo lo posible por no dejar que mi sonrisa flaqueara. Por supuesto que el baile abriría con un minueto: una danza pausada, exageradamente larga, como un desfile.

—¿Vamos? —preguntó él.

—No tenemos elección.

James me condujo hasta nuestra posición, atravesando grupos de desconocidos entremezclados con personas que reconocía de la iglesia o de nuestras visitas durante la última semana. Mi corazón latía al compás de los violines que afinaban, y me situé frente a James, con los pies firmes sobre el suelo pintado.

—Mírame todo el tiempo, Liss —susurró—. Solo a mí.

Eso sería difícil cuando me separaran de él, o él de mí. Asentí suavemente, permitiendo que su mirada me mantuviera cautiva.

La música comenzó con fuerza, y el baile con ella. La concentración de James era admirable. Solo podía imaginar cuánto deseaba evitar tener que atraparme y sacarme cargando del salón. Yo deseaba evitar exactamente lo mismo.

Mi corazón seguía el ritmo de mi ansiedad, acelerándose a medida que bailábamos. Cuando apartaba la mirada de mi esposo, los ojos curiosos y brillantes de los espectadores me apuñalaban con su insistente escrutinio. El estómago me dio un vuelco, girando junto con mis nervios, y mi respiración se aceleró más de lo que la danza justificaba.

—¿Liss? —preguntó James cuando se acercó a mí un momento. ¿Había notado el tinte verdoso de mis mejillas, o era solo cómo me sentía y no cómo me veía? Me sentí mareada, el corazón golpeando tan fuerte que su sonido superó a la música, ahogándola. Giré en la dirección equivocada y pisé el dobladillo del vestido de otra dama, y el pánico me atrapó.

Estaba ocurriendo. Los puntitos negros hormigueaban en los bordes de mi visión y avanzaban hacia el centro, la cabeza me daba vueltas y el estómago me pesaba. Busqué a James, deseando no golpearme la cabeza si llegaba a caer. Su mano se cerró sobre la mía y me sacó de la pista de baile, llevándome rápidamente a un salón más pequeño que aún no habíamos visitado esa noche. Pasamos entre grupos de personas, aunque no podía enfocar la vista lo suficiente como para reconocer ningún rostro.

James me llevó hasta un grupo de sillas junto a la pared del fondo y me ayudó a sentarme.

—Buscaré un vaso de limonada, si crees que puedes mantenerte erguida.

—Quédate —dije, tan despacio que temí que no me hubiera escuchado.

James se sentó a mi lado de inmediato, su mano sobre la mía, los dedos moviéndose sin descanso sobre mi piel. Pero ese revoloteo nervioso era reconfortante. Lo que más deseaba era su abrazo firme, sentir esa conexión suya que me drenaba los nervios como lo había hecho durante nuestro paseo semanas atrás, pero no podía pedírselo en un lugar tan público.

Me conformé con apreciar su contacto y dejar que los ojos se me cerraran hasta que las náuseas disminuyeran.

—Gracias —susurré.

James me apretó los dedos en respuesta. Abrí los ojos de nuevo y vi a Lady Edith de pie en el umbral, hablando con otra mujer, con sus ojos penetrantes clavados en mí. Y no parecía nada complacida.

CAPÍTULO 25

El baile de los Grenville avanzó entrada la noche, y a pesar de las miradas interesadas que James dirigía hacia varios grupos de personas conversando, permaneció resueltamente a mi lado.

Imaginaba que mi pequeño espectáculo había servido para mantener alejados a los curiosos que buscaban chismes, temerosos de que pudiera estar enferma.

—Estoy perfectamente bien quedándome aquí si quieres saludar a tus amigos —dije.

Él negó con la cabeza de inmediato.

—No puedo dejarte sola.

—¿Piensas estar pegado a mi lado durante todo el matrimonio, o se me permitirá algún tiempo a solas?

—¿Quieres estar sola?

No, claro que no. Pero no podía ser yo la razón por la cual James se quedara en un rincón de una habitación pequeña toda la noche, cuando seguramente tenía amigos cerca con los que deseaba hablar. Podía sentir la energía agotándose de su cuerpo en oleadas. Estaba cansado de estar allí sentado, y su deseo de estar en otro lugar no le hacía ningún bien a mis nervios.

—Ve —insistí—. Saldré a caminar un poco, quizá, o buscaré a la señorita Whitstone. La vi pasar por la puerta hace solo un cuarto de hora.

—Permíteme acompañarte…

—Estoy casada ahora, ¿recuerdas? —dije con suavidad—. No necesito una acompañante.

James no parecía del todo convencido.

—De verdad —añadí—. No soporto que me traten como a una inválida, James. Estoy perfectamente bien ahora. Mientras me

mantenga en los márgenes del salón, nada me molestará ni arruinará mi tranquilidad.

—Si estás segura…

Le tomé la mano y la apreté. Cuanto antes se fuera, antes podría encontrar un rincón tranquilo y con luz para leer.

—Saldré del salón contigo si eso te hace sentir mejor.

James asintió y me ayudó a levantarme. Nos movimos hacia la puerta que daba al salón de baile más grande cuando alguien lo llamó. Sentí su vacilación y le di un pequeño apretón en los dedos antes de soltarlos y salir de la sala. Tendría que disculparse por mí, pero estaba segura de que podría inventar una explicación razonable para mi desaparición.

Ahora, a llegar fuera del salón antes de toparme con algún conocido. O peor, con mi suegra. Me deslicé entre la multitud, con el libro en mi bolso pesando contra mi muñeca. El invernadero estaba ahora lleno de gente, así que tomé el otro camino, atravesando unas puertas que llevaban a una sala de refrigerios.

Un lacayo estaba tras la mesa sirviendo vasos de limonada, y acepté uno, llevándolo a mis labios mientras analizaba mis opciones. Había una puerta al fondo de la sala y un pequeño saliente en el otro extremo.

—¿Dónde puedo encontrar la sala de descanso de damas? —pregunté al lacayo.

—Por esa puerta y todo recto.

Seguí sus indicaciones, pero al llegar al pasillo vacío, giré en otra dirección y me adentré en una habitación justo más allá de la sala de descanso. Si me encontraba en un lugar donde no debía estar, siempre podía decir que me había perdido. Ya me había pasado antes.

Un pequeño fuego ardía en la chimenea de una acogedora sala de estar, y de inmediato noté una silla perfecta para mis propósitos. Estaba orientada en dirección contraria a la puerta, y seguramente me ocultaría si alguien entraba, dándome tiempo suficiente para esconder el libro antes de ser descubierta.

Ahora que estaba casada, seguramente no había nada de malo en que me encontraran sola en una habitación durante un baile.

Aflojé el cordón de mi bolso mientras me acercaba al fuego. ¿Habría leña cerca? Tal vez necesitara añadir un leño…

—¡Ay, cielos! —grité. *Evelina* salió volando de mis manos directo hacia el hombre sentado en la silla que yo pensaba ocupar.

Henry esquivó mi libro, que pasó por encima del respaldo de su alta silla con orejeras y cayó al suelo detrás de él con un estrépito.

—Rayos, Felicity. Me asustaste casi hasta la muerte —dijo, mirando por encima del hombro—. ¿Qué querías hacer? ¿Golpearme con un libro?

—No intencionalmente, no.

Rodeé la silla y recogí el libro. El pequeño trozo de papel que usaba como marcador había caído sobre la alfombra de Aubusson, y me agaché a recogerlo. Era una nota que James me había escrito cuando se marchó a York, y la guardé en el bolso.

Volví a encarar a Henry, y él se puso de pie, un poco tarde pero con caballerosidad.

—¿Viniste a escapar del baile?

—Sí. ¿Tú también?

Levantó el libro que tenía en la mano.

—Esperaba que nadie me encontrara aquí.

Un breve silencio se instaló entre nosotros, cargado de sentimientos y posibilidades. Henry y yo teníamos múltiples opciones por delante. Podía irme, fingir que nunca lo había encontrado. Podíamos salir juntos ahora y volver al baile. O… podíamos sentarnos en silencio, como solíamos hacer en Chelton, y leer.

Intenté leer su expresión, pero me resultó difícil. Si no me equivocaba, parecía más apesadumbrado que avergonzado. Si estaba decepcionado, bajo la falsa suposición de que yo arruinaría la paz de su velada, no podía estar más lejos de la verdad.

—Tengo una propuesta, Henry —dije, sentándome lentamente en la silla frente a la que él había ocupado antes, y él me imitó para que estuviéramos en igualdad de condiciones—. ¿La cena-baile no es hasta dentro de una hora, verdad?

Miró el reloj sobre la repisa.

—Correcto. Tal vez incluso un poco más.

—¿Qué te parece si nos quedamos aquí y seguimos leyendo durante esa hora? Luego podemos volver al salón antes de la cena para que no se note nuestra ausencia cuando más importa.

—¿No deseas…? No, claro que no —sonrió, con una leve risa escapando de su garganta—. Supongo que habrías preferido saltarte toda la velada, ni hablar del baile.

—Sí, pero ya que eso no es posible, me conformo con saltarme una hora.

Henry miró por encima del hombro hacia la puerta y luego volvió la vista hacia mí, con incertidumbre en sus ojos azules. Su cabello castaño y rizado estaba despeinado, con un mechón cayendo sobre su frente. Normalmente tan bien arreglado, su desordenado aspecto lo hacía parecerse de forma alarmante a Benedict.

—¿Estás bien, Henry? —pregunté en voz baja.

—Sí, claro. —Se aclaró la garganta y volvió su atención a las páginas del libro—. No tengo ningún deseo de bailar esta noche, eso es todo.

—Yo nunca tengo deseos de bailar —dije con ligereza.

Pensar que, si Henry hubiese asistido al baile de los Hutton al final de la temporada, ¿habría sido él el hombre con el que me hubiera encontrado a solas en la biblioteca? Poco importaba, pero al mirar los ojos turbados de Henry, me lo pregunté. Sin embargo, se me ocurrió que él no era el coqueto que era su hermano, y de haber coincidido a solas entonces, probablemente no habríamos hecho más que permanecer en extremos opuestos de la habitación mirando libros, no ser sorprendidos en algo parecido a un abrazo.

—¿Qué estás leyendo?

Le mostré el libro para que pudiera ver el lomo.

—Es uno de mis favoritos. Después del susto que me dio *Udolfo*, quise buscar el consuelo de una historia conocida.

—No hay nada como un libro familiar para calmar un alma atribulada.

—No admitiré poseer un alma atribulada, pero por lo demás, estoy totalmente de acuerdo.

Encontré el punto donde había dejado la lectura antes y volví mi atención a la novela sobre mi regazo. Mis ojos aún no llegaban al

final de la página cuando sentí el calor de la mirada de Henry, y alcé las cejas.

—¿Hay algo más que quisieras decir?

Henry carraspeó y pareció sacudirse a sí mismo.

—No. Disfruta tu historia, Felicity, y esperemos que ninguna otra alma sensible venga en busca de un respiro.

—O de un lugar para encuentros secretos —dije sin mucha delicadeza.

Obtuve el efecto deseado en forma de una risa de Henry, y mi atención volvió una vez más a mi libro.

* * *

La hora de la lectura tranquila transcurrió sin interrupciones. Finalmente, Henry deslizó su delgada novela en su bolsillo y me ofreció su brazo.

—¿Ya es hora? —Me quejé—. Quizás deberíamos fingir que estamos enfermos y volver a casa.

—Ven, niña.

—No soy ninguna niña.

—¿No? Tu queja me recordó a una.

No pude evitar apartar su mano.

—Puedo ser tan gruñona como una, si te gustara ver eso.

—Preferiría que no. —Me lanzó una sonrisa, y cerré mi libro, guardándolo en mi bolso.

Llegamos al pasillo y nos dirigimos de nuevo hacia la puerta que conducía al salón de refrescos. Henry parecía pensar lo mismo, que sería prudente entrar primero en la pequeña habitación en lugar de ir directamente al salón de baile. Abrió la puerta e hizo un gesto para que pasara antes que él, y casi tropecé cuando mi mirada se cruzó con la de James. Estaba junto a la mesa de refrescos aceptando un vaso de limonada, y observé cómo sus ojos se alzaban por encima de mi cabeza y se endurecían al llegar a Henry.

Crucé directamente hacia su lado.

—Felicity, me preguntaba dónde estabas —dijo James—. Debería haber sabido que habrías encontrado un lugar donde

esconderte.

—No me estaba escondiendo de ti —dije, oyendo el tono defensivo en mi voz.

La tensión en su boca y ojos reveló que no estaba contento con mi elección, independientemente de mi motivo.

La cena transcurrió con gran incomodidad. No me sentaron cerca de James, aunque mis compañeros de mesa, el señor Dodwell y el vicario, fueron amables y no requerían mucho de mí en términos de conversación. Lady Edith fue colocada en el extremo más alejado de la mesa, y su mirada se desvió hacia mí en intervalos regulares.

En el trayecto de vuelta a Chelton al final de la noche, todos los miembros de nuestro grupo estaban de mal humor. Estaba claro que la velada no había salido según los planes de nadie. Incluso Benedict estaba más callado de lo habitual, y yo fijé mi mirada en el paisaje iluminado por la luna fuera de la ventana durante el trayecto. Cuando llegamos a Chelton, subí a mi habitación antes de que alguien pudiera interrumpirme para cuestionar mis acciones o darme instrucciones.

Había cometido un error, y lo sabía bien. Mi culpa era suficiente castigo por ahora.

CAPÍTULO 26

James llegó a la puerta contigua, y aunque mi habitación estaba excepcionalmente oscura, pude distinguir la silueta de su largo camisón de dormir y su cabello revuelto, y su presencia hizo que mi pulso se acelerara. Había estado en mi cama durante casi treinta minutos, mucho después del tiempo en que normalmente me habría quedado junto a la puerta y compartido un hecho con él. En verdad, no sabía si quería hablar conmigo o solo asegurarse de que estuviera allí y a salvo. Había estado malhumorado después de la cena en el baile de los Grenville y su actitud había sido inaccesible. Mi culpa, por supuesto, no había ayudado en nuestra reconciliación.

—Necesito mi dato—dijo James, con su voz profunda penetrando el perfecto silencio.

Me levanté y me senté.

—Y —continuó, cuando no dije nada—, necesito de ti si voy a poder dormir.

Mi cuerpo se quedó inmóvil, las palabras se clavaron en mí y se aferraron a mi ser. ¿Me necesitaba? Seguramente se había equivocado, pues era yo quien lo necesitaba a él.

Ah, tal vez eso era. James debía haber sospechado que preferiría estar en su habitación y vino a buscarme, ya que no había tenido el valor de tragarme mi propio orgullo y acercarme a él. Pero ¿cómo podría hacerlo cuando nuestra relación era tan frágil? Habíamos encontrado un extraño equilibrio entre amigos y amantes, donde no nos besábamos regularmente, pero sabía que podía confiar completamente en él, todo mientras compartíamos la intimidad de dormir en la misma cama. Ese hábito había roto una barrera entre nosotros en cierto aspecto, forzando una familiaridad antes de que tuviéramos la oportunidad de conocernos realmente en términos de pensamientos y sentimientos.

¿Nos habíamos apresurado en un área y tardado en otra? Incluso ahora hablábamos como conocidos cautelosos, pero estábamos nada menos que en nuestras ropas de dormir.

—¿Liss?

Había pasado demasiado tiempo considerando el estado de nuestra relación. Sin importar lo extraño que me sintiera en algunos aspectos con este hombre, también sabía que estábamos irremediablemente unidos. Habíamos intercambiado votos, y eso nos distinguía de cualquier otra relación en mi vida.

Mi cabello cayó sobre mis hombros, y lo recogí. La habitación estaba oscura, el calor del verano hacía innecesario encender un fuego, salvo para calentar las tenazas o para quemar el frío crujiente de las primeras horas de la mañana.

—Mi dato—dije, levantándome de la cama y cruzando la habitación—. No me gusta sentir que no estamos en armonía el uno con el otro.

—¿Puede ese ser también mi dato?

—Lo siento, pero no. Debes inventarte algo original.

Su brillante sonrisa era visible en la tenue luz de la habitación.

—Ya lo tengo esta noche.

—¿Oh?

—Sí. Se ha convertido en un dato sobre mí que te necesito si voy a poder dormir.

Mi corazón dio un brinco, a pesar de mis reservas.

—¿Cómo es que podemos parecer tan desajustados a la luz del día, pero la oscuridad parece ocultar nuestras diferencias?

—¿No me necesitas? —preguntó él. Su mirada era firme, los oscuros pozos brillando a la luz de la luna.

—Sí, te necesito —susurré.

La mano fuerte de James se deslizó bajo mi mandíbula y alrededor de mi mejilla, y me incliné hacia ella.

—¿Dónde fuiste esta noche durante el baile?

Mi cuerpo se quedó inmóvil. ¿Eso le molestaba tanto que necesitaba una respuesta ahora? Me enderecé, incapaz de pensar claramente con su piel sobre la mía.

—Quería un descanso de la multitud, así que encontré una pequeña habitación con fuego y la intención de leer.

—¿Henry...?

—Estaba en la habitación primero, haciendo lo mismo que yo había planeado hacer. —Mi cuerpo se alejó de él, aunque no lo hice intencionalmente, y su mano cayó. No me gustó el tono de su voz ni la dirección que estaba tomando la conversación. Casi sentía como si no confiara en mí. Aunque reconocí que la idea era absurda. Yo había demostrado ser cualquier cosa menos una persona en quien no confiar, ¿verdad? Fue James quien le pidió a su hermano que se quedara mientras él no estaba y me vigilara.

—¿Leer?

—Sí. Encontré a Henry allí, y decidimos pasar una hora leyendo en silencio antes de regresar para la cena. No era tan extraño, James. Estaba haciendo exactamente lo mismo que cuando nos conocimos.

—Pero como mi esposa, esperaba que te quedaras en el salón de baile por la noche. Eres una novia reciente, y se te otorgan ciertos privilegios durante este período de tu vida. Si te ausentas por mucho tiempo, se nota. —Se pasó una mano por la cara—. Si alguien te ve regresar con Henry, podrían empezar rumores. Ya estamos en terreno inestable.

¿Por qué alguien creería cosas nefastas sobre una nueva esposa y su cuñado? Además, ¿acaso no habíamos puesto el escándalo a descansar cuando nos sacrificamos en matrimonio?

James parecía pensar que aún estábamos en terreno inestable.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El escándalo en torno a nuestro compromiso —dijo—. Seguramente te das cuenta de que casarnos no extinguió ese fuego por completo.

—Parecía funcionar cuando hicimos nuestro anuncio y todas las mujeres que me habían ignorado me acogieron de nuevo al instante.

Me miró fijamente.

—Sí, te aceptaron, pero eso no significa que no hablaran de ti cuando saliste de la habitación. La razón misma por la que no... por la que no hemos... es porque te diste cuenta de los chismes. —Se

burló ligeramente y pasó una mano por su rostro—. Te das cuenta de que me resulta difícil mantenerme alejado de ti, ¿verdad? Es una dificultad que estoy soportando por el bien de nuestros nombres y por tu propia opinión de ti misma, que no te bese en cada oportunidad que tengo. Es un tormento tenerte tan cerca y, sin embargo, tan lejos de mí aún. Acepté un período de seis meses de abstinencia para nosotros. Para nuestros hijos. Para el nombre de los Bradwell.

Euforia y furia se desataron juntas como una tormenta furiosa y se retorcieron en mi estómago. Pensé que James había aceptado esperar por mí, para que pudiera demostrar mi buen carácter, para que pudiera vivir conmigo misma. Después de haber estado en Chelton durante semanas y soportar las interminables restricciones de Lady Edith sobre cómo mantener el nombre de los Bradwell, debería haberme quedado más claro que James también se preocuparía por eso. Fue un golpe darme cuenta de que él no se sacrificaba completamente por mí.

Retrocedí, hablando con un acento helado que plagó mi cuerpo tanto como mis palabras.

—No me había dado cuenta de eso, no. Por favor, acepta mis disculpas.

—¿Estás ofendida?

Me di la vuelta.

—Creo que más bien estoy iluminada —dije.

—No, no hagas esto —dijo él, extendiendo la mano hacia mí, pero no permití que la tomara. No permitiría que arruinara una de mis cosas favoritas al arrastrarla a este momento tan angustiante.

—Creo que necesito intentar dormir, James.

—¿Qué fue lo que dije para ofenderte tanto?

—No es lo que dijiste. Es lo que he descubierto. — Caminé de vuelta hacia mi cama.

Él me siguió.

—Si no me lo dices, no puedo saber qué hice. Háblame, Liss. No te vayas.

—No me estoy yendo... —Pero lo hacía. Cerré los ojos y apreté las manos en puños—. Mis expectativas sobre el matrimonio estaban

completamente equivocadas en todos los aspectos, James. Cada una de las cosas que había anticipado para mi futuro resultó ser lo opuesto de lo que esperaba. Me enorgullezco de la destreza con la que he aceptado cada una de estas alteraciones y he hecho lo mejor de ello, pero solo puedo esperar hacer hasta cierto punto antes de necesitar alejarme de la situación por un tiempo y respirar.

—¿Alejarte de qué situación? —Hizo una pausa—. ¿De nuestro matrimonio?

—No, James, claro que no. Alejarme de la presencia de un baile abrumador, por ejemplo. Alejarme de tu madre. Alejarme de tu dormitorio.

Llegué a la cama y sentí cómo se alargaba la distancia entre nosotros, tanto física como emocionalmente. Quería darme vuelta y caer en sus brazos, pero ¿cómo podía hacerlo después de que él profesara su dificultad con eso?

—Por favor, no te apartes de mí —suplicó.

—No veo cómo podamos dormir ahora, no después de esta incomodidad. —Moví mi mano entre nosotros para indicar el aire espeso, tan cargado de cosas no dichas y cosas reveladas.

—¿Por favor? —preguntó—. Tengo miedo de que si no vienes esta noche, romperás el hábito. Podemos trabajar en las cosas en las que no estamos de acuerdo, pero debemos siempre trabajar juntos. Debemos tomar la decisión consciente de no permitir que nuestros desacuerdos nos agobien. No quiero estar distanciado de ti, Liss.

—Yo tampoco quiero eso —susurré. Pero mi mente estaba confusa. A través de la niebla y las inseguridades que me aquejaban, sabía dos cosas que eran innegables: amaba a James, y él al menos se preocupaba por mí.

Levanté mi mano hacia él, y cruzó el espacio entre nosotros en tres rápidos pasos. Tomó mi mano y me atrajo hacia él, sanando algo de la contienda y el miedo que habían comenzado a desgarrar mi corazón. Mis brazos rodearon su espalda, y me incliné cerca, inhalando el aroma especiado que era solo suyo. James respiró profundamente, presionando su mejilla contra la parte superior de mi cabeza.

Mi cuerpo se relajó en sus brazos, mis nervios se aflojaron hasta que mis temores, tan ajustados, se desmoronaron como un carrete de hilo sobre la alfombra.

—¿No tienes trenza esta noche? —preguntó, jugando con los extremos de mi largo cabello.

—No, no tengo trenza.

—Me gusta cuando tu cabello está suelto.

—A mí me gusta cuando te falta la corbata.

—Me gusta lo pequeños que son tus pies descalzos.

—A mí me gusta la forma de tus brazos.

James se inclinó hacia atrás y me miró, levantando una ceja.

—Eso es interesante.

Un rubor calentó mis mejillas, ensanchando mi sonrisa.

—¿De qué manera?

—¿Mis brazos, eh? ¿Es por eso que me preguntaste si participo en peleas de box? ¿Porque te gustaría verme hacer un round?

—No, eso suena espantoso. Solo me preguntaba si esa era la manera en que lograste desarrollar esos músculos.

—Bueno, no tiene nada que ver con pelear valientemente con mis hermanos, lamentablemente. He pasado bastante tiempo en los últimos años gestionando y trabajando en distintas partes de la casa. Disfruto del esfuerzo, y montar o cazar no me dan lo suficiente.

Ah, como la zanja en el camino. Ni siquiera me había preguntado por qué James y Benedict hacían el trabajo ellos mismos en lugar de pedirlo a los sirvientes, pero ahora me doy cuenta de lo extraño que era.

—No me quejo —dije suavemente.

—Podrías hacerlo cuando me haga viejo y tenga menos tiempo para estos quehaceres. El ablandamiento es parte del envejecimiento.

—No me importará si te ablandas, James. —Presioné mi mano contra su corazón, el calor filtrándose a través de la camisa y calentando mi palma—. Esta es mi parte favorita de ti.

—¿Mi pecho masculino?

No pude evitar reír.

—Tu corazón.

Puso una palma sobre mi mano.

—Bien, porque te pertenece a ti.

Mi respiración se detuvo, y miré hacia arriba, sorprendida, para encontrarlo mirándome fijamente con seriedad. Su mirada se desvió hacia mis labios, y la conversación cargada que compartimos hace solo unos minutos estaba fresca en mi mente. Es un tormento tenerte tan cerca, y, sin embargo, aún tan lejos de mí. Esa distancia era importante, y no sacrificaría las reparaciones a mi nombre, de hecho al nombre de su familia, por un beso.

James se inclinó hacia mí, pero aparté el rostro, evitando el beso que tan desesperadamente deseaba.

—Nos quedan cinco meses —dije suavemente.

—Es una eternidad —murmuró.

No podría estar más de acuerdo.

CAPÍTULO 27

La semana siguiente pasó con una lentitud exasperante. Contaba los días hasta la llegada de mi prima, pero aún no habíamos recibido noticias de ella, así que solo podía esperar que estuviera en camino. Necesitaría estarlo para llegar a Chelton antes del baile, pues el evento debía celebrarse en cuatro días.

Aún no se había recibido ninguna noticia sobre la señorita Northcott y su paradero. Lady Edith había enviado varias cartas a personas que conocieron a la señorita Northcott antes de que su madre muriera y ella se mudara a Chelton, pero hasta el momento nadie había respondido.

James y yo habíamos encontrado una extraña sensación de armonía durante la semana anterior. Pasaba los días ayudando a su madre a preparar el baile o atendiendo visitas en casa, y él los pasaba montando o saliendo con sus hermanos. Y cada noche, nos hablábamos sobre nuestro día y compartíamos nuestras vivencias. Me alegraba de que él hubiera luchado por mí la semana pasada, de que no hubiera aceptado mi decreto de que estaríamos mejor en nuestros propios dormitorios.

Quería conocer la mente de James, y estábamos logrando eso con nuestras conversaciones nocturnas. Al final de un año juntos, sabría más de trescientos detalles sobre él.

Lady Edith, sin embargo, se había ido volviendo cada vez más distante conforme pasaban los días. Ahora se sentaba frente a mí en la mesa de desayuno, con papeles extendidos entre nosotras que contenían todos los detalles sobre el baile. Los invitados a la cena, los invitados al baile, los menús de la cena y la cena ligera, el orden de los bailes, y los huéspedes de la casa habían sido revisados con un doloroso detalle. Ahora habíamos pasado a la decoración, y Lady

Edith tenía una lista de flores, velas y espejos que rivalizaba con las grandes fiestas de la alta sociedad en Londres.

—Necesitaremos antorchas en el patio, y podemos mover los arbustos y árboles en macetas a esa zona para darle un aspecto más natural —dijo.

—¿Y las flores blancas? —pregunté. Había sido un tema importante para Lady Edith, algo que sostenía con firmeza.

—Rosas en la fuente. Podemos ponerlas en la escultura. Quizá Atenea parezca estar sosteniendo un ramo.

—Y flores en la fuente —añadí—. Flotando en el agua con los tallos cortados.

—Quizá. Si tenemos rosas de sobra.

Mi espalda se tensó. Este era mi baile, ¿no? No hacía mucho había decidido que había tomado el enfoque equivocado con mi suegra, pero cada vez que intentaba ejercer algo de poder, ella cerraba la puerta a mi idea de inmediato. Era una terrible contradicción, porque si quería que ella me considerara capaz, debía demostrarlo. Solo que no me daba la oportunidad. Necesitaba tomar la autoridad que por derecho me pertenecía para mostrarle que podía ser confiable. Que era digna.

—Me gustaría que hubiera rosas flotando en la fuente —dije de nuevo, esta vez con más firmeza. Lo encontraba simbólico de una manera que ella no entendería, porque no compartiría con ella la historia del día en que James y yo caímos en la fuente del jardín. Él me había puesto una rosa blanca detrás de la oreja y me hizo sentir especial. Si este baile estaba destinado a celebrar nuestro matrimonio, esa parecía una manera sutil y privada de rendir homenaje a nuestra unión.

—Quizá —repitió ella.

Mi pulso se aceleró, la sangre corriendo rápidamente por mis oídos con alarmante rapidez.

—Ha habido muchas cosas de este baile que he cedido, Lady Edith. Estoy pidiendo esta pequeña cosa. Estoy muy agradecida por todo lo que ha hecho, y no deseo causar ningún conflicto. Pero espero, como la señora de Chelton, tener algo de autoridad sobre mi propio baile.

Las mejillas de Lady Edith se enrojecieron y sus labios se apretaron. Tomó la pluma, la sumergió en la tinta y luego anotó una observación sobre las flores en la fuente. Pero fue una victoria vacía. De alguna manera, el éxito de mi esfuerzo no me hizo sentir mejor. La discordia entre nosotras empañaba todo nuestro tiempo juntas.

Ella mantuvo la mirada en el papel mientras hablaba.

—¿También esperas, como la señora de Chelton, escapar de cada baile al que asistimos y esconderte con un libro? ¿O aceptarás todas las responsabilidades de este rol junto con los beneficios?

Si las palabras pudieran dar una bofetada, estoy segura de que las suyas me habrían dejado una marca.

—He intentado explicar que las grandes reuniones, particularmente aquellas con extraños, me envuelven en una crisis de nervios cuando noto que se fija atención en mí. No es una elección, Lady Edith. No deseo estar tan abrumada.

—Lo que describes como una crisis de nervios, otros lo ven como una mujer que no desea estar allí.

—Pero es la verdad —dije con calma.

—Lo cual deja mal a nuestro…

—¿Buen nombre? Sí. Créame que soy muy consciente de cuán importante es ese buen nombre.

Lady Edith abrió la boca, indignada, pero Forester apareció en la puerta y dio por terminada nuestra conversación.

—Tiene una visita, señora.

Era tremendamente frustrante no saber a cuál de las dos se dirigía.

Lady Edith, evidentemente, pensó lo mismo.

—¿Cuál de nosotras tiene una visita?

Forester miró entre ambas, con los ojos nublados por la duda de la vejez.

—La señora Moulton.

Lady Edith aspiró con rapidez.

—Hazla pasar al salón inmediatamente.

Forester hizo una reverencia breve y se retiró a cumplir su encargo. Lady Edith cerró los ojos un instante. Cuando volvió a mirarme, los suyos estaban velados por la preocupación.

—¿Podemos retomar nuestros planes en otro momento? Debo interrogar a la señora Moulton.

El nombre de la directora de Miss Northcott me sonaba vagamente familiar, aunque no lograba ubicarlo. Tal vez era porque mi tía había escrito alguna vez sobre un pueblo que atravesó llamado Melton… aunque eso había sido hace bastante tiempo, y no creía que de ahí viniera ese eco de familiaridad. No importaba, aunque me molestaba no poder identificarlo.

Asentí a mi suegra.

—Espera que pueda darle alguna pista sobre el paradero de Miss Northcott.

—Es la única persona que creo que podría hacerlo, sí. No puedo… es extraño decirlo en voz alta, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que Thea está en algún tipo de apuro, de que he fallado…

Dejó de hablar y carraspeó, mirándome con expresión neutra. Parecía recordar con quién hablaba y eligió no seguir confiándome nada.

Me dolió. Yo quería formar parte de esta familia en todos los sentidos. Esto era demasiado parecido a lo que viví con mi propia madre, que nunca me consideró la hija sociable que deseaba, que sentía que solo estorbaba o la obligaba a terminar sus compromisos antes de lo que habría querido. Esperaba que el matrimonio hubiese sido el fin de esas sensaciones, que ya no tuviera que sentir que no estaba a la altura.

—No quiero ser más una carga —dijo Lady Edith.

—No eres una carga…

Lady Edith se puso de pie.

—Podemos continuar en otro momento.

—¿Quiere que la acompañe a ver a la señora Moulton?

—Solo si lo deseas. Esta es tu casa, Felicity. No voy a decirte qué hacer.

Apreté la mandíbula y esperé a que saliera del comedor. Bastaba con un simple comentario sobre el rol que legítimamente me correspondía para que vinieran los dardos. ¿Iba a estar siempre a su sombra?

Las sillas al otro lado de la habitación tenían cojines. Crucé hasta una de ellas, tomé un cojín y grité en él con todas mis fuerzas. El sonido fue tan amortiguado que estaba segura de que nadie fuera de esa habitación me oiría, así que respiré hondo, levanté el cojín y grité otra vez.

La frustración reprimida fue saliendo de mí, soltándose a través del esfuerzo de mi grito hasta dejarme vacía, con un cosquilleo en el estómago. Me sentí bien de liberar así mi enojo. Bajé el cojín, jadeando con las últimas secuelas de mi arrebato.

—¿Puedo preguntar si todo está bien? —preguntó una voz grave.

Me giré hacia el sonido, plenamente consciente de que ningún rubor amenazaba mis mejillas pálidas. No me avergonzaba de mi estallido. Benedict estaba en el umbral, observándome con una preocupación leve.

—Necesitaba liberar algo de mi rabia —dije con calma, devolviendo el cojín a la silla.

—¿James hizo algo? No tendría problemas en retar a mi propio hermano a un duelo de esgrima para hacerlo entrar en razón.

Sonreí.

—No, para nada. James no tiene nada que ver. Ya me siento mucho mejor. —Di unas palmaditas al cojín, a modo de énfasis.

—Pobre cojín.

—No ha sufrido daños. —Miré al rígido almohadón, que no mostraba señales de haber sido agredido.

Benedict entró a la sala y echó un vistazo a los papeles sobre la mesa, con una leve sonrisa.

—Ah. El baile. —La preocupación asomó en sus ojos oscuros—. Entonces ya lo sabes. Por lo que vale, yo sugerí que los quitaran de la lista de invitados.

—¿Quitar a quiénes?

—A los Whitstone, por supuesto.

Me miró rápidamente, como si leyera mi desconcierto.

—Entonces no lo sabías.

—Aparentemente, no.

Benedict rio con torpeza, dando golpecitos con el dedo sobre lo que debía de ser la lista de invitados.

—Ahora no tengo más opción que contártelo, ¿verdad?

—Sería lo mejor —confirmé—. Si no me lo dices, voy a tener que preguntarle a James.

Asintió.

—Tal vez eso sería mejor…

—Benedict, por favor no me hagas esperar. ¿Qué ocurrió? ¿He cometido una ofensa atroz?

—Por todos los cielos, no. Fueron ellos los que ofendieron.

—Por favor, cuéntalo de una vez.

—Lady Whitstone le preguntó a madre si el bebé fue la causa de que huyeras de la pista de baile en el baile de Lady Grenville. Al parecer, los rumores han llegado hasta Cumberland.

Me di vuelta y me dejé caer con fuerza sobre el cojín que acababa de recibir una brutal descarga vocal. Si hubiese concebido un hijo tras la boda, era demasiado pronto para haber sentido náuseas en el baile de los Grenville.

—Los rumores han llegado hasta Bakewell.

Benedict me miró con aire apenado, aunque no incómodo. Se sentó en la banca junto a mí.

—Si te sirve de algo, estuve presente cuando Lady Whitstone hizo su comentario y James le dio una buena reprimenda. Tal vez no sea necesario quitarla de la lista. Me pregunto si se atrevería siquiera a mostrarse, porque estoy seguro de que debe sentir cuán profundamente James no desea que esté presente.

—¿James? —No lograba procesar el escenario que Benedict me describía—. ¿Todo esto pasó en el baile de los Grenville?

James había salido firmemente en mi defensa mientras yo me escondía en la sala con Henry. No dije lo que probablemente ambos estábamos pensando.

—Sí, pero no tienes de qué temer, joven doncella. Tu caballero ha rescatado tu buen nombre de las garras malvadas de la hechicera.

Lo miré, confundida.

—Es una metáfora —explicó Benedict. Su ceño se frunció—. ¿No te gusta leer?

Una risa se me escapó del pecho, y asentí.

—Sí, me gusta. Fue una metáfora preciosa.

—Gracias. —Hizo una reverencia elaborada y pomposa desde su sitio junto a mí—. Ahora, ¿te importaría decirme dónde está mi madre? Esperaba encontrarla aquí contigo.

—Ya no deberías esperar eso. Creo que la he disgustado.

—Ella perdona rápido.

Lo miré de reojo.

—¿Incluso cuando alguien se atreve a reclamar el título de señora de Chelton?

Chasqueó los dientes y aspiró por entre ellos.

—Quizá le tome uno o dos días más calmarse. Aunque no debería, supongo. Tienes todo el derecho de reclamar ese título.

—Derecho, tal vez… pero eso no lo hace más fácil cuando tu madre se niega a entregarme las responsabilidades de forma voluntaria. Aún no me considera digna —expliqué.

—¿Y tiene que hacerlo?

Me incorporé un poco, considerando la pregunta.

—Si quiero que me apruebe o que me ayude mientras aprendo lo que se espera de mí, entonces sí.

—¿Pero la valía? —Entrecerró los ojos, pensativo—. Eso no le corresponde a mi madre… ni a nadie más. Eso es algo que encuentras aquí. —Se dio dos golpecitos sobre el corazón con los dedos.

Sentí su gesto como si un fantasma hubiera extendido la mano y me hubiera tocado el corazón también, y me invadió un anhelo repentino. Las lágrimas me llenaron los ojos, y parpadeé para evitar que cayeran. ¿Cómo me veía a mí misma? ¿Cómo podía esperar que Lady Edith o James o cualquiera creyera en mí si ni siquiera yo veía en mí esa capacidad?

Las frustraciones de mi madre con mis fracasos sociales me habían hecho dolorosamente consciente de todo lo que me faltaba. Y temía que eso se hubiera convertido en el criterio con el que yo misma medía mi valor. Si elegía verme como James me miraba, sin

adulterar y sin ningún deseo de cambiarme, no creía que me encontrara tan carente.

—¿He dicho demasiado? —preguntó Benedict.

—No, has dicho exactamente lo que necesitaba. —Reí, algo incómoda, y me sequé una lágrima que se había escapado—. Tu madre está en el salón con la señora Moulton.

—¿Moulton? —preguntó, incorporándose—. ¿De York?

—La directora, sí. Lady Edith la mandó llamar para interrogarla a fondo. Está decidida a encontrar a Miss Northcott.

Benedict se pasó una mano por los rizos despeinados.

—Yo también. No puedo esperar a encontrar a esa muchacha para poder estrangularle suescuálido cuello.

Tragué saliva.

—Tal vez no quieras decir eso delante de tu madre.

Me dedicó una sonrisa divertida.

—No lo haré. No lo digo en serio, ya lo sabes.

—¿No del todo, tal vez?

—No, no del todo. Thea le ha causado a madre muchísimo estrés, y tendrá que compensarnos por ello.

—A veces no sé si, cuando hablas de Miss Northcott, me va a caer muy bien o la voy a detestar.

—La vas a adorar —dijo con pesar—. Todo el mundo lo hace, no sé por qué.

Benedict se puso de pie y me ofreció la mano.

—¿Quieres venir conmigo? Me gustaría oír lo que la señora Moulton tiene que decir.

—No, pero te agradezco la invitación. Voy a seguir trabajando en los planes para el baile.

Benedict se detuvo un momento y me miró con atención.

—No te lo tomes como algo personal que madre haya priorizado la búsqueda de la muchacha antes que la preparación de tu baile. Ha sido la única figura parental que Thea ha conocido desde que sus padres murieron, y la chica no tiene otra familia en quien apoyarse. La señora Northcott fue la mejor amiga de madre, y sé que siente una enorme responsabilidad por su hija, aunque no tenga obligación legal de hacerse cargo.

No me molestaba su decisión. De hecho, me parecía afortunado que la señora Moulton hubiese aparecido justo ahora. Las acciones de Lady Edith, y la devoción que le mostraban sus hijos, demostraban que tenía un corazón leal y bondadoso. Yo también esperaba recibir algún día ese afecto tan profundo.

Benedict hizo una reverencia antes de abandonar la sala. Era sorprendentemente sabio, y tomé en serio sus palabras. Pero todo fue en vano cuando recordé el comentario de Lady Whitstone en el baile. Me quedó dolorosamente claro que James había estado tan afectado después del evento porque se había mencionado el escándalo. Si había llegado hasta Bakewell, y era solo cuestión de tiempo, entonces aún se murmuraba que nos habíamos casado tan pronto porque habíamos sido íntimos.

Mi determinación de probar que no estaba embarazada no hizo más que fortalecerse.

CAPÍTULO 28

James me encontró a la mañana siguiente en la biblioteca, con una expresión de picardía tan evidente que me sentí a partes iguales alarmada y divertida.

—¿Qué has tramado esta mañana, señor? —pregunté, acomodando a *Evelina* sobre mi regazo.

—He reunido los elementos necesarios para una cierta actividad que estoy seguro nos traerá alegría a ambos.

—¿Ah, sí? —No podía imaginar qué podría ser. Pero la forma en que James se plantó frente a mí, sonriendo con las manos detrás de la espalda mientras se balanceaba sobre los talones, dejaba claro que se sentía tremendamente orgulloso de su idea. No quise apagar su entusiasmo.

—Mientras no implique caballos, estoy dispuesta a disfrutar lo que sea que hayas ideado —dije, colocando el papel dentro del libro y cerrándolo, no sin que James notara lo que había usado como separador.

—Esa era una de las notas que te dejé cuando me fui a York, ¿no es así?

—Sí, la uso como marcador.

—¿Puedes creer que eso fue apenas el mes pasado? Ciertamente, parece que ocurrió hace mucho más tiempo.

Tomé su mano.

—Muchísimo más tiempo.

Él me miró de lado, tomando mi brazo para guiarme fuera del cuarto.

—Debes haber apreciado las notitas que te dejé si las conservaste.

—Fueron decentes, supongo.

Me lanzó una mirada aguda y yo sonreí ampliamente.

—Pequeña provocadora —murmuró, con esa voz baja que me estremecía hasta el estómago.

—Estoy aprendiendo del mejor.

James me condujo hasta la puerta que daba al jardín trasero de la finca, y me sorprendió encontrar una pequeña mesa preparada con un par de raquetas de badmington y una pluma. Había jugado ese juego de niña con mis primos durante sus fiestas anuales, y lo había detestado profundamente entonces. Imaginaba que los años no me habían cambiado lo suficiente como para disfrutarlo ahora.

Pero James estaba tan orgulloso de su idea, tan convencido, Dios sabrá por qué, de que me gustaría el juego, que no pude hacer otra cosa que fingir.

—Badmington —dije—. No juego desde que era niña.

—Sé que suele ser un juego de niños, pero no sé por qué. Mis hermanos y yo todavía sacamos nuestras viejas raquetas de vez en cuando, y nos divertimos bastante. Al menos la pluma no es tan difícil de golpear unas cuantas veces.

Para algunos, tal vez. Él claramente creía haber encontrado una actividad tan sencilla que cualquiera podía dominarla. Estaba a punto de demostrarle cuán verdaderamente inepta podía ser una mujer cuando se trataba de cualquier deporte, en cualquier nivel.

Tomamos una raqueta cada uno y nos separamos sobre el césped. James lanzó la pluma al aire, sus plumas brillaron al sol, y la golpeó en mi dirección.

Me agaché. En mi defensa, la cosa venía directamente hacia mí.

—Se supone que debes intentar devolvérmela, Liss.

—¿Ah, sí? ¿Así se juega? —Me agaché a recoger la pluma y solté el aire por las mejillas. La lancé al aire y giré la raqueta, pero lo fallé por completo y cayó al suelo.

—Inténtalo otra vez, cariño.

Cariño. Podría acostumbrarme a eso. Recogí el volante de nuevo e intenté golpearlo con el mismo resultado.

—¿Otra vez? —dijo James. Su tono dubitativo delataba su incertidumbre—. ¿Quizás si me acerco?

Como si eso ayudara a que pudiera golpear un objeto que yo misma lanzaba al aire. Era tan dulce en su optimismo inquebrantable. Traté de sonreír.

—Seguro que eso ayudará.

James se acercó un poco más. Lancé la pluma al aire y moví la raqueta con todas mis fuerzas, conectando con la red… la pluma voló directo y rápido, aterrizando de lleno en el rostro de James.

Gritó sorprendido y tiró su raqueta al suelo, llevándose una mano al ojo.

Solté mi raqueta y corrí hacia él.

—¡Oh, Dios! ¡Lo siento, James! ¡No se me puede confiar una raqueta ni una pluma!

—No lo mencionaste —dijo, con su voz parcialmente amortiguada por la mano que aún cubría su ojo.

—Creí que lo deducirías cuando dejé claro que no soy buena en juegos o deportes de ningún tipo —aunque debí haberlo dicho esta mañana. Esto se podría haber evitado si hubiera sido honesta… pero no quise arruinar su diversión.

Soltó una risa exasperada y se volvió hacia la casa.

—No puedo abrir el ojo.

—¡Oh, James! —jadeé—. ¿Te dio en el ojo? Pensé que había tocado solo el párpado.

—Con la punta dura de la pluma, creo. No se siente muy bien.

Para ser un hombre con tanto dolor, o eso suponía yo, sonaba sorprendentemente calmado.

—¿Llamo al médico?

—Eso sería prudente, sí.

Su disposición inmediata no era buena señal. Lo tomé del codo, temerosa de que se lastimara al intentar caminar con un solo ojo funcional, y lo guie de regreso a la casa. Caminamos por el pasillo y se me ocurrió una idea. Lo conduje al salón.

—Espera aquí.

Me miró, con su único ojo visible bien abierto. Una compresa fría sería lo mejor. Lo dejé allí y me dirigí a las cocinas para buscar un paño y agua, cuando un ruido en el despacho de James llamó mi

atención. Tal vez había alguien adentro y podría enviarle a buscar al doctor.

Abrí la puerta y me quedé paralizada, sin estar segura de querer ver lo que tenía delante. Molly estaba junto al escritorio, inclinada sobre los cajones abiertos que estaba revisando. Alzó la mirada, me vio, y el color desapareció de sus mejillas.

Maldita sea. Claramente había tomado la decisión equivocada respecto a las criadas.

—Señora Bradwell, puedo expli...

—Silencio. No quiero oír ni una palabra. Toca esa campana, por favor.

Parecía congelada.

—¡Toca la campana!

Molly dio un salto, luego se acercó a la chimenea y tiró del cordón. Me dirigí al escritorio de James, cuyo contenido estaba ahora completamente revuelto.

Estúpida, estúpida muchacha.

—¿Creías que no notaría sus cosas todas revueltas?

—Planeaba volver a poner todo en orden —dijo en voz baja, con la mirada fija en el suelo. Había una dureza en sus palabras, y sentí la animosidad irradiando de ella en oleadas—. No sabe lo que es tener hambre, no tener cosas bonitas. Usted tienes tantas cosas bonitas, que ni siquiera se da cuenta cuando falta algo.

—¿Entonces has tomado otras cosas?

Pareció darse cuenta de su error y negó con la cabeza, los ojos muy abiertos.

—Poco importa si los Bradwell aprecian o no su riqueza, Molly. Es suya. Si de verdad estabas necesitada, debiste acudir a la señora Prescott, no tomar la justicia por tu mano para corregir supuestos desequilibrios. Robar está mal, siempre.

Molly seguía con la mirada baja, y el ceño fruncido de ira. Yo era la primera en admitir que el nivel de riqueza en Chelton era muy superior al que estaba acostumbrada, pero eso no justificaba revolver cajones y llevarse pequeños objetos a escondidas.

Acomodé los objetos en el cajón de James hasta darles un mínimo orden, y me detuve cuando algo en el rincón trasero llamó

mi atención. Tiré del cajón hasta poder leer el título completo y confirmé lo que sospechaba.

James estaba leyendo Los misterios de Udolfo. O lo escondía para que yo no volviera a asustarme leyéndolo.

Probablemente era lo primero. Mi corazón dio un brinco. ¿Lo había hecho por mí? Aunque no lograba entender cómo o por qué leer una novela podría beneficiarme, igual me calentó el pecho. Para un hombre tan contrario a leer por placer, encontrar un libro en su poder era un misterio que quería resolver.

Pero sería en otro momento, después de ocuparse de su pobre ojo y de esta ridícula doncella.

Un lacayo entró en la habitación y cerré el cajón.

—Necesito un cuenco con agua fresca y un paño limpio en el salón, con urgencia. Ha habido una lesión.

—Enseguida, señora —respondió, y se giró para irse.

—Espera, por favor —lo detuve.

Se detuvo.

—También necesito que la señora Prescott acuda al salón de inmediato, y que alguien vaya a buscar al doctor.

—Sí, señora. Por supuesto —vaciló un instante, como si no supiera si podía retirarse o no.

—Sí, puedes irte.

Se marchó, y me volví hacia Molly.

—Ven conmigo.

Ella hizo una pequeña reverencia y me siguió hacia el salón. Por un instante temí que saliera corriendo, pero se mantuvo justo detrás de mí. James estaba sentado en el sofá, la cabeza reclinada hacia atrás y la mano aun cubriéndole el ojo.

Señalé una silla de respaldo de escalera contra la pared.

—Siéntate —ordené, y Molly obedeció.

James levantó la vista enseguida, con la única ceja visible arqueada en alarma.

—No tú —dije. Ya estaba sentado.

Miró a Molly, y su confusión pareció intensificarse.

La señora Prescott entró entonces con un paño en la mano, seguida por Hannah, que traía un cuenco con agua.

—En la mesa, justo allí —dije, señalando la mesita frente al sofá donde James esperaba. Obedeció de inmediato y luego salió de la habitación.

El chasquido de los cascos sobre la grava me indicó que alguien a caballo abandonaba la propiedad, y me acerqué a la ventana para ver a un lacayo empelucado partir al galope. No sabía más que había ocurrido una lesión, así que esperaba que no alarmara demasiado al doctor.

Me giré hacia la señora Prescott, uniendo las manos al frente y dando un paso adelante.

—¿Tiene usted contacto con Janet? La doncella.

—Sí —respondió.

—Bien. Qué alivio. Por favor, escríbale y pídale que regrese. Le debemos una disculpa y su puesto, si aún lo desea.

El rostro de la señora Prescott se contrajo.

—Hoy encontré a Molly revisando más cajones. Está despedida —miré a Molly para subrayar mis palabras— inmediatamente. Me equivoqué, y pedí que se fuera la doncella equivocada.

El asombro del ama de llaves era comprensible.

—Ahora debo ocuparme de mi esposo. ¿Podría revisar las pertenencias de Molly antes de que se le permita abandonar la casa?

—Por supuesto, señora.

La señora Prescott indicó a Molly que se retirara y la siguió fuera de la habitación, haciendo una reverencia a mi suegra al cruzarse con ella en la puerta.

Me ardían las mejillas, y me volví hacia James en el sofá. Acerqué el cuenco con agua y me senté a su lado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí Lady Edith? ¿Qué había alcanzado a oír?

—¿Qué es todo esto? —preguntó mientras se acercaba—. ¿James?

—Una lesión en el ojo —expliqué—. He mandado llamar al doctor, y tengo un paño frío aquí.

—¿Y Molly?

—La sorprendí registrando los cajones del despacho y luego me soltó un discurso sobre la injusticia de no tener nada mientras esta casa rebosa de opulencia. Ha sido despedida, y la señora

Prescott enviará un mensaje a Janet para ofrecerle recuperar su puesto, si lo desea.

Lady Edith no dijo nada.

Doblé el paño, lo sumergí en el agua y lo escurrí.

—¿Quieres que te lo ponga sobre el ojo, James?

Me observaba con atención desde su único ojo visible.

—Sí, puedes hacerlo.

¿Puedo?

—Avísame si te duele —dije en voz baja. Retiró la mano de su párpado cerrado, que estaba rojo e hinchado. La culpa me retorció el estómago mientras le aplicaba el paño con suavidad.

Lady Edith se sentó frente a nosotros. El silencio se instaló en la habitación.

—¿Duele? —preguntó Lady Edith.

James sonrió.

—Un poco.

—No puedo disculparme lo suficiente, James. ¿Me perdonas?

—Con el tiempo, supongo.

Su respuesta me sobresaltó, pero la leve curva de sus labios delataba que bromeaba.

—Si mi presencia te resulta tan desagradable, puedo llamar a la señora Prescott para que continúe en mi lugar.

Él tanteó a ciegas hasta encontrar mi mano y rodeó mi muñeca con los dedos.

—Creo que podría dejarme convencer de tolerar tus cuidados un poco más.

—Qué magnánimo de tu parte —respondí con sorna.

Lady Edith carraspeó y di un respingo. Mi mano presionó con más fuerza el paño contra el ojo de James, quien se encogió, apartándose de mí.

—Perdóname —dije, retirando el paño.

—No ha sido nada.

—¿Está mejorando?

—La presión duele, pero el frescor se siente bien.

Volví a sumergir el paño en el agua, lo escurrí y se lo tendí. Él lo llevó a su ojo y lo sostuvo allí, una opción más segura,

evidentemente.

—¿Puedes ver con ese ojo? —preguntó Lady Edith.

—Sí, pero las imágenes se ven borrosas.

Oh, cielos. ¿Qué había hecho? ¿Y si mi estúpido intento de jugar con James le había arruinado la vista para siempre? Poco importaba que el juego hubiera sido idea suya. Yo era plenamente consciente de mi torpeza.

Unas pisadas nos advirtieron de la llegada de alguien, y Benedict apareció en el umbral, un rollo de hojas de periódico bajo el brazo.

—¿Y esto qué es?

—Mi encantadora esposa agredió mi ojo.

Resoplé.

—Creo que quieres decir que fue el ave la que agredió tu ojo.

—¿Ave? —chilló Lady Edith.

—La pluma—corrigió James—. Y con un golpe bastante potente.

Benedict golpeó su muslo con el periódico enrollado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Muy bien hecho, Felicity.

—Ben —lo reprendió su madre.

Él alzó las manos en señal de rendición.

—No es que me alegre de que te haya hecho daño, hermano. Pero debió de ser un golpe impresionante. Dime, James, ¿le enseñaste a atacar al ave desde arriba o desde abajo?

El único ojo visible de James fulminó a su hermano.

—Desde abajo, por supuesto. —Levantó la vista en gesto pensativo, y luego me miró—. ¿Tú golpeaste desde abajo, verdad?

—Mi recuerdo del momento está algo confuso, pero sí recuerdo que me enfoqué en golpear la pluma, no precisamente en cómo hacerlo. Mis intentos fallidos anteriores me sirvieron de motivación.

—Claro —la sonrisa de Benedict se ensanchó—. Me hubiera encantado verlo.

—Puedo prometerte con total seguridad que jamás volverás a ver a mi esposa jugar al badmington —dijo James con sorna.

Y yo estaba completamente de acuerdo.

Un movimiento frente a la casa llamó mi atención, y me levanté para mirar por la ventana.

—Creo que ha llegado el doctor.

Lady Edith soltó un suspiro de alivio.

—Nunca se sabe si el doctor Settle estará en la ciudad o no.

El doctor fue conducido a la sala poco después, y yo me mantuve a distancia, observando cómo dejaba su maletín de cuero en el suelo, junto a James.

—¿El paciente desea privacidad? —preguntó, mirando a Lady Edith.

—Mi esposa puede quedarse —dijo James.

Lady Edith y Benedict se levantaron para salir, y yo me mantuve firme junto a la ventana, notando cómo mi suegra me analizaba mientras pasaba. Su expresión era impenetrable, y no pude saber si estaba enfadada o simplemente recelosa. Decidí apartarlo de mi mente.

No había hecho nada malo.

Bueno, salvo golpear a mi esposo en el ojo con una pelotita emplumada.

El doctor parecía tener una edad similar a la de mi padre, su cabello castaño estaba salpicado generosamente de canas. Le pidió a James que se recostara en el sofá y se arrodilló a su lado, haciéndole todo tipo de preguntas sobre lo ocurrido y cómo se veía afectada su vista.

—¿Cuándo siente dolor?

—Cuando aplico presión —respondió James—. Aunque el frescor del paño fue un alivio menor.

—Mmm.

—Y puedo ver con el ojo, pero la visión es borrosa.

—Eso podría deberse a la presión y al paño. No sabremos si su visión ha quedado afectada de forma permanente hasta que lo retire durante un tiempo prolongado.

¿Afectada de forma permanente? Mis temores se hacían realidad. Había sido un alivio bromear con James, pero la situación era tan grave como había temido, y eso drenó de inmediato todo el humor.

—Retire el paño y dígame cómo se siente —pidió el doctor Settle.

—Como si tuviera arena en el ojo.

El doctor Settle continuó con la revisión, primero enjuagando el ojo de James y luego examinándolo con una gran lupa. Yo paseaba detrás de ellos, manteniéndome lo bastante lejos como para no estorbar.

Mis pasos ansiosos debieron de resultar demasiado, porque el doctor levantó la cabeza y me miró.

—La vista de su esposo probablemente se recuperará, señora. ¿Desea que llame a un sirviente? Me parece que a sus nervios les vendría bien una copita de jerez.

Jamás había recurrido al alcohol para calmar los nervios, y no quería empezar ahora. La idea de tener menos control o lucidez sobre mí misma solo los alteraba más.

—No necesito nada de ese tipo, pero puedo mandar traer té, si usted desea, doctor Settle —recordé cómo la señora Hutton le ofreció brandy a James cuando nos descubrieron en la biblioteca durante su baile—. ¿O algo más fuerte, si James quiere?

—No, pero le agradezco, señora. ¿Señor Bradwell?

La intensidad de la mirada de James no disminuía, pese a estar reducida a un solo ojo.

—Quédate, por favor. No necesito nada más.

—Por supuesto —me senté en la silla frente a ellos y concentré todos mis esfuerzos en mantener quietos los pies y aparentar una calma perfecta.

El resto del examen pasó con rapidez, hasta que el doctor Settle levantó la vista, me miró fijamente y preguntó:

—Señora Bradwell, ¿qué tan hábil es usted con la costura?

CAPÍTULO 29

Coser un parche para cubrir el ojo lesionado de James no me llevó más de un cuarto de hora. Fue un trabajo rápido: bastó con rematar los bordes de un trozo de tela que había sobrado a la señora Prescott y coserle una cinta para que James pudiera atárselo a la cabeza. El doctor Settle ya se había marchado cuando regresé al salón con el parche de tela negra en la mano.

Lady Edith estaba de pie junto a la ventana al momento de mi entrada. Benedict y Henry estaban sentados en el sofá, y la señora Moulton, cuya estancia se había extendido unos días para recuperarse tras ser llamada desde York, como dictaba el decoro, tomaba té en un mullido sillón junto a la chimenea apagada. James, sin embargo, no estaba.

Henry alzó la vista.

—Ha subido a descansar —explicó, adivinando con acierto a quién buscaban mis ojos por la habitación—. El doctor Settle no quiere que fuerce el ojo más de lo necesario hoy.

Benedict soltó una risotada.

—¿Y cómo se fuerza un ojo, exactamente? ¿Rodándolo con demasiada exasperación?

—A menos que quieras que tu hermano luzca un parche en el baile dentro de tres días, espero más apoyo de tu parte en esta etapa de sanación.

—Puede que quiera llevarlo de todos modos, madre. ¿No es acaso muy apuesto? —Benedict me miró—. ¿Puedo pedir uno también?

Negué con la cabeza, aunque la sonrisa se me escapó sin remedio.

—Compórtate —pidió Lady Edith—, o le darás a la señora Moulton la peor impresión de nosotros.

Benedict le sonrió a la directora, que alzó la vista de su té en ese momento, con las mejillas levemente sonrojadas.

—La señora Moulton es demasiado amable como para pensar mal de ti, madre, por culpa de mi comportamiento. Estoy seguro.

—Demasiado cierto —respondió ella.

Henry me observó permanecer en el umbral.

—¿Vas a llevarle el parche?

—Debería —aunque Benedict me había distraído.

—¿Has olvidado el camino? —preguntó Benedict, fingiendo preocupación.

Le lancé una sonrisa sarcástica.

—No. De hecho, creo que solo me he perdido dos veces esta semana.

—Eso es progreso —dijo con solemnidad fingida.

Lady Edith no pareció encontrar gracia en ninguno de estos intercambios y cruzó la sala hacia mí.

—Te acompañaré parte del camino. Quiero hablar con la señora Prescott.

Esperé junto a la puerta y salimos juntas. No fue hasta que nos alejamos bastante del salón que volvió a hablar.

—¿El ojo de James… se recuperará?

¿No le había contado James los detalles de la visita del doctor?

—El doctor Settle así lo cree. Aunque, el alcance del daño no se sabrá hasta mañana.

Soltó un suspiro.

—Qué alivio. No puedo esperar a que sea mañana.

—Sin duda.

El silencio se alargó entre nosotras, y me pregunté si quería que sacara el tema de las doncellas, o si prefería fingir que no había ocurrido. No podía hacerlo, sin embargo: fingir que algo no había pasado no lo borraba de la realidad. Y cuando llegamos a lo alto de la gran escalera, me giré hacia ella.

—¿Molly ya se fue de la casa?

—Sí. De hecho, la señora Prescott me informó poco después de que se marchara el doctor que se encontraron dos pequeños objetos

entre las cosas en su baúl. Una de las cajas de rapé con joyas de Benedict, y una pequeña figura decorativa de mi habitación.

—Si tan solo se me hubiera ocurrido revisar sus baúles desde el principio, habríamos evitado el error de despedir a la chica equivocada.

Lady Edith guardó silencio un momento. Apartó la mirada.

—Si no te hubiera dejado toda la carga del asunto, tal vez habría sugerido eso mismo en lugar de observarte manejarlo mal. Mi orgullo estaba herido, y espero que puedas perdonar la manera tan insensible en la que te dejé lidiar con todo.

Una dulce sensación de reivindicación me llenó el pecho, seguida rápidamente por la humildad. No iba a presumir de esta victoria, pues podía ver que a mi suegra le había costado admitir su error.

Yo también cargaba con parte de la culpa.

—Si tan solo hubiera pedido ayuda, en lugar de sentir que debía demostrar que merecía estar aquí, podríamos haber trabajado juntas para encontrar la mejor solución.

—No pretendo ser perfecta —dijo Lady Edith.

Hice todo lo posible por esconder mi asombro, pues estaba segura de que desde que llegué a Chelton su único propósito había sido proyectar perfección, tanto dentro como fuera del hogar.

—Pero puedo admitir cuando me equivoco —añadió. Respiró hondo, con cierta dificultad, y pude ver cuánto le costaba decirlo—. No debí decirte que debías probar tu valía, Felicity. No era mi lugar decidir si eras digna o no de los roles que ya ostentabas. El de señora de esta casa y el de esposa de James.

—Gracias.

—Permití que la naturaleza de tu entrada en esta familia contaminara mi percepción de ti, y desde entonces he aprendido el valor del perdón y la contrición. Me has impresionado en la última semana. Observé cómo manejaste la situación hoy con la doncella y con la lesión de James, y lo hiciste exactamente como lo habría hecho yo.

El cumplido que pronunció quedó ensombrecido por dos palabras que no podía sacar de mi mente: perdón y contrición. ¿De

parte de quién? Ella no tenía nada que perdonarme, pues no había hecho nada malo al casarme con su hijo.

¿O acaso creía que la boda había sido idea mía, que había buscado su dinero o su posición?

—Perdone mi confusión, Lady Edith, pero ¿quiere decir que cree que de algún modo convencí a James de casarse conmigo?

Parpadeó, sorprendida.

—Pues claro.

El asombro me recorrió como una ola rompiendo sobre la orilla. Lady Edith no solo conocía los rumores que rodeaban nuestro compromiso: los creía. ¿Mi buen carácter no había bastado para demostrar mi inocencia?

—Te dejo llevarle eso a James —dijo, señalando el parche que yo aún sujetaba con fuerza.

—No.

Lady Edith se sobresaltó.

—¿Cómo dices?

—No puedo aceptar semejante afrenta contra mi carácter. No he hecho nada para merecerla, así que no puedo dejarla pasar sin réplica.

Soltó una risa incómoda.

—Seguramente comprenderás que no soy tan fácil de convencer como otros.

—¿Convencerse de mi buen carácter? —Hundía el cuchillo más y más con cada nueva revelación. Me temblaban las manos, pero la voz me salía firme, sostenida sin duda por la indignación justa que me quemaba por dentro—. No he intentado engañar a nadie, y mucho menos a esta familia. He sido completamente clara y sincera desde el principio.

Sus ojos eran duros.

—Puede que yo no haya estado en Londres, pero conozco a James desde que nació. Mi hijo no se habría casado de forma impulsiva con nadie, a menos que lo hubieran convencido de hacerlo. No tenía motivo alguno para aceptar esa unión. Es un hombre de prestigio, con un buen nombre, una fortuna… ¿qué razón

tendría para casarse con una chica sin dinero ni posición social si no fue por algún tipo de persuasión o coerción de tu parte?

Me quedé helada, conteniendo el temblor de rabia que me recorrió. Sus opiniones y creencias estaban dolorosamente claras.

—Cree que seduje a su hijo.

No se dignó a responder mi crudeza.

Solté una risa incrédula, sin poder creer lo que oía. La naturaleza de su desprecio estaba ahora clara, pero no el grado en que se aferraba a él. Que todo Londres, casi completos desconocidos, pensaran mal de mí era una cosa. Pero ¿esta mujer? ¿Después de semanas viviendo en su casa y demostrando quién era?

—Quizá le interese saber que nuestro aprieto fue producto de los intentos de su hijo por ayudarme a superar los nervios que me provocan los eventos sociales. La amabilidad que me mostró fue completamente inocente y malinterpretada por quienes nos encontraron. No fue mi intención atraparlo.

Su escepticismo era casi palpable, visible en el fruncimiento de su nariz y el gesto torcido de sus labios, lo que sólo hizo que se me erizara la piel.

—Si alguien tiene la culpa, Lady Edith, es usted —dije—. Su hijo insistió en casarse conmigo por voluntad propia, sin que yo lo convenciera. Cuando le pregunté por qué se empeñaba en hacerlo, me explicó que había hecho una promesa a su madre hacía años, y que no podría vivir consigo mismo si no cumplía con su deber de salvaguardar nuestras reputaciones.

—¿Promesa? —Sus labios se tensaron—. Esa promesa la arrancamos en un momento de desesperación, cuando Thea fue rechazada por el hermano de su padre y llegó a nuestra puerta, hambrienta y asustada. Les pedí a mis hijos que nunca maltrataran a una mujer necesitada, y juraron que no lo harían. Esta situación no se compara.

Nunca maltratar a una mujer necesitada. James debió de creer que, si me dejaba a merced de la sociedad, me estaría abandonando. No podía cambiar lo sucedido, pero al menos ahora comprendía el origen de sus motivaciones: eran caballerosas, tal como había sospechado.

Lady Edith, sin embargo, no parecía compartir esa opinión. Me miraba con el desagrado reservado a un olor particularmente fétido. Tragué el dolor que se extendía por mi pecho.

—Mientras usted se ha dedicado a buscar a quién culpar, yo he intentado sacar lo mejor de esta situación difícil. No podemos cambiar lo ocurrido, Lady Edith, así que le sugiero que encuentre la manera de hacer las paces con la realidad.

Me di la vuelta antes de que mi lengua siguiera hablando sin filtro, con el corazón desbocado, pero no me permitió marcharme todavía.

—¿Cómo esperas que crea que no estás encantada de encontrarte como señora de Chelton? ¿Que no sabías en qué estabas metiéndote al casarte?

No iba a pinchar su inflado orgullo familiar contándole que nunca había oído hablar de su gran finca antes de que James la mencionara, ni que desconocía por completo su nivel de ingresos. Me enfrenté a ella.

—Debería quedarle muy claro a estas alturas que no me desenvuelvo con facilidad en los eventos sociales. No abandoné el baile de Lady Grenville a mitad de la danza porque estuviera enferma por un hijo. Me fui porque la atención abrumadora de la sala casi me hizo desmayar.

—¿Desmayarte?

—Sí. No soy más capaz de controlar el malestar físico que me provocan las multitudes que usted y su mal estómago en una carroza. Cuando deje a un lado los prejuicios que tan libremente has colocado sobre mí, tal vez vea que no soy una cazafortunas ni una cazamaridos.

—No puedes declararte inocente cuando admitiste que conocías a Henry desde el verano pasado.

Se me cayó la mandíbula, y negué con la cabeza.

—Henry nunca me dijo el nombre de su finca ni de sus hermanos. No habló de su inmensa fortuna, y yo no la deduje por el poco tiempo que pasé en vuestra casa de campo. Por el amor de Dios, Lady Edith —solté una risa sin alegría—. Puede preguntárselo usted misma, ya que claramente no me cree, pero confíe en que

Henry no es precisamente jactancioso. Ni siquiera supe el apellido de James hasta después de comprometernos.

Aun así, no pareció creerme, y me di la vuelta. No tenía sentido seguir defendiendo mi inocencia cuando estaba claro que no pensaba concedérmela.

El corazón me latía con fuerza cuando llegué a la puerta de James, y entré sin llamar. Estaba tumbado en la cama, con el brazo sobre la frente. La habitación estaba en penumbra, las cortinas corridas y el lecho envuelto en sombras por las telas que colgaban a su alrededor, salvo por un lado abierto.

—¿Has traído mi parche? —preguntó.

—Sí —respondí. Mi tono cortante debió alertarlo de mi mal humor.

—¿Qué ha pasado para alterarte así?

—Nada. Yo… tu… —Negué con la cabeza. ¿Cómo le contaba semejante monstruosidad como la que había pintado Lady Edith? Me senté al borde de la cama, mirando hacia donde él descansaba entre los almohadones—. James, cuando hablamos por primera vez de nuestro compromiso, mencionaste que le habías hecho una promesa a tu madre y que no podrías vivir contigo mismo si no la cumplías. Ella me lo ha contado esta noche, que tras la llegada de la señorita Northcott, les pidió a tus hermanos que juraran...

—Esa no es la promesa a la que me refería —me interrumpió. Me miró un largo instante, su ojo sano analizando mi rostro—. Aunque entiendo por qué ella podría pensarlo.

—¿Me dirás entonces cuál era?

Esperó un momento antes de hablar, y luego se incorporó para quedar sentado.

—Sí. Cuando partí a Eton siendo un muchacho, mi madre me tomó aparte y me explicó la importancia del deber y de hacer lo correcto por la familia. Me habló de la obligación particular que yo tenía como hijo mayor y heredero, y me hizo prometer que no haría nada que mancillara el nombre de los Bradwell, que lo respetaría y protegería el resto de mi vida.

La realización me golpeó como un caballo desbocado, tan repentina que me sacudió. Yo había pensado que la necesidad de

James de cumplir su promesa tenía que ver conmigo, pero me había equivocado. Se trataba de honrar su propio nombre.

—Tu madre valora vuestro apellido como si fuera un título nobiliario.

—Sí, precisamente. No nos ha ganado un lugar en la Cámara de los Lords, por supuesto, pero no por eso es menos importante para nosotros.

—¿Pero por qué? ¿Por qué el nombre de Bradwell está por encima de ti, por encima de tus hermanos y su felicidad? ¿Elegiste a una esposa que era una verdadera desconocida para ti por el bien de un nombre?

—Eso fue solo una pequeña parte...

—Pero fue parte.

—Por supuesto que lo fue —dijo rápidamente. Sus ojos eran firmes, como si quisiera que entendiera. —¿Y tus padres, Liss? ¿Quieres decir que no tuvieron influencia en tu disposición a aceptar nuestra unión?

Habían tenido una gran influencia en mi decisión. James me quitó el viento de las velas pretenciosas al señalarlo.

—Mis padres sí influyeron en mi decisión. No podía quitarles lo único por lo que viven, James.

—¿Qué es eso?

—Su calendario social.

Extendió la mano sobre la manta y tomó la mía, y de inmediato me sentí mejor por estar conectada con él de alguna forma.

—No es de extrañar que te hayas sentido herida cuando pospusieron su fecha de llegada. ¿Es esto algo común?

—He pasado mi vida a la sombra de situaciones sociales. La única que realmente disfruté fue la fiesta en la casa que asistíamos todos los años en el castillo de Arden, porque pude pasar ese tiempo con mi prima Jane. Pero mis padres prosperan al estar rodeados de sus amigos y asistir a bailes y soireés o recibir cenas y fiestas de cartas. Cuando llegué a la mayoría de edad y se esperaba que me uniera a ellos, rápidamente nos dimos cuenta de que yo era una muleta en su sistema, que los retenía. Mis ataques de nervios eran

un obstáculo, y por mucho que mi mamá me quiera, nunca podría entender por qué iba a tales extremos para evitar bailar.

—Como si te desmayaras a propósito.

Lo miré con ironía, consciente de su pulgar dibujando círculos perezosos alrededor de mi vieja quemadura.

—Tú fuiste la primera persona en aceptar mis ataques de ansiedad y los desmayos por lo que eran, y en no ponerme más expectativas de las que podía soportar.

Él soltó una ligera risa.

—No he hecho más que aumentar tus expectativas desde nuestro matrimonio.

—El problema, creo, es que no sabía lo que estaba aceptando cuando me casé contigo.

—Y yo no me di cuenta de que sería un problema. Nunca se me ocurrió que encontrarías a Chelton una carga. —Me miró con seriedad, pero me era difícil tomarlo en serio con un ojo hinchado cerrado.

Le levanté el regalo.

—¿Vamos a atar el parche ahora?

—Supongo —dijo, algo apagado.

James se sentó al frente, y yo me arrodillé a su lado, colocando suavemente el parche sobre su ojo lesionado y ajustando los cordones alrededor de su cabeza. Me incliné hacia adelante para atarlo en su lugar, y cuando volví a sentarme sobre mis talones, él me observaba de cerca con su ojo bueno. La cama estaba tenue, las cortinas estaban bien cerradas excepto de un lado, y mi respiración se detuvo por la intensidad de su expresión.

—Me he preguntado varias veces desde que te traje a Chelton si cometí un error —dijo en voz baja—. Si, tal vez, te hubieras casado con el hermano Bradwell equivocado.

Me congelé. ¿Qué sabía él sobre mi tiempo en la cabaña de caza el año pasado? ¿Había dado sin querer alguna pista de mi pequeño afecto? No. No podía haber sido. Eso se fue en el momento en que James me cargó fuera del salón Pickering.

—No tomes mal lo que quiero decir —añadió rápidamente—. No deseo que te hubieras casado con otro hombre. En verdad, solo

me pregunto si habrías sido más feliz casada con alguien que te entendiera mejor. Un hombre que no te obligara a montar caballos que no te gustaban o jugar juegos con él en el jardín.

—Tú fuiste el que más sufrió en esa situación en particular.

—Cierto. —Miró hacia otro lado, su mano cayendo de la mía—. El Dr. Settle recomendó que intentara dormir, y creo que sería prudente seguir su consejo.

Casi salté por el impacto que esto me causó. Necesitaba dormir, y no quería que yo estuviera allí, por la forma en que miraba la puerta.

—¿Quieres que me vaya?

Su boca curvó una triste sonrisa.

—¿Que lo quiera? No. Pero creo que sería lo mejor.

CAPÍTULO 30

El día antes del baile amaneció nublado, y Lady Edith estaba hecha un manojo de nervios. Si llovía, sus planes de abrir el patio se irían al traste y el salón de baile iba a estar demasiado apretado. Si no llovía, todo estaría bien. No habíamos hablado de nuestra discusión desde que ocurrió dos días antes, y casi no había visto a James.

Él no había venido a mi habitación en las últimas dos noches, y no estaba segura de poder asistir a un baile tan grande sin su firme apoyo. Pero como iba a ser dado en mi honor, poco podía hacer al respecto. Había dado vueltas y más vueltas a sus palabras en mi mente desde que las dijo y no podía reconciliar la verdad con sus preocupaciones. No le había dado a James motivo alguno para creer que prefería a su hermano, una verdad simple, ya que no prefería a nadie sobre mi marido.

Descendí la escalera principal, rodeada de un ajetreo de actividad por los preparativos del baile, y un lacayo se acercó cuando llegué al suelo a rayas.

—¿Sí?

—Tiene visitas, señora, en el salón.

Esto era exactamente lo último que necesitaba. Si eran los Whitstone intentando ganarse nuevamente mi favor después de su grosería en el baile de Grenville, fingiría un dolor de cabeza. No me importaba si era grosero.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—El Sr. y la Sra. Lennox, señora.

Jane. Mi corazón saltó hasta mi garganta. Podría haberme desplomado de alivio

—Gracias —dije calmadamente, aunque por dentro mi corazón latía desbocado, y fui directamente al salón.

Jane estaba cerca de la chimenea, admirando el cuadro sobre la repisa, con su alto marido a su lado. Ella parecía un retrato de compostura, con su cabello azabache arreglado cuidadosamente y su vestido verde de viaje sin una sola arruga. Ewan parecía siempre un caballero, con su cabello oscuro peinado a un lado, y no era evidente hasta que hablaba, con su acento grueso, lo escocés que era. Aunque había algo de bronceado en su rostro que le quedaba bien.

—Jane, Ewan —dije, entrando en la habitación.

Jane se giró, y ambas cruzamos la habitación rápidamente, abrazándonos al encontrarnos. Ella me tomó de los codos y se echó atrás.

—Felicity, ¡esta casa! Apenas merece el nombre.

—Es mucho para asimilar, lo sé bien.

Ewan dio un paso al frente y tomó mi mano, besándome la parte superior de los nudillos.

—Sí, lo que vimos de los jardines era bonito cuando llegamos. No puedo esperar para ver más de tu estanque de pesca.

Su insinuación fue fácilmente comprendida.

—Estoy segura de que a mi esposo le complacerá más que de sobra cualquier excusa para pescar.

—En efecto —dijo James, entrando en la habitación. Su parche oscuro aún envolvía su cabeza, pero su sonrisa no se había apagado —. Disfruto mucho escapando a pasar una tarde tranquila en el estanque.

Jane se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Son todos los hermanos tan guapos?

La empujé con el codo para que se callara.

—James, ven a conocer a mi prima Jane y a su marido Ewan Lennox.

Se intercambiaron los saludos apropiados. James vino a mi lado, y no me había dado cuenta de cuánto me había afectado el espacio entre nosotros estos dos últimos días hasta que estuvo tan cerca. Sentí una necesidad imperiosa de tomar su mano, pero temía su rechazo.

—El baile es mañana por la noche —dije—. ¿Recibiste mi invitación?

—Poco después de tu carta, sí. Vine preparada con un vestido de baile.

Uní mis manos frente a mí.

—Escribí para invitar a tu madre y a Lord Moorington al baile, pero como no recibí respuesta, supongo que no están en Arden Castle en este momento.

—No, están pasando un tiempo en Brighton por ahora. Pero estoy segura de que mamá habría asistido a tu baile si hubiera estado en casa.

—Será concurrido —dije—. O eso me han dicho.

—¿En una casa tan grande? Me pregunto cómo se gestionará eso.

James sonrió.

—Mi madre no suele recibir a mucha gente, así que invita a todos los que conoce cuando lo hace.

—Eso es amable de su parte. Estoy segura de que será muy divertido.

—Mientras no tenga que bailar con nadie más que contigo, estaré felizmente ocupado —dijo Ewan, su acento escocés más fuerte.

Jane se sonrojó de forma encantadora y le dio un golpecito juguetón a su marido en el brazo.

—Sonarás grosero si no tienes cuidado.

—Soy escocés, después de todo. ¿No se espera acaso?

James me miró brevemente.

—No suenas más que comprensible para mis oídos, Sr. Lennox.

Crucé hasta la chimenea y tiré de la cuerda de la campanilla para llamar al ama de llaves. Podría haberlos llevado yo misma a su habitación, pero no sabía cuál era.

—No puedo esperar para ver los jardines —dijo Jane.

James aclaró la garganta.

—¿Tienes hambre? Tal vez, después de que hayas tenido la oportunidad de instalarte en tu habitación, podamos encontrarnos

en el salón para tomar algo. Estaré encantado de mostrarle al Sr. Lennox el estanque después.

—Eso suena encantador —dijo Jane.

La Sra. Prescott apareció en la puerta un momento después.

—El Sr. y la Sra. Lennox han llegado —dije—. ¿Está lista su habitación?

—Sí, señora. La hemos tenido lista desde hace unos días.

Jane me miró con los ojos impresionados.

—Eres toda una anfitriona, Lissy.

El uso de su apodo familiar me apretó el pecho de manera agridulce. Echaba mucho de menos a mis padres, pero me alegraba tener a Jane.

—No sabía cuándo ni si esperarte, así que preparé una habitación por si podías venir.

—Si desea venir conmigo —dijo la Sra. Prescott, y Jane y Ewan la siguieron fuera de la habitación.

Cuando sus pasos se alejaron, me volví hacia James. Las cosas entre nosotros estaban tensas, como si un fino hilo pasara de su corazón al mío, tenso y quebradizo.

—¿Es prudente irnos por la tarde cuando hay tanto por hacer para preparar el baile?

Él sonrió amablemente.

—Madre tiene todo bajo control. Nunca requiere mi ayuda para estas cosas hasta que comienza el evento. Te prometo que estaré allí, vestido con lo mejor, a la hora acordada mañana.

—Si estás seguro.

—He vivido en esta casa mucho tiempo. No hay nada que ella quiera de mí hoy, te lo aseguro —dijo él, acercándose, pero manteniendo las manos a la espalda—. Supongo que tampoco hay nada que debas atender tú. Puedes ser la señora de Chelton, pero mi madre es la que organiza el baile en tu honor. Ella querría que pasaras tiempo con tu prima hoy.

Eso sonaba más como una excusa para el deseo de Lady Edith de deshacerse de mi presencia.

—¿Cómo aprenderé lo que se necesita hacer si no me lo enseña? Estaré completamente desprevenida para el día en que

deba organizar un evento.

—Seguramente mi madre te ayudará en su momento —sonrió mientras hablaba, pero sus palabras dieron una extraña vuelta en mi cabeza, negándose a asentarse.

Hasta que cayeron una por una en su lugar con alarmante claridad. Claro que me ayudaría cuando llegara el momento, porque siempre estaría aquí.

—¿Qué pasa? —preguntó James suavemente, acercándose a mi lado. Miraba entre mis ojos, con el ceño fruncido.

—Lady Edith es incapaz de dejar Chelton. Vivirá aquí con nosotros siempre.

—Eso supongo. Viajar es difícil para ella, como sabes —hizo una pausa, el aire entre nosotros se espesó—. ¿Será un problema?

—Solo si tu madre sigue odiándome.

Retrocedió como si le hubieran abofeteado.

—No deberías hablar así.

Al menos me consolaba saber que Lady Edith no había llegado tan lejos como para compartir sus malas opiniones sobre mí con James. O tal vez me permitía ese privilegio, lo cual solo me haría parecer desagradable.

—Es la verdad —dije finalmente.

—No puede ser. Mi madre no odia a nadie. Incluso sigue cuidando a Lady Whitstone, a pesar de la terrible pelea que tuvieron.

—Lo he oído de sus labios, James —dije, con la voz cansada. Aunque quizás odio era una palabra demasiado fuerte, los sentimientos eran similares—. Ella cree que te atrapé para casarme contigo, que tenía la vista puesta en tu fortuna y esta gran mansión. —Me burlé ligeramente—. Como si quisiera estar a cargo de una casa tan grandiosa.

Su rostro se tensó, y se frotó la mandíbula con la mano.

—¿Te dijo todo esto la otra noche cuando me trajiste el parche ocular? —Su aceptación tan pronta no me hizo sentir mejor.

—Sí. Me defendí, pero todo fue en vano. Parece que su opinión es inamovible.

—La cambiaremos.

—¿Cómo?

—Le diré la verdad —dijo con sencillez.

—No te creerá. Soy una arpía, ¿no lo sabías? —La amargura se deslizó de mi lengua, y no fue un sonido agradable. No me gustaba cómo me sentía ni las cosas que estaba diciendo. Cerré los ojos y pasé los dedos por mis párpados, apartando el dolor de cabeza que se acercaba—. Perdona mi lengua suelta, James. Estoy nerviosa por el baile de mañana, y eso me está haciendo decir cosas que no debería.

—No tienes que disculparte conmigo. Parece que hay una conversación que debo tener con mi madre después de todo.

—No —dije, tomando su antebrazo—. Por favor, no lo hagas. Las cosas entre nosotras ya son lo suficientemente incómodas, y no creo que importe lo que le digas. Ella ya tiene su idea hecha sobre el asunto.

—Pero eres inocente de lo que te acusa.

Su voz llevaba más fuego del que esperaba, y su defensa de mi carácter fue un bálsamo para mi ánimo.

—Ciertamente, pero tú y yo lo sabemos, ¿entonces qué importa? —Respiré hondo y lo miré con firmeza, la verdad de mis palabras resonando en mí con ferocidad. Las creía verdaderas, y eso me sorprendió más que nada.

Me miró, su único ojo visible saltando de uno a otro de los míos.

—Eso no es lo que dijiste en nuestro desayuno de bodas.

Tenía razón. Le había dicho durante el desayuno que me importaba mucho demostrar a la sociedad que era inocente, que mi corazón y mis intenciones eran puros.

—No, no lo dije. No me sentía así en ese momento. Creo que he crecido un poco desde que dejamos Londres.

—¿O tal vez la distancia te ha mostrado algo que yo siempre supe?

—¿Qué es eso?

Se acercó y trazó un dedo por mi mejilla y detrás de mi oreja, enviando una oleada de escalofríos por mi cuello.

—No importa lo que los demás piensen de nosotros. Lo que importa es cómo nos vemos a nosotros mismos. Mi buen nombre

está intacto, y podemos dormir tranquilos sabiendo que no hemos hecho nada para mancharlo. Podemos caminar con la cabeza en alto, con orgullo e integridad, sabiendo que no hemos hecho nada malo.

—Bueno, cometimos un error —corregí—. O dos, quizás.

—¿Oh?

—Sí. Escapamos del salón de baile cuando deberíamos habernos quedado, y bailamos solos.

Sus ojos verde-marrones me miraron fijamente, y la intensidad de sus palabras resonó en su voz calmada y profunda.

—He pensado en esa noche a menudo en los últimos meses, y no puedo decir que me arrepienta de nada de eso.

—¿Incluso del baile?

—Especialmente del baile —confirmó—. Si no hubiéramos compartido ese vals, quizás nunca habría conocido tu talento.

Una risa poco femenina salió de mi garganta.

—Soy todo menos talentosa. Mis nervios lo arruinan.

Él me miraba aún, el dorso de sus nudillos rozando mi pómulo.

—En compañía, sí, eres nerviosa. ¿Sola? Cuando nadie te ve… eres un cisne, mi amor.

Me quedé congelada bajo sus dedos, mis ojos abriéndose como platos. ¿Lo había dicho en serio?

Parece que reaccionó de manera similar, con sus nudillos quedándose quietos.

—Liss...

—¡Dios mío! —dijo Jane, entrando en la habitación con su alto marido escocés detrás de ella—. La habitación que nos asignaste es preciosa, Lissy. No puedo creer que esta sea tu casa.

James no parecía oírlos, su mirada permanecía fija en la mía. Coloqué una sonrisa en mi rostro y me alejé, y su mano cayó a su lado.

—Te lo advertí en mi carta —dije con ánimo.

Los ojos de Jane se agrandaron.

—Creo que la llamaste una hermosa propiedad y una vez mencionaste que era grande. No tenía idea de que fuera tan grandiosa.

Ewan deslizó un brazo alrededor de la cintura de su esposa.

—No sabíamos dónde encontrar el salón, así que volvimos aquí.

—Si eres como yo, te perderás muchas veces antes de encontrar alguna de las habitaciones que buscas.

Las mejillas de Jane se tiñeron de rosa.

—Sí, ya lo hemos hecho.

—¿Qué pasa? Estás sonrojada.

Sus ojos se deslizaron hacia James y luego volvieron a mí. Por el amor de Dios, no tenía por qué temer hablar delante de él.

—¿Te gustaría mostrarles el salón? —me preguntó James en voz baja. También debía haber notado su vacilación—. Mandaré a alguien por unos refrigerios.

Asentí y pasé mi brazo por el de Jane, sacándola de la habitación, con Ewan justo detrás de nosotras.

—¿Qué ocurre? —le pregunté una vez fuera.

—Entramos en una conversación privada mientras buscábamos nuevamente la sala de dibujo, y temo haber causado una gran ofensa.

—¿De qué manera?

Miró por encima del hombro hacia su esposo, luego continuó:

—Conocía a la mujer… la señora Moulton, ¿la recuerdas? Asistí a su escuela en York durante algunos años… y me alegré tanto de verla de manera tan inesperada. Interrumpí de forma grosera, y el hombre que hablaba con ella parecía sumamente molesto.

Por eso el nombre siempre me había sonado familiar. Jane me había escrito durante su estancia en la escuela y debió de mencionarla por nombre. Aliviada de resolver al fin ese pequeño misterio, volví a centrarme en su leve preocupación.

—¿Un hombre hablaba con ella? ¿Sabes su nombre?

—No, pero se parece a tu James, solo que con el cabello rizado.

—Benedict, el menor de los hermanos —ella ya había conocido a Henry el verano pasado, así que fue fácil deducirlo.

Mostró los dientes en una mueca de angustia.

—¿Crees que haya causado una gran ofensa? Me temo que la informalidad de Escocia ha empezado a cambiarme un poco —añadió, lanzándole una mirada irónica a Ewan, quien simplemente ignoró el comentario. No pude evitar pensar que era una broma privada entre ellos.

—Me sorprendería muchísimo que así fuera. Benedict tiene el carácter más afable del mundo y no se le debe tomar demasiado en serio.

—Parecía estar en una conversación muy seria con la señora Moulton, y bastante frustrado, además.

—Puedo dar fe de ello —añadió Ewan.

Qué extraño.

—No le des más vueltas. Pero hablaré con él y me aseguraré de que entienda que tu interrupción fue fruto de la sorpresa al encontrarte con tu antigua directora aquí.

Llegamos a la puerta del salón, y desde el pasillo nos llegaron los sonidos de los preparativos del baile.

—Gracias, Lissy —dijo Jane, apretando mi mano y mirándome a los ojos. Los suyos se entrecerraron un poco—. Hay algo en ti que ha cambiado, pero no logro identificar qué es.

—Quizá sea que ahora estoy casada, lejos de mis padres y viviendo en un museo enorme.

Soltó una carcajada.

—Sí, todo eso. Pero hay algo más. Meditaré hasta descubrir exactamente qué es.

Negué con la cabeza, indulgente, y la llevé al interior del salón. Era tan, tan bueno tener a mi amiga aquí.

CAPÍTULO 31

El amplio vestido blanco se extendía sobre mi cama como un manto de nieve recién caída. Fanny había insistido en arreglarme el cabello antes de ayudarme a vestirme, para evitar estar sentada demasiado tiempo y arrugar el vestido. Observaba la masa de tela blanca a través del espejo, tan hipnotizada como horrorizada por ella. Los tonos florales, los diseños pintados en el suelo y los tapices especiales en las paredes transmitían el mensaje que Lady Edith quería dar: inocencia.

Sin embargo, ella misma no creía en mi inocencia, así que me preguntaba cuál era el sentido de toda esa farsa. Si ni mi propia suegra podía aceptar la verdad de mis labios, ¿cómo esperaba que lo hiciera la sociedad de Bakewell con esta puesta en escena?

Llamaron a la puerta contigua, y Fanny fue a abrir. Habló en voz baja, luego retrocedió y dejó pasar al visitante.

James entró en mi habitación, aunque se quedó en el umbral, y yo me giré en mi asiento para verlo mejor. Su chaqueta y calzones negros eran impecables, el chaleco oscuro y la corbata blanca, nítidos y almidonados. Parecía un perfecto y apuesto canalla, con su parche en el ojo, y me gustaba demasiado cómo le quedaba.

Si le pareció extraño que lo mirara fijamente, no lo comentó.

—Hay algo que quiero mostrarte antes de que empiece el baile, si tienes un minuto.

—Por supuesto —no había dormido junto a James en días, y lo extrañaba. Su voz, su rostro hermoso, me habían perseguido en sueños inquietos, y odiaba que estuviera tan cerca y al mismo tiempo se sintiera tan lejano.

Me dirigió una rápida inclinación de cabeza, a mí y luego a Fanny, y volvió a su habitación.

—Ya casi terminamos —dijo Fanny al regresar a mi lado—. Solo falta colocar estas flores.

Señaló la ridícula pila sobre mi tocador que Madame Rousseau había preparado para mi cabello.

—No hace falta que pongamos todas —dije con firmeza. Había estado tentada de ponerme el vestido rosa del baile solo para llevarle la contraria a mi suegra, pero incluso yo tenía más autocontrol cómo para hacer eso—. ¿Quizá una o dos?

—Yo también pensé que tantas flores no iban con su estilo, señora, si me permite decirlo. Su cabello se vería más blanco que cobrizo si las pusiera todas.

Fanny fue rápida al colocar unas pocas flores entre mis rizos y ayudarme a ponerme el vestido. Una vez puesto, alisé con las manos la sobrefalda de gasa. Tenía una favorecedora cintura imperio que caía con elegancia hasta una enorme cola. La capa superior se fruncía en el dobladillo con una cantidad absurda de flores amontonadas. Habría sido perfectamente elegante si llevara la mitad de las rosas, exactamente como era durante la prueba.

Apreté los dientes y crucé la habitación, el peso del vestido dificultaba mis movimientos. Quería deslizarme, no arrastrarme. Exhalé con frustración y llamé a la puerta contigua. James la abrió con tanta rapidez que solo podía suponer que estaba esperando cerca.

Su mirada recorrió mi figura, y sus ojos se agrandaron con aprecio. Silbó suavemente, casi por accidente, y luego carraspeó.

—Eres una visión, Liss.

—Gracias —hice una reverencia leve, más en broma que en serio—. Puedes darle las gracias a tu madre por el diseño. Quería que me rociara de blanco allá donde fuera esta noche.

—Ingenioso.

Manipulador.

—¿Vamos? —preguntó, ofreciéndome el brazo. Coloqué mi mano enguantada sobre su codo doblado y lo seguí fuera de la habitación. En lugar de bajar por la escalera principal, James me condujo por unos pasillos y subimos una escalera que me resultaba

vagamente familiar. Estaba segura de haberme perdido allí una o dos veces, pero no sabía exactamente dónde estábamos.

Llegamos a un pasillo largo y abierto, iluminado por apliques de pared y con ventanas que daban al patio interior. La pared opuesta a las ventanas estaba cubierta de marcos dorados y retratos de todos los tamaños.

—¿Habías estado aquí antes? Esta es nuestra galería familiar.

—No, nunca —me separé de él para ver mejor los cuadros.

El más grande al final mostraba a un hombre alto, de cabello castaño y rizado, con los mismos ojos de James. Vestía uniforme militar, con una chaqueta roja llamativa y sus medallas relucientes.

—Ese es mi padre —dijo James, aunque ya lo había supuesto.

—Era muy apuesto.

—Y valiente —añadió él. Se apartó un poco y se detuvo frente a otro retrato, esta vez de un hombre con peluca blanca y una corbata de encaje—. Este es mi abuelo.

Pasamos casi media hora recorriendo el pasillo y hablando de los antepasados de James, de sus logros y de las partes de la finca que cada uno había desarrollado. La historia de Inglaterra estaba profundamente entrelazada con los logros militares de los Bradwell, hasta llegar al último, y no pude evitar sentir una oleada de orgullo al escuchar las anécdotas de James. Esa línea fuerte albergaba a los antepasados de mis futuros hijos. El nombre pasaba de padre a hijo, acumulando deberes y responsabilidades que no habían asfixiado ni apagado a cada hombre, sino que les habían dado un motivo para luchar.

El orgullo Bradwell era algo vivo, y yo lo había visto de una forma completamente errónea.

—Para ser una familia tan militar, me sorprende que ninguno de ustedes… —me detuve, consciente de que estaba a punto de hacer una pregunta muy personal. No quería que James creyera que lo juzgaba por no seguir los pasos de su padre y unirse al ejército.

Él me dedicó una breve sonrisa.

—Henry sí lo hizo, de hecho. Se alistó justo al salir de Eton y siguió a mi padre al otro lado del Atlántico para luchar contra Napoleón.

¿Henry? ¿El tranquilo y estudioso Henry?

—No tenía ni idea.

—No le gusta hablar de eso. Renunció poco después de traer a mi padre de regreso desde Waterloo para que lo enterráramos aquí, en el cementerio familiar. No sé si Henry nunca tuvo intención de ser soldado de carrera, si perder a mi padre le cambió la perspectiva, o si siempre tuvo pensado renunciar cuando se resolviera el conflicto en el continente. No hablamos de ello.

—Estuvo allí —dije con reverencia, mientras los hechos encajaban. Henry estuvo presente en la batalla que mató a su padre.

James asintió, con la boca tensa en una línea firme.

—No puedo creer que no lo supiera —aunque ahora muchas cosas tenían sentido. Henry no conocía a la señorita Northcott, un cambio en la casa Bradwell que debió ocurrir mientras él estaba fuera. Era reservado por naturaleza, sí, pero la tristeza en su interior era sin duda consecuencia de lo que había vivido.

—He pasado mucho tiempo sintiendo que le debo algo a Henry —dijo James, con las manos tras la espalda y la vista puesta en el retrato de su tatarabuelo—. Quería comprarme un uniforme, pero mi padre no me lo permitió. Me había preparado toda la vida para asumir el rol de heredero de Chelton, y no podía irse a la guerra sin asegurarse de que yo me quedaría para cuidar de mi madre. Fue un golpe a mi orgullo juvenil, pero acepté la responsabilidad y vi cómo Henry tomaba el papel que yo deseaba.

—Supongo que no lo disfrutó mucho —dije.

—No. Quería estudiar en la universidad, pero lo pospuso cuando se necesitaban soldados, para hacer lo que creía que era su deber como segundo hijo. Ben quería unirse a él, pero padre le pidió que terminara sus estudios primero.

—¿Henry nunca fue a la universidad entonces?

—Nunca. Irónico, ¿no crees? Él era el único de nosotros que realmente quería hacerlo —James se pasó una mano por la mandíbula—. Después de que nos casamos y vinimos a Chelton, cuando me costaba encontrar un acuerdo contigo, fue un golpe

directo ver lo fácil que era para ti y Henry congeniar. Me avergüenza decir cuánto ofendió a mi orgullo... cuánto celos sentí.

—No lo amo —dije en voz baja.

James me miró, su ojo visible brillando a la luz de las velas.

—Me duele ver la camaradería tan sencilla que tienes con él. Desde que llegamos a Chelton, una bestia desmesurada de celos ha crecido dentro de mí. Quiero ser el hombre que deseas, el que pueda sentarse a tu lado en silencio o esconderse contigo en un baile. Quiero ser el hombre que tú elijas.

El hombre que tú elijas. Mi corazón tropezó con esas palabras. Yo quería lo mismo: ser la mujer que James eligiera cada día, por siempre.

—Henry es un hombre tan reservado —continuó James, sin saber lo profundamente que sus palabras me habían tocado—. Él fue quien te conoció primero. Me temo haberte robado de una vida mejor con él, que si hubiera sido él en ese salón de baile, habrías sido más feliz junto a un hombre que te entendía plenamente.

El hombre que tú elijas. Esa frase se repetía en mi mente una y otra vez, pesada y demoledora como un ariete.

Retrocedí un paso, necesitando aclarar mis pensamientos, y James interpretó la distancia de otro modo; el dolor se dibujó en su rostro.

—Liss...

—No, escucha —negué con la cabeza y levanté una mano enguantada—. He pasado los últimos dos meses temiendo lo mismo, temiendo haberle quitado el lugar de señora de Chelton a una mujer mucho más merecedora, una dama que disfrutaría estas responsabilidades y no se acobardaría ante las formalidades sociales. He montado a caballo, jugado juegos ridículos y asistido a reuniones sociales solo para ser una esposa de la que no te avergonzaras. Pero más que eso, quería ser una esposa que tú desearas.

—¿Desear? —Se pasó una mano por el cabello, desordenándolo—. ¿Es que no puedes ver cuánto te he deseado desde el principio? Pude haberte dejado salir fácilmente de aquella biblioteca en el baile de los Hutton, pero me habías capturado por

completo, y no quería que nuestro tiempo juntos terminara. Te convencí de bailar conmigo, por el amor de Dios.

Su vehemencia me sorprendió, y me costaba reconciliarme con la verdad de sus palabras.

—No puedes esperar que crea que mi callada y estudiosa...

—Créelo —James tomó mi mano y la giró, pasando un dedo por el lugar de mi guante donde me había quemado aquella noche, una marca ya curada—. La idea de que querías atraparme aquella noche murió rápido al darme cuenta de que tu intención era escapar sinceramente del salón lleno de gente. Estaba en Londres buscando esposa, y cada jovencita que se me cruzaba no era más que artificio, engaño o una cazafortunas. La tuya fue la primera conversación en toda la Temporada que no tenía ningún tipo de engaño. Eras genuinamente tú, querida, y me robaste el corazón esa misma noche.

—Pero no tenemos nada en común.

—Compartimos una cosa. O, al menos, eso espero. No podemos dormir sin el otro presente, y eso me ha dado esperanza todos los días.

El hombre que tú elijas.

El afecto me inundó el pecho, y di un paso hacia él, deslizando mis brazos alrededor de su cintura y presionando mi nariz en el hueco entre su hombro y su cuello, inhalando el aroma especiado y suave que llevaba impregnado en la solapa. Los brazos de James me rodearon con fuerza, sujetándome contra él, y todas las ansiosas mariposas se disiparon lentamente hasta que la calma se apoderó de mis miembros y me llenó por completo.

Giré la cabeza para hablar, pero permanecí en sus brazos.

—Te amo desde el momento en que me cargaste fuera del salón de los Pickering, James. Eres la primera persona que ha aceptado mis ataques de nervios tal como son y que jamás ha intentado cambiar eso de mí.

—¿No estás molesta de que te haya forzado a una vida fuera de los límites de tu comodidad?

—Lo estuve, al principio. No podía entender por qué me habías elegido y traído a esta casa monstruosa sabiendo cómo me costaba.

—Me incliné hacia atrás para mirarlo a los ojos, esperando que entendiera la sinceridad en mis palabras—. Tal vez Henry y yo, de haberlo intentado, podríamos haber encontrado algún tipo de acuerdo, pero esa posibilidad quedó en el pasado, y allí la he dejado. Lo que importa ahora es que te amo, James. Te elijo a ti, y seguiré eligiéndote por el resto de mi vida. No necesitamos compartir las mismas opiniones ni los mismos intereses para amarnos, y creo que es a través de los sacrificios que hacemos que compartimos un aprecio aún mayor.

—¿Sacrificios? —Sus manos recorrían mi espalda, dificultándome concentrarme.

—Sí. Yo sacrifico mi comodidad para acompañarte en tus actividades al aire libre o en bailes y cenas, y tú también lo haces. No me presionas para que baile ni para que asista a reuniones cuando no lo deseo, hiciste el esfuerzo de encontrar una afición que nos gustara a los dos. Y, lo mejor de todo, intentaste leer un libro que no te interesaba en lo más mínimo. O al menos eso creo.

Se le enrojecieron las orejas y desvió la mirada.

—¿Así que lo encontraste? Me preguntaba si habrías visto Udolfo después de mencionar que descubriste a la doncella revisando cajones en el estudio. Solo quería saber qué era eso que te resultaba tan interesante.

—¿De verdad?

Sonrió.

—Todavía no he descubierto el encanto, pero tengo intención de dar lo mejor de mí.

—Creo que, mientras los dos estemos haciendo eso, seremos felices juntos.

—¿Elegirnos?

Asentí.

Su sonrisa se ensanchó.

—Te elegí desde el baile de los Hutton, Liss, y seguiré eligiéndote cada día.

James se inclinó y presionó sus labios suavemente sobre los míos. Me besó despacio, con todo el afecto que habíamos contenido y reprimido durante el último mes estallando finalmente en la

ternura compartida entre los dos. El tiempo se desvaneció, y nada importaba fuera de ese momento y de ese hombre. Sus dedos rodearon mi cuello y se curvaron hasta que uno descansó suavemente sobre mi oreja. Inclinó mi cabeza y profundizó el beso, y supe que podía perderme por completo en él.

James se apartó un poco y apoyó su frente con delicadeza contra la mía. Exhaló un suspiro suave, con una risa ligera deslizándose en él.

—Dato: eres mi persona favorita en Inglaterra.

—¿Solo en Inglaterra?

—Está bien, en todo el mundo.

—Mejor —me alcé para besarlo de nuevo y luego me aparté—. Dato: tú eres mi persona favorita en todo el mundo.

—Tendrás que inventarte algo original. Creo que me diste esa misma regla una noche.

Le lancé una sonrisa irónica.

—Muy bien. Dato: no sabía que podía sentirme tan feliz.

Sonrió y volvió a besarme, esta vez con más fervor, pero sin perder ni un ápice de ternura.

Cuando me soltó, di un paso atrás y alisé mi vestido.

—Hora de enfrentarnos a la multitud.

Me besó la sien.

—Estaré a tu lado todo el tiempo.

CAPÍTULO 32

Lady Edith me miró con una frustración apenas disimulada cuando James y yo por fin bajamos. Habíamos pasado demasiado tiempo en la galería aprendiendo sobre sus antepasados, y luego volví a mi alcoba para quitar la mitad de las rosas blancas que adornaban mi dobladillo. Madame Rousseau había dejado una cantidad razonable en el corpiño, pero el número de flores en el dobladillo era sencillamente ridículo.

Una vez que corté cuidadosamente la mitad de las rosas, el vestido se sentía mucho más ligero y arrastraba bastante menos. Me movía con más comodidad, pero Lady Edith pareció notarlo, y no parecía complacida.

—Llegan tarde —dijo—. La cena está a punto de comenzar. Lord y Lady Claverley ya están aquí, y necesito ayuda si voy a sortear cualquier conversación que tenga que ver con la ausencia de Thea.

James se inclinó para besarle la mejilla.

—Lo siento, madre. No quise causarte molestias. Felicity y yo necesitábamos hablar de algo y se nos pasó el tiempo.

Miré por encima de su hombro hacia la multitud que charlaba en el salón de baile, y mi pulso se aceleró. Lord Claverley estaba junto a una mujer imponente cuyo cabello lleno de plumas estaba recogido de forma anormalmente alta. Ninguno de los dos sonreía, aunque llevaban una dignidad que dejaba clara su posición. Mi mirada se posó en Jane y Ewan, que estaban juntos contra la pared no muy lejos del conde y la condesa, e inhalé profundamente. No estaba sola aquí. Podía hacerlo.

—Hay otro asunto que quería resolver antes de que llegue la mayoría de nuestros invitados —dijo James.

—La mayoría ya ha llegado —dijo Lady Edith. Pero pareció notar que James no se dejaría disuadir—. ¿Puedes ser rápido?

—Sí. —Su mirada se desvió hacia mí, y luego volvió a su madre—. Felicity no estará obligada a bailar.

Contuve un suave y sorprendido respiro.

—¿Perdón? —dijo su madre.

—Es ridículo pedírselo cuando eso solo la llevará a un ataque de nervios o a un desmayo.

Lady Edith nos miró, primero a su hijo y luego a mí.

—¿Habla en serio?

—Eso parece. —Nunca me había sentido tan plenamente amada.

—Este baile es para celebrar su unión. Sabes que... —miró detrás de ella y luego caminó hacia el salón, y la seguimos. Cerró las puertas tras nosotros, con el rostro tenso y las mejillas moteadas de rojo—. Si Felicity no baila, solo confirmará los rumores de que está encinta y que el matrimonio es producto de ese hijo.

—Nada más alejado de la verdad —dijo James.

—Pero es lo que enfrentarán, de todas formas.

Lady Edith tenía razón. Algo en ver a los antepasados que construyeron los cimientos de la vida que podía darles a mis futuros hijos despertó en mí una nueva apreciación por esta familia y todo lo que representaba. Me dio ganas de investigar también mi propia herencia, otro día, y me dio el deseo de proteger el nombre Bradwell de la mejor manera posible.

—Puedo bailar.

—No —dijo James, tomando mi mano—. No voy a pasar otro baile vigilándote por si muestras señales de angustia. No puedo. Me niego a cargar con tu cuerpo desfallecido otra vez, no cuando puede evitarse con algo tan simple como no bailar.

El amor brillaba en sus ojos y me alcanzaba el corazón, calentándome el alma y dándome valor.

—Puedo bailar contigo, James. De verdad creo que puedo hacerlo, siempre que sea un vals.

—¿Un vals?

—Sí. Puedo bailar contigo y solo contigo. En un vals puedes sostenerme, y no tendré que cambiar de pareja. Estaré bien.

—¿Y si no estás bien?

Levanté un hombro en un leve encogimiento.

—Entonces supongo que habremos aprendido la lección. Pero creo que soy capaz.

Él tomó mi otra mano y las apretó a ambas.

—Sé que eres capaz, aunque igual me pone nervioso.

Me volví hacia Lady Edith.

—Abriremos el baile con un vals. Seguramente no lo verán mal. Fue aprobado en Almack's el año pasado, si quieres compartir ese dato con los más estrictos.

Me dirigió una expresión extraña, una leve línea frunciendo su entrecejo.

—¿Es cierto entonces? ¿De verdad te desmayas?

—Nunca le he mentido —respondí, esperando que entendiera el significado más profundo. Todo lo que le había dicho era verdad.

—Nuestro primer baile en público fue en el baile de los Pickering, y antes de salir al salón, la madre de Felicity me advirtió que intentara atraparla si era necesario.

—Santo cielo. —Lady Edith se llevó la mano al corazón—. ¿Te has lastimado?

—He tenido dolores de cabeza en ocasiones. —Un sentimiento de defensa me brotó en el pecho al ver su expresión escandalizada. Podía notar que probablemente se preguntaba por qué mi madre me dejaba bailar sabiendo lo que pasaba—. Mi mamá me quiere. Solo que no... lo entiende. Cree que podría controlar mis nervios, si me lo propusiera.

La mirada de Lady Edith bajó al suelo, y luego volvió a mí.

—No puedes dominarlo más de lo que yo puedo evitar enfermarme en un carruaje —dijo en voz baja, repitiendo lo que una vez le confesé. Carraspeó, y sus mejillas se tiñeron de rojo, su cuello cubriéndose de rubor. Había comprendido que se equivocó con sus primeras impresiones sobre mí, y eso probablemente la avergonzaba —. Te debo una disculpa, Felicity. No te creí, y yo... —su mirada fue

de James a mí—. No debí asumir que obligaste a mi hijo a casarse. Espero que puedas perdonarme.

—La perdono —respondí de inmediato—. Si usted me perdona por haber quitado la mitad de las rosas de mi vestido. Era demasiado para mí.

Me regaló una sonrisa tensa.

—Te perdono.

***

Cuando entramos al salón de baile un rato después, crucé el piso directamente hacia Jane y Ewan.

—Perdón. Soy una pésima anfitriona.

—Justo estaba pensando lo contrario —dijo Jane—. Tu carta insinuaba que estabas bajo muchísimo estrés, y debo admitir que esperaba encontrarte en una situación terrible aquí en Chelton, pero es todo lo contrario. Estás radiante, Lissy. Pareces florecer en tu nuevo papel.

Sonreí, consciente de que ese brillo provenía de la aceptación. La aceptación de que no necesitaba cambiar quién era para ser una buena señora de Chelton ni una buena esposa para James, y también la aceptación por parte de James y, aunque con cierta reserva, de Lady Edith dentro de su familia.

—Tu porte ha cambiado un poco, y la forma en que das órdenes a tus sirvientes es amable pero firme. Es evidente que estás encontrando tu lugar aquí —dijo Jane, con una leve curva en los labios que parecía casi un ceño—. Aunque supongo que todo sería mucho mejor si tu suegra te tratara de otra forma.

—Creo que eso está a punto de cambiar —le confesé. Ya le había explicado la situación la noche anterior a sus oídos comprensivos—. Lady Edith y yo compartimos un breve momento de entendimiento, y no está demasiado enojada por el pequeño ajuste que hice al diseño de mi vestido.

—Eso suena a un buen avance.

—Lo es.

Se anunció el vals, y Jane alzó las cejas con interés.

—¿La gente de campo por aquí es tan abierta?

—No estoy segura —respondí con sinceridad—. Pero lo espero.

James apareció a mi lado, ofreciéndome su brazo.

—Creo que este baile es mío.

Jane sonrió ampliamente, y supe que estaba feliz por mí. Todo el mundo merecía tener a alguien como Jane en su vida, una amiga que eleva, que se alegra sinceramente por los logros de los demás.

James y yo nos dirigimos al centro del salón de baile y tomamos nuestras posiciones, esperando a las otras parejas antes de comenzar el paseo.

La señorita Whitstone se unió al círculo de parejas en espera, del brazo de un caballero que no conocía, y me puse tensa.

—¿Qué ocurre? —preguntó James.

—Son los Whitstone. Parece que han decidido venir de todos modos.

—Sin duda pretenden fingir que no ha pasado nada.

—¿Tu madre aceptará eso?

—Ella y Lady Whitstone han sido amigas durante mucho tiempo. De algún modo lo sobrellevarán —gruñó—. Aunque preferiría romper la relación, entiendo por qué mi madre prefiere mantener la paz. No hay anfitriona en toda el área de Bakewell que no las invite a ambas a cualquier evento. Supongo que así es más fácil.

Asentí, entendiendo la necesidad de mantener la armonía con los vecinos. El violín comenzó con decisión, y los demás músicos se unieron. James presionó suavemente su mano contra la mía y comenzamos el baile.

—Cuando mostré el jardín a la señorita Whitstone, Henry salió a nuestro encuentro, y ella se sonrojó al instante. ¿Crees que siente algo por él?

James soltó una carcajada. Las cabezas se volvieron hacia nosotros, y el estómago me dio un vuelco por la atención. Me concentré en el hombre que sostenía mi mano y me guiaba por el círculo.

—Tal vez, pero lo dudo —dijo—. Es simplemente su forma de ser. No puede hablar con un hombre sin tener las mejillas rojas durante toda la conversación.

Sentí ternura por ella.

—Tenemos mucho en común.

—Tú crees eso, pero no podrías estar más equivocada.

—También soy extremadamente tímida, James. No puedes negarlo.

—No, lo sé bien, pero cuando estás con poca gente, o rodeada de quienes conoces bien, no eres tan reservada ni ansiosa. Puedes mantener conversaciones. Por el amor de Dios, Liss, la noche en que nos conocimos yo era un desconocido y aun así hablaste conmigo con total comodidad.

Es cierto, ¿no? Era una verdad en la que no había pensado hasta ahora.

—Hmm. Me pregunto por qué fue así.

—Porque era tan apuesto que no pudiste evitarlo —dijo, simplemente. El brillo en su único ojo visible me tocó el corazón—. Hablando en serio, imagino que fue porque te sentiste cómoda conmigo.

—Supongo que eso tiene más sentido —coincidí. Me había sentido cómoda con James entonces, aunque no había hecho la conexión hasta ahora—. Entonces, ¿no llegaste a la conclusión de que tú y la señorita Whitstone no hacían buena pareja solo porque ella era tímida?

—En absoluto. No tengo nada en contra de una mujer callada —me guiñó un ojo—. Pero ella no podía mantener ninguna conversación. Siempre había silencio entre nosotros. Al menos preferiría una esposa que me hable.

—Eso es comprensible. Estoy segura de que hay un caballero en alguna parte que hará sentir igual de cómoda a la señorita Whitstone.

Me miró con cautela.

—Por su bien, espero que tengas razón.

Pasamos del paseo al baile, y cuanto más avanzaba la melodía, más a gusto me sentía en los brazos de James. Bailamos

las mismas figuras que en la biblioteca de los Hutton, aunque esta vez con música de verdad, y no aparté la vista de la suya ni una sola vez. Sus brazos firmes y su dulce sonrisa me hacían sentir segura y amada, y cuando la canción terminó, me quedé frente a él con una sonrisa inmensa.

—Lo he conseguido —dije triunfante.

—Sabía que podías —susurró, depositando un beso en mi sien, cerca del oído.

CAPÍTULO 33

El sol se filtraba por las ventanas abiertas de James y se extendía sobre la alfombra azul marino como haces de fuego brillante. Me moví sobre el colchón de plumas, y el brazo de James se deslizó de su posición alrededor de mi cintura, liberándome de su somnoliento abrazo. Emitió un sonido gutural y se giró hacia el otro lado, y yo me deslicé silenciosamente fuera de las mantas, caminando de puntillas por el suelo frío. Un escalofrío recorrió mis piernas desnudas, y cerré suavemente la puerta que conectaba nuestras habitaciones antes de ponerme la bata sobre el camisón.

Fanny aún no había encendido el fuego matutino, tarea que ahora le correspondía mientras se reorganizaban y despedían a algunas doncellas. Tiré del cordón de la campanilla y me senté en mi tocador, donde había colocado una rosa blanca que James me había dado la noche anterior.

Ya eres parte de Chelton, querida. Incluso pareces parte del lugar.

Había sido una broma sobre lo mucho que me asemejaba a las flores del jardín, y pensaba secar esa rosa también y prensar sus pétalos entre las páginas de un libro para conservarlos siempre.

Fanny llegó y me ayudó a vestirme, y no tardé en bajar al comedor, donde me serví una taza de chocolate humeante y unté mantequilla en una rebanada de pan tostado. Jane había dicho que me encontraría aquí para desayunar antes de que los demás se despertaran, pero aún no llegaba.

Unas pisadas fuertes recorrieron el pasillo, y Benedict irrumpió en la habitación a paso acelerado, deteniéndose sorprendido al verme.

—Me has asustado, Felicity. ¿Por qué estás despierta tan temprano?

—Voy a encontrarme con Jane —contesté, tomando otro sorbo de chocolate—. ¿Tú vas a algún sitio?

Llevaba botas de montar y un abrigo sobre los pantalones, con los guantes y el sombrero en la mano. Los dejó sobre la mesa y se dirigió al aparador para servirse un plato.

—Sí, en realidad. No tenía intención de decirle a nadie, así que me estás poniendo en una situación complicada.

—No necesitas confiar en mí, pero espero que al menos le hayas dicho a tu madre que planeas salir.

Me lanzó una mirada culpable, y dejé mi taza sobre el platillo.

—Benedict —lo reprendí—. Se preocupará muchísimo si se despierta y descubre que su hijo ha desaparecido.

—No sería la primera vez.

—¿Y eso se supone que te deja mejor parado?

Suspiró, llevando su plato a la mesa.

—Cada día suenas más como la señora de Chelton, ¿lo sabías?

—¿Como si tuviera autoridad?

—No —dijo con sequedad—. Como mi madre.

Sonreí. Sabía que lo decía con cariño.

—Quizá deberías seguir mi consejo y al menos dejar una nota. ¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—Ni la menor idea.

Tomé un bocado de mi tostada y lo dejé espacio para confiar en mí. Como permanecía en silencio, decidí hablar. Él nunca se reprimía conmigo, después de todo. Ahora éramos hermanos.

—¿Recuerdas lo alterada que se puso cuando supo de la desaparición de la señorita Northcott?

Me lanzó una mirada sombría.

Quise apartarle un rizo que le caía sobre la frente, pero me contuve.

—Quizá sería algo parecido si esto ocurriera con su propio hijo.

Masticó durante un largo rato antes de tragar y recostarse en su silla.

—Ella es la razón por la que me voy.

—¿Tu madre?

—Thea. La señorita Northcott —miró su plato y empezó a jugar con el panecillo, arrancándole trocitos y dejando migas por todas partes—. Siento cierta responsabilidad por su desaparición. Sé que mi madre no me culpa, pero también sé que, si yo no hubiera estado en la casa, probablemente Thea habría acudido a ella en busca de ayuda en vez de hacer lo que haya hecho.

No me lo esperaba. Había notado que Benedict sentía culpa por lo de la señorita Northcott, pero ¿salir a buscarla él mismo?

—¿Adónde planeas ir?

—A York, otra vez. Empezaré allí. Estoy seguro de que alguno de los sirvientes sabe más de lo que ha dicho. Un poco de dinero debería darme algunas respuestas.

—¿La señorita Dorothea Northcott está desaparecida? —preguntó Jane desde la puerta.

Ambos nos sobresaltamos y la miramos. Maldición. ¿Cuánto había escuchado?

Jane entró con la gracia de siempre, perfecta y serena, incluso a esa hora tan temprana.

—Fui al colegio con Thea. Teníamos algo así como una amistad, aunque no éramos muy cercanas. ¿Está en problemas?

—Eso espero que no —dijo Benedict—. No es que me importe mucho su bienestar en particular, pero siento una pizca de responsabilidad.

Contuve una sonrisa. Era más que una pizca si el hombre estaba dispuesto a ir a buscarla. Su desprecio hacia ella siempre me había parecido un tanto exagerado.

—Por eso no quieres que tu madre sepa cuál es tu objetivo —dije, comprendiendo de pronto—. No quieres darle falsas esperanzas.

—Exactamente.

—Entonces quizá le diga que te vi esta mañana y mencionaste que ibas a visitar a…

—Un amigo en Londres —dijo con decisión—. Eso me dará tiempo suficiente para encontrar a Thea antes de tener que escribirle de nuevo. Y no será mentira. Presiento que terminaré en Londres.

—¿Pero es una amiga? —pregunté con tono burlón.

Benedict negó con la cabeza, levantando las cejas.

—Todo lo contrario.

Sacó del bolsillo una miniatura ovalada enmarcada en dorado. La joven del retrato tenía el cabello oscuro y rostro en forma de corazón, con una sonrisa traviesa, como si supiera un secreto.

—Esta es la pequeña bribona.

Me incliné para examinar el rostro juguetón.

—Creo que tienes razón, Benedict. Me va a caer excesivamente bien.

—Ya te dije que le cae bien a la mayoría.

—Es un ruiseñor —coincidió Jane—. Aunque no tuve mucho tiempo para conocerla mejor.

—Sí, un ruiseñor —repitió Benedict sin emoción—. Huir de la única mujer que ha sacrificado tanto para cuidarte es realmente hilarante, ¿verdad?

No parecía encontrarlo nada divertido. Las acciones de Thea lo habían ofendido. Solo esperaba que ella tuviera una buena razón para justificar sus decisiones.

Benedict guardó la miniatura en el bolsillo del abrigo y dio una palmada sobre el lugar.

—Espero que esto me ayude a encontrarla. James y yo no la llevamos la primera vez que fuimos a York, pero entonces no sabíamos que la íbamos a necesitar.

—Te deseo un viaje seguro y toda la suerte para encontrarla —dije, extendiendo la mano hacia su brazo y dándole un suave apretón.

Jane llenó su plato y lo llevó a la mesa, mientras Benedict se levantaba.

—Gracias, Felicity. La necesitaré. Que tengan un buen día, damas —hizo una reverencia, recogió sus guantes y su sombrero, y salió con paso tranquilo de la habitación.

—Le deseo mucha suerte —susurró Jane—. Qué terrible para la pobre Thea.

—Mencionó en la carta que dejó que estaría a salvo adonde iba.

Jane frunció el ceño con incomodidad.

—El hecho de que sintiera la necesidad de marcharse y de prometer que está a salvo no hace que su situación suene precisamente bien —comentó, dando un mordisco a su panecillo.

—Supongo que debemos esperar a que Benedict nos envíe noticias. No hay nada más que podamos hacer —le ofrecí una sonrisa tan reconfortante como fui capaz.

La expresión preocupada de Jane se suavizó hasta convertirse en una sonrisa.

—Ahora, Felicity, quiero que me cuentes todo sobre tu encantadora vida de casada.

—Quiero escuchar primero de ti —repliqué—. Estás casada desde hace más tiempo y, por tanto, tienes más que contar.

—Bueno, sí que tengo más que contar —dijo con voz cantarina.

Bebí un sorbo de mi chocolate y esperé. Jane me miró durante un largo instante, y una sonrisa lenta se extendió por sus labios. Enseguida supe qué quería dar a entender con esa expresión traviesa. Se me escapó un pequeño jadeo.

—¿Estás embarazada?

—Sí.

Chillé suavemente y la abracé.

—Oh, esa es la mejor de las noticias. ¿Ewan está emocionado por convertirse en padre?

—Enormemente. Y creo que será un muy buen padre.

—Sin duda.

Se recostó y me observó con atención.

—Podrías darle un amigo a mi bebé, si quisieras.

Me ardieron las mejillas. Quería hacerlo, eventualmente.

—Quién lo habría dicho el verano pasado, cuando conocimos al señor Bradwell… que así terminaría tu vida —dijo Jane con un poco de asombro.

Terminé mi chocolate y me recosté, satisfecha.

—Creo sinceramente que todo ha salido para bien.

Jane sonrió.

—Sin duda.

CAPÍTULO 34

Había pasado una semana desde la noche de nuestro baile, y desperté para encontrar a James recostado sobre un codo en la cama junto a mí, con sus ojos oscurecidos por las sombras fijos en los míos.

—Es un tanto alarmante despertar y encontrar unos ojos enormes mirándote fijamente —dije, quedándome completamente quieta mientras recorría con avidez su rostro adormilado de la mañana.

—¿No te parece romántico?

—Quizá si supiera que vas a estar ahí, lo sería. —Contuve la sonrisa que amenazaba mis labios y agrandé los ojos para darle más dramatismo—. De otro modo, es solo un susto.

—Lo que me sorprende es que no hayas dicho nada sobre la falta de parche en mi ojo esta mañana.

—¡Oh, James! —me incorporé de inmediato y me arrodillé frente a él, deslizando la mano por su mejilla. Pasé el dedo por debajo de su ojo herido, que ahora me observaba de cerca—. ¿Puedes ver con claridad? ¿Te duele?

Se rio suavemente, y sentí el murmullo de su pecho a través del colchón de plumas.

—Hoy no me duele —dijo—. Aunque, siendo justos, anoche ya tampoco me dolía. Y mi visión es perfectamente clara.

—Qué alivio. Me preocupaba haberte dejado marcado. Sería una manera terrible de comenzar un matrimonio.

—El comienzo de nuestro matrimonio ha sido cualquier cosa menos terrible.

Deslicé la mano más allá de su mejilla, perdiendo los dedos en su pelo revuelto. Su mandíbula estaba algo rasposa por la barba que

había crecido durante la noche, su sonrisa era perezosa, y era tan apuesto que sentí el corazón encogerse de cariño.

—Quizá deba lastimarme más seguido si este es el tipo de tratamiento que recibo —murmuró—. Podría acostumbrarme a tus tiernos cuidados.

—Eso ha sido un poco dramático.

—Oh, me duele la cabeza. Creo que necesito un paño frío.

—Pobrecita tu cabeza —dije—. Entonces debería dejarte. Un dolor de cabeza se cura mejor en oscuridad y soledad.

Aparté la mano de su rostro, y él me atrapó por la muñeca.

—Me refería a mi mano, no a mi cabeza. Está cansada de todo lo que he escrito esta semana.

—Pobrecita tu mano. —James había recibido noticias de Benedict: aún no había logrado su objetivo de encontrar a la señorita Northcott, y James había enviado una variedad de cartas a antiguos conocidos de la joven con la esperanza de que alguien supiera algo útil—. Estás haciendo una buena acción al ayudar a encontrar a Thea.

Su expresión pasó de juguetona a seria.

—Tal vez, pero me preocupa que causemos un escándalo si no somos más discretos. Hasta ahora solo hemos escrito o hablado con sirvientes o familias que conocieron a los padres de Thea, pero que no frecuentan eventos de la alta sociedad. Es solo cuestión de tiempo antes de que sus travesuras salgan a la luz y todo el trabajo que Madre hizo para prepararla para una Temporada y un esposo quede en nada.

—No puede ser tan grave, ¿verdad? Si Benedict logra encontrarla antes de que termine el verano, Lord y Lady Claverley no tienen por qué saber que desapareció.

James sonrió de lado.

—Esa es la esperanza, por supuesto. Ya veremos si es tan fácil de lograr. Ahora, basta de hablar de Thea. Hoy tengo una sorpresa para ti.

Me dejé caer para sentarme y me alejé de James.

—La última vez que planeaste una sorpresa, terminaste con un parche en el ojo.

—¿No te acabo de decir que planeo estar herido siempre para que me cuides?

—Eso no es igual de gracioso cuando lo repites, James.

—Muy bien. —Se incorporó hasta quedar sentado, y las mantas cayeron hasta su cintura, revelando su torso desnudo—. Perdona mis pobres intentos de humor. Esta sorpresa no te hará daño ni a ti ni a mí, lo prometo.

—Estoy segura de que también creías poder prometer lo mismo para una partida de badmington, y mira cómo acabamos.

James se rio.

—Confía en mí, cariño.

—Oh, lo hago —dije con facilidad. Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos. ¿Por qué no encontraba más interés en quedarse tranquilamente en el salón o pasear con calma por el jardín? Ninguna de esas actividades requería animales enormes y poderosos ni pelotas rellenas de plumas. Giré la cabeza para mirarlo —. En lo que tengo más dificultad es en confiar en mí misma.

Se inclinó sobre mí, su rostro justo encima del mío.

—En este caso, creo que no tienes nada que temer.

—Es fácil decirlo, claro, pero estoy segura de que puedo demostrarte que te equivo...

James bajó los labios hasta los míos y me interrumpió con un beso. Su boca se movió sobre la mía con un ritmo que ya me resultaba tan familiar como emocionante. El calor vibró dentro de mí, y estuve completamente segura de que jamás había esperado amar o ser amada con tanta plenitud como ahora.

Se apartó, rompiendo el beso, y giró la cabeza para exhalar un suspiro con las mejillas infladas.

—Basta de distracciones, jovencita. Tengo que ocuparme de tu sorpresa. ¿Nos vemos al pie de las escaleras en una hora?

—Allí estaré.

***

Lady Edith había parecido avergonzada la noche de nuestro baile, cuando James por fin le contó la verdad sobre la naturaleza de nuestra relación, y yo había esperado que ese pequeño momento de reconciliación nos llevara a una relación más cordial. Sin embargo,

en la última semana, me había sentido profundamente decepcionada. Supongo que era demasiado difícil corregir su mala opinión sobre mí tan rápidamente, pero había esperado que no fuera una tarea tan ardua.

Me vestí con rapidez y, como aún me quedaba media hora antes de encontrarme con James, fui al salón… pero me detuve en seco al ver que Lady Edith parecía ser la única persona presente.

Levantó la vista y me encontró en el umbral. Ya era demasiado tarde para desaparecer.

Maldición.

—Buenos días, Felicity —dijo con cordialidad mientras entraba en la sala.

Me senté en el sofá frente a ella.

—Buenos días, Lady Edith. ¿Ha dormido bien?

—Sí, gracias.

Rechiné los dientes ante la incomodidad que flotaba entre nosotras. El ambiente era cargado y sofocante, espeso con todas las emociones que habían teñido nuestro pasado reciente.

—Los Whitstone nos han invitado a tomar el té —dijo con suavidad, sin apartar la vista de su bordado—. Aunque tienes toda la razón del mundo para rechazar la invitación, si así lo deseas.

Sin duda sería incómodo, pero no asistir solo empeoraría las cosas. Si quería demostrar que aún no estaba embarazada, mantener los compromisos sociales era una forma de hacerlo. Así, cuando tuviera algo que anunciar, quedaría muy claro que había ocurrido después de la boda.

—No la rechazaré —dije al fin.

—La señorita Whitstone se vuelve más agradable con el tiempo.

Asentí en señal de que comprendía.

Lady Edith dejó el bordado sobre su regazo.

—Y supongo que lo mismo podría decirse de mí.

—¿A qué se refiere?

Cerró los ojos y se llevó los dedos a las sienes, como si reuniera fuerzas.

—No te he tratado como debí desde que llegaste con nosotros, y después de que James dejó clara la naturaleza de vuestro compromiso, me he sentido perdida sobre cómo proceder.

—La he perdonado…

—Sí, lo sé. Pero no empezamos con el pie derecho, y no sé cómo corregir el malestar entre nosotras a menos que me vaya de Chelton —me miró con determinación—. Lo he pensado y creo que lo mejor sería mudarme a la casa de la viuda. ¿La has visto? ¿La que está en el jardín sur?

—No, no la he visto.

—Necesitará algunas reparaciones antes de ser habitable, pero imagino que podría estar lista para finales del verano.

Me sostuvo la mirada, y recordé la discusión con James cuando yo deseaba espacio y él luchó por mantenernos juntos. Incluso en el desacuerdo, elegimos dormir uno al lado del otro, y esa decisión tuvo un poder sanador que la distancia no nos habría dado. Anhelaba esa misma sanación con Lady Edith, y sabía que solo sería posible si ambas lo elegíamos activamente. Su disposición a mudarse a la casa de la viuda me demostraba, al menos a mí, que estaba dispuesta a esforzarse y que deseaba la paz y la armonía entre nosotras.

—No creo que sea necesario, Lady Edith.

Parpadeó sorprendida.

—No, no es necesario, pero quizá sí importante.

—Chelton es lo suficientemente grande para las dos…

—No estoy segura de que haya espacio para dos amas de casa.

—No, en eso estoy de acuerdo —respiré hondo, buscando fuerza—. Como esposa de James, me corresponde ocupar ese lugar, y no quiero ceder ese honor cuando me pertenece. Pero no puedo hacerlo sola. Necesito su sabiduría y su guía, y sé que la casa y el servicio funcionarán mejor si usted me enseña todo lo que sabe.

Guardó silencio por un momento, con las manos quietas.

—¿Deseas que me quede y que te enseñe?

—Sí. —Crucé la habitación y me senté a su lado en el sofá—. Me gustaría dejar atrás nuestro inicio incómodo y comenzar de nuevo, si le parece bien. A veces nos sentimos atrapadas por los

errores del pasado, pero tenemos la opción de avanzar con una nueva perspectiva, y yo elijo ser la mejor señora de Chelton que pueda. Me gustaría contar con su ayuda para lograrlo.

Lady Edith me miró durante un largo rato, con las mejillas sonrojadas, probablemente por la incomodidad de la conversación.

—Sí, Felicity. Me gustaría mucho.

—Me alegra.

—Cuando te dije la semana pasada que me impresionó cómo manejaste la indiscreción de Molly y la herida de James, lo decía en serio. Tienes todo para ser una líder maravillosa —tragó saliva—, y somos muy afortunados de tenerte.

Sus palabras me calentaron el pecho.

—Estoy segura de que cometeré muchos errores.

—Como yo también lo hice al principio —dijo en tono cómplice —. Dominar esta casa y al ejército de sirvientes que la mantiene lleva tiempo. Pero aprenderás, y yo estaré aquí para ayudarte.

Me tomó la mano, la apretó con suavidad, y luego la soltó.

Me puse de pie, alisándome el vestido para evitar que el brillo sospechoso de sus ojos se reflejara también en los míos.

—Debo ir a reunirme con James.

—Oh, sí. La sorpresa.

Levanté la vista, sorprendida.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—¿La odiaré mucho?

Sonrió.

—No, no lo creo.

Eso me tranquilizó un poco. Salí a buscar a James en el gran vestíbulo, y me esperaba al pie de las escaleras. Llevaba la chaqueta ajustada sobre los hombros anchos y me sonreía con ternura.

—¿Lista?

—Supongo que sí.

James rio y entrelazó su mano con la mía.

—Te prometo que no tiene nada que ver con pájaros, flechas, disparos ni pesca.

Me llevó hasta la puerta principal, y nos detuvimos en lo alto de la escalera doble. El viento me golpeó el rostro. Abajo nos esperaba un pequeño carro tirado por un… ¿caballo?

No, no era un caballo pequeño, aunque lo parecía. Tenía las orejas largas y puntiagudas de un burro.

—¿Me has comprado una mula? —pregunté, riendo sin poder contenerme.

James sonrió con orgullo.

—Sí, y pensé que podríamos llamarla Stella.

CAPÍTULO 35

El pequeño carro de Stella no era demasiado difícil de manejar, y después de una semana de lecciones y un nuevo par de guantes de montar, ya me sentía más o menos competente para llevar a mi mula y su carro por los senderos de Chelton. James me esperaba en el establo mientras la niebla matutina aún se aferraba a las cimas de las colinas, con un brillo en los ojos que delataba que tenía algo planeado. Mis padres estaban por llegar pronto, y me alegraba que Lady Edith y yo hubiéramos encontrado un ritmo armonioso antes de su visita. Tenía muchas ganas de mostrarles la vida tan cómoda que había encontrado en Chelton y en mi nuevo matrimonio.

—¿Adónde vamos hoy? —pregunté, tomando las riendas y acomodándome en el asiento del conductor del carro. James y yo habíamos caído en una rutina la semana anterior que nos sentaba bien a los dos. Por las mañanas salíamos a pasear juntos, y por las noches solíamos jugar ajedrez o yo le leía en voz alta mientras él escuchaba. Descubrió que le gustaban las historias, pero no la lectura. Cada día hacíamos pequeños sacrificios el uno por el otro y encontrábamos formas de elegir nuestro matrimonio y priorizarnos en pequeños gestos.

—¿Recuerdas el día que montaste a Luna? —preguntó.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Bien, quería mostrarte algo que pensé que te gustaría. Está demasiado lejos para ir a pie, y montar a caballo está descartado, así que pensé que esta era la forma de lograrlo.

Tardé un momento en entender lo que quería decir.

—¿Me compraste una mula y un carro y pasaste una semana enseñándome a manejarlos solo para poder mostrarme el lugar al que querías llevarme cuando llegué por primera vez a Chelton?

—Sí.

Me incliné y lo besé en los labios.

—Eso fue extremadamente dulce de tu parte, James.

—Guarda tus elogios hasta que veas la sorpresa. Podrías decepcionarte y todo esto sería en vano.

Lo dudaba mucho, pero guardé silencio. James me indicó por dónde ir, y salimos del patio del establo para tomar un sendero angosto que subía hacia las colinas detrás de Chelton. La casa se hizo cada vez más pequeña al dejar el camino y adentrarnos en el campo agreste, y reconocí las colinas que trepábamos y el arroyo que cruzamos de nuestra primera y aterradora cabalgata.

Los pájaros cantaban sobre nuestras cabezas y volaban entre los árboles cubiertos de niebla, pero Stella no se inmutaba. Era serena, firme y fuerte, y la adoraba con locura.

Después de coronar otra colina, James soltó una exhalación emocionada. La luz del sol caía sobre nosotros, disipando la niebla restante, y las curvas del paisaje se volvían más claras.

—Justo allí —dijo, señalando—. Hacia ese bosquecillo.

Dirigí a Stella hacia el espeso grupo de árboles al pie de otra colina, rodeando ovejas que pastaban dispersas en la hierba, con sus largas colas peludas moviéndose de vez en cuando.

Cuando llegamos a los árboles, apareció ante nosotros un edificio de piedra blanca, con pilares altos y en sombra bajo una cúpula.

—Es un capricho arquitectónico —explicó James—. Mi abuelo lo mandó construir para mi abuela como una especie de refugio. Le encantaba pintar, y solía venir aquí mientras su caballo pastaba en el campo. Pensé que podrías encontrar aquí la misma paz que ella encontraba.

Detuve a Stella frente al hermoso capricho y aseguré sus riendas.

—Es precioso, James.

—¿Te gusta? —preguntó con esperanza.

—Sí, mucho.

Me ayudó a bajar y caminamos hacia la estructura de piedra, subiendo los escalones hasta quedar sobre la plataforma. Las colinas onduladas de Chelton y sus verdes praderas se extendían en todas

direcciones, salpicadas de ovejas y árboles, y con el brillo tenue del río en la distancia. La luz cálida tocaba las copas de los árboles y los bordes de las colinas, tiñendo de naranja los distintos tonos de verde, y comprendí por qué alguien desearía pasar horas aquí tratando de capturar su belleza natural en un lienzo.

—Es mágico —dije con reverencia—. Pero lo mejor de todo, creo, es lo considerado que fue de tu parte traerme aquí.

—No fue nada, en realidad —protestó—. Tú misma condujiste el carro.

—Pero tú me compraste la mula y el carro, y me enseñaste a conducirlo. Ahora tengo un refugio, y una forma de venir aquí sin depender de nadie. —Rodeé su cintura con los brazos y apoyé la cabeza en su pecho, contemplando la extensión de tierra exuberante mientras inhalaba su aroma especiado—. No te merezco.

James resopló.

—Es justo al revés.

Me eché hacia atrás para verle a los ojos.

—Estás bromeando.

—No, lo digo en serio. No puedo entender cómo tuve la suerte de convertirme en tu esposo, Liss. Te amo profundamente.

—Dios sabrá por qué.

Sus brazos se apretaron más alrededor de mí.

—Te he amado, creo, desde el momento en que discutiste con tu padre en su despacho y le rogaste que nos permitiera probar suerte en la Sociedad antes de comprometernos oficialmente.

¿Amor al segundo día de conocernos? Imposible.

—Apenas me conocías.

—Pero ya habías captado mi interés en la biblioteca, como bien sabes, y cuando le pedí a la señora Hutton una referencia sobre tu carácter, me aseguró que venías de una excelente familia y que tenías un carácter intachable. Vi la verdad de eso y supe que no intentabas atraparme por mi dinero cuando luchaste contra el compromiso. Fui a tu casa para hacer lo correcto y proteger el nombre de mi familia y el tuyo, y salí de allí convencido de que eras alguien con quien deseaba casarme.

Me quedé sin palabras, tratando de asimilar el gran elogio que me estaba haciendo. No me había amado en ese entonces, pero sí había reconocido el potencial. Las decisiones que había tomado desde ese momento eran las que lo habían llevado a este amor firme y sensible.

—Capté tu interés y luego me desmayé.

—Y me di cuenta de que habías sido honesta desde el principio, sin intentar maquillar tus defectos. Ese fue el punto que me permitió luchar contra mis celos respecto a Henry. Nunca me has mentido, Liss, y nuestro matrimonio, aunque haya empezado con tropiezos, ha sido sólido y fuerte. Y espero que solo se fortalezca aún más.

Me acurruqué contra su pecho, con lágrimas cálidas llenándome los ojos y cayendo sobre su chaqueta.

—No llores, amor —dijo.

¿Cómo no hacerlo? Había sido bendecida con el esposo más amable y generoso.

—No te merezco.

Él resopló.

—Yo siento lo mismo. Tal vez esa humildad nos acompañe siempre. Siempre estaremos agradecidos por el amor que hemos encontrado.

—Estoy, sin duda, profundamente agradecida por ello.

Me alcé y lo besé mientras el sol se volvía más cálido y la niebla se deshacía por completo. Stella permanecía cerca, firme y tranquila, y no podía imaginar que hubiera en el mundo algo capaz de arruinar la felicidad que había encontrado con James. Mi dulce, querido esposo.

—Quizá no tengamos un matrimonio perfecto.

—No —coincidí—. Pero creo que podemos confiar en que será un matrimonio feliz.

EPÍLOGO

Ocho meses después

Mi corazón latía con fuerza mientras subíamos los escalones hacia nuestro primer baile de la temporada en Londres. El señor y la señora Hutton estaban en el umbral del salón de baile para recibir a sus invitados, y eché un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que Thea y Benedict se estaban comportando. No me entusiasmaba la idea de actuar como acompañante de la muchacha durante la temporada, implicaba asistir a numerosos bailes y veladas, pero deseaba volver a Londres para visitar a mis padres, y lo mínimo que podíamos hacer era traer a Thea con nosotros.

A Lord Claverley no le había agradado demasiado el cambio de planes, pero era inevitable.

—¿Estás lista para demostrarle a la sociedad que estás felizmente sin hijos? —preguntó James, inclinándose tan cerca que apenas pude oír su susurro en mi oído.

Mi corazón se encogió un poco.

—Estaría feliz de estar encinta a estas alturas —le recordé. Mientras quedara claro que no habíamos estado juntos antes del matrimonio, no deseaba nada más que saber que un pequeño venía en camino. Pero hasta ahora, no habíamos tenido esa suerte.

Y además, me gusta pensar que mi carácter había crecido lo suficiente durante nuestro matrimonio como para que ya no fuera una prioridad demostrar mi valía ante la sociedad. James y yo sabíamos que habíamos sido inocentes aquella noche, hace tanto tiempo, en la biblioteca de los Hutton, y eso era lo único que me importaba ahora. Gracias al amor y la aceptación de mi esposo y de mí misma, cada vez dependía menos de la aceptación de los demás. Podía regresar a la ciudad con la cabeza en alto.

Lady Edith pensaba lo mismo, o no me habría pedido que fuera acompañante de su ahijada.

—Buenas noches, James, señora Bradwell —dijo la señora Hutton, haciendo una reverencia educada. La saludamos a ella y al señor Hutton.

—Permítame presentarle a la señorita Dorothea Northcott —dije, tirando del brazo de Thea para que se colocara a mi lado—. Y gracias por permitirnos traerla con nosotros.

—No es ninguna molestia —dijo la señora Hutton, con un tono extraño en la voz. Casi sonaba como si estuviera luchando contra la emoción—. Señorita Northcott, es un placer verla, querida.

—El placer es mío —respondió Thea con educación, haciendo una reverencia.

Benedict permanecía detrás de ella, jugueteando con los puños de su camisa como si no pudiera salir de ese salón de baile lo bastante rápido, y eso que ni siquiera habíamos entrado del todo. Era extraño, porque su presencia no era requerida. Había decidido acompañarnos, aunque actuaba como un niño pequeño arrastrado frente a los invitados de su madre para demostrar sus buenos modales.

Una vez completadas las presentaciones y los saludos, entramos en el salón, que estaba medio lleno, y encontramos un lugar donde quedarnos junto a la pared del fondo.

Thea se acomodó a mi lado.

—Sé que no vas a bailar, pero sí tienes intención de presentarme a algunos caballeros, ¿verdad?

—Te ayudaré en todo lo que pueda, como te prometí.

Suspiró aliviada.

—Me gustaría conocer primero a Lord Keene y después a Lord Hampton, si se puede arreglar.

¿Lores? ¿No era eso un poco ambicioso de su parte? Tragué mi comentario. No estaba en posición de juzgar.

—¿Quiénes son? ¿Cómo sabes sus nombres?

Ella se encogió de hombros con un gesto poco refinado.

—Tengo mis métodos.

—Ay, cielos, Thea. Quiero ayudarte a hacer un buen matrimonio, pero prométeme que actuarás con sensatez. Después de lo que pasó el año pasado...

Ella miró de mí a James.

—Eso te salió bien, ¿no?

Apreté la mandíbula. Me caía bien Thea, de verdad, pero a veces deseaba poder infundirle entendimiento donde parecía faltarle.

—Sí, pero tuve la suerte de que fuera James con quien me encontraron y no un granuja. Podría haber sido mi ruina con la misma facilidad.

Soltó una pequeña risa, hueca.

—Tengo la intención de comportarme de forma intachable, Felicity. Lo prometo. De verdad quiero conseguir un buen esposo.

Le creí. Tenía un buen corazón, eso lo sabía incluso con el poco tiempo que llevábamos de conocerla.

—Es bastante imposible prometer algo así, ¿no cree, señorita Northcott? —dijo Benedict con sequedad. Tuve ganas de abofetearlo con mi abanico.

Thea lo miró inocente.

—¿Quiere decir que no cree que sea capaz de portarme bien, señor Bradwell? Qué sorprendente. Pensaba que éramos amigos.

Benedict soltó algo entre una carcajada y un bufido.

—¿Hay algo de beber por aquí?

Yo sabía que el señor Hutton guardaba su brandy en la biblioteca. James abrió la boca, y yo le lancé una mirada fulminante para evitar que dijera algo. Lo último que necesitábamos era a otro Bradwell en una situación comprometida en la biblioteca de los Hutton durante un baile.

Tomé a Benedict y a Thea por las mangas y los obligué a mirarme.

—Pase lo que pase, prométanme que se quedarán en el salón toda la noche hasta que sea hora de irnos. Prométanlo.

Ambos me miraron con los ojos bien abiertos y un tanto incómodos, pero me hicieron el favor de prometerlo.

—Gracias.

La señora Ormiston se acercó y nos saludó con afecto. Aparté de mi mente el recuerdo de cuando desairó brevemente a mi madre el año pasado. Estas actividades sociales, tal vez, iban a ser más difíciles de lo que esperaba. Pegué una sonrisa a mi rostro y le prometí que la buscaría en cuanto llegara mi madre.

—Deberíamos encontrar algunos caballeros para presentarte —le dije a Thea—. James sabrá quiénes son los más indicados.

—Lord Keene o Lord Hampton estarán bien —repitió.

Benedict se esforzó por disimular su evidente frustración.

—Ninguno de esos hombres nos sirve de mucho aquí.

—¿Porque no soy digna de un título? —saltó Thea.

—Porque ninguno de ellos está en busca de esposa —replicó él.

Thea miró al techo como si esperara que le concediera serenidad y paciencia.

—Quizás yo podría ser la mujer que les haga cambiar de opinión.

—Eso es una meta ambiciosa.

—Pero no insuperable.

Benedict habló entre dientes casi apretados.

—¿Acaso detecto que ahora tomas mi advertencia como un desafío?

—No me parece gran desafío, la verdad.

—Por el amor de Dios —dije, deteniendo su duelo verbal—. ¿De verdad tengo que separarlos como a niños revoltosos?

Benedict me lanzó una mirada aguda, luego negó con la cabeza, con un rizo solitario cayéndole sobre la frente. Se pasó una mano por el cabello para devolverlo a su sitio.

—Perdóname, Felicity. Me he dejado llevar. Me retiraré para evitar más interrupciones en tu velada.

—¿Vas a irte del baile?

—No. He visto a un viejo amigo del colegio, y voy a saludarlo antes de que Thea me prenda fuego al corbatín con esa mirada suya.

Thea alzó la barbilla.

Quise preguntar si ese amigo del colegio era un lord para beneficio de Thea, pero me mordí la lengua. La vergüenza de Benedict ya era lo bastante evidente sin que yo la aumentara. Se alejó de nosotras, y Thea lo siguió con la mirada. Claramente mis ojos me engañaban, porque parecía que algo parecido al arrepentimiento se le acumulaba en la mirada.

Intenté formar la pregunta adecuada para abordarlo cuando una pareja familiar se nos acercó, y guardé esa conversación para otro momento.

—Buenas noches, mamá —dije, abrazando a mi madre—. Papá.

Ambos nos saludaron con calidez, y me acerqué más a mi esposo mientras hablábamos con ellos. James tomó mi mano, sus dedos acariciando suavemente los míos, y escuchamos a mamá contarnos sobre los maravillosos eventos a los que habían asistido hasta ahora y lo que estaba planeado para el resto de la semana. Me deslicé en la conversación como si me envolviera en una manta vieja y familiar, solo que ahora era mejor gracias a la presencia constante de James.

La visita de mis padres a Chelton había sido más corta de lo que esperaba y terminó con una excursión al pabellón de caza antes de que regresaran a Londres, y no los habíamos vuelto a ver hasta nuestra llegada unos días atrás. Siempre amaría a mi mamá y a mi papá, pero me alegraba haber llegado a comprender las expectativas razonables que podía tener sobre mi relación con ellos.

El salón de baile se volvió cada vez más concurrido hasta que los instrumentos empezaron a afinar para el primer baile.

—La señora Ormiston nos saludó antes —le dije a mi madre—. Quería que la busques cuando tengas un momento.

Los ojos de mamá se iluminaron, y yo tragué mi repulsión ante el entusiasmo con el que se disponía a enterarse del último chisme, porque sin duda eso era lo que su amiga deseaba compartirle. Era de lo único que habían hablado en mi presencia.

Papá se acercó a James.

—¿Vamos a la sala de juegos, hijo?

James me miró a mí y luego a Thea.

—Pretendo quedarme con Felicity esta noche.

Papá sonrió.

—Como prefieras.

Ambos se marcharon, y volvimos a estar junto a la pared, en fila.

—Realmente deberíamos comenzar con las presentaciones —dije. No deseaba socializar, pero teníamos una tarea que cumplir, y estaba decidida a llevarla a cabo.

James miró a Thea.

—¿Estás lista?

Ella inhaló profundamente, sorprendiéndome un poco. Desde el primer momento en que nos conocimos había parecido valiente y decidida, pero al ver cómo le temblaban los dedos, jugueteando con la tela de su falda, casi habría dicho que estaba nerviosa. Le tomé la mano y le di un apretón suave.

Thea levantó la mirada y sostuvo mi mirada, sus grandes ojos azules redondeándose.

—No tienes que hacer nada que no te haga sentir cómoda —dije en voz baja—. Eso incluye bailar o hablar con caballeros. Sé que Lady Edith quiere verte establecida, pero no es obligatorio que te cases al final de esta Temporada. Si no encuentras a un hombre en los próximos meses, siempre habrá otro año.

No respondió de inmediato, pero mantuve sus dedos entre los míos y su mirada fija para que sintiera mi sinceridad.

—Eso es muy amable de tu parte, Felicity, pero será más fácil si encuentro esposo, y rápido.

—No sé por qué —dije en tono ligero, inclinándome levemente hacia James, que estaba a mi lado—. Yo soy la señora de Chelton, y en lo que a mí respecta, eres bienvenida allí el tiempo que quieras.

Me dedicó la más suave de las sonrisas.

—Eres demasiado amable.

—Incluso prometo mantenerte a ti y a Benedict en extremos opuestos de todo.

Alzó una ceja apenas.

—¿Todo?

—La casa. La mesa del comedor. El salón. El carruaje.

Soltó una risita.

—Soy la señora —reiteré—. Se puede lograr.

Thea me devolvió el apretón de manos y bajó la voz.

—Gracias, Felicity.

—Por supuesto. Ahora, vamos a encontrar a un caballero al que presentarte.

Thea asintió.

—Estoy lista.

James me guiñó un ojo, me tomó de la mano y nos adentramos en la multitud.

¿QUIERES ESTAR INFORMADO?

Suscríbete al boletín de Kasey aquí para recibir actualizaciones, ofertas, nuevos lanzamientos y recomendaciones.

Sigue a Kasey en Facebook e Instagram.

¡Me encanta conectarme con los lectores! No dudes en enviarme un mensaje o comunicarte en cualquier plataforma de las redes sociales.

UNA NOTA DE LA AUTORA

La idea para este libro me vino de golpe mientras recorría Chatsworth House en Bakewell, Inglaterra (también conocida como Pemberley en la película de Orgullo y prejuicio de 2005). Aunque decidí conservar el nombre del pueblo como un homenaje a mis antepasados, lo trasladé a Cumberland y cambié el nombre de la casa de los Bradwell por Chelton. Mis antepasados se casaron en la iglesia de Bakewell, y modelé el pueblo de este libro basándome en el real, pero ahí es donde termina la precisión histórica. ¡Si buscaras Bakewell en Cumberland, no lo encontrarías!

De igual forma, Chelton está inspirado en Chatsworth House, pero me tomé libertades con los terrenos que la rodean. Aun así, conservé el hermoso puente y el río, porque eran demasiado bellos para omitirlos. También incluí las ovejas que cruzaron corriendo el puente la primera vez que intenté atravesarlo.

Aunque Felicity lidia con un trastorno de ansiedad, en aquella época no se habría diagnosticado de esa forma. La ansiedad puede manifestarse de muchas maneras, y la experiencia de Felicity es solo una de ellas. Espero que este libro haya podido darte una pequeña idea de cómo una persona puede vivir y sobrellevar la ansiedad social, especialmente si su experiencia es distinta a lo que conoces.

Este libro tiene un significado especial para mí en muchos niveles, y espero que también tenga algún significado para ti. Todas las relaciones exitosas, ya sean románticas o platónicas, requieren trabajo y esfuerzo para mantenerse, y esta historia busca explorar el poder de la elección y cómo influye en las relaciones. La relación entre James y Felicity floreció gracias a su esfuerzo constante por elegirse mutuamente. Creo que su historia de amor es hermosa. Gracias, lector, por acompañarme en su viaje. ¿Y sabes qué? Aún no ha terminado.

AGRADECIMIENTOS

Si estás leyendo esto, ¡gracias por haber llegado hasta aquí y por leer mi historia! Esta es una historia muy especial para mí, ya que trata temas que llevo muy cerca del corazón. Cuando me propuse escribir una heroína con ansiedad, tuve mucho cuidado en hacer que sus miedos y preocupaciones fueran muy distintos a los míos, pero aunque no soy exactamente como Felicity, puedo identificarme con sus inquietudes y sus luchas, y espero que tú también puedas hacerlo si alguna vez has lidiado con la ansiedad.

Este libro fluyó con facilidad para mí (lo cual no siempre sucede), así que primero debo agradecer a mi Padre Celestial por bendecirme con la inspiración para esta historia y la motivación para escribirla.

Gracias a mi grupo de crítica y a las chicas de SRR por ser un gran apoyo y tantos hombros en los que apoyarme. La comunidad de autores es maravillosa, y cada día me siento inspirada por tantos escritores increíbles.

Gracias a Jacque Stevens y Molly Rice, mis editoras, por perfeccionar esta historia. Ambas son sumamente talentosas, y estoy profundamente agradecida por su experiencia y por el toque final que le dieron al libro.

A mis lectores beta: gracias por ayudarme a pulir los pequeños detalles y darme la confianza de que este libro sería bien recibido. Heidi Stott, Brooke Losee, Emily Barton, Nancy Madsen, Sharleen Reeder, Maren Sommer, Ashlee Hunter, Rachel Stones y Melanie Atkinson, ¡son las mejores y valoro mucho sus comentarios! Incluso a Ashlee, que solo llegó hasta la mitad.

Y por último, este libro no habría llegado a publicarse sin el apoyo de mi esposo, quien no solo inspira a mis héroes caballerosos, sino que también me hace reír y me ama por completo. No querría

compartir la vida de quedarme en casa criando a nuestros hijos con nadie más que contigo, y creo que es una excelente señal que hayamos estado juntos en casa desde marzo de 2020 y sigamos felices. Que vengan muchos más años… y muchas más novelas románticas.

ACERCA DE LA AUTORA



Kasey Stockton es una amante acérrima de todo lo romántico. No discrimina géneros y disfruta de una amplia variedad de historias que incluyen "felices para siempre". Atraída por el período de la Regencia, a una edad temprana, cuando su abuela le regaló una copia de *Sentido y sensibilidad*, al principio, Kasey comenzó a

escribir romances de la Regencia. Desde entonces, ha publicado en una variedad de géneros, pero todos sus títulos pertenecen al "clean romance". Originaria del norte de California, ahora reside en Texas con su propio príncipe azul y sus tres hijos. Cuando no lee, escribe o mira películas para damas, le gusta correr, cortarse el pelo y cualquier cosa que sea chocolate.